

MUERTE EN LA ACADEMIA

Inquisición, bibliotecas, misterio... y un lago reguero de sangre

TAPA NEGRA

ANTONIO BASCONES

Muerte en la academia

Editorial Almuzara • Tapa Negra
Director editorial: Antonio E. Cuesta López
Editora: Ángeles López
Diseño y maquetación: Joaquín Treviño
Ebook: Rebeca Rueda
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

ISBN: 978-84-17954-08-6

A Consuelo, mi mujer, y a toda mi extensa familia, que tiene la paciencia de aguantarme día tras día.

Prólogo

Comenzar un libro es para mí una de las tareas más difíciles en la escritura de una novela. La otra es el final. Construir una terminación aceptable y que enganche al lector es muy importante. Sin embargo, un punto también complicado es elegir el título. En este caso el mérito no es mío. Una tarde de una primavera bien entrada, en la Real Academia Nacional de Medicina, el profesor Manuel Díaz Rubio me dijo: «¿Por qué no escribes una novela sobre algo de la Academia, las intrigas, las tertulias, los enfrentamientos y pones como título Muerte en la Academia». Aquella noche estuve dándole vueltas a la idea, que nada más escuchar me atrajo, y aquí está plasmada. No quise hacerlo sobre una época actual. Podría levantar ampollas y suscitar celos y suspicacias. Era mejor elegir una remota en el tiempo. Cada vez que este académico me veía en la academia me preguntaba cómo iba la tarea y eso me animaba a continuar con el proyecto.

Escribir significa liberarse, exponer algo que quieres contar de una manera sencilla pero también inteligente. Contar cosas que lleven al lector a confundirse con los personajes. El autor debe mezclarse con ellos y tratar de emocionarse al contar algo. Sin emoción no hay un buen escritor. Es necesario leer mucho, corregir frecuentemente lo que se escribe y finalmente un corrector de pruebas que te ayude en lo que escribiste. Antes de publicar es necesario estar seguro de lo que se dice.

Escribir no es fácil. Requiere mucho trabajo, tesón y horas de lectura. El iniciar y terminar una historia es lo más complicado. La trama, muchas veces, se desarrolla sola según va avanzando el ritmo de la novela. El fenómeno de la emoción es, para mí, lo fundamental en el arte de la escritura. Si no te emocionas con lo que haces difícil será que cumplas con el objetivo. Es necesario «expulsar» lo que tenemos en nuestro interior.

Me tuve que informar en una visita a Barcarrota (Badajoz) para estudiar lo que se conoce como «la biblioteca de Barcarrota». Aquí es justo agradecer a Chema González Antúnez la ayuda inestimable que desinteresadamente me brindó desde el principio. Debo también agradecer las lecturas del historiador extremeño Fernando Serrano Mangas, autor del pormenorizado libro El secreto de los Peñaranda: el universo judeoconverso de la biblioteca de Barcarrota, siglos XVI y XVII

Y como no agradecer a Enrique Sánchez de León, con su peculiar

amabilidad, los consejos, la ayuda sin par y los múltiples regalos, en libros, sobre la historia de su villa materna. En una cena, de una suave noche marbellí, le comenté, por casualidad, sin saber su origen, la idea que estaba desarrollando sobre una novela que arrancara en un pueblo pequeño e ignorado de la Baja Extremadura: Barcarrota; que dio a la historia, aparte de la biblioteca enterrada, al descubridor Hernando de Soto, adelantado, conquistador y explorador español que participó junto con Gil González de Ávila, en 1522, pocos años antes de que se escribiera el Lazarillo de Tormes, en el descubrimiento de la costa de Nicaragua y más tarde de Florida, donde recorrió más de diez estados de América del Norte. Unió su nombre a Ponce de León, Pedro Menéndez de Avilés y la ciudad de San Agustín. En ese contexto trascendental, la villa de Villanueva de Barcarrota adquiere personalidad histórica a la que se añade la presencia del médico Francisco de Peñaranda.

Un agradecimiento especial a Carlos Zarur, antropólogo y profesor adjunto de la Universidad de Colorado en Bouder. Gran conocedor del ladino y especialista en la diáspora sefardí, me ayudó con sus consejos y la traducción de algunos párrafos de este idioma ancestral, y tan bello por otra parte.

La escritura no solo nos ayuda en la vida en general, en el contacto con otras personas, sino también en nuestro ejercicio profesional para entender mejor a los pacientes, a nuestro entorno en general, para comprenderles y ayudarles. Para acabar, me viene a la memoria una frase de Oscar Wilde: «Algunos hombres viven la novela que no han podido escribir, otros escriben la novela que no han podido vivir». Me hubiera gustado ser el médico que leyera estos libros y enterrarlos para la posteridad. Quizás algún día lo haga.

ANTONIO BASCONES, 2017-2018

Capítulo 1

Amaneció aquel día, uno de tantos, brumoso, frío y destemplado, cuando el bibliotecario de la Real Academia realizaba las labores que tenía encomendadas. Su misión era colocar los incunables y todo tipo de volúmenes, ordenarlos y ponerlos en la posición que les correspondía. Anotaba en un cuaderno grande, con precisión milimétrica, cada paso que daba. Llevaba mucho años con esta labor; no en vano vivía entre sus cuatro paredes dedicando íntegramente las veinticuatro horas del día a los libros. Para él eran su vida y así se lo transmitió a su hijo, de siete años, que muchas veces le acompañaba en estos trabajos. Todo giraba alrededor de ellos. Entraba y salía de la biblioteca con una actitud de reverencia. Una ceremonia que seguía siempre el mismo protocolo: la devoción hacia ellos. Un acatamiento hacia lo que él pensaba que encerraban sus páginas: la sabiduría. Sería el transmisor de ellas. Trataría que, cada día, más personas pudieran tener la oportunidad de leerlas. Deseaba, con fervor, que todos tuvieran esa posibilidad.

Antonio vivía con su familia, desde hacía muchos años, en un edificio vetusto y señorial en la plaza de las Descalzas Reales, domicilio del marqués de Villena, primera sede de la Real Academia de la Lengua, dedicándose a los libros, a su cuidado y clasificación. Tenía un trabajo bien pagado y de alta consideración. Era su mausoleo particular. No dejaba que nadie pusiera el pie en la biblioteca sin su permiso. La biblioteca, su biblioteca, era un cementerio donde convivían, unos junto a otros, libros del siglo XIV, del XV y de todos los siglos en los que se pueda pensar. Había también alguno del siglo XII y del siglo XIII, que por su antigüedad eran guardados en urnas de cristal para que el ambiente externo no los alterase. Los manejaba con guantes de hilo, como si fueran, y claro que lo eran, auténticos incunables. Les había dado más atención que a su hijo. Los pocos académicos que acudían a esta casa se pasaban horas en conversación con el bibliotecario. Eran obras impresas, manuscritas en hojas de papel, pergamino o vitela. Conocía cada libro, acariciaba sus lomos, el tejuelo, las guardas, las portadillas, las páginas de respeto y de cortesía, las dedicatorias del anverso en la hoja que sigue a la portada. Algunas, además, tenían una dedicatoria del autor. Era autógrafa y la conocía de memoria. Sabía cada página, cada anaquel donde estaba el volumen, aunque nadie conocía la verdadera historia de aquel libro al que daba tanto mimo y cariño. Todos los días lo abría y leía una

página al azar. Después cerraba los ojos contemplando las filas de volúmenes que le rodeaban. Si algún académico entraba en ese lugar, le enseñaba su última adquisición, su último hallazgo ya que solía visitar a diferentes libreros amigos y les compraba algún libro raro, de una edición antigua o bien de una primera edición. Se lo enseñaba como si de su hijo se tratase, explicándole las distintas características del libro, dónde lo había encontrado y el precio que había pagado por él.

El marqués de Villena, de su peculio particular, le daba todos los meses una cantidad para que fuera comprando y reponiendo los libros, con el fin de enriquecer el patrimonio bibliófilo de la Academia. Poco a poco la estancia se iba transformando en una gran librería con varios estantes en distintos frentes de la habitación. No había un fragmento de pared sin un lugar para colocar los libros. Un verdadero tesoro entre el que se sentía levitar: ser otra persona. Nada le hacía más feliz que pensar en la hora que le tocaba ir a su archivo. Al levantarse, prácticamente sin desayunar, bajaba a toda prisa para sentarse entre los volúmenes. Lo primero que hacía era estudiar los que había obtenido los días anteriores para pasar posteriormente a clasificarlos y colocarlos en su lugar. Los colocaba por materias y, dentro de una misma materia, por orden alfabético. Conocía, de carrerilla, cada lugar, cada posición en la que se encontraba una obra. Muchas veces cogía una de ellas, la hojeaba y después, con sumo cuidado, la volvía a dejar en su posición exacta. Los libros seguían en el mismo lugar que fueron colocados el primer día. No era capaz de cambiar nada, ni siquiera la posición de ellos.

El que cuidaba con esmero, el que recibía más mimo, no exento de secretismo, era un libro que encontró en una casa antigua de un pueblo perdido de apenas veinte casas, Barcarrota, en la provincia de Badajoz. Era nada menos que el Lazarillo de Tormes editado en 1554 en Medina del Campo, junto con otros libros menos conocidos, aunque por su antigüedad, muy valorados. Se trataba del Libro de Alboraique, contra los conversos; un ejemplar único, condenado por la Inquisición, la Oración de la Emparedada, escrito en portugués con ciertas manifestaciones supersticiosas; una edición latina de La Lingua de Erasmo de Rotterdam; dos tratados de quiromancia; un pequeño tratado sobre exorcismos y un manuscrito italiano de contenido sexual fechado en el siglo XVI.

Todos esos libros estaban en una arqueta destinada a guardar reliquias. Era un tesoro que mantenía una relación entre ese conjunto de libros y la historia de los judíos conversos. Hay que tener en cuenta que la quiromancia, la astrología y la adivinación se consideraban, en esos tiempos, ciencias afines con la medicina e incluso los exorcismos mantenían una relación íntima con ella. La identificación con el

médico de la zona era perfecta en el caso de Francisco de Peñaranda. De aquí que no era raro que un libro, que tratase de estas artes y ciencias, fuera de lectura obligada para él y también un señuelo de su posicionamiento ideológico, por lo que enterrar estos libros era de obligado cumplimiento. Era su obsesión preservarlos del fuego y salvarse él. Ese objetivo lo consiguió a principios del año 1557. La figura de Peñaranda guardaba paralelismo con la de Miguel Servet, que desarrolló la ciencia médica con el descubrimiento de la circulación pulmonar y que enseñó astrología. Por sus trabajos y afirmaciones fue castigado con la hoguera. Astrología, quiromancia, hechicería era el universo pseudocientífico, de la tradición hebrea, testimoniado por los libros de Francisco.

El Libro de Alboraique alude a la cabalgadura de Mahoma, Al-Burak, que presentaba características de mulo, león, lobo y caballo. Los conversos eran alboraiques o alboraicos, pues en su interior convivían varios caracteres sin que uno sobresaliera sobre los demás. Los criptojudíos, dada su hipocresía, no eran queridos, , por eso no es de extrañar que Peñaranda mantuviera en secreto su linaje. Su carta de identidad era la posesión de sus libros por lo que es normal que quisiera hacerlos desaparecer temporalmente y evitar que el fuego los destruyese. No tenía nada más que estas dos opciones. De manera anónima se mantenía en la fe de sus ancestros, lo que no era sabido por la mayor parte de sus conciudadanos de Barcarrota. Estas obras circulaban, con el mayor sigilo, de mano en mano. Ningún librero las vendía como no fuera sabedor estricto de a quién iban destinadas.

Solo se conocían, hasta ese momento, tres ediciones del Lazarillo, la de Amberes, la de Burgos y la de Alcalá de Henares. Esta, que encontró Antonio, era una edición desconocida fechada en 1554 en Medina del Campo.

El hallazgo fue casual, ya que Antonio tenía una casa en la villa de Barcarrota donde acudía siempre que su tiempo se lo permitía, especialmente en las vacaciones; generalmente pasaba en el verano tres meses ya que la Academia se cerraba y su trabajo se interrumpía.

Enfrente de la iglesia de Santa María del Soterraño, lugar conocido por las gentes como El Altozano de Nuestra Señora o Altozano de la Virgen, una pequeña hilera de casas situadas en una pendiente o cuesta de la plaza de la Virgen. A escasa distancia se encontraba el Hospital de la Virgen. El lugar donde aparecieron los libros era conocido como la casa de los médicos, del linaje de los Peñaranda y de los Pérez-Sanjuán, unidos por vínculos matrimoniales.

La cuestión primordial es que la casa se le hacía muy pequeña; le ofrecieron otra cercana a la suya que era más grande y le permitía tener a su familia con más comodidad. Esta segunda vivienda pertenecía en aquel momento a los herederos de Francisco de

Peñaranda, médico converso, que comerciaba con libros, y por miedo a la Inquisición los enterró en un tabique de la estancia en la que acostumbraba a leer.

Un buen día, Antonio decidió hacer una estantería de obra para colocar sus libros, ya que aprovechaba el verano para leer intensamente y, por casualidad, como por accidente del destino, la piqueta encontró un hueco que le llamó la atención. Trató de agrandarlo y ver lo que contenía su interior, y cuál fue su sorpresa cuando encontró una arqueta con una serie de libros. Al principio no dio importancia al hallazgo pero, más tarde, reflexionando, cayó en la realidad. Había encontrado un tesoro. El pasado, siglos antes, se presentaba de improviso ante él, y era su responsabilidad encontrar un acomodo adecuado a los volúmenes. Enseguida pensó que el sitio indicado era la Academia. Estaba inquieto porque llegase el día para regresar y llevar consigo los libros. ¿Qué le diría el marqués? ¿Y los académicos? Era su auténtica obsesión. Una ilusión que, a partir de ese momento, no le dejó dormir tranquilo.

El Index Librorum Prohibitorum de la Iglesia católica era un impedimento que imposibilitaba sacar a la luz estos libros. Muchas personas acostumbraban a comprarlos, leerlos y posteriormente esconderlos. El miedo al Santo Oficio era cerval y nadie en su sano juicio quería exponerse a un encuentro con ella. Huían de cualquier atisbo que oliera a este tribunal, odiado y temido. Este médico extremeño, natural de Llerena, hombre culto y bien instruido, no fue una excepción a sus conciudadanos. Decidió poner los libros a buen recaudo, antes de que alguien le denunciara a la Inquisición y fuera juzgado y sentenciado a la hoguera junto a sus libros. Determinó salvarlos del fuego eterno, rodeándolos de paja y sellándolos de manera definitiva, con la ilusión de que él o alguno de su familia pudiera recuperarlos años después.

El índice de libros del inquisidor Valdés de 1559, señalaba claramente el peligro de poseer alguno de los libros que aparecían en la lista que él redactó. El Lazarillo era uno de ellos y Francisco Peñaranda, sabedor del peligro de su posesión, lo enterró forrado con una página de pergamino de un libro de coro. La edición estaba hecha en Medina del Campo por los hermanos Mateo y Francisco del Canto, donde dice: «Acabose a primeros del mes de mayo de MDLIIII». Así se los encontró un buen día Antonio, el bibliotecario, dentro de una arqueta bien sellada en la pared de una de las habitaciones en las que pasaba el verano.

De manera casual, un día en el que estaba preocupado por la colocación de una repisa de obra, la piqueta le descubrió una arqueta del año 910, una rica muestra de la orfebrería asturiana, recubierta con láminas de oro repujadas y cubiertas con temas florales y una

representación de los Tetramorfos, los cuatro símbolos de los evangelistas. Cuando preguntó a algún amigo suyo dedicado al arte antiguo, le comentó que posiblemente tuviera cierta influencia del arte carolingio y que era de gran valor. En los cuatro ángulos se hallaban cuatro gemas en sendos cabujones. Pero lo que más captó su atención, por el oficio al que se dedicaba, era el libro del Lazarillo. Al principio no se lo dijo a nadie ni tan siquiera a su familia. Compartió el secreto consigo mismo. Un mundo misterioso se abrió ante él. Quería estudiar, con todo detalle, su descubrimiento, explorar las circunstancias del enterramiento, las razones de por qué un médico de ese pueblo desconocido decidió, un buen día, esconder unos libros. Razones poderosas deberían haber llevado al antiguo dueño de la casa a ocultar lo que para Antonio era un verdadero tesoro.

El bibliotecario había vivido la creación de la Real Academia años atrás, en 1713, por su amigo, al que no solo debía afecto sino lealtad suma, el marqués de Villena, don Juan Manuel Fernández Pacheco y Zúñiga, y desde ese momento dedicó toda su vida a los libros. El hallazgo casual del Lazarillo significó para él un antes y un después. A partir de ese momento, consagró cada minuto de su vida al incunable. Algunas semanas después del descubrimiento y, ya en el otoño, con el reinicio de las actividades de la Academia, se lo comentó a sus amigos académicos; le hicieron multitud de preguntas acerca del descubrimiento en el momento en el que se presentó así como todos los datos relacionados con el mismo. Los académicos estuvieron de acuerdo en que el enterramiento de los libros se debió al miedo a la Santa Inquisición. El Santo Oficio imprimía un temor cerval a todos los que se relacionaban con la religión judaica. Un libro de estas características, en esos tiempos, propiciaba las denuncias y los juicios sumarísimos.

Capítulo 2

La leyenda «Limpia, fija y da esplendor» era una máxima que seguían todos con especial pulcritud desde la primera sede de la Academia, donde nació el 3 de agosto de 1713, en la plaza de las Descalzas frente al Monasterio Real, la casa del marqués de Villena. Este, huérfano desde muy joven, se educó con su tío Juan Francisco Pacheco, obispo de Cuenca, adquiriendo el conocimiento y el gusto por los libros, la literatura, el aprendizaje de las lenguas clásicas y modernas así como de las ciencias. Heredó varios títulos nobiliarios, entre ellos el de marqués de Villena, duque de Escalona y marqués de Moya. Fue el octavo marqués de Villena que, al quedarse huérfano a temprana edad, fue educado por su tío, el obispo de Cuenca, Juan Francisco Pacheco, que había reunido una importante biblioteca y que la legó a su sobrino el marqués. Esto hizo, con justicia, que se labrara la fama de un hombre sabio en todo el concepto del término. Fueron los primeros cimientos de la biblioteca con la que comenzó la Academia. Por su fidelidad al rey Felipe V fue nombrado virrey de Nápoles. De vuelta a España, en 1711 fue nombrado mayordomo mayor, lo que le liberó del cumplimiento de sus obligaciones con el fin de que pudiera dedicarse a sus estudios y tareas literarias. El 6 de julio de 1713 fue nombrado primer director de la Real Academia. En primer lugar se llamó, como núcleo inicial, a don Francisco Pizarro, marqués de San Juan, a don José de Solís Gante y Sarmiento, marqués de Castelnovo, y a don Vicencio Squarzafigo Centurión y Arriola, señor de la Torre del Pasaje; este último pertenecía a una familia de banqueros genoveses instalados en Cádiz. A estos primeros contertulios se habían añadido, también, Bartolomé de Alcázar, José Casani, el padre Carlos de la Reguera, Ferreras e Interián de Ayala, Andrés González de Barcia, Gabriel Álvarez de Toledo y don Antonio Dongo Barnuevo. Todos ellos, en un principio, eran defensores de la causa borbónica. El momento de postración por el que pasaba España fue fructífero, en ese momento, para agavillar alrededor de fuertes personalidades de la intelectualidad un grupo de personas que iniciaran este proyecto. Los once primeros tertulianos acordaron nombrar presidente al marqués de Villena y secretario a Squarzafigo, , en una primera acta de 3 de agosto de 1713. Se comprometieron a trabajar por un diccionario de la lengua española. Más tarde se ocuparían de una gramática y una poética española, así como de la historia de la lengua. Entre el año 1713 y 1717 se completó el número de académicos hasta veinticuatro,

conforme señalaban los estatutos, y se regularon las sesiones, actas, sillones y demás aspectos relacionados con el normal funcionamiento de la Academia. La fundación de la Real Academia responde al objetivo de los novatores de conectar España con Europa.

Lejos estaban los tiempos en que la ciudad de Barcelona se había rendido a las tropas borbónicas. España, en esos años, se retorcía por las heridas del tratado de Utrech y el de Rastatt. No se habían apagado aún las consecuencias del cambio de ciclo, de los Austrias a los Borbones, con toda la carga de la reforma política y administrativa que entrañaba esta época. Un cambio de dinastía y una pérdida de plazas en Italia y Países Bajos. En esos años en que la Academia de la Lengua comenzaba, se publicaron los decretos de Nueva Planta por los que en Valencia, Aragón, Mallorca y Cataluña quedaron abolidos los fueros, y se centralizaron las reformas y las políticas. Se castellanizó el país. A partir de entonces todo iba a ser como en Castilla, que permaneció leal a la corona de Felipe V. Las reuniones de los académicos denotaban estas preocupaciones y todas las conversaciones giraban alrededor del mismo tema. España preocupaba.

En el palacio se desarrollaban las tertulias que, a finales del siglo XVII, se habían puesto de moda entre los nobles y que, más tarde, fueron el origen de las reales academias, al igual que en Francia e Italia. Allí se hablaba de filosofía, literatura, medicina… Era el Madrid ilustrado de la recién instaurada dinastía de los Borbones y el origen de las academias.

Comienza entonces el período de los novatores en el que la Ilustración toma cuerpo de naturaleza en una España ansiosa de cambios. Se comienzan a cuestionar las certidumbres establecidas y a abogar por una auténtica renovación de las ideas y del conocimiento. Estaban empeñados en que en el momento de decadencia social y moral por la que atravesaba España, en ese período histórico, hiciera que los españoles cobraran conciencia del patrimonio cultural e histórico que tenían y que se abriera un diálogo con Europa. El Renacimiento había puesto la lengua y la gramática en el punto de mira de la intelectualidad y formación de cualquier proyecto. Ellos no podían darle la espalda.

La investigación, a través de la experimentación, dejó atrás los prejuicios de la Inquisición y comenzó en la medicina un desarrollo espectacular a partir de la anatomía y las disecciones anatómicas en otro tiempo prohibidas. Una ciencia que comenzó a ser agible. Trabajar sobre cadáveres no estaba permitido. Las matemáticas evolucionaron en Valencia y Sevilla donde las escuelas de los novatores tomaron un gran predicamento. La historia utilizó una metodología de investigación. Va a la fuente de la documentación

directa. Esta minoría conoce tendencias de Europa con los estudios de Descartes y de Newton. Se metaboliza el avance del conocimiento. La España de la Ilustración, hodierna, comienza una etapa de esplendor.

En este contexto es cuando las academias comienzan a desarrollarse y a tomar protagonismo en una sociedad que sale del ostracismo y de la apatía intelectual y que se muestra ávida por los cambios y la axiología. Sin embargo, todo no viene del exterior. La ilustración autóctona es muy importante y compagina estos cambios literarios, sociales, médicos, históricos y filosóficos de los novatores con los que provienen de fuera. Los Borbones intentan que la educación adquiera niveles altos en la sociedad. No hay pensamiento sin lenguaje, ni lenguaje sin pensamiento. Esta es la máxima que impera en las tertulias. Todos estos cambios tratan de olvidar la España de Carlos II en la que los problemas sucesorios estaban a la orden del día. El archiduque Carlos, José Fernando de Baviera, como candidato de consenso y Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV, se colocan en la línea de salida para ocupar el trono. Finalmente, es este último el agraciado, y comienza un nuevo período borbónico que intenta transformar la sociedad. La creación de las academias es buena muestra de esto. Tratan de elevar la autoestima de la clase influyente que, debido a los avatares de la sucesión, está en un nivel bajo. Hacía pocos años que la guerra de Sucesión había minado gran parte de las esperanzas de los nobles y de la clase dirigente. Esto es, en parte, debido a la falta de tacto y de perspicacia de Luis XIV que, después de firmar el tercer tratado de reparto en la primavera de 1700, decide no aceptarlo, ya que en el testamento de Carlos II, fechado en el mes de octubre de ese mismo año, deja como heredero del trono de España al nieto de Luis XIV. Prefería esta opción a la de entrar en un reparto con las distintas casas europeas. La tarta completa siempre sería mejor que un trozo de ella. El fallecimiento de Carlos II en el mes de noviembre da paso al nuevo rey, Felipe V.

La corte es un hervidero político y no solo intelectual, pero justo es decir que la guerra de Sucesión es en un principio internacional. Las grandes potencias europeas tratan de colocar a sus delfines en el trono de España. La casualidad y la muerte hacen que uno de ellos, José Fernando de Baviera,designado por Carlos II como sucesor, fallezca tempranamente. Sus apoyos, centrados en la reina madre doña Mariana de Austria y el cardenal Portocarrero, deben buscar un nuevo candidato, que se reúne en la figura de Felipe de Anjou, sobrino de Carlos II. Esto no es casual, ya que en el testamento de Carlos II este nombre es el escogido. Mariana de Neoburgo defiende la posición del archiduque Carlos. La guerra fue desde un principio tanto civil como internacional. El cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo y consejero de Estado, apoya en esta ocasión a Felipe de Anjou, apoyo

fundamental para que sea él el que tenga todas las papeletas para acceder al trono. Toma esta decisión al creer que es el único modo de salvaguardar la integridad territorial española aliándose con el hombre más poderoso en la Europa del XVIII, Luis XIV, llamado el Rey Sol. En esto hubo consenso con el testamento de Carlos II. La guerra de Sucesión finaliza con el tratado de Utrecht en 1713, por el que se reconoce a Felipe V como legítimo rey de España. A su vez debe renunciar a Milán, Nápoles, Cerdeña y los Países Bajos españoles, que pasan a manos del archiduque Carlos, convertido en el emperador Carlos VI del Sacro Imperio Romano Germánico después de la muerte de su padre, el emperador Leopoldo I. Por este tratado España perdió también Sicilia, Menorca y Gibraltar. El 11 de septiembre de 1714 Felipe V recupera la ciudad de Barcelona, el último bastión de los austracistas, suprimiendo la autonomía catalana e imponiendo una política centralista.

Felipe V eligió Barcelona como el lugar para su boda con María Luis Gabriela de Saboya, en 1700, permaneciendo en la ciudad hasta abril de 1702. En este período atiende la política catalana y sus planteamientos accediendo parcialmente a declarar que solo dos barcos al año podían realizar el comercio con América. Referente a la masa burguesa que existía en la ciudad, el rey la ennoblece repartiendo títulos nobiliarios. Pero no dice que sí a todo; no acepta la solicitud de que los catalanes estén exentos del alojamiento de tropas y que sean ellos los que elijan los cargos que les van a gobernar en la administración, como los ayuntamientos. Hay un pactismo contra un absolutismo, pero esto no da resultado y Felipe V regresa a Madrid, con el recuerdo de ser el rey vengador, a pesar de sus múltiples cesiones.

La guerra de Sucesión comienza en la primavera de 1702, pero se continúa con el reformismo borbónico en las áreas económicas, fiscales, sociales y educativas. Por ello, la guerra y el reformismo van de la mano en estos años. Se realizan los cambios políticos y económicos de la monarquía, los cambios de la administración centralizando la burocracia que estaba desperdigada. Para ello se crea un cuerpo de funcionarios potentes que llevaran a cabo estos cambios. El bando francófono toma fuerza ya en las postrimerías de la vida de Carlos II, y acrecentada cuando Felipe V reina en España. Carlos II, cuyo reinado fue débil y marcado por la enfermedad decide, en el último momento, prestar un servicio final a España y tratar que el imperio sea dividido entre los tronos de Europa. Se perdieron muchos territorios, pero al menos la corona mantuvo su integridad.

En este contexto histórico es cuando el germen de las academias comienza a desarrollarse y es la de la lengua la primera que da el paso con el apoyo del nuevo rey Felipe V, quien no es ajeno a la influencia

de su educación francesa. La época de la Ilustración ha comenzado. Llegan aires de fuera, del exterior. Aires renovadores que inundan la columna vertebral de la sociedad.

Felipe V, que reinó desde 1700 hasta su muerte en 1746, es el primer rey Borbón en España y su reinado, de cuarenta y cinco años, es el más prolongado. Tuvo tiempo de hacer muchas reformas. Luis XIV y varios reyes europeos firmaron, en un principio, que el trono fuera para José Fernando de Baviera pero su repentina muerte frustró sus planes y hubo que firmar un tercer tratado de partición en 1700. Todo esto a espaldas de España y con la anuencia y dirección de Luis XIV. Se plantea, entonces, un conflicto civil de implicación nacional que se había iniciado años antes de manera internacional, pues mientras las Coronas de Castilla y Navarra se mantenían fieles al candidato borbónico, la mayor parte de la Corona de Aragón prestó su apoyo al candidato austríaco. Los combates fueron propicios a las tropas felipistas. Felipe V despeja su camino al trono.

A partir de este momento se suceden las reformas políticas, administrativas, económicas y educativas. El rey fue un gran impulsor de todas ellas. Fue llamado el Animoso por su gran influencia en la creación de la Biblioteca Nacional y de las Academias de la Lengua, Medicina, Historia y Bellas Artes. Siempre lo hizo a imitación de la Academia Francesa y de la italiana de la Crusca. En este ambiente es cuando la Academia de la Lengua y el marqués de Villena dan los primeros pasos para su desarrollo ya que, desde sus inicios, prestó su casa para sede de la Academia. La casa del marqués tenía su entrada en la calle San Martín, entonces llamada calle de Bordadores; la vía venía desde la calle del Arenal y subía hasta las Descalzas, frente al convento de San Martín, situado en el solar donde hoy se levanta la Casa de las Alhajas, a un paso de la iglesia de San Ginés.

Con estos mimbres se creó la Real Academia Española el día 3 de agosto de 1713 en la plaza de las Descalzas. En esa misma plaza, pocos años antes, Francisco Piquer Rodilla, sacerdote del monasterio de las Descalzas Reales, creó el Monte de Piedad de Madrid, un bello edificio barroco que el marqués gustaba de admirar cada vez que paseaba por su frente. Fue una iniciativa de Juana de Austria, hija de Carlos I. Sin embargo, el centro político y administrativo del Madrid de los Austrias estaba situado en el desaparecido Real Alcázar, la residencia oficial de los reyes, hasta que se presentó el incendio en el año 1734, el mismo en que se creó la Academia Médica Matritense. Sobre su solar se erigió el Palacio Real de estilo barroco clasicista. Pocos años después el arquitecto Juan Bautista Sachetti presentó al rey Felipe V el proyecto de la creación de un jardín en la fachada oriental del palacio.

El marqués de Villena paseaba todas las tardes por estos lugares,

bien solo bien acompañado de algún académico. No todos los integrantes de la Academia eran sus amigos. A veces las ideas políticas les separaban, unos defendían las tesis de los borbónicos y otros las de los austracistas, pero en la sede de la Academia todos mostraban su respeto y un juicio educado y amable. El saludo protocolario era la regla. Casi siempre que visitaba la plaza de Oriente se acercaba por la plaza de la Encarnación y entraba a ver las obras pictóricas que tenía en su interior: Lucas Jordán, José de Mora, Van der Hamen y otros, pero lo que más le gustaba era el Cristo yacente y Cristo atado a la columna de Gregorio Fernández. El convento, fundado por la reina Margarita de Austria, esposa de Felipe III, era de las agustinas recoletas y estaba creado para recibir a las damas de la nobleza. Fue a principios del siglo XVII cuando el rey, encantado por su cercanía al Real Alcázar adquirió las casas de los marqueses de Pozas. La reina mandó construir un pasadizo que iba directamente del palacio al monasterio con el fin de evitar las miradas indiscretas, y así entrar y salir sin llamar la atención. El marqués de Villena se deleitaba entre las paredes de este monasterio al que, por su afinidad a las monjas agustinas, tenía entrada libre. Las Margaritas, como así se le llamaba en el lenguaje del pueblo, fue construido para perpetuar y conmemorar la ordenanza del rey Felipe III de expulsión de los moriscos que aún quedaban en Madrid.

Años más tarde, en 1894, la sede académica se trasladó a la calle Felipe IV, sede actual de la Real Academia de la Lengua. En este contexto cultural y académico es donde el incunable Lazarillo de Tormes vive su segunda época, la primera abarcó el tiempo desde la imprenta hasta que Peñaranda lo emparedó en un tabique.

Capítulo 3

Antonio, cuando descubrió los libros dentro de la arqueta, expuso su hallazgo, algunas semanas después, al director de la Academia. El marqués tenía depositada gran confianza en su amigo y secretario particular, al cual nombró bibliotecario. Asistía a todas las reuniones y no era capaz de concurrir a las tertulias sin hacerles partícipes de su descubrimiento. Le parecía ser un desalmado para sus compañeros si no lo hacía de esta manera. Y así un buen día, antes de que comenzara la reunión, todos sentados alrededor de unas tazas de café, tomó la palabra y puso sobre la mesa la arqueta con los libros. La sorpresa de los asistentes fue mayúscula, ya que nadie podía imaginar una edición desconocida del famoso libro que dio personalidad al Renacimiento y que marcó una etapa.

—Una obra escrita en primera persona que, de manera epistolar, narra la vida de un niño, desde que nace hasta su matrimonio ya en la edad adulta. De infancia complicada entra a trabajar, muy joven, primero con un ciego, después con un clérigo, más tarde con un escudero arruinado y finalmente con un fraile mercedario y un buhonero. Es el arquetipo de una sociedad en la que relata, con una ideología moralizante y pesimista, los defectos de los pilares que la integran. El pueblo, la nobleza y el clero. La lectura de sus páginas nos señala un determinismo, ambiental y hereditario, del ciego que aprende a ser un listo de la vida, a engañar y a mentir. Durante todo el tiempo se vale de la astucia para mitigar el hambre. Con el escudero arruinado está la figura del que no tiene nada y solo quiere aparentar. Con el clero se defiende día tras día. Demuestra, el autor anónimo, un pesimismo de la vida pero lo manifiesta con un humor que intenta mitigar el hambre y el dolor. En sus páginas se entrecruzan los estamentos de la sociedad de la Edad Media: el pueblo, la nobleza, el clero y los oficios —explicaba el marqués con voz clara y musical—. Un gran especialista de la literatura renacentista, pues el valor del libro es el de ser un relato autobiográfico en el que se presenta el antihéroe en la figura del pícaro, de origen innoble, hijo de prostituta, sin interés por el trabajo, astuto, solo con el deseo de medrar, misógino, donde la soledad es la consecuencia sin existencia de la amistad, cambiando de chaqueta en chaqueta, o lo que es lo mismo, de amo en amo, en función de las circunstancias. Es una crítica mordaz al clero, a la nobleza y al pueblo —sentenció el marqués que, al acabar la disertación, fue aplaudido con el fervor intelectual que

emanaba de la Academia.

Todos estaban entregados a su talento y al derroche de cultura de la que presumía. Estaba, en cierto modo, pagado de sí mismo y estos actos le reafirmaban en su poder. Procuraba repetirlos frecuentemente. Siempre acababa sus disertaciones con una sonrisa autocomplaciente y una mirada de orgullo conciliador.

La voz estentórea del marqués inundaba la sala con sus explicaciones. Una auténtica conferencia literaria. Todos, hasta ese momento, habían asentido en silencio las explicaciones y, aún sin salir del sobresalto y de la sorpresa del encuentro, vieron muy adecuadas las palabras de su director.

Antonio estaba henchido de gozo. Era el protagonista, aquella tarde, de la tertulia. La arqueta con su contenido se guardó celosamente en una habitación del palacio. Acudía todas las tardes, acompañado por su hijo que cada vez amaba más el libro, no en vano tenía una antigüedad de muchos años; leía y releía con especial fruición en uno de los aposentos de la casa del marqués donde había órdenes explícitas de que el libro no saliera de las cuatro paredes de su palacio. De esta forma transcurrió el tiempo.

Antonio, acompañado por su hijo Álvaro, ya casado, acudía cada tarde a leer la apreciada obra. Unas páginas eran suficientes, y cuando acababan volvían a empezar en un continuo redundar en sus tópicos, que se sabían de memoria y que podían recitar, si el caso se presentara, de una manera automática y maquinal. Las paredes del palacio escucharon las historias y andanzas del lazarillo con el ciego, con el escudero y el clérigo. Repetían una y otra vez sus historias. Su miseria y su ingenio eran comentario diario entre padre e hijo. Y así continuaron, durante muchos años, hasta que un buen día el padre, ya viejo, le dijo al hijo que esta vez sería la última que le acompañaría en sus paseos, pero que él debería hacer lo mismo con el hijo que acababa de nacer. Era como un legado que le transmitía con el deseo de que a su vez hiciera lo mismo con su hijo. La propiedad del volumen era de la Academia a medias con su familia; así se lo expuso a su amigo el marqués de Villena. Todos los académicos aceptaron de buena gana el ofrecimiento. Enriquecería su biblioteca, y cuando tuvieran una sede mejor ocuparía un lugar preeminente.

Muchas tardes, cuando el sol se ponía en las calles de Madrid con esos azules entreverados que daban un matiz velazqueño al cielo, padre e hijo salían a pasear por los alrededores. Caminaban por la calle Arenal, pasaban por la iglesia de San Ginés a tiempo de oír las campanadas llamando a misa, y llegaban a la plaza de la Ópera. Las viejas se afanaban para llegar a tiempo. Los zagales jugaban en la puerta de las casas bajo la atenta mirada de sus madres. Las parejas se daban al juego amoroso y algún mendigo ponía una nota triste al

ambiente. Este cuadro se repetía a diario. Cuando el eco del carrillón musical se apagaba se dirigían lentamente a la plaza de Oriente y regresaban por otras calles.

A veces sus pasos les llevaban a la Plaza Mayor, conocida como la del Arrabal, donde se celebraban los acontecimientos históricos del Madrid más popular y donde el mercado presentaba sus mejores productos. En ocasiones, sin embargo, Antonio paseaba por una plaza más moderna, ya que, en el siglo XVI, Felipe II encargó a Juan de Herrera la ordenación urbanística, que fue la primera que se diseñó pero no la última. Por la que discurrían sus pasos, en estos años, era una plaza más cortesana, escenario de actos públicos de carácter civil y religioso, y que atravesando el arco de Cuchilleros les llevaba a la cava de San Miguel y a la calle de Cuchilleros. Llegaban de esta manera a Casa Botín donde cenaban un buen cochinillo. El restaurante había sido fundado pocos años antes, en 1725, y presumía de preparar platos castellanos con horno de leña y comedor abovedado de piedra expuesta. Saborear el cordero y el cochinillo eran las preferencias de Antonio y de su hijo Álvaro. No lo podían hacer todos los días. Solo en fechas bien concretas, ya que el salario del que vivían no les daba para demasiados estipendios. En ocasiones, el marqués le daba una cantidad extra para que celebrara algún acontecimiento familiar y en esa ocasión era cuando visitaban las buenas posadas del Madrid antiguo. En su paseo contemplaban la Basílica Pontificia de San Miguel, ejemplo del barroco madrileño, y el Palacio Arzobispal del mismo estilo. A veces, tenían por costumbre entrar unos minutos a rezar. Era un buen cristiano y quería inculcar estas virtudes en su hijo.

De esta manera cultivaban el espíritu y el estómago, pues como bien decía Antonio: «Disfruto del picante a mi antojo pues tengo un estómago agradecido». Y Álvaro le contestaba: «Los apetitos del estómago y del paladar, lejos de disminuir a medida que los hombres envejecen, van en aumento con la edad».

—Veo que lees a Cicerón —sentenció su padre.

Alguna vez se cruzaban con algún conocido que se paraba para comentarles las últimas noticias de la vida madrileña. Por esa época eran constantes los comentarios políticos sobre lo que se había discutido en la corte o en el parlamento. Los mentideros políticos estaban a la orden del día. Por buena parte del camino se topaban con figuras humanas envueltas en capas y con sombreros de tres picos. «¿Dónde irán?», repetían constantemente padre e hijo.

Uno de los paseos favoritos de ambos era el que conducía al convento de las Trinitarias, donde reposaban los restos de Miguel de Cervantes, gloria de las letras españolas. Allí, en el olvido de los tiempos, en los escombros del pasado, en el polvo perdido de una fosa común, está el que fue el escritor más conocido que, muriendo pobre y

olvidado, ha sido leído por millones de personas y que nunca conoció la gloria inmortal de su obra. Vivía cerca, a dos manzanas de donde fue enterrado, en la esquina de la calle del León con la de Francos. Antonio y su hijo gustaban de pasear cerca de esos muros imaginando cómo sería la vida del ilustre escritor, cercano en el tiempo al autor anónimo que escribió el Lazarillo de Tormes. Quizás se inspirara en ella, pues la primera parte vio la luz en 1605. Muchas veces, para llegar a este lugar, debían atravesar callejones angostos y estrechos, sucios y oscuros, con ropa tendida en sus balcones; era algo que, verdaderamente, no estimulaba la estética del paseo. De cuando en cuando, una mujer salía a la calle con un barreño y tiraba el agua sucia al grito de «¡Agua va!». Era necesario ir con cierto cuidado para que el agua no viniera directamente a tu cuerpo e, incluso, a veces dar un salto para evitar el baño intempestivo y maloliente.

El deambular por esos lugares era una suerte de sorteo de obstáculos y objetos puestos en continuo desorden, impidiendo un caminar relajado. Antonio con su elegante bastón de puño de plata y caña de caoba trataba de apartar cualquier cosa que se encontrara a su paso. Tenía la costumbre de proveerse de ese bastón que gozaba de la propiedad de presentar un estoque interior de varios centímetros de acero toledano bien templado. En estos tiempos decía: «Es necesario ir con ciertos medios defensivos, nunca se sabe lo que puede pasar».

La conversación de padre e hijo siempre giraba alrededor del libro, de las andanzas del protagonista y de sus desvelos y ansiedades para conseguir un simple mendrugo de pan. La casualidad del encuentro, en la villa de Barcarrota, generalmente era motivo de largas preguntas y cortas respuestas acerca de quién enterró los libros. Era de suponer, sin ánimo de equivocarse, que el miedo a la Inquisición llevó al propietario a esconderlo. De haberse encontrado en su casa, con seguridad, hubiera tenido problemas y se habría tenido que enfrentar a un tribunal y a la consabida sentencia que iba desde la prisión hasta la hoguera. Ante este dilema, la ocultación era la consecuencia. No tenía otra alternativa. La serendipia de Antonio hizo que, al tratar de construir unas repisas para sus libros, la piqueta pusiera al descubierto el preciado tesoro.

Los académicos que acudían cada tarde a la casa del marqués solían hablar de todo. En sus conversaciones nunca faltaban los últimos acontecimientos políticos. Se había firmado el tratado de Utrecht y al morir sin descendencia Carlos II desapareció la casa de Habsburgo y se instauró la de los Borbones. Se agotaba una dinastía y comenzaba otra. La madre de Carlos II, Mariana, era la regente. Al no tener descendencia las luchas entre los partidarios de Felipe IV, el rey Planeta, y los partidarios de Luis XIV, el rey Sol, se hacen patentes. A pesar de que Mariana defiende la rama alemana es la borbónica la que

gana. Las rivalidades entre los borbónicos y los austracistas eran motivo de tertulia y discusiones la diferente posición ideológica de los académicos que defendían una u otra de las posturas en liza. El siglo XVIII fue un siglo de crisis: «el siglo de hierro», llamado así por su dureza.

La Corona de Castilla, que apoyaba a los primeros, y la de Aragón, a los segundos, se enfrentaron en la guerra de Sucesión. Hacía pocos años que Felipe V juró los fueros y fue proclamado rey de la Corona de Aragón. El apoyo británico al archiduque Carlos de Austria hizo que una gran flota fondeara frente a Barcelona y asaltaran el castillo de Montjuic. Finalmente, Felipe V fue proclamado rey de España.

Sin embargo, no todo fue esplendor y alegría en este rey que era conocido como el Animoso, por sus extraños cambios de humor. Tenía un trastorno bipolar acompañado de un delirio nihilista. La euforia y la depresión se alternaban en sus manifestaciones. Se convirtió en el primer Borbón de la línea española. Esto no fue del agrado de los Austrias. Los académicos se manifestaban, también, en uno u otro lado de la historia. Pero es justo reconocer el apoyo del rey a la creación de la Academia bajo el espíritu de la Ilustración que recorría Europa. La Academia de la Lengua no fue una excepción. Recibió el primer espaldarazo real, que desde el principio la apoyó. Siguieron otras más tarde. La sociedad cambiaba a cada instante y los académicos, imbuidos por este espíritu hodierno, competían en ser cada vez más actuales, adaptándose a las innovaciones.

Todos estos acontecimientos hicieron que las charlas literarias pasaran a un segundo plano y, en su lugar, tomaran protagonismo los acontecimientos políticos de más actualidad. Muchas tardes las reuniones comenzaban con un tema literario y acababan con uno político, enzarzados en contradicciones y enfrentamientos dialécticos que, por fortuna, no iban a más. Los diferentes grupos competían en la defensa de sus convicciones, llegando, a veces, al límite de la línea que la cortesía y las buenas formas no dejaban traspasar.

Antonio no se decantaba por ninguno de los dos bandos. Escuchaba con atención. Su preparación, en estos temas, no era excesiva. Prefería ser observador. Su hijo, agazapado detrás de la puerta, también, escuchaba y veía las diferentes conductas de los tertulianos.

El humo de los cigarrillos y pipas hacía que el ambiente fuera muy espeso. Una neblina se extendía por todo el aposento, que a pesar de ser de una dimensión grande, dificultaba la visión con la consiguiente irritación ocular. Las tazas de café en la mesa y las copas de anís y los vasos de agua de cebada, en el verano, ocupaban gran parte de su extensión. Esta última la preparaba, en grandes cantidades, un sirviente del marqués. Solía endulzarla bien con azúcar o con miel. Los académicos, imbuidos por el furor de la discusión y con el ardor

del verano, en un entorno favorable, no dejaban de beber esta agua tan dulce. Pero ni eso les aplacaba, sino que les excitaba aún más. Las discusiones subían de tono según iba avanzando la tarde. Tomar partido político, defender una idea literaria y discutir un punto filosófico eran las cartas sobre las que se realizaban los juegos polemistas y las discusiones culturales. Todo quedaba en florituras dialécticas sin mayor trascendencia. A la semana siguiente volverían a iniciar sus escaramuzas verbales.

El hijo de Antonio observaba con mucho interés, desde su posición inigualable, todo lo que allí sucedía. El bibliotecario no intervenía en las discusiones, sino que adoptaba una posición ecléctica. Además, al no ser un académico, en el sentido estricto del término, le parecía más prudente no hacerlo. Debido a este hecho mantenía una posición neutral y, de una u otra manera, no tenía ninguna intervención verbal; simplemente, con los ojos, seguía las diferentes actitudes y pensamientos de unos y de otros. Por ello todos le apreciaban y, a veces, con una mirada pedían su asentimiento a una idea que exponían. Antonio dedicaba a todos una sonrisa suave, casi amable, imperceptible para muchos, observada por pocos.

Ya anciano, seguía asistiendo con interés a las tertulias y su hijo Álvaro, un joven mozo bien parecido, continuaba adoptando las mismas posiciones detrás de la puerta. Llegó un buen día en que Antonio ya no podía sentarse entre los académicos. Solo podía estar en el lecho. Fue el momento en el que le dijo a su hijo que debería ser el custodio del libro. No debería perderse entre tantos volúmenes.

Corrían los meses finales del año 1733 cuando don Antonio, que de esta forma se había ganado el respeto de sus compañeros, fallecía en los aposentos en los que vivía, al servicio del marqués, desde hacía muchos años. La plaza de las Descalzas Reales se puso de luto, pues era muy conocido entre los vecinos. Su hijo se hizo cargo de la salvaguarda del preciado libro del Lazarillo de Tormes. Tan sentido fue el fallecimiento de don Antonio que, a la sede de la Academia, acudieron representantes de la Tertulia Médica Matritense que se había acabado de formar en julio de 1733. Este proyecto que vio la luz en la oficina de farmacia de don José Ortega, en la calle Montera, quiso honrar con su presencia la figura de quien había descubierto y cuidado un libro tan codiciado, cuya edición era desconocida hasta ese momento. Más tarde, en agosto de 1734, cuando se publicó un real decreto, firmado por Felipe V, creando la Academia Médica Matritense, su director, el doctor José Cerví, organizó una sesión necrológica en su recuerdo. A su llamada acudieron todos los académicos de las dos recién creadas academias. Las intervenciones fueron muy bien recibidas; con el asentimiento unánime, fue reconocido como académico de honor. Su hijo, emocionado, dio las

gracias por tan magna distinción prometiendo, allí mismo, que cuidaría el libro como si fuera su hijo.

La sesión, al contrario de otras, duró más de dos horas y la plaza de las Descalzas Reales se cubrió de coches de caballo y conductores, vestidos con sendas libreas adecuadas al momento. Los lacayos, junto a los carruajes, vigilaban que los académicos entraran y salieran fácilmente, dada la edad provecta de muchos de ellos. La sesión entró, de esta manera, en los anales de las academias. Los sombreros de copa, las libreas y los bastones abundaban en esa plaza.

El final del Barroco hizo, al igual que en la pintura y la arquitectura, que la vestimenta cambiase adoptando maneras ceremoniosas. El estilo Rococó y el Neoclasicismo se imponían en las formas. El frac en seda, con alternancia de tafetán y raso, ajustado al cuerpo y con cuello vuelto era la moda del momento. Los botones metálicos y un chaleco, bordado a mano, en satén de seda negra y forro de lino completaban el atuendo de los académicos junto con el bastón imprescindible en esa época. Este elemento era símbolo de elegancia y prestigio y no solo una herramienta que ayuda a caminar, que también lo era, y su empuñadura de tipo pomo marcaba el estatus social y de distinción que las circunstancias requerían. Era un verdadero protocolo que, a veces, escondía una espada o estoque toledano defensivo, si así se necesitaba. Terminaba el atuendo con el sombrero de copa y una amplia ala que daba el toque final de prestancia y elegancia.

—Estoy muy agradecido a todos ustedes. —Álvaro no dejaba de repetirlo a cada académico con el que se tropezaba.

—Reconocer los méritos de don Antonio era nuestra obligación. Pocas veces una persona dio tanto a una academia. Si hubiera decidido vender el incunable hubiera obtenido muchos buenos reales. No hay precio para este volumen representante del Renacimiento más acervado.

—Siempre me dijo que anteponía su tutela a cualquier deseo personal. Hizo de su vida un servicio a la Academia —señaló Álvaro, con un rictus de tristeza.

—Pondremos una placa en su honor —advirtió el marqués, atento a toda la conversación.

—Será un maravilloso recuerdo que me hará tenerle más cerca. Hace muy poco tiempo que se ha marchado y no saben cómo le echo de menos.

—Se nos hace tarde, creo que debemos separarnos —comentó el marqués.

—A mí también —contestó Álvaro, al tiempo que se levantaba del sillón, de cuero repujado, donde reposaba el marqués después del almuerzo.

La tarde había extendido su manto oscuro sobre las calles de

Madrid. El sol hacía tiempo que se había ocultado y las sombras de la noche presagiaban lluvia. Álvaro salió de la Academia con paso firme y se dirigió a la calle Mayor y por la calle de Postas llegó a la Plaza Mayor. Eran tiempos en que el mercado había finalizado y, por todas partes, se veían cajas y restos de frutas y verduras. Los pocos comerciantes que allí estaban recogían sus pertrechos y viandas y los introducían en los carromatos. En la plaza, los barrenderos se afanaban en regar las calles y en prepararlas para el siguiente día. En la calle no había muchas personas, y las pocas que estaban caminaban deprisa hacia su casa. Apenas se cruzó con algún conocido al que saludó desde la distancia. Álvaro no dejaba de pensar en lo que había sucedido en los últimos meses, en la enfermedad de su padre, en sus palabras finales y en el legado que le hizo como depositario del incunable. Haría de su vida lo que él hizo de la suya.

Con el fallecimiento de Juan Manuel Fernández Pacheco y Zúñiga, el marqués, como todos le llamaban, las sesiones se trasladaron a la casa del que también sería el director, Juan Curiel, en la calle de la Sartén, hoy llamada de las Navas de Tolosa. La cercanía de ambos lugares permitió que el traslado fuera relativamente fácil y que los libros no sufrieran ningún deterioro. Más tarde, al ser director de la Academia don Fernando de Silva Álvarez de Toledo, duque de Alba, el rey Fernando VI le permitió que la sede pudiera estar en la Real Casa del Tesoro, aneja al Palacio Real en la plaza de Oriente. Nuevamente los libros fueron trasladados con cierto esmero y Álvaro, ya mayor, y su hijo Alonso colaboraron en las tareas de la mudanza.

En 1793 Godoy, valido de Carlos IV, cedió al nuevo director de la Academia, José Bazán, el edificio del antiguo estanco del Aguardiente en la calle Valverde, donde hoy radica la sede de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. En estos años fue también director de la Academia Francisco Martínez de la Rosa, insigne político y prolífico escritor, perteneciente al grupo de los liberales en la España de las Cortes de Cádiz y la España absolutista de Fernando VII.

Corría la tercera década del siglo XIX y la Academia ya había cumplido un siglo largo. Qué lejos estaban las reuniones en la casa del marqués de Villena, en la plaza de las Descalzas Reales. La sede había cambiado de lugar y también de mentalidad. Eran tiempos nuevos, diferentes ideas, distintas costumbres. La revolución de 1830 en Francia, llamada Revolución de julio o de las tres gloriosas, por haberse desarrollado en tan solo tres días, fue una revuelta de las clases medias y populares contra el rey Carlos X y su gobierno autocrático. En España es el período final del reinado de Fernando VII, protagonizado por el enfrentamiento entre los absolutistas y los liberales. Cuando murió el rey, en 1833, se presentó la guerra civil

entre los carlistas, partidarios del infante Carlos María Isidro de Borbón, de carácter absolutista, y los isabelinos defensores de Isabel II, hija de Fernando VII, y de la regente María Cristina de Borbón, inicialmente absolutista moderada y después liberal, por lo que obtuvo el apoyo popular.

Los académicos, una vez más, no eran indemnes a los avatares de la política. Un grupo era absolutista y otro liberal. Lo que existía en la calle se reflejaba en las discusiones de la Academia, influidas por la diferente posición política. A veces las sesiones estallaban en frases fuera de contexto y, en cierto modo, desagradables, lo que llevaba al poco tiempo a que los académicos tuvieran que disculparse. Pero estas escenas se repetían muy a menudo, y socavaban el ambiente que debería reinar en la intelectualidad así como en los interiores encerrados entre esas paredes. Estos enfrentamientos se llevaban, a veces, hasta el momento de la votación de un nuevo académico. Unos y otros defendían la posición que ocupaba en la política del momento. Sin embargo, terminada la votación, todos hacían una piña ante el académico electo, olvidando sus posturas anteriores.

Cuando Álvaro repetía los paseos con su hijo Alonso insistía, de nuevo, en la importancia de mantener el preciado libro a salvo de robos. La historia se volvía a reproducir de una manera casi fotográfica. Álvaro fallecía y encargaba a su hijo el cuidado de la obra tan querida por todos. Sobre los sucesos políticos imperaba su cariño por los libros; y el Lazarillo de Tormes ocupaba un lugar preeminente.

Capítulo 4

Francisco de Peñaranda había venido de Llerena, un pueblo de Badajoz que en la época de los árabes se denominaba Ellerina, una residencia habitual de los maestres de la Orden de Santiago. En la ciudad había un importante núcleo judío, llegando a ser una población próspera con altos niveles económicos y culturales. El entorno disfrutaba de una convivencia pacífica entre las tres culturas: cristianos, judíos y musulmanes.

En el año 1479, el judío Rabí Mayr consiguió que los Reyes Católicos eliminasen la prohibición de que los judíos celebrasen ferias y mercados, permitiendo de esta manera mejorar los niveles económicos de la ciudad y favorecer la creación de la escuela de traductores. Había, en esta época, unas seiscientas familias de judíos y Francisco de Peñaranda pertenecía a una de ellas. Todas vivían alrededor de la sinagoga y la Fuente Pellejera. Pertenecían a las estirpes judeoconversas de la Baja Extremadura. Aquí es donde debe centrarse la relación entre estas familias, los libros de Barcarrota y los médicos extremeños.

En 1508 se instaló el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición debido, en parte, a la influencia del licenciado Luis Zapata de Chaves, consejero y asesor de los Reyes Católicos. Fue ayudado por la población hebrea de la Baja Extremadura, siendo el tercer tribunal de España en cuanto a la extensión de su jurisdicción, al ocupar más de cuarenta y dos mil kilómetros cuadrados, que incluían los obispados de Ciudad Rodrigo, Plasencia, Coria y Badajoz.

Peñaranda, más que un judío converso era un criptojudío, persona que aparentaba haberse convertido al cristianismo pero seguía practicando la religión judía. Esto le llevó a ocultar los libros y huir a Olivenza, en Portugal. Su idea principal era preservar los libros del fuego y, con ello, también su cuerpo ante la casi segura sentencia del Santo Oficio. Rodeados de paja y enterrados en un muro de su casa, esperaban un buen momento para que él o su familia los pudieran recuperar. Hay que tener en cuenta que el linaje judeoconverso y su casa se fundían, ya que desprenderse de los muros de la segunda equivalía a matar la estirpe de la primera. Esta idea de la vivienda como lugar de reencuentro del judaísmo se encuentra en todas las familias de la época, desde las más encumbradas, como los Paz-León, hasta las de las clases más modestas. Ni siquiera las deudas de los herederos eran excusa suficiente para desprenderse del lugar donde

habían vivido sus antepasados. La devoción por la vivienda era consecuencia del cariño por su entorno, por su grupo, que trataban de preservar al máximo. Un contemporáneo de Francisco de Peñaranda, Juan de Sanjuán, en 1554, legaba en su testamento las casas en las que vivía su familia: «Y es mi voluntad porque yo tengo gastado en estas dichas mis casas mucha cantidad de maravedíes y querría que no se enajenasen en ninguna persona fuera de mi generación… que no pueda ser vendida ni trocada, ni empeñada sino que esté siempre en persona de mi generación como dicho tengo».

Por eso no es de extrañar que el médico extremeño eligiera un lugar de su vivienda para esconder los libros antes de que el fuego los destruyera, con la confianza de que, más tarde, él o alguno de sus herederos los diera a la luz. Aunque emprendiera rápida huida, su tesoro quedaba al abrigo de miradas peligrosas que le señalasen como criptojudío, y él y sus libros entregados al fuego eterno. Esta confianza en sus descendientes es lo que le llevó a tomar esta decisión que, por lo demás, no era rara ya que muchas familias tenían la costumbre de esconder dinero, monedas de oro y joyas así como libros prohibidos. Ocultar la nómina era para el médico de obligado cumplimiento dada la peligrosidad de tenerla a la vista de miradas indiscretas y posibles denuncias que estaban al cabo de la calle. Algún personaje que vivía en la región lo hubiera pasado mal de encontrarse o de ser imputada su posesión. En la tradición de la Baja Extremadura este escondite se llamaba un tapao. Estos lugares han sido parte inseparable de la vida de las familias judeoconversas. La intención de mantener el tesoro y recuperarlo posteriormente era el objetivo principal. Quizás esta era la idea que prosperaba con más intensidad: la vivienda como núcleo familiar y de aquí la llave y su transmisión a lo largo de las generaciones.

Realizada la operación del resguardo de los libros a principios de 1557, y después de haber contraído segundas nupcias, huyó a Olivenza donde trabajó en la Casa de la Misericordia, institución de connotación parecida al hospital de Nuestra Señora de Soterraño de Barcarrota, donde trabajaba antes de la huida. Allí, frente al hospital y la iglesia que lleva el mismo nombre, quedó sepultado su secreto, el que, ni sabido ni buscado, le haría famoso varios siglos más tarde. Nada se sabe de su obra; solo el cedazo del tiempo ha dejado pasar la biblioteca y por ella se sabe quién era su dueño y la cultura e ideología que tenía. Desde el año 1526 en que ganó el título de bachiller en Medicina, en la Universidad de Salamanca, después de presentar el bachiller en Artes obtenido años antes en 1510, cuatro cursos de medicina y diez lecciones después.

Las personas que en esa época se dedicaban, de una u otra manera, a la medicina, se dividían en cirujanos romancistas y latinistas. Los

primeros aprendían la teoría en castellano y su saber no emanaba de la universidad sino de la práctica diaria. En este grupo se incluían los cirujanos-barberos, sangradores y otros empiristas. Las labores quirúrgicas, según su envergadura, eran realizadas por unos u otros. Los latinistas procedían de la universidad y su conocimiento era aprendido en latín. A este último grupo perteneció Francisco de Peñaranda, sus hijos y demás descendientes que obtuvieron el título después de obtener el bachiller en Artes.

Hernando Enríquez, hijo y alumno de Francisco de Peñaranda, murió en tierras del Perú donde ejerció la medicina y la cirugía y adonde fue, hacia 1535, años antes del enterramiento de los libros y de la marcha de Francisco a Olivenza; por lo tanto era ignorante del secreto. Ejerció su saber en la ciudad de Cuzco, después de un corto tiempo en Panamá. La gran riqueza de la región en hierbas medicinales y el conocimiento que le dio su padre antes de partir, hizo que Hernando tuviera una numerosa clientela en esa ciudad. Sin embargo, la contienda del imperio de Atahualpa, la colaboración con Diego Almagro —del que fue su médico personal, después del asesinato de Francisco Pizarro— y otras rencillas y enfrentamientos, hicieron que Hernando muriera en tierras conquistadas, allende los mares, en el puerto de Callao, cerca de Lima, en 1541. Su muerte fue causada por sus mismos compañeros almagristas. Había cambiado la bata de galeno por el uniforme de soldado, y esa fue su perdición y su equivocación. Su herencia en España dio lugar a ciertos enfrentamientos y discusiones familiares.

Andrés Jaramillo fue otro alumno del médico extremeño, ya que después de estudiar Medicina en Salamanca trabajó en Barcarrota. Pertenecía a una de las familias judeoconversas más importantes de la región, como era la de los Mulero-Vázquez. La fácil comunicación entre colegas podría explicar que el Lazarillo llegara a las manos de Peñaranda. No se puede olvidar que Jaramillo ejerció en Medina del Campo. También interviene en este asunto la fluida relación entre los libreros y los médicos, intelectuales de la época y ávidos del saber. Pero la familia de Peñaranda no acaba así. Otro de sus hijos, Juan Sánchez, también médico, ejerció en la región, en la villa de Zafra; lo curioso es que ninguno tomó el apellido del padre, y el linaje judeoconverso se mantuvo a pesar de todo.

Una hija de Peñaranda era Ana Enríquez, que casada con Hernando de la Rocha, recibió poderes del médico de Barcarrota para disponer en el pleito por los caudales de su cuñado Hernando Enríquez, fallecido en el Perú.

Pero el linaje judeoconverso no acaba así, ya que otra hija de Francisco y Guiomar Enríquez, Leonor, se casó en Barcarrota con Juan Pérez, del linaje Pérez-Sanjuán. De este matrimonio nació otro

médico, también llamado Francisco de Peñaranda. Hubo otros hijos, como el clérigo Baltasar de Peñaranda, Juan Pérez y Juana García. El apadrinamiento en la región era algo consubstancial y hubo familias como Méndez, Mexías, Vázquez, Enríquez y otros, en las que la sociedad local de la época se perpetúa en el linaje judeoconverso. Estos vínculos, basados en la protección y en la fidelidad, duraban toda la vida. Eran compadres y eso se llevaba hasta las últimas consecuencias en una tupida telaraña de vínculos y clientela. La familia de Francisco de Peñaranda se desperdigó por toda la Baja Extremadura, aunque todos tenían el mismo origen de la Villa de Llerena y después Barcarrota y Olivenza. El linaje hormigueaba en tierras extremeñas e incluso había llegado allende los mares.

Uno de los nietos, llamado también Francisco de Peñaranda, casado con Mayor Sánchez, partió en 1598 a las Indias. En la Casa de Contratación, sabedores del linaje de esta familia, les solicitaron prueba «de no ser penitenciado ni castigado por el Santo Oficio, ni sus padres ni abuelos». Regresó a Llerena requiriendo información a los testigos de ser verdad la pureza de su sangre. Todos afirmaron que el tal Peñaranda nieto era cristiano viejo y no había pasado por el angustioso trance del Santo Oficio. Volvió a la Casa de Contratación con este documento y una real cédula, firmada por el príncipe de Asturias en 1597, que decía que quería trasladarse al Nuevo Mundo «a estar en compañía de deudos suyos que le han enviado a llamar llevando consigo a su mujer y que puede llevar sus hijos presentando antes información de las mismas justicias de cómo no son prohibidos para pasar a aquellas partes». Había estudiado Medicina siguiendo la tradición familiar de los judíos conversos en el año 1588, después de ser bachiller en Artes. Era el quinto galeno en esas tres generaciones. En su recorrido por la Baja Extremadura confundió los apellidos de sus ancestros con la finalidad de ocultar el origen judío y tejer una maraña de datos falsos que cortaban la línea genealógica. En suma, médicos, boticarios, mercaderes, comerciantes, ocultación y falsedad de datos hacen que el linaje judeoconverso se pierda en la geografía y en los tiempos de la noche.

El arte de la botica presentaba ante la sociedad el mismo estigma que el de los médicos. Ambos pertenecían a la misma familia judeoconversa, pues médico o boticario equivalían a judío o descendiente. Aparte de la profesión de boticario también ejercían el oficio de mercader, dada su especial afinidad al comercio de ungüentos, emplastos y pócimas. Por todo ello, las relaciones entre médicos y boticarios se extendían también a los matrimonios; no era raro el caso en que la hija del médico se casaba con el hijo del boticario y viceversa. Se cerraba, de esta manera, un estrecho círculo en el linaje. Por Barcarrota pasaron varios médicos y boticarios

favoreciendo las conexiones familiares entre ambos grupos. El viejo Peñaranda, el ocultador de libros, se relacionó con varios boticarios y de esta manera expandió el linaje judeoconverso por toda la región, e incluso algunos de ellos, cuando la hégira en España, se trasladaron a diferentes países de Europa.

Catalina Ponce, viuda del doctor Francisco de Peñaranda, a la sazón vecina de Zafra donde había ido con su hijo Juan Ponce, su nuera María Mexía y la nieta Leonor de Villanueva, ordenó en su testamento el 27 de agosto de 1643 «vender las propiedades que le quedaban en Barcarrota, entre ellas una casa frente a la iglesia de la virgen del Soterraño». Entonces recordó, dice «que los libros habían sido encontrados en el tapao de una casa que está justamente frente a la iglesia de la virgen». Reconocía asimismo «poseer pocos bienes por la guerra con Portugal, a donde tengo mi hacienda. En la villa de Villanueva de Barcarrota tengo unas casas que están frente a la iglesia de Santa María de Soterraño».

Era el lugar exacto donde su marido había enterrado los libros, la zona conocida como Altozano de Nuestra Señora o Altozano de la Virgen, una corta hilera de casas situadas en lo alto de una pendiente o cuesta que existía en la plaza de la Virgen. Allí estaba la casa de los Peñaranda, la casa de los médicos y la casa de los libros, donde años atrás por mor de la casualidad aparecieron a la luz. El barrio judío quedaba cerca de la casa. Todo estaba cerca y ligado a un tronco común.

Este hecho no era desconocido por Antonio, el bibliotecario de la Academia de la Lengua quien, en 1713, movido por la curiosidad del hallazgo, investigó todo lo relacionado con la familia del médico, llegando a la conclusión de que los libros fueron descubiertos por alguien desconocido y se volvieron a enterrar; el miedo a la Inquisición duró muchos años. La casa contigua pertenecía a los herederos de Fernando de Alor.

Antonio se documentó extensamente sobre el patrimonio de la casa y de los libros. No fue Peñaranda el único que vivió allí, más tarde otro médico, Bartolomé Rodríguez, casado con su nieta Isabel de Peñaranda. Posteriormente otro, Francisco de Peñaranda, y su hijo Juan Ponce, que practicó la farmacia, vivieron en ella. El último de la larga lista fue Luis de Caldera, vinculado también con los Peñaranda y los Pérez-Sanjuán. Las conexiones médicas y de la estirpe judeoconversa se repiten a lo largo de los años. Mientras tanto los libros seguían durmiendo el sueño de los justos.

Solo se decide traspasar la casa cuando falleció Juan Ponce y cuando los conflictos con Portugal presagiaban años complicados. Es entonces cuando Catalina Ponce decide vender la casa y es Juan de Sanjuán, hijo de Francisco Pérez de Sanjuán, el pariente más próximo,

el que se hace cargo de ella.

Seguramente, el Lazarillo debió de llegar a las manos de Peñaranda a través de Andrés Jaramillo, un médico que murió en Medina del Campo pero que se formó profesionalmente en el hospital de Barcarrota con Francisco Peñaranda como maestro. La labor médica la ejercía entre el hospital de la Veracruz o de la Soledad junto a su casa, en la misma cuesta de la Virgen o Altozano de la Virgen, y el hospital de peregrinos por detrás de la iglesia de Nuestra Señora de Soterraño. De la misma manera que el viejo Peñaranda, tenía una huerta donde cultivaba plantas medicinales de las que extraía drogas para sus pacientes.

Los médicos de la Baja Extremadura y de otras regiones y, en especial, los que vivieron en la casa, mantenían esta costumbre en su profesión. La viuda de Peñaranda ya afirmaba en 1643, al tiempo que daba nota de la posesión de sus casas, que «frente a la iglesia de Santa María de Soterraño poseía una viña junto a la huerta de los Perales que solía ser mía». Esta huerta pasó al médico nada más llegar de Llerena, a principios del siglo XVI, gracias a los vínculos con los Pérez-Sanjuán y muchos años después retorna de nuevo a esta familia judeoconversa. De aquí el nombre de la huerta de los Sanjuanes. Se ve claramente como en poco espacio se concentran los elementos de un médico o boticario de los siglos XVI y XVII: casa, hospital y huerto, y todo ello en un esquema judeoconverso. El molino de los Peñaranda era otro elemento sustantivo y un pilar fundamental de las inversiones de Peñaranda. Todo estaba atado. Nada se escapaba a la historia ni a sus elementos directores.

Sin embargo, el médico Peñaranda, cumplida la labor del enterramiento de los libros, en 1557, abandona Barcarrota y se dirige a un pueblo cercano al otro lado de la frontera, Olivenza, donde en su hospital de la Misericordia trabajó intensamente tratando que sus raíces judías desaparecieran y no dejaran rastro. Las campañas de limpieza de sangre llevadas a cabo por la Inquisición eran peligrosas y el médico criptojudío, que presumía de haberse convertido al cristianismo, tenía miedo a que la posesión de libros tan peligrosos le llevara a la muerte y se descubriera que seguía con las prácticas de la religión judaica. Dentro del segmento judeoconverso, los médicos y los boticarios constituían los estamentos de mayor prestigio, tanto por su preparación práctica y académica como por su vasta cultura, que en aquella sociedad tenía una especial significación. Todo este núcleo constituía una élite con especial predicamento en su entorno. El modelo aportado por el linaje Peñaranda, el enterrador de los libros, fue de esta manera el iniciador de un tsunami familiar que se extendió tanto por Extremadura como por otros países de Europa y del Nuevo Mundo. Allí en Cuzco recibieron al Peñaranda nieto con grandes

alharacas y plácemes. El linaje se mantuvo en esta zona merced a los muchos criptojudíos que huyeron de la Inquisición y a los que la Casa de Contratación no opuso pegas al embarque y a su posterior travesía. Otro ejemplo de esto es el de Diego Hernández, médico de Barcarrota, casado con Ana Hermosa, y los hijos de ambos, Juan y María, que embarcaron al Nuevo Mundo en 1559. El linaje familiar de las villas de Barcarrota, Llerena, Olivenza y tantas otras pervivió allende los mares durante siglos. La nebulosa ideología se extendió en el tiempo y en el espacio, como una tela de araña donde se entrecruzaban los miedos, temores y sospechas de una sociedad que vivía de espaldas al desarrollo y a la libertad. En esa sociedad es comprensible que el médico de Barcarrota enterrara los libros en la pared, en espera de mejores tiempos y oportunidades.

Un buen físico o médico debería tener un huerto dedicado a las plantas medicinales en las cercanías de su casa y del hospital. Antonio, el bibliotecario, al estudiar el testamento de Catalina Ponce, fechado en 1643, leyó claramente que además de la descripción sobre la localización de la casa de Peñaranda se encontraba la reseña de «la viña junto a la huerta de los Perales que solía ser mía». Nadie seguía la tradición médica de Francisco, ya que Catalina vivía en Zafra. Los herederos la vendieron y mantuvieron solamente la casa. La huerta la obtuvo el viejo Peñaranda cuando llegó al pueblo procedente de Llerena, gracias a la relación con la familia Pérez-Sanjuán; de aquí lo de huerta de los Sanjuanes, a una distancia de unos ciento cincuenta metros de la casa. Por lo tanto era factible, para Francisco de Peñaranda, ejercer la profesión en la casa cercana al hospital, y también a la huerta donde cultivaba las plantas medicinales tan importante para un físico del siglo XVI.

Una de las incógnitas que se le plantearon a Antonio, al descubrir el tesoro de los libros, era conocer cómo habían llegado a ese pueblo ya que no había ningún librero que los hubiera podido poseer. Fernão Brandão, portugués de Évora, aparece en la nómina escondida junto a los libros. Su progenitor era de origen judío y él tuvo que ocultar su origen. Su casa pertenecía a la parroquia de Santiago, aunque no lejos de la plaza de la Virgen. La distancia entre las viviendas ya significaba que pertenecían a parroquias diferentes, lo que daba unas connotaciones distintas a los moradores de las viviendas.

La «nómina» es un manuscrito, en papel o pergamino, que se depositaba en una bolsa, escrito con tinta negra o roja, con textos en espiral en anverso y reverso, que se creó en Roma, en 1551, y perteneció al poeta humanista portugués de estirpe judaica Fernão Brandão. Los portadores de estos amuletos aparecen frecuentemente relacionados con procesos inquisitoriales. En su interior esconde un misterioso círculo que contiene la estrella de David y la palabra

tetragramaton (forma críptica de designar el nombre de Dios en hebreo). En los anillos siguientes hay invocaciones al triságion, un pasaje de la carta de Jesús a Ábgaro de Edesa y una dedicatoria a Fernão Brandão. En el reverso un texto en italiano dispuesto en tres círculos concéntricos. El texto de la pieza, en latín, es el siguiente:

> Dichoso tú que has creído en mí, sin haberme visto. Porque de mí está escrito que los que me han visto no creerán en mí y que aquellos que no me han visto creerán y tendrán vida. Mas acerca de lo que me escribes de llegarme hasta ti es necesario que yo cumpla aquí por entero mi misión y que, después de haberla consumado, suba de nuevo al que me envió. Cuando haya subido, te mandaré alguno de mis discípulos que sanará tu dolencia y os dará vida a ti y a los tuyos.

La estrella de David que aparece es de cinco puntas, no de seis como es la adecuada; pudiera ser que Fernão la llevaba por si en algún momento era descubierto; siempre podría decir que él no era judío pero al entrar en contacto con Francisco de Peñaranda era un signo inequívoco que los dos eran criptojudíos.

En la biblioteca también se encontró la Oración de la Empaderada, a muito devota oracao da emparedada, y tanto la nómina como este libro eran de origen portugués. La nómina la llevaban al cuello los marineros, peregrinos y soldados, donde se escribían mensajes de la mujer amada o en relación con las convicciones religiosas independientes de las connotaciones a la religión judía, musulmana o cristiana. El contenido del texto marcaba estos detalles de profesión de fe y de mensajes religiosos. Aparentemente la nómina tenía efectos curativos y por eso Francisco de Peñaranda la poseía. El nombre de Fernão Brandão aparece en la misma, por lo que es fácil suponer que se la dio al médico para que la ocultara ya que ambos eran de origen judío.

La Oración de la emparedada es un conjunto de pequeños folletos, impresos de manera barata, con el fin de que pudiera obtenerse por gente con pocos recursos. Está editado en tamaño de una cuarta parte de una cuartilla y apareció también, con el fin de la ocultación, forrado por una página litúrgica. De esta forma se podía transportar de un lado a otro disimulando su contenido.

La mayor parte de la población en esa época era analfabeta. No era necesario saber leer. Bastaba rezar unos cuantos avemarías y llevarlos consigo para obtener los mismos beneficios prometidos a los que leyesen la oración completa. «Serán libradas de las penas de purgatorio a quince almas de sus parientes a cualquier persona que por espacio de un año rece o recite esta oración con quince veces el Pater Noster y quince veces el Ave María una vez al día o lo mande rezar si no sabe leer si lo lleva consigo».

La portada representa a la emparedada en actitud orante. El Index

Librorum Prohibitorum se publicó en el año 1551 en Portugal y en 1559 en España. El hecho de que se prohibiera antes en Portugal explica la razón por la que apareció, años después, en Barcarrota y posteriormente fue enterrada en la casa del médico al publicarse el índice. La causa fueron varios pasajes como el del ermitaño, las monjas y los demonios que se les aparecieron, unos perdones atribuidos falsamente al papa Nicolás V y la parte de cómo Jesucristo se apareció a la emparedada. Eran milagros ficticios y perdones falsos, próximos a la superstición. La consecuencia es que, fácilmente, este libro entró en el Índice. Confundir lo mágico con lo religioso era una de las costumbres populares más en boga en esa época. Tan es así que el descubrimiento de los libros llevó a la idea no solo del miedo al Santo Oficio por el judaísmo sino, también, que podía deberse al movimiento religioso de los alumbrados del siglo XVI, que en forma mística, practicaban su religión y que fueron considerados como heréticos y relacionados con el protestantismo. Este movimiento, que tuvo su origen en las pequeñas ciudades de Castilla a principios del año 1500, adquirió carta de naturaleza merced al edicto de Toledo de 1525, que fue promulgado por el inquisidor general, el erasmista Alonso Manrique. El Santo Oficio estaba detrás de cualquier movimiento religioso que se apartara de las normas en boga dictadas por un clero intransigente y fanático.

Capítulo 5

Durante muchos años Alberto estuvo coleccionando cajas y paquetes, fruto de sus regalos, sin ton ni son. Unos los recibía, otros los compraba. Era incapaz de abrirlos. Se le olvidaban en cuanto los colocaba en su cuarto; ya nunca le acompañarían en la vida diaria. Pasaban al ostracismo más profundo. Estaban allí, y allí los encontraba cada noche al abrir la habitación. Era como un camposanto de diferentes estuches y envoltorios. Nunca podía irse a la cama sin antes echar un vistazo a su cementerio particular. Durante breves segundos los miraba y, en silencio, sin querer romper el misterio, cerraba la puerta cuidadosamente. Y así hasta el día siguiente en que, al anochecer, de nuevo, repetía la misma ceremonia y pasaba la vista por ellos.

Era un lugar en el que en vez de lápidas y tumbas había cajas envueltas con papel multicolor, de diferentes características, seda, estraza, con estrellas, guirnaldas, dibujos de flores y demás adornos. Había, también, algunas con lazos de colores, verdes, azules, rojos y amarillos. «Una manía, ya convertida en costumbre rayana en la patología», decía su familia. Era incapaz de abrir los regalos que le hacían. Los recibía, daba las gracias educadamente y los depositaba cronológicamente en su lugar. Cada uno en su sitio. No debían confundirse. Las cajas estaban clasificadas por tamaños y épocas. Las que había recibido en su infancia, las de su pubertad y después su juventud y hasta las de su madurez. Ninguna se libraba del castigo. Allí debían reposar unas con otras. Desde niño tenía como costumbre no abrir los regalos que le daban. Había dedicado una habitación solo para el almacenamiento de sus cajas. Allí reposarían, en silencio, trenes, coches, mecanos, pistolas y disfraces. Todas ellas sin abrir, ni tan siquiera rasgado, el papel con el que estaban envueltas. Seguían tan impolutas como habían llegado.

En ese lugar se encontraban los regalos de sus padres en la festividad de los Reyes Magos, los de cumpleaños que había recibido de sus hermanos y amigos, los de las chicas con las que había salido que solían regalarle algo el día que cumplía años. Todos en un sinfín de desorden muy bien articulado y organizado.

Llevaba años con esa manía que se había convertido, con el tiempo, en costumbre. Lo había consultado, sin suerte, con especialistas. Al fin desistió de encontrar una solución y decidió seguir, como si tal cosa, con la rutina, continuando con el almacenamiento incontrolado. Las

cajas eran tan numerosas que ya era difícil entrar en esa habitación. Tuvo que adecuar otra nueva para este menester. Afortunadamente vivía solo y tenía varias habitaciones que podían ser útiles en caso necesario. No estaba preocupado por el acopio de más envases. Las chicas con las que había salido no le aguantaban esa manía, pues le hacían regalos y era incapaz de abrirlos. «Ya lo haré en mi casa», contestaba y, cuando, al día siguiente, le preguntaban qué le había parecido el regalo les decía: «No tuve fuerzas para abrirlo, era superior a mí». Esto provocaba un muro entre ellas y él. La relación, por esta causa, no duraba mucho. Enseguida se cansaban de sus extravagancias y le dejaban en busca de un mejor postor o de un prado mejor donde pastar.

Las que colocó en el fondo eran las más antiguas, las que estaban junto a la puerta las más modernas. Ambas se llevaban no menos de veinte años. Dentro de los diferentes períodos también estaban dispuestas por tamaño. Las había de todas clases: grandes, medianas y pequeñas. Los envoltorios también eran diferentes, con distinto papel de acuerdo al tiempo y al momento en que se recibieron. En fin, una suerte de cajas de muchas clases y características. Cada una era diferente de la otra. Todos los días, cuando se le terciaba, entraba en esa habitación y con embeleso, rayano en la psicopatía, miraba con arrobo y deleite las cajas allí amontonadas y desperdigadas por los años. Así dejaba transcurrir unos minutos reflexionando en las circunstancias en las que había recibido alguna de ellas. La moviola de su vida caminaba hacia atrás. Las cogía, las acariciaba y, como si fuera un objeto venido del más allá, las volvía a depositar exactamente en la misma posición en la que estaban cuando entró en la habitación.

¡Cuántos años han pasado! ¡Cuántas ilusiones en esos pequeños regalos! Nunca lo sabría. Así era mejor. Siempre tendría la posibilidad de saberlo si cambiaba de opinión y abriera los regalos. Pero aunque no cumpliera su objetivo le quedaría la ilusión de lo que estaba reposando allí a través del tiempo. ¡Cuántos sueños encerrados en ese lugar! Y cuántos deseos incumplidos, fantasías rotas, esperanzas inconclusas. Toda una vida parcelada, estereotipada, estigmatizada por una voluntad incoercible de enterramiento de aspiraciones y apetitos. Los ideales y anhelos se perdieron en el recorrido de la vida. Todo eso quedó en el camino enterrado en el transcurso de los tiempos. Era la película de su vida, a ella se había dedicado en cuerpo y alma. Imaginaba estar sentado en una butaca de la sala viendo cómo se desarrollaba el celuloide de su existencia.

Alberto se había levantado, aquella mañana, a una hora excesivamente intempestiva para lo que eran sus costumbres. Desde siempre tenía por norma no hacerlo antes de las ocho y eso cuando se lo pedía el cuerpo, pues generalmente no se lo pedía antes de las

nueve, a veces de las diez. Se acostaba tarde escribiendo novelas; era su mejor arma para la subsistencia en este mundo cruel, como solía decir.

La noche anterior había estado cenando y bebiendo hasta una buena hora de la madrugada, y al llegar a casa no se le ocurrió otra cosa que ponerse a escribir. Estaba comenzando una novela y no sabía aún qué era lo que iba a escribir y de qué iba a tratar pero tomó su ordenador, lo abrió con una cierta parsimonia y comenzó a teclear descuidadamente. Era su respuesta ante la sequía intelectual que le embargaba. «Algo se me ocurrirá», pensaba mientras sin parar iba de tecla en tecla. Las ideas se le agolpaban en la cabeza y todavía estaban sin clasificar. Creía que según fueran transcurriendo las frases y las palabras, el esbozo de una trama se iría consolidando, y poco a poco iría tomando cuerpo. Dejó de escribir y se fue a la cama. Solo unas pocas horas fueron suficientes para que, al poco tiempo, estuviera ya con una taza de café sentado, de nuevo, ante su ordenador. Seguía sin poder enlazar una historia, sin saber qué era lo que quería contar. Había escrito varias novelas con cierto éxito en un ambiente reducido en el que se desenvolvía, pero llegar al gran público aún no lo había conseguido. «Eso estaba reservado para otros», pensaba mientras encendía un cigarrillo. No había sido capaz de dejar el tabaco a pesar de haberlo intentado multitud de veces y haber asistido a especialistas, acupuntores, brujas y demás personas relacionadas con esta faceta de la sociedad.

El sol comenzaba a enviar sus rayos a través de los cristales de la ventana, lo que obligó a Alberto a cambiar ligeramente de posición su mesa de trabajo para evitar que la luz le cegara y no pudiera escribir. A su lado izquierdo la taza de café humeante, y en su mano derecha un cigarrillo, el primero de la mañana, que acababa de encender. Ambas costumbres eran necesarias para comenzar su cometido. Nunca había podido iniciar una tarea sin antes tener el café y el tabaco dispuestos para ser consumidos. Era como una ceremonia que daba comienzo a un nuevo día, a un nuevo amanecer, con otras inquietudes y diferentes afanes. El cigarrillo estaba a punto de consumirse, la taza de café vacía y las ideas aún no le habían venido. «Algún día tendré que dejar este vicio del tabaco, —se decía—, pero ahora no es el momento adecuado». Decidió que no tenía prisa, que en algún momento algo se le ocurriría y que no debería ponerse nervioso. Las ideas fluyen cuando ellas quieren y no cuando las necesitamos. No podemos llamarlas y que vengan. Es necesario estar atentos a cuando aparecen y, en ese instante, captarlas y manejarlas a nuestra voluntad para que nos sean útiles. Decidió que era una buena ocasión para tomar otra taza de café. Se dirigió a la cocina y allí encontró dispuesta la cafetera. Encendió otro cigarrillo intentando que las ideas

revoloteasen a su alrededor, pero ni por esas. No quería forzar la situación, pues esto se le antojaba perjudicial para sus intereses. Optó por relajarse y esperar nuevos acontecimientos. Quizás esa misma mañana u otro día tendría una nueva oportunidad de escribir algo. Lo difícil era iniciarlo; una vez que la historia ha comenzado todo era seguir el camino, desenrollar el ovillo y tratar de esbozar una trama, bien articulada, que captase la atención del lector, y que sirviera de acicate para terminar la lectura, manteniendo un grado de complicidad entre el lector y el autor. Este es el objetivo que pretendía y que todavía no había podido pergeñar. El tiempo pasaba y en su cabeza no brotaba nada especial para escribir.

Afuera, en el jardín de su casa, una suave brisa movía las hojas de los árboles con un ritmo que se le antojaba musical. Era la primavera que le visitaba. El invierno había sido especialmente duro y ahora comenzaba una nueva época, un nuevo tiempo, con el que esperaba también iniciar su novela. Era una estación que invitaba a la escritura, a la lectura y a la contemplación. Por lo tanto no sería extraño que en cualquier momento le surgiera la idea.

Esa tarde había quedado para conversar con un amigo con el que solía, de cuando en cuando, salir a tomar una copa y a charlar de lo divino y de lo humano. No tenían ningún esquema ni línea argumental. Hablaban de lo que se les ocurría en ese momento.

—Llegas tarde, ¿qué te ha pasado? —dijo Carlos a modo de saludo.

—La verdad es que nada. Me entretuve en casa con unas cuartillas en blanco a las que daba vueltas y vueltas.

—Y siguieron en blanco, como si lo viera —afirmó Carlos taxativamente con una sonrisa socarrona, mientras le ofrecía un cigarrillo.

—No andas descaminado —dijo, mientras aceptaba el pitillo y dejaba que se lo encendiera—. El caso es que no se me ocurre nada interesante. Creo que he escrito varios libros estos dos últimos años y quizás me he agotado.

—Las pilas hay que recargarlas —añadió Carlos mientras expelía el humo con una gran bocanada. Era su manera de pensar en las distintas posibilidades de la conversación.

Carlos esperaba a su amigo en una cafetería, al aire libre, único lugar donde se podía fumar. Estuvieron hablando, con un ron detrás de otro, durante un buen tiempo. La primavera había traído una temperatura agradable. La gente salía a la calle a pasear y regresaba a casa más tarde, ya que los días comenzaban a alargarse. Una sensación amable que invitaba a una mayor relación con las personas y abrirse más, como si el buen tiempo incitara a la apertura del pensamiento. El invierno era más triste, la primavera más animada. Y así, como se presentaban las estaciones, las personas también respondían y se

relacionaban. Todo esto lo pensaba Alberto, mientras miraba alrededor y veía cómo su amigo se alejaba en busca del camarero para pedirle otra copa.

—¿Y qué te dice el editor? Esta sequía es algo que no les gusta. Solo quieren editar y editar y cuantas más ediciones mucho mejor. Miden el resultado por el número de volúmenes que venden y no por la calidad de la obra que tienen en su mano.

—No le he dicho nada. La última vez que hablamos fue la semana pasada y me encomendó que quería el manuscrito para después del verano.

—Pues no tienes mucho tiempo, ya que acabamos de comenzar la primavera. Seis meses no es algo excesivo si quieres algo bien pergeñado.

—Se lo dije, pero no me ha hecho caso. Ha insistido mucho en la fecha. Quiere comenzar el año con un nuevo libro. «La novela tiene que estar en el escaparate a principios de año… así que tú verás», fueron sus palabras finales. Con ellas nos despedimos.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Enciérrate en casa y no salgas hasta que lo tengas terminado.

—Eso es muy duro.

—No te queda otra. Si quieres tenerlo escrito, que yo la lea y te dé mi opinión, necesitas ese tiempo.

—Me estás dando la tarde pero te haré caso. Así que no me llames hasta el mes de octubre.

—Yo no te digo que no hables por teléfono ni tampoco que no salgas de casa. Eso era en sentido figurado. No puedes tomar las cosas al pie de la letra. No todo es tan literal como piensas

—Tienes razón, pero ya sabes cómo soy.

El día había decidido terminar. La luz languidecía entre las mesas de la cafetería, su intensidad desfallecía por momentos. Las miradas se perdían entre la muchedumbre que, a esa hora, comenzaba a recogerse. Los días aún eran cortos. Las parejas se retiraban. Habían concluido las efusiones amorosas y era momento de asilarse en otro lugar, en otro predio. Era una hora que invitaba al silencio. Los camareros iniciaban la recogida. En verano, las mesas estaban operativas hasta altas horas de la madrugada pero con los días tan cortos no era posible tener clientes y, además, comenzaba a presentarse un frío que no estimulaba a quedarse más tiempo.

—Creo que es una buena hora para retirarse. Mañana tengo que trabajar —dijo Carlos, y cortó los pensamientos que flotaban en el aire.

—Es lo mejor. Iré a casa a ver si se me ocurre algo.

Los dos se levantaron al unísono. Eran ya lo últimos que quedaban y el local estaba esperando cerrarse para recoger.

Alberto no vivía lejos pero a la distancia suficiente como para tener que tomar un medio de transporte y, a esa hora, un taxi era lo que le pedía el cuerpo. Su casa era moderna, en una urbanización bien construida. Su piso daba a un jardín que veía desde varias habitaciones, especialmente desde su despacho. Siempre le había gustado si estaba escribiendo, de vez en cuando, levantarse y mirar el verdor, los árboles, la vegetación, su entorno, el que le acompañaba día tras día. Le ayudaba a relajarse y pensar en algo diferente. No vivía allí desde hace mucho tiempo. Concretamente se mudó a esa casa el pasado invierno. Pudo comprar el piso con una pequeña ayuda que le dieron sus padres y algo que él había ahorrado. Por supuesto la hipoteca era una espada que se cernía sobre su cabeza. Antes tenía otra vivienda, con muy poca luz, en un barrio muy céntrico de la ciudad pero ahora, con la primera oportunidad que tuvo, pudo comprarse esa casa que le cambió la vida. Era alegre, moderna y, para más señas, bien situada, con buenos medios de transporte, ya que conducir por la ciudad nunca le había gustado.

Se fue caminando a una parada que estaba en la esquina de la calle donde estuvo tomando la copa con Carlos. Cogió el primer taxi de la fila y, después de dar la dirección al conductor, se arrebulló en el asiento disponiéndose a disfrutar del trayecto.

Hacia la mitad del mismo se dio cuenta de que en el asiento había un sobre, en blanco, sin señas ni dirección. Estuvo un buen rato decidiendo qué hacía con él. La curiosidad pudo más y lo abrió. Era una carta que alguien se había olvidado. No iba dirigida a nadie en especial por lo que no vio una intromisión el leerla. No tenía mucha luz en el taxi; pensó que sería mejor llevársela a casa y leerla con tranquilidad. Allí no podía hacerlo. Cerró el sobre y lo guardó en el bolsillo. Al llegar a su casa anotó la matrícula del coche y los datos del conductor, por si fuera necesario ponerse en contacto con él, ya que ignoraba la importancia de la nota. Era una manera de salvaguardar su lectura. Nada más llegar a su despacho dejó el sobre encima de la mesa y cogió un pitillo sirviéndose una copa de ron.

Durante unos minutos estuvo mirando el sobre en mitad del revoltijo de papeles y documentos de su escritorio. Nunca había permitido que nadie le tocara su especial orden. Cada cosa en su sitio. Él lo conocía perfectamente y nunca se le traspapelaba nada. Sabía dónde estaba cada hoja y qué lugar le correspondía. De vez en cuando revisaba alguno de los montones que tenía y rompía varios papeles. Por eso, ahora, en ese preciso momento, el sobre blanco refulgía en el centro de la mesa arropado por un sinfín de otras cosas. No se atrevía a abrirlo. Pensaba si no sería mejor dejarlo para otro día o quizás olvidarlo para siempre. Destruirlo y olvidarse de su contenido. Esta era una buena posibilidad pero le obligaría a estar dando vueltas y

pensar en lo que podía o no podía poner, si el tema era de interés o no, y si a lo mejor había una buena idea para su novela. No estaba para desperdiciar posibles ocasiones de originalidad. Sin embargo, su personalidad neurótica le hacía dar vueltas y más vueltas a una cosa que, en principio, parecía intrascendente. Así siguieron muchos años y ya la manía se había convertido en enfermedad, pero Alberto había desistido de ponerla tratamiento. No existía nada que le curase.

El sobre seguía allí, en la mesa, y cuándo terminó el cigarrillo y el vaso de ron decidió que no lo abriría hasta el día siguiente. No le gustaba tomar decisiones rápidas. Lo mejor era posponer la decisión. Se fue a la cama. Aquella noche durmió a pierna suelta.

Capítulo 6

Cien años después, el nuevo edificio sede de la Academia estaba en la calle Felipe IV, junto al Museo del Prado y la iglesia de los Jerónimos. Fue la reina regente Cristina, acompañada por su hijo Alfonso XIII, la que inauguró esta nueva sede el 1 de abril de 1894 siendo su director Juan de la Pezuela y Ceballos, conde de Cheste. La Academia había visto pasar a los reyes Luis I, Fernando VI, Carlos III, Carlos IV, Fernando VII, Isabel II, Amadeo de Saboya y Alfonso XII. Con cada uno de ellos las discusiones siempre estaban a la orden del día. En cada tertulia literaria se finalizaba, muchas veces, con enfrentamientos dialécticos y opiniones personales sobre los acontecimientos actuales.

En estos años el bibliotecario era Pedro, que había heredado de su padre Alonso y de su abuelo Álvaro los conocimientos necesarios para llevar a cabo sus labores y, en especial, el mandato del cuidado del preciado tesoro de la Academia: los libros. A pesar de los diferentes cambios de localización no habían sufrido ningún deterioro; el traslado siempre se hacía colocándolo dentro de la arqueta que su bisabuelo Antonio había encontrado en el pueblo de Barcarrota.

Pedro, nada más llegar a la nueva localización de la Academia, se afanó en buscar un lugar adecuado y lo suficientemente escondido para que ojos desconocidos no pusieran la vista en ellos.

En la nueva casona los académicos reanudaron sus sesiones y también sus discusiones. Se reiniciaron los desencuentros y rencillas, tanto por la defensa de uno u otro académico para ocupar un sillón como por las distintas preferencias políticas del momento. Sin embargo, la cortesía reinaba casi siempre y pocas veces se rompía por las diferencias de criterio en algún tema escabroso. Había quienes evitaban estas cuestiones pero, también los había que buscaban la ocasión oportuna de sacar un tema y con argumentos, a veces extraños por no decir peregrinos, defendían sus posiciones.

Pedro, al igual que hizo su padre, su abuelo y su bisabuelo, se mantenía al margen de ellas, preocupándose solamente por el orden de los libros y su custodia. Cada uno ocupaba el anaquel correcto y la posición adecuada. Ideó un escondite secreto detrás de una colección de libros de historia de América. Merced a un pequeño resorte se abría una puerta de madera que ocultaba un espacio donde colocó la arqueta con los libros encontrados por su bisabuelo. Tomó especial cuidado en no comentarlo con nadie, excepto con su hijo Ramón. Ni tan siquiera los académicos sabían el escondrijo. Cuando alguien le

pedía leer el libro le contestaba que en un rato se lo daría y, con cierto secreto, se dirigía al escondite; se lo dejaba con la petición de que lo devolviera al acabar de consultarlo. Así, de esta manera, el libro nunca estaba fuera de la vista de Pedro, al menos, por mucho tiempo. Todas estas precauciones se las iba transmitiendo a su hijo Ramón que tomaba buena cuenta de todo lo que veía.

Pedro tenía la costumbre de pasear por los alrededores de la sede de la calle de Felipe IV. Bajaba hacia el hotel Ritz, cruzaba el paseo del Prado y pasaba enfrente del hotel Palace para llegar por la calle del Prado a la plaza de Santa Ana. Aquí solía dar la vuelta, no sin antes entrar en alguna librería, y comentar con el dueño las últimas ediciones de algún libro por si a la Academia le interesara su adquisición; regresaba por la calle de Medinaceli para bajar, de nuevo, al paseo del Prado y llegar a la plaza de Atocha. Desde aquí subía por la cuesta Moyano o bien entraba en el Jardín Botánico donde contemplaba los atardeceres madrileños y el reflejo de la luz sobre las hojas del otoño. Esos cambios de colores con los del invierno o los de la primavera eran su liberación. En los paseos pensaba, sobre todo, en la casualidad de su bisabuelo al encontrar la arqueta con los libros y en la felicidad que le supuso el hallazgo.

El siglo XVI, en el que vio la luz el Lazarillo de Tormes, era de una especial riqueza cultural. Esos años del Renacimiento fueron especialmente pródigos en la picaresca. Obras como La Celestina o Tragicomedia de Calixto y Melibea donde la deshonestidad, la lujuria y el engaño campaban por sus respetos; la hegemonía del dinero sobre los valores, el envilecimiento sobre los principios. Todo vale si se consigue la finalidad, si se obtiene el objetivo. Por eso el haber encontrado el Lazarillo era de un gran valor. La Academia estaba orgullosa de su posesión.

Sentado en uno de esos bancos, rodeado de parterres y árboles centenarios, veía cómo declinaba el día, cómo los paseantes se afanaban en caminar rápido hacia sus casas y cómo las parejas se apretaban con fuerza para luchar contra el frío o para liberar la pasión que les atenazaba. Eran escenas para recordar y para interpretar. Cada una tenía su propio mensaje, su característica vida, su peculiaridad, su señal inequívoca de que algo sucedía al margen de los espectadores que observaban. La particularidad de cada uno se representaba en un banco. Allí, en un recodo más apartado de lo habitual, una pareja fogosa daba rienda suelta a sus deseos; aquí un matrimonio más mayor comentaba, en el otoño de su vida, los aconteceres familiares; unos bancos más allá, un par de caballeros con capote y sombrero de copa, con una prestancia fuera de sospechas, charlaban sobre los últimos aconteceres políticos. Unas madres dejaban que sus hijos dieran unas patadas a una pelota. Todo muy bien articulado. La

interpretación era distinta en cada escena y Pedro lo veía todo como en el proscenio de un gran teatro, donde los protagonistas se movían con soltura y destreza. A veces, Ramón, a la salida del colegio, se acercaba a que su padre le contara las diferentes plantas y diseños del jardín. Sabía en qué banco del Jardín Botánico se sentaba a reflexionar. Luego, después de un rato, y ya anochecido, cuando la luz se difumina en un velo traslúcido, poco antes del cierre del jardín, volvían a la Academia. Habían intercambiado pocas palabras, pero las suficientes para esa complicidad, tan particular, entre padre e hijo.

Allí, en el ático de la Academia, tenía la familia tres habitaciones, cuarto de baño y cocina, donde hacían vida, aunque el despacho de Pedro era un piso más abajo, en la biblioteca. Tenía la costumbre de subir a mediodía y a media tarde para tomar una taza de café. Los días que había sesión se sentaba en las filas posteriores y escuchaba, con atención, todo lo que los académicos conversaban. Nunca entraba en discusiones ni daba su opinión en el tema que estaban debatiendo. En eso se parecía a su bisabuelo y abuelo. Parecía que esa costumbre era fruto de una herencia silenciosa que se transmitía de generación en generación.

Ramón se preparaba para el puesto de su padre y de toda su familia desde varias generaciones. No entendía que se pudiera realizar otro trabajo que no fuera este. Había nacido entre libros y conocía cada uno de ellos, el estante donde estaban, la edición y el año en que fueron publicados, y lo que pedían los académicos para consultar.

En la Academia de Medicina su padre tenía un gran amigo, Académico de la Nacional de Medicina, Eugenio Gutiérrez y González, conde de San Diego, prestigioso ginecólogo de la corte y de las altas capas sociales de la capital. En sus labios siempre la frase adecuada, la réplica oportuna, el comentario ingenioso, lo que le mereció gran parte del prestigio del que gozaba. Sus raíces santanderinas y gran bonhomía pronto le granjearon una amistad con la Academia de la Lengua y, en especial, con Pedro y su biblioteca. Esta amistad le valió la posibilidad de conocer de primera mano el manuscrito del Lazarillo y el lugar de la Academia donde estaba escondido.

Compartían brillantes conversaciones y manteles a base de rebanadas de pan con tajadas de carnero, un plato que a ambos les gustaba pedir en sus largos y abundantes paseos. A veces se dejaban caer por la Ribera de Curtidores y allí, en un mesón, pedían su plato favorito. La vasta cultura que poseía el conde hacía que tuvieran largas pláticas sobre el Renacimiento a cuenta del libro que con tanto orgullo guardaba Pedro. Francisco de Rojas y su libro sobre Calixto y Melibea también ocupaban parte de sus observaciones. De esta manera pasaban muchas mañanas hasta la media tarde, en que ambos se retiraban a sus respectivas academias.

Sin embargo, estas conversaciones sobre el incunable no pasaron desapercibidas para el mesero que ponía especial atención en lo concerniente a la eximia obra. Escuchaba sin dar la impresión de ello. Estaba al tanto de todo lo que decían. Siempre que salía el tema a relucir tomaba buena nota de todo llegando, después de varias sesiones gastronómicas, a la conclusión de que había un libro de mucho valor que estaba escondido en alguna parte. Llegó a deducir, con una cierta aproximación, el lugar y las características del escondite. El nombre no lo sabía, pues el conde de San Diego y Pedro se guardaban muy bien de comentarlo. Para referirse a él decían simplemente «el libro».

Frecuentaba su local un caballero que, embozado en su capa en invierno y chaqué en verano, se situaba siempre en la misma mesa en un rincón frente a la puerta de entrada. En algunas conversaciones con el mesero había mostrado interés en libros antiguos, dada su afición a coleccionarlos, costumbre que había adquirido, influido por su familia, años atrás. Siempre le había participado que si sabía de algo, dada la asiduidad de su clientela, de un cierto estatus social y cultural, se lo debería comentar.

Un día, ya bien entrado el año 1899, casi en el comienzo del nuevo siglo, se encontró el cuerpo de Pedro muerto en la biblioteca. Tenía clavado un puñal en el pecho, pero antes de morir tuvo tiempo de escribir una nota en la que decía que le querían robar su tesoro. Sin nombrarlo, claramente, todos pensaron que se refería al Lazarillo.

Ramón, su hijo, mandó un propio al conde San Diego con la petición de que se acercara lo antes posible a la Academia.

—¿Qué es lo que ha pasado? —hizo la pregunta, sospechando algo importante, sin saludar, al tiempo que cruzaba la puerta de la biblioteca.

—Han asesinado a mi padre —contestó Ramón casi sin articular palabra.

El doctor Eugenio González y Gutiérrez se acercó prudentemente para explorar el cuerpo que yacía en un charco de sangre junto a los libros que más amaba. En su mano encerraba la nota que ya su hijo había leído.

—Parece que intentó defenderse pero le clavaron el puñal. Tuvo tiempo de escribir esta nota que tenía en su mano —dijo el conde—. Se desangró en unos minutos pero los suficientes para poder garabatear el escrito.

—Lo dio todo por proteger sus libros queridos. Afortunadamente, el asesino debió oír algún ruido, se puso nervioso y huyó. No tuvo tiempo de investigar la localización de los libros. Mi padre no le dijo nada acerca de su escondite y el criminal, después de amenazarle y viendo que no conseguía nada, le clavó el cuchillo con la idea de que

herido comenzaría a hablar. Al no conseguir nada, y por ruidos, imagino, que vinieron del fondo del pasillo, decidió poner tierra por medio.

—Lo has expuesto claramente —señaló el conde mientras se atusaba el bigote y acariciaba su recortada barba.

No habían pasado unos minutos cuando hacía su entrada el juez de guardia que dio órdenes de que nadie tocara nada. A los pocos minutos hizo su presencia el comisario. Después de una exploración minuciosa, el comisario llamó al forense para que se hiciera cargo del cadáver.

—¿Podía ampliarme un poco más la situación? —dijo dirigiéndose al hijo del finado.

—Poco más que lo que ve usted, señor comisario. Oímos unos ruidos en la biblioteca. Yo estaba en el piso de arriba, que es nuestra vivienda. Vivíamos solos. Mi madre falleció hace un par de años de neumonía. Bajé corriendo y me encontré esta escena.

Ramón omitió la nota que encontró junto al cuerpo, detalle que fue elogiado, más tarde, por el conde.

—¿Por qué dice que oímos? ¿No me ha dicho que vivía solo con su padre?

—Estaba mi hermana casada que había venido a vernos —contestó con una cierta acritud, al tiempo que miraba por la ventana.

No había desaparecido el eco de estas palabras cuando entró en la biblioteca el forense que, después de la consabida exploración, dio orden de que se llevaran el cuerpo para realizar la autopsia.

Fue un momento duro para los asistentes, en especial para Ramón, que vio cómo se llevaban el cuerpo de su padre con el que hacía muy pocas horas había estado conversando. En muy pocos minutos la sala quedó vacía a excepción de Ramón, de su hermana y del conde. Nadie se atrevía a romper el silencio. La tarde estaba declinando, desfallecía por momentos. Afuera una primavera temprana, un viento suave y un frío ligeramente invernal. Todo el silencio estaba acumulado en la habitación, desnuda y gélida. Los cristales empañados dejaban entrever sombras lejanas. A Ramón, todo ello, le pareció un espectáculo abstracto salpicado de retazos lúgubres. Una salmodia de muerte.

Los académicos comenzaban a entrar para sus sesiones ordinarias. Estaban ayunos de información y querían conocer más detalles. Pedro era muy querido. El conde y Ramón quedaron en no comentar la nota que había escrito antes de su muerte. Esa tarde se suspendieron todos los actos. Reunidos en pequeños corrillos conversaban sobre las posibles razones que llevaron a una persona a realizar semejante acto. No podían creerlo. Pedro no tenía enemigos. Era una buena persona. El presidente, Juan de la Pezuela y Ceballos, a la sazón director de la

Academia, fijó la sesión de la semana siguiente para una necrológica. Todos asintieron unánimemente. A pesar de no ser un académico numerario aceptaron que se celebrara el obituario correspondiente.

Al retirarse los académicos quedaron solos el conde y Ramón. La hermana de este se retiró a descansar con un sedante que le administró el conde que, como buen médico práctico, siempre estaba atento a los síntomas de sus pacientes y en este caso observó un nerviosismo fuera de lo común.

—¿Qué le parece que debemos hacer? —preguntó Ramón nada más desaparecer su hermana por la puerta.

—Lo primero es poner a salvo la arqueta con los libros. No podemos arriesgarnos a que vuelva sobre sus pasos y, ahora, tenga más suerte y los encuentre.

—¿Cree que volverá?

—Está dentro de las posibilidades. No me extrañaría nada. Ante las dudas debemos actuar rápido.

El conde aprovechó que estaban solos para sacar un cigarrillo y encenderlo. No le ofreció a Ramón pues sabía que no fumaba. Aspiró profundamente el humo y lo expelió dibujando unas volutas en el aire. Aprovechó la ocasión para dar una vuelta por la biblioteca y volviendo sobre sus pasos le dio, nuevamente, un abrazo a Ramón. Estaban verdaderamente emocionados. Fueron unos breves segundos que le dieron pauta para pensar en lo que debería decir.

—Creo que debemos llevarnos la arqueta a otro lugar. Con seguridad el criminal no volverá en los próximos días. Esperará a que todo este revuelo se tranquilice y cuando estemos más confiados intentará actuar de nuevo.

—¿Dónde sugiere que debemos esconderla? —preguntó Ramón titubeando sus palabras. Era como desprenderse, después de su padre, de una parte de su vida. En tan poco tiempo perdía sus dos inspiraciones más importantes. Pero entendía lo que le comentaba el conde, más práctico y hábil. Era ducho en solucionar los problemas que se le presentaban de una manera rápida y efectiva. Su pragmatismo lo había adquirido en sus largos años de práctica médica.

—En algún momento, tu padre me dijo que su abuelo, llamado Antonio, encontró la arqueta de una manera casual, al tirar un tabique en un pueblo donde tenía su casa. ¿Me equivoco?

—Debía referirse al pueblo de Barcarrota, en la provincia de Badajoz. Allí tenemos una casa, aunque casi no vamos. Está muy abandonada. Pertenecía a mi familia pero hace muchos años que no pasamos una noche en ella.

—Ese es el lugar. Llevaremos los libros a donde estaban y tu bisabuelo los encontró. Creo que era sobre el año 1713 más o menos.

Lo haremos lo antes posible. Nos pondremos en marcha en cuanto esté acabado el entierro. Unos días de descanso te vendrán bien y para todos serán justificativos de tu desaparición.

—Es una buena idea. Haré los preparativos para ponernos en marcha en una semana como muy tarde.

—Mientras tanto pondremos la arqueta a buen recaudo. No sé si fue tu padre o tu abuelo, cuando vinisteis a esta sede, quien diseñó un escondite. La colocaremos ahí y llamaré a un detective, amigo mío, para que esté las veinticuatro horas en la biblioteca. Vivirá, día y noche, entre estas cuatro paredes hasta el momento en que vayamos a Barcarrota, y él nos acompañará en el coche de caballos. Es un buen tirador y su ayuda será imprescindible para esta expedición. Un menester que requiere toda nuestra atención.

Ramón tenía, por fuerza, que reconocer que su amigo el conde era persona hábil y expeditiva. No se le ponía nada por medio y ante cualquier adversidad tenía la solución adecuada. Si se necesitaba algo, allí estaba él para conseguirlo. Un auténtico conciliador de distintas situaciones comprometidas. Lo que se llama un buen componedor.

Días después, cuando el forense había acabado su trabajo, dio permiso para celebrar el entierro. El conde tuvo la feliz idea de que se trasladase el féretro a Barcarrota y en su interior colocó la arqueta. De esta manera se cumplían dos funciones, mejor dicho, dos enterramientos. El de Pedro y el de la arqueta con los libros. Todo sucedió de la forma prevista y nadie sospechó nada. Ramón solicitó que el funeral se celebrase a su regreso ya que el entierro se haría en la intimidad familiar.

Así, una mañana, de frío y niebla, salían de la Academia en un carruaje con el féretro y su contenido el conde, Ramón y su hermana, acompañados del detective que llevaba amartillada sus pistolas por si fueran necesarias. El látigo fustigaba a las caballerías para que caminaran deprisa. Había pasado el invierno pero la primavera aún no se había asentado convenientemente. Los días seguían destemplados.

El conde había calculado que podrían recorrer fácilmente una distancia aproximada de ocho leguas y que cada una de ellas requería una hora. De esta manera se podría recorrer un trayecto entre ocho y diez horas diarias y, si tenían la suerte de encontrar suficientes postas en el camino, podrían hacer unas catorce horas de recorrido, con lo cual hasta podrían llegar a unas doce o catorce leguas diarias. El camino no era muy pedregoso y complicado. Había calculado, y así se lo expuso a Ramón, siete días en llegar a Barcarrota. Los entierros les llevarían no más de dos días y podrían regresar en otra semana a Madrid.

El viaje no resultó excesivamente pesado. Salieron de la Academia por el paseo del Prado para tomar el paseo de Santa María de la

Cabeza y salir de la capital en dirección a Talavera de la Reina, Navalmoral de la Mata, Trujillo, Mérida y sin entrar en Badajoz tomaron el desvío a Barcarrota. Las postas estaban en los lugares necesarios y había mesones que les dieron la posibilidad de descansar unas horas. La carne de cabrito y el vino de la región les dieron fuerzas para poder continuar. El detective dormía en el establo junto al féretro. Ramón y el conde reservaban una habitación y la hermana otra. Todo el proceso lo hacían rápido para descansar el mayor tiempo posible. El cochero dormía en las habitaciones dedicadas al servicio.

Al clarear el día ya estaba el caporal fustigando a las caballerías que estaban frescas y con ganas de correr. En las primeras horas de la mañana era cuando avanzaban más. Hacia el mediodía paraban, bien en un mesón del camino o en una zona frondosa del bosque, junto a algún riachuelo. Ese descanso no les llevaba más de una hora y enseguida se ponían, de nuevo, en camino.

—Este es un buen lugar para descansar un poco. El sol, a esta hora, es una caricia que se agradece. Aprovechemos este claro del bosque —señaló el cochero intentando meter la cabeza por la ventanilla para hacerse oír.

—Descansemos, entonces —adujo el conde que era la voz de mando de la expedición. Su orden iba acompañada de una breve sonrisa.

Nadie discutía las órdenes. Estaban en manos de especialistas que sabían lo que querían. Era lo mejor para todos. Durante todo el trayecto se repetía la escena. Día tras día, buscaban un lugar cálido para descansar. El traqueteo del carruaje y el pedregoso camino no era lo más apropiado, y bien diferente de los sillones mullidos donde los académicos sentaban sus posaderas en las sesiones a las que asistían. Por esto, los viajeros agradecían que llegase el mediodía para poderse tumbar en un lugar tupido de hierba. Colocaban sus capotes y, sobre los mismos, preparaban un ligero refrigerio regado con un buen vino adquirido en la posta anterior.

—Hemos tenido suerte, hasta ahora, de no tener problemas con la rueda. Si se nos rompiera un eje nos retrasaría el viaje —dijo el caporal al tiempo que echaba un trago de vino y que ofrecía después a los viajeros—. Sería una tragedia importante.

—También hemos tenido la buena fortuna con que no nos lloviese —comentó el conde con especial acierto.

—El barro nos hubiera dificultado la marcha. Las caballerías avanzan mal en estas condiciones —señaló el detective que no perdía ripio de nada y antes de que los viajeros bajaran de la berlina tenía especial precaución en revisar la zona donde iban a descansar. Cumplía su misión de una manera exagerada pero como solía decir: «Nunca se sabe lo que puede pasar».

—Yo creo que el mejor momento es este descanso y cuando

llegamos al mesón. Mi trasero no está acostumbrado a estas lindezas del camino, ha sido un gran acierto traer la berlina más cómoda de las dos que tengo. La otra tenía los asientos más duros —dijo el conde—. Enseguida regreso.

Se dirigió a una distancia prudencial para hacer aguas menores, según explicó al regresar.

—Creo que voy a seguir su ejemplo —añadió Ramón.

—Hace usted bien, señor mío —indicó el conde—. Conviene ir bien preparado para el trayecto que nos queda hasta la próxima parada. Debemos evitar las paradas fuera del programa —añadió con minuciosidad.

Cuando terminaban el refrigerio se tumbaban en una manta y se cubrían con la capa durante un corto espacio de tiempo, suficiente para reponer fuerzas y poder continuar el camino. La siguiente parada sería ya en el mesón, cuando cayera la noche. Durante toda la semana se repetían los movimientos de una manera automática. Dejaban atrás los pueblos y villas que encontraban a su paso, procurando avanzar lo más rápido posible. El paisaje era agreste, aunque con zonas verdes por las lluvias del invierno recién finalizado. Los campos de encinas cubrían las laderas y altozanos, los serrijones y las suaves colinas. Todo el campo envuelto en un manto de mudos testigos centenarios. En la dehesa el sol comenzaba a calentar en una primavera que madruga, los días son más largos y el campo se llena de flores multicolores. El silencio era inmenso, solo roto por el mugido de los toros. El carruaje avanzaba despacio, no queriendo hacer ruido y despertar esa naturaleza que se engalanaba con vestidos primaverales en las primeras horas del día. Más tarde, cuando el sol refulgía, el campo se transformaba en un vergel de sonidos y colores. Era un espectáculo digno de recordarse por más que ellos no estaban, en esas circunstancias, para esta exhibición.

En los mesones solían tomar cabrito o cordero de la zona, bien regado con el vino que normalmente preparaba el mesero en los locales cercanos al lugar donde lo servía. Era un buen momento para solazarse un buen rato comentando las incidencias del camino. Hasta entonces no habían tenido ningún encontronazo con bandoleros que, usualmente, circulaban por la región. Por ello pernoctaban en lugares muy transitados y al abrigo de cualquier incidencia incómoda.

Habían mandado un mensajero por delante para avisar a las autoridades civiles y eclesiásticas de que llegarían en unos días y que tuvieran todo preparado para el entierro y el funeral. Ramón quería una ceremonia católica. Su padre era practicante y buen cristiano, y su hijo quería que el funeral siguiera las directrices que deseaba su padre. Ramón quería que el féretro fuera recibido por todo el pueblo en masa acompañado del silencio más absoluto.

Más tarde recordaría, al regresar del entierro «un día inhóspito y desapacible, de lluvia fina. Solo el ruido de las pisadas sobre el empedrado era suficiente para sentir el dolor de su ausencia, el sufrimiento y el sentimiento que nos aquejaba a todos. La tristeza se veía reflejada en la cara de los asistentes».

Capítulo 7

Las primeras luces traspasaron como cuchillos la ventana de su habitación. No podía dormir más. Su alarma era la luz cuando se perfilaba por las persianas. En ese momento tomaba la determinación de levantarse.

El desayuno era frugal y rápido. Tomó una ducha y encendió el primer pitillo de la mañana. Eran alrededor de las nueve cuando sonó el timbre de la puerta. Era un mensajero que le traía un paquete. No había remite ni señas. Parecía un anónimo en forma de caja. Bien empaquetado, eso sí, envuelto con un buen papel, pero nada que indicase quién lo enviaba. En la portada solamente una palabra: «Felicidades». Era todo muy extraño, pues no era su cumpleaños ni su santo ni celebraba nada que mereciese la pena recibir la palabra «felicidades». ¿Quién se lo mandaría? Dejó el paquete encima de la mesa y comenzó a pensar en todas las personas que, de una u otra manera, le podían haber enviado semejante regalo. Tenía que ser alguien que le conociera bien. Lo primero que le vino a la cabeza fue la posibilidad de llevarlo al cuarto en el que iba colocando, sin abrir, los últimos paquetes. Lo dejaría allí, junto a los otros, a dormir el sueño de los justos y quién sabe si cuando estuviese curado los abriría todos de golpe. Sería como un atracón de regalos y sorpresas, algunas recibidas hacía más de veinte años.

Recordaba el primero que reposaba en esa habitación. Era un obsequio que le habían hecho al cumplir cinco años, pues ya desde entonces persistía en no abrir las cajas. Desde ese momento hasta la actualidad tenía una ingente cantidad de ellas, todas bien colocadas, por orden de fechas. Los regalos eran de su familia, de sus amigos, de las mujeres con las que había salido. Él siempre había correspondido. Al recibir un obsequio siempre demostraba la reciprocidad cuando le tocaba el turno. Nunca se había quedado atrás en eso de devolver los obsequios. Contestaba que le había gustado mucho, siempre con evasivas acerca de la característica del mismo, y que esperaba recibir durante muchos años el mismo recuerdo de cariño. «Eres un encanto», les decía a todos. Ellos y ellas se quedaban satisfechos con la respuesta, viendo el brillo en sus ojos de ese fingimiento que se les antojaba, una vez más, un sueño.

Alberto, mientras tanto, iba almacenando a lo loco, de una manera compulsiva, regalo tras regalo, caja tras caja, colocando todo de una forma armoniosa. Se recreaba en su posición, en su situación,

reflexionando acerca de la categoría del obsequio. Sus pensamientos oscilaban sobre las características del paquete: algo para la casa, algo personal como una colonia o un libro. Se quedaba mirando su tamaño para buscar el lugar apropiado para dejarlo. Esa maniobra le llevaba no menos de cinco minutos y hasta que no estaba conforme, de donde y de cómo había sido colocado, no salía de la habitación. Cuando todo se había establecido, acorde a sus deseos, salía del cuarto aunque, a veces, solía entrar de nuevo, a los pocos minutos, para ver si todo seguía en su lugar.

Lo que hizo al recibir la caja fue la misma ceremonia que llevaba practicando los veinte últimos años. Dejaba la caja, de acuerdo a la fecha en que la recibía y en relación con el tamaño y, después de mirarla con verdadero éxtasis, salía con cierta tristeza para abandonarla a su suerte en ese marasmo de envoltorios.

En la mesa aún reposaba el sobre que encontró en el taxi. No sabía si tendría que darle el mismo tratamiento que a los regalos, pero al mismo tiempo pensaba que no estaban en el mismo plano. El sobre no se trataba de un obsequio. Era algo casual que encontró en el taxi. No debería darle el mismo trato aunque, por el contrario, se podía entender también que era un regalo que algún desconocido le daba. Nunca se había parado a pensar si tendría, alguna vez, que diferenciar un regalo anónimo de uno personal. El último que había recibido era enigmático pero estaba claro que era una dádiva.

El sobre encontrado, por el contrario, aún a pesar de no tener remitente, no debería entrar en la clasificación del regalo, ya que nadie se lo dio, fue un hallazgo fortuito y podía haberlo encontrado otro cliente que hubiera subido al taxi antes que él. Estando en estas disquisiciones que le habían ocupado un par de horas, recibió una llamada de teléfono. Era una voz extraña, impostada quizás, pero desconocida. Nunca la había oído antes. «Abre el sobre cuanto antes», y colgó. Una manera de recibir una orden taxativa que le hizo temblar. No entendía cómo la persona que le llamaba sabía que tenía un sobre y que, además, estaba sin abrir. Algo un tanto difícil de entender. Se puso en lo peor y sospechó que le estaban espiando. Miró en todas las habitaciones, cerró las ventanas y contraventanas y algo más tranquilo se dispuso a cumplir con la orden. No quería dejar pasar más tiempo sin hacerlo.

De una manera lenta, con movimientos estudiados, rasgó el sobre. En el interior una carta escrita a ordenador. Pocas líneas eran suficientes para aclarar su contenido:

> Esta carta solo es para ordenarte que abras la caja que acabas de recibir. La dejaste, junto a las otras, en la habitación tipo almacén en la que depositas, sin abrir, todas las que recibes. Ya es hora de que te decidas de una vez. Debes romper el maleficio que te lleva, desde que eras un niño, a cumplir una ceremonia que no te

beneficia. Es un hechizo que se ha apoderado de ti y que no te hace ser verdaderamente un hombre libre. Estás atado a un pasado que te aprisiona y no te deja ver la realidad de las cosas. Si quieres ser una persona libre debes seguir mis instrucciones. Abres la caja y sigues lo que en ella te dicen los espíritus de tu pasado. Con ello romperás los lazos que, a manera de cadenas, te han encerrado en un círculo. Si no haces lo que te digo sufrirás las consecuencias.

Depositó la carta encima de la mesa y se sintió desmadejado. No encontraba el sentido. No entendía el porqué. No comprendía que alguien le estuviera vigilando y supiera, en cada momento, lo que estaba haciendo y pensando. Era como un pequeño monstruo que circulaba por su cerebro y vigilaba cada uno de sus movimientos. Este pequeño diablillo se estaba apoderando de su ser, y le estaba obligando a hacer lo que no quería, lo que nunca había hecho: abrir un paquete. Ya había comenzado por abrir una carta. Era el comienzo del fin, de la destrucción total de su personalidad. A partir de ahora su voluntad no existía y era solo parte de las órdenes que iba recibiendo. ¿Podría enfrentarse o tendría por fuerza que obedecerlas? Un sudor frío le invadía el cuerpo. Tuvo que ir a la cocina y tomar un vaso de agua. Se sintió reconfortado, solo en parte, pero al menos, con cierta capacidad de reacción. A partir de ese momento sería un hombre sin voluntad, decadente, que dependería de los mandatos que recibiera. Ya había comenzado por abrir el sobre. Él, que pensaba colocarlo junto a la caja que acababa de recibir y, ahora, estaba en su mesa, destruido su secreto, rasgado en su pureza. Una intromisión, una violación de lo que él creía como algo esotérico, una confidencia que debía quedar como indescifrable para su historia. Había sido capaz de hollar la virginidad del sobre. ¡Hasta qué punto sería capaz de llegar! Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Tiraba la toalla, no tenía arrestos para contradecir la orden. La obedecería hasta el final, aunque ello significase destruir estos años pasados.

Fue a la habitación y con la mirada exploró las cajas amontonadas todo ese tiempo. Buscó la que acababa de recibir. Allí estaba, reposando tranquila, sin inmutarse, como si ella no tuviera culpa de nada y, por supuesto, sin sospechar un ápice que, en unos minutos, sería violada su intimidad.

Unos breves segundos bastaron para que Alberto se decidiera. Tomó la caja y salió del cuarto. No quería que las otras vieran lo que era capaz de hacer. Siempre habían confiado en él y, ahora, de pronto, rompe la confidencia labrada durante tanto tiempo. Semanas, meses y años traspasados en unos minutos, destruidos en segundos. Un cementerio de estuches quebrantado por la simple voluntad de una carta anónima encontrada en un taxi en una noche de una primavera adelantada. Era como la apertura de una tumba del pasado. Su debilidad se demostraba en esta falta de voluntad ante las

adversidades. Era para él una de ellas y había sucumbido.

El embalaje permanecía sobre su escritorio y con mano firme rasgó lentamente el papel que la cubría. Era un bonito pliego de colores preparado como regalo. La etiqueta con la palabra «felicidades» se veía ampliamente. El envase era cuadrado, bien conformado, dando la sensación de un regalo serio y adecuado al fin que se perseguía: el de una felicitación. Levantó, con cierto miedo no exento de prudencia, la tapa, y vio que en el interior había un libro, bien encuadernado y de un tamaño mediano, de los muchos que tenían los anaqueles de su biblioteca. Lo abrió. Solo estaba escrita la primera hoja. Las demás estaban en blanco. Leyó lo que ponía con curiosidad. No era normal un libro con todas las hojas, excepto la primera, inmaculadas. Leyó lo que estaba escrito:

Quizás encuentres extraño todo lo que te sucede. Quizás veas en ello la mano de un maleficio o un sortilegio. Quizás te atemorice todo lo que te está pasando, pero nada más lejos de infundirte temor o miedo. Lo único que debes hacer es romper tus cadenas. Abrir tus cajas. Cortar con tu pasado. En una palabra: liberarte. Han sido muchos años los que has estado preso de tu pasado, de tus temores y ahora tienes la oportunidad de hacer algo definitivo. Si abres todos tus regalos verás como no hay ningún secreto que vaya a permanecer inviolable. Todo saldrá a la superficie. Tus ilusiones, tus deseos, tus esperanzas y tus ambiciones se expondrán sin tapujos, como fueron en su momento y con ello sentirás una libertad que nunca has alcanzado.

Por supuesto, debes comenzar por el principio de todo, por la primera caja. Con ello darás sentido a tu vida y comenzarás, de nuevo, en un dulce amanecer. Serás una persona distinta. Verás las cosas con un prisma diferente y entenderás que muchas de las cosas que hiciste estaban equivocadas. Ahora las harías de otra manera. Abrir, de una en una, cada caja, te infundirá valor para el futuro, dará un optimismo a la vida que nunca tuviste y te abrirá los ojos. Si no lo haces tu vida ya no tendrá sentido. Serás una persona retraída, sin contacto con la gente que te rodea y todas las ilusiones que tuviste al recibir esos regalos volverán a encerrarse en sus estuches. Serán ataúdes de tus sentimientos. Debes comenzar lo antes posible y recuerda, no insisto más en ello, siempre por el principio y de una manera progresiva. Si te saltas una caja perderás de tu vida, ese momento, esa etapa. Será una página en blanco, como las de este libro. La vida no está para desperdiciar muchas páginas. No dejes que esto te suceda. Reescribe de nuevo, aunque con años de retraso, tu existencia.

El escrito acababa así. Sin firma ni despedida. Era una orden y como tal debía cumplirse.

Alberto temblaba y sudaba. No sabía a qué carta atenerse. Pero todo estaba muy bien elaborado y no planteaba ninguna duda. Tenía que abrir, una por una, todas las cajas de su vida y siempre con un orden cronológico. Estaba claro. Saltarse una de ellas sería letal.

Sin dar más vueltas a la situación decidió enfrentarse, sin dilación, y abrió la primera caja, aquella que recibió cuando tenía cinco años.

Cerró los ojos.

Capítulo 8

La llegada a Barcarrota, a mediodía, fue emotiva, ya que los aldeanos, conocedores de la situación, habían dispuesto la iglesia para esa misma tarde realizar el funeral y, a continuación, el entierro. El sol calentaba a esa hora. Los viajeros pasaron, antes de ir a la iglesia, por el bar para tomar un refresco. A continuación se dirigieron con el féretro a cuestas hasta la casa familiar. Solicitaron que, antes de la ceremonia religiosa, deseaban estar un rato a solas con el ataúd. No querían estar nada más que la familia. Ni el detective ni el caporal entraron en la casa. Allí, rápidamente, abrieron el féretro y sacaron la arqueta que colocaron debajo de una de las camas y lo volvieron a cerrar.

Al cabo de media hora se dirigieron a los vecinos del lugar para indicarles que estaban preparados para el oficio religioso, que se celebró dentro de un ambiente sobrio pero muy sentido. Posteriormente llevaron la caja en andas hasta el cementerio a una distancia de un cuarto de legua. Un día de lluvia fina, destemplado, áspero. El rumor de la llovizna al caer sobre el pavimento inundaba con una nota triste el entorno del cementerio. Lo depositaron en el hoyo, ya preparado al efecto, y rezaron un responso. La tierra al caer sobre el féretro daba un sonido de tristeza y desamparo. Unos pájaros levantaron el vuelo al oír el golpe seco sobre el ataúd. El hijo dio las gracias a todos por su apoyo y compañía y se retiraron. Todo era un grave silencio, nubes que presagiaban más lluvia, murmullos de confidencias, cuchicheos del pueblo, miradas de recelos, secretos sin descubrir. Un suave aguacero les acompañó en el camino de regreso a la casa. No querían comer, solo estar en silencio recordando al fallecido. Se retiraron nada más concluir los trámites de la ceremonia de sepultura.

En la casa tomaron unas viandas que habían traído en los zurrones y se dispusieron a enterrar la arqueta. Aquel día era el de los entierros y deberían terminar el proyecto lo antes posible. Como medida precautoria habían traído material para esta maniobra, una piqueta y yeso. Lo demás lo encontrarían en la casa, pensaron con buen criterio.

Para este menester enviaron al detective y al caporal a cenar al mesón con la observación de que querían quedarse solos esa noche y que se verían al día siguiente a primera hora para iniciar el regreso. Deberían pernoctar en la fonda del pueblo. Tenían para sí todo el tiempo del mundo. Nada de miradas indiscretas, de sospechas y

recelos. Todo volvería al misterio de la historia.

La operación les llevó más tiempo que lo que ellos pensaban, ya que no tenían costumbre de hacer este tipo de trabajos. Sin embargo, al cabo de una hora ya habían preparado el hueco para la arqueta, que casualmente era el mismo en el que su bisabuelo la había encontrado. Por ello la maniobra les resultó más sencilla. Nadie había entrado en esa habitación desde entonces, a pesar de que la familia había utilizado algunos días esa casa, pero nunca entraron en este aposento, algo más retirado que los otros. Por ello preparar el hueco y adaptarlo a las dimensiones de la arqueta fue muy fácil. El problema mayor fue preparar el yeso para cerrar la oquedad. Con poco esmero y mucha paciencia lograron dejar la pared como estaba. Ahora todo el problema consistía en que se secara el yeso pero teniendo en cuenta que nadie iba a entrar en esa casa en los próximos meses y quién sabe si años; el secado sería la consecuencia. Nadie se daría cuenta de la maniobra realizada.

—Dentro de unos meses vendré por aquí —afirmó Ramón—. Será un buen momento para pintar la habitación y así proceder a la colocación de la lápida en el cementerio.

—Para entonces ya estará seca la pared —añadió el conde que en estas plazas no había toreado nunca.

Al día siguiente, cuando la luz clareaba y una suave neblina cubría la calle, el carruaje estaba ya preparado para la partida. A la salida de los viajeros solo acudió el médico, amigo personal de la familia, y el cura. Con la promesa de un pronto regreso, Ramón les abrazó con lágrimas en los ojos. Ya en la diligencia sacó la cabeza por la ventanilla y vio sus figuras, que iban desapareciendo en la distancia. La neblina les rodeaba y les daba una imagen evanescente.

La berlina avanzaba a toda velocidad. Los caballos estaban frescos. Ese día, sin el peso del féretro, podrían caminar cerca de quince leguas. Era una buena distancia que si la podían mantener haría que en seis días estuvieran de nuevo en casa.

—La muerte y la vida están muy unidas, cuando nacemos empezamos a morir —dijo el cura al médico mientras veían alejarse la berlina.

—Hemos hecho un buen trabajo —se atrevió a comentar el conde, al tiempo que descorría el visillo de la ventana viendo el campo verde que se extendía ante su vista y las figuras, en la lejanía, cada vez más diminutas. De nuevo, la dehesa, los encinares y el suave olor a hierba fresca recién bañada por la lluvia.

El cochero hacía restallar con fuerza su látigo sobre los caballos. Ahora que estaban descansados quería recorrer la mayor distancia posible.

—¿Cree que llegaremos en seis días a la Academia? —preguntó

Ramón interesándose en la respuesta.

—Si mantenemos este ritmo es muy posible pero, claro está, eso es difícil —contestó el detective—, aunque no nos apartaremos mucho de los seis días.

—Tengo una sesión en la Academia de Medicina a la que me gustaría asistir —respondió el conde con cierto nerviosismo.

—Mi interés es poder comunicar el funeral de mi padre a todas las personas interesadas en asistir.

—¿Qué pasaría si le dijeran que la tierra iba a ser destruida en sesenta segundos? Emplearía los primeros cincuenta y nueve en hacerse una pregunta y el segundo que quedaba en contestarla —intervino el conde.

—¿Y cuál es la pregunta que se haría usted? —preguntó Ramón enarcando las cejas.

—Muy sencillo: ¿por qué hemos de morir?

—Creo que por muchas horas que le dedique a la respuesta nunca la podrá contestar adecuadamente —remarcó Ramón con las cuencas orbitarias húmedas y a punto de perder los nervios. El día anterior había sido, para él, demasiado intenso y mantenerse en pie, en esa situación, era una hazaña a la que no estaba acostumbrado.

—Lo importante es que lleguemos con bien. Uno u otro día no cambiará las cosas —señaló el detective con una visión más campechana de la vida.

—Tenemos poco tiempo para hacer cosas mientras que queremos hacer muchas —añadió el conde que seguía sumido en sus pensamientos trascendentales sobre la vida.

El carruaje pasaba, ahora, por un camino llano, a cuyos lados se extendían unos bosques frondosos y tupidos. El sol comenzaba a calentar. Eran esos días de temperatura cambiante, al sol le seguía la lluvia y esta era continuada por un día nublado. No era la hora de la parada obligatoria pero se estaba acercando de un momento a otro. Los viajeros, algo somnolientos, dieron una cabezada.

Al cabo de un buen rato el cochero corrió el ventanuco que le separaba de la cabina y con una voz estentórea, digna de cualquier tenor, dijo: «Creo que es hora de descansar, pararemos en un claro que diviso al terminar el bosque». Dicho y hecho. Unos segundos más, y el carruaje salía de la carretera unos metros deteniendo su marcha.

El conde consultó su reloj, que llevaba en el bolsillo izquierdo del chaleco, y asintió en su interior sobre la pertinencia de la parada. Le pareció que era lo correcto. Llevaban varias horas y no era bueno castigar tanto al cuerpo. Un buen refrigerio, un vaso de vino y la tibieza del sol, que hizo el resto, contribuyeron a que el descanso fuera bocata di cardinale. Algo excelso, según expresión italiana del Renacimiento, para señalar la buena vida y los magníficos alimentos

que ingerían las autoridades eclesiásticas.

El conde se dirigió a los viajeros al tiempo que tomaba un cigarrillo de una petaca de plata con el escudo heráldico en la tapa. Tenía la costumbre, antes de dar una orden, convertida en consejo, de encender un pitillo y expeler el humo tratando de ganar la confianza de sus interlocutores.

—Este sol reconforta —afirmó, cambiando el tono de la voz—, debemos quedarnos un buen rato en este lugar. Ya recuperaremos el tiempo perdido y si es necesario buscaremos el mesón algo más tarde que lo hicimos a la ida. —Y continuando con su perorata filosófica añadió—: «Ningún problema importante puede ser resuelto desde la perspectiva del nivel de pensamiento en el que fue creado». Es necesario distanciarse de las cosas, poner tierra por medio, buscar otro marco de referencia distinto.

Todos asintieron al estoicismo de la reflexión. Negarse a un rato de reposo, en estas circunstancias de sabiduría, no sería inteligente. La erudición del conde era de gran nivel y en cada una de sus frases impartía doctrina. Por otro lado, el camino era largo y había que tomarse las cosas con cierta tranquilidad. El funeral podía esperar. Tenían que llegar descansados y dar una imagen aceptable cuando entraran en la Academia. Si las cosas transcurrían bien a finales de la semana estarían enfilando el paseo de Santa María de la Cabeza.

—En el mesón escribiré una nota a la Academia de la Lengua informando de nuestra llegada. Un mensajero a caballo llegará dos días antes que nosotros y, de esta manera, podrán preparar el funeral de manera apropiada —sentenció el conde mientras subía al carromato.

Al llegar al mesón lo primero que hizo el conde fue pedir pluma, tinta y papel para escribir la nota. La lacró de acuerdo a la costumbre, escribió la dirección y se la entregó al mesero para que, de madrugada, saliera un mensajero hacia la Academia.

—Deberá salir a primera hora y tratar de llegar lo antes posible —indicó al posadero al tiempo que le daba, con una sonrisa, unas buenas monedas «para engrasar las bisagras» según le dijo.

Aquella noche, ya cercano el final de su viaje, cumplidos los deseos de Pedro, durmieron a pierna suelta. La cena fue especialmente agradable. En la venta, nada más entrar, se expandía por el comedor un olor a cochino preparado al estilo castellano. En la estancia no había más de tres mesas ocupadas, una por una pareja recién casada, parecía; la segunda por un grupo de cazadores que regresaban a su casa y la tercera por unos comerciantes de la región que celebraban sus buenas ventas.

—Les serviré un buen vino que prepara mi mujer —dijo el mesero. Y sin pedir permiso ni opinión les puso en la mesa una jarra y unos

vasos.

Sin mediar más palabras señaló a una mujer, bien metida en carnes, que daba vueltas al asado intentando que la especialidad de la casa hiciera estragos entre los viajeros. Para ella era un orgullo que los que pasaban por allí se llevaran un buen recuerdo y quedaran ahítos de comida y bebida. Era una presunción que llevaba a gala, y que en la región no hubiera otra, como ella, era su más preciado atributo. En esto no admitía comparaciones y su arrogancia llegaba a extremos inusuales. En cierta ocasión en que, a la sazón, se sentaba en la mesa una reputada cocinera de la capital, se enzarzó una discusión sobre quien preparaba mejor el cabrito y no llegaron a las manos porque unos parroquianos, que contemplaban la bronca, las separaron. Al final todo quedó en tablas, buenas palabras y varias jarras de vino.

A los pocos días hacían su entrada por el paseo del Prado con dirección a la Academia. Al llegar a la plaza, dejando el hotel Ritz a la izquierda, enfilaron el acceso de la sede académica. Ramón y su hermana bajaron su equipaje y, dando las gracias más efusivas al conde, al detective que les cuidó en el camino y al cochero, se dirigieron a sus aposentos.

—Descansaré del viaje y mañana me pondré en contacto con vosotros para preparar el funeral y la sesión necrológica, que con toda seguridad, se realizará en esta sede —afirmó el conde mientras se subía al carromato para dirigirse a su casa.

El doctor Eugenio González y Gutiérrez siguió en el carruaje hasta su casa, donde el detective se despidió no sin antes cobrar sus generosos honorarios. En su fuero interno pensaba solo en tres personas que conocían el secreto del Lazarillo de Tormes. «Lo llevaremos a la tumba», pensó y entró en el portal. Vivía solo, nadie le esperaba. El criado salió a recibirle.

—Recoja el equipaje del carruaje y llévelo a mi habitación. Prepáreme algo de comer y póngalo en la librería. Me acostaré temprano. Estoy cansado del viaje —dijo al mozo que le esperaba con la puerta abierta del coche de caballos.

Ramón, al entrar en la Academia, lo primero que hizo fue ir a la biblioteca, donde su padre pasó tantas horas, y sentarse en su sillón favorito. Allí solía pasar las mañanas ordenando libros, tomando notas, clasificando documentos. De una manera automática se dirigió al lugar donde escondía el Lazarillo. Un escondrijo que se abría merced a un resorte que había fabricado su abuelo. Sin ánimo de encontrar nada, pues su contenido estaba ahora muy lejos, paseó su mano por su interior y palpó algo que le llamó la atención. Era un sobre dirigido a él. Lo abrió con más miedo que curiosidad y leyó su contenido.

Su padre no se avino a razones y por ningún motivo me quiso dar el libro que yo tanto deseaba. Se puso tan nervioso que por eso peleamos y no tuve más remedio que terminar la discusión como usted sabe. No era mi intención, pero los acontecimientos se precipitaron y la cosa terminó de esta manera tan escabrosa. Ahora, usted tiene la oportunidad de que todo acabe rápido. Lleve el libro al mesón de Botín y déjelo en la mesa del fondo y, a continuación, váyase sin volver la vista atrás. De esta forma concluiremos este negocio, no digo felizmente pero sí de manera rápida, sin que haya más muertes. Estoy dispuesto a llegar a donde sea con tal de tener la posesión del preciado volumen. Como puede usted observar entro y salgo de esta casa con total libertad y conozco todos sus movimientos. Estoy enterado de que acaba de regresar, de Barcarrota, del entierro de su padre. No deseo, por lo tanto, más enterramientos, al menos por ahora. Piense en todo lo que le he dicho y actúe en consecuencia.

Un desconocido.

Ramón, al terminar la misiva, se quedó pensativo. No entendía nada. Sin embargo, lo que le quedó claro es que el móvil del robo era la razón por la que su padre murió. Parecía que el autor trabajaba por encargo. La manera de redactar la carta no parecía ser de un ilustrado o un amante de los libros al que le interesase tener en su colección este preciado ejemplar. Por esa noche dejaría el tema tal y como estaba, pero al día siguiente, a primera hora, tenía decidido ir a la casa del conde para exponerle el asunto. Este hecho debería ser meditado, prudentemente, para evitar males mayores y, en todo caso, poner el asunto en manos de la justicia. Aunque en este caso haría preguntas sobre el libro, dónde estaba escondido, dónde está ahora y quién es el dueño del mismo. Convendría asimilar todo y dejar que el dueño del libro fuera durante los siguientes años, al menos una generación, el tiempo. Allí, en ese escondite que nadie sospecharía podría estar todo el transcurso de los años que se quisiese. Nadie entraría en ese lugar y en ese secreto.

Esa noche durmió mal. Los pensamientos lúgubres no le dejaron tranquilo en ningún momento. No sabía qué era lo que debería hacer, aunque, lo que tenía claro era que, a primera hora, tendría una rica conversación con su amigo. Por la amistad con su padre no le dejaría, ahora, tirado en la cuneta. Necesitaba su apoyo, su experiencia y sus conocimientos para tomar sabias decisiones. En el punto en que estaba no podía equivocarse. Necesitaba el consejo de una persona de su nivel y de su vasta cultura que le abriera posibilidades que él, en ese momento, era incapaz de vislumbrar. Además, el conde siempre se había caracterizado por su ponderación en la toma de decisiones. Nunca tomaba una medida sin una dosis de prudencia y discernimiento.

Con las primeras luces, en una mañana en que el sol asomaba tímidamente por su gran ventana, Ramón se vistió y tomando la carta que había leído la noche anterior se dirigió al domicilio de su padrino,

como así le llamaba en la intimidad. La calle estaba solitaria. Los pocos transeúntes iban deprisa, sin mirar a uno y otro lado. Las señoras colgaban la ropa en los balcones y tiraban los baldes con agua sucia por las ventanas. La historia se repetía año tras año: «¡Agua va!», y sin encomendarse a nadie arrojaban el líquido sin pensar que alguna persona podía pasar en ese momento. Los barrenderos limpiaban las calles con mangueras de agua. La suciedad de las caballerías y los carruajes era una constante diaria; era necesario preparar las calzadas para el nuevo día. En suma, un amanecer como otros, aunque a Ramón se le antojaba diferente. Su vida había cambiado en los últimos tiempos, y en especial desde que encontró en la biblioteca el cuerpo de su padre.

Se dirigió al paseo del Prado y enfiló a la plaza de Cibeles. Subió por la calle de Alcalá hasta llegar a la altura de la iglesia de San José. Entró unos minutos para recordar a sus padres y posteriormente se encaminó a la calle de las Infantas donde vivía el conde. Allí muchas veces, cuando su padre le llevaba de visita, había jugado en la plaza del Rey. Mientras ellos charlaban o daban un paseo, él se quedaba jugando con algunos niños de su edad en esa plaza, enmarcada por la calle del Barquillo y de las Infantas. Ese ambiente le traía buenos recuerdos. Se quedó breves minutos sentado, en un banco, mirando la casa de las siete chimeneas y todos los locales que la rodeaban. Era muy pronto para entrar a ver al conde.

Allí permanecían jirones de la historia de España que no quería recordar, pero que influyeron mucho en su devenir. El reinado de Felipe II, Antonio Pérez y su secretario Juan Ledesma, el marqués de Esquilache y tantas personalidades que encierran, entre sus paredes, los secretos mejor guardados. En ese lugar vivió Elena, una joven, muerta en extrañas circunstancias, hija de un montero de Felipe II que mandó construir la casa, y que se casó con un capitán de los tercios de Flandes, Fernando Zapata, que murió en la batalla de San Quintín. Cuenta la leyenda que fue amante del rey.

Ramón cerró los ojos y vio a la mujer muerta en su dormitorio aunque nunca se encontró su cuerpo. Con Esquilache hubo un saqueo debido a la prohibición de llevar capa larga y chambergo. En fin, una casa de muchas historias y leyendas de abolengo y realeza.

Ramón rememoraba esas historias que muchas veces le había relatado su padre en las visitas a su amigo el conde. Tantas veces iban a verle que le consideraba su padrino y así le llamaba cuando estaban solos. Solían ir muchas tardes, cuando no tenían sesión en ninguna de las academias, ni la de la Lengua ni la de Medicina. Generalmente era tres veces a la semana. Los domingos por la mañana les recogía el conde en su carruaje e iban al monte del Pardo donde almorzaban en un merendero, y hacia la media tarde les dejaba en la calle Felipe IV.

Así transcurrieron muchos años de intensa amistad. Su padre había depositado la confianza en su amigo Eugenio González, y este se sentía predispuesto a aconsejarle y ayudarle en todo lo que fuese necesario. Por eso tenía conocimiento sobre el libro, era el único que sabía de su escondite, y de las circunstancias en que fue encontrado. Esa amistad es lo que le llevó a que su padrino fuera la primera persona a la que Ramón llamó cuando encontró el cuerpo de su padre.

Con estos pensamientos el tiempo se pasó volando y llegó la hora adecuada para entrar en la casa del conde. Sabía que era una persona que madrugaba mucho. Las nueve de la mañana le pareció que no era un momento excesivamente intempestivo. Generalmente después de levantarse, trabajaba un poco, recibía a algunos pacientes y después se iba al hospital. Siempre tendría una operación ginecológica que realizar. Así pues, ese era el mejor momento para tener una conversación tranquila con él. En breves instantes se plantó ante la casa señorial, con puerta principal y gran portón que daba entrada a la cochera donde se guardaba el carruaje.

—¿Qué se te ofrece a esta hora tan temprana? —espetó el conde, con cara de preocupación, nada más verle entrar por la puerta. El mayordomo, conociendo el trato familiar, no le anunció la visita.

El conde se encontraba, en este momento, en la suntuosa biblioteca, sentado frente a su mesa escritorio donde trabajaba todas las mañanas. En un rincón un sifonier de madera de roble con motivos decorativos vegetales y en la parte superior un pequeño armario con dos baldas y llave. En el otro rincón un precioso bargueño, decorado con taracea, carey y bronce, y gran número de cajones y gavetas, algunos secretos. Junto a la ventana otro bargueño de nogal. En el resto de la habitación anaqueles y librerías llenas de volúmenes, unos antiguos, otros actuales. Todos encuadernados en rústica y en piel. Un auténtico santuario de intelectualidad y buen gusto.

Ramón, después del beso de afecto que siempre le daba, sin apenas pronunciar palabra le entregó la carta. El conde se puso los anteojos y leyó su contenido, con miedo no exento de nerviosismo. Pasados breves instantes, el tiempo que dedicó a la lectura de la misiva, se sentó en un sillón y permaneció en silencio sin articular palabra. Tenía que reflexionar para emitir un juicio ponderado.

—¿Quién ha leído esta carta? —fue lo primero que acertó a decir.

—Nadie. Es usted el primero que lo hace. Bueno, el que la escribió también la leyó.

—En estas dos semanas, ¿se sabe las personas que han entrado en la biblioteca de la academia?

—Será difícil conocer este dato pero puedo intentar preguntar a los académicos quiénes han consultado libros en este tiempo.

—Esto te llevará un gran trabajo pero se puede comenzar de esta

manera. Hay que hacerlo con cuidado sin tratar de entrar en las respuestas y, simplemente, con la idea de llevar un registro de todo. Esa puede ser la justificación que puedes dar. De momento hay que centrarse en este punto y desarrollarlo lo mejor posible.

—No creo que sirva para nada —objetó Ramón, mientras extendía el brazo con la taza para que su padrino le sirviera café.

—Puede que sí, puede que no, pero por intentarlo no se pierde nada.

—Pues así lo haré, padrino, descuide que cumpliré sus deseos.

El conde se acercó a la ventana junto al bargueño de nogal de tres cuerpos, dos de ellos con cajones y tomando una bolsa de dinero, que estaba en una naveta secreta, se la alcanzó.

—Lo necesitarás hasta que la situación tuya en la academia se aclare. No me cabe duda de que seguirás trabajando en el puesto de tu padre. En todo caso en la Academia de Medicina necesitamos una persona que se mueva bien entre los libros y te propondría para este empleo en caso de que te falle el anterior.

—Mi ilusión será estar entre los libros que acarició mi padre. El director Juan de la Pezuela y Ceballos, conde de Cheste, antes de salir para Barcarrota me dijo que contaba conmigo y que regresase lo antes posible para reincorporarme al trabajo. Así que confío en este ofrecimiento.

—Me parece muy bien y esto te honra.

Levantaron la conversación muy pronto ya que el conde debía ir al hospital a pasar consulta.

Fuera de la casa el día comenzaba a clarear y el sol a calentar. Prometía ser un día caluroso de la primavera temprana. La gente ya estaba en la calle y los mercados mostraban su género, alguno recién llegado de la huerta.

La cabeza de Ramón era un auténtico océano tenebroso donde no existía el descanso. Sus pensamientos eran como olas que embestían contra el malecón. Tenía, por fuerza, que poner orden en sus ideas y, para ello, nada mejor que dar un paseo. Regresar caminando a la Academia le vendría bien y le serviría para aclarar sus obsesiones. Despidiéndose del padrino se dirigió a la calle, no sin antes recibir sabios consejos y admoniciones sobre lo que debería hacer y no hacer. En el conde esto era una constante. Aconsejar, dirigir, proponer eran sus máximas de actuación. Su persuasión era alta y gozaba explayándose con el interlocutor con el fin de orientarle en lo más conveniente. Este era uno de esos momentos cumbres, en los que se necesitaba con más intensidad ejercer sus dotes de convencimiento.

Al salir de la casa de su padrino enfiló la calle Infantas para llegar a una plaza y girando a la izquierda llegó a la Gran Vía, una arteria que cruzaba la ciudad desde la plaza de Cibeles a la de España y donde

multitud de comercios y tiendas presentaban la moda última recién llegada de París.

Caminaba sin prisa tratando de poner en orden sus ideas. Estaba tranquilo por haber enterrado el libro al abrigo de robos y delincuentes. Más tarde, cuando todo se hubiera olvidado, lo sacaría de su escondite y lo llevaría, de nuevo, a la Academia. Ese era su lugar. Al llegar a la esquina con la calle del Turco volvió la cabeza y vio una figura extraña que le seguía. Al darse cuenta de que era observado entró en un portal con el fin de disimular. Ramón no se quedó tranquilo y aceleró el paso. Entonces vio como esta persona también lo hacía. No temía nada ya que, a esa hora, había muchas personas en la calle. Lo que más le preocupaba es que la situación se estaba complicando y había ascendido un escalón más en la escala de peligrosidad. Había pasado de una carta a un seguimiento, de un intento de robo a un asesinato. Todo en un espacio de tiempo muy pequeño.

Capítulo 9

Era su cumpleaños y sus padres le habían preparado una fiesta con sus hermanos y amigos del colegio. La tarta con las seis velas estaba encima de la mesa junto al regalo: un tren. Era lo que más ilusión le hacía.

—¿Te gusta el regalo? —una voz detrás le hacía la pregunta. Era su padre que le miraba con aquellos ojos que nunca olvidó.

—Mucho. Es muy bonito. Mis amigos no tienen ninguno igual.

—Si eres bueno te compraremos más vagones.

Sus amigos querían jugar con él. Trajeron una pelota. Lo recordaba perfectamente y estuvieron toda la tarde jugando al fútbol. Fue un día precioso que quedó grabado como si hubiera sido ayer.

Recordó aquel viaje en tren, cuando sus padres le llevaron a la sierra. Era un domingo de una primavera ya bien avanzada y una hora temprana. A su padre le gustaba madrugar y tomaron uno de los trenes que salía a primera hora. Llegaron a un pueblecito y se bajaron. Caminaron buena parte de la mañana hasta llegar a un merendero. Colocaron el mantel, en una de las mesas preparadas para ello, y se dispusieron a comer. Mientras sus padres preparaban la mesa, él se dedicó a jugar con la pelota. No por mucho tiempo pues, enseguida, le llamaron y tuvo que obedecer. Después de la comida le obligaron a reposar. Su padre decía que una buena siesta era salud y que debería acostumbrarse a ella. Regresaron bien tarde, justo con tiempo de irse a la cama. Sus hermanas estaban muy cansadas. A él no le hubiera importado continuar jugando a la pelota.

Después de esa primera experiencia hubo algunas más. Viajes siempre cortos, repitiendo el de la sierra pero a otros pueblos, y el viaje más largo fue un año cuando su padre tuvo un ingreso extra, y les prometió que alguna sorpresa les daría. Llegó el día y el regalo fue, no una caja sino una estancia en un apartamento de la playa durante una semana. El viaje en tren duró varias horas pero merecía la pena. Ya no se acordaba de más viajes y el tren de juguete estaba allí, en su mesa, recorriendo toda su infancia.

Al día siguiente estuvo enfermo. Tuvo un atracón de caramelos y se pasó toda la noche vomitando.

—Tenemos que llamar al médico —oyó que decía, desde la otra habitación, su padre.

—No tiene mucha fiebre —dijo su madre.

—Pero siempre se puede complicar. Es mejor adelantarse a los

acontecimientos

Ese día y el siguiente los pasó en cama y a dieta. A los dos días ya estaba, de nuevo, en el colegio. Sus amigos le rodearon con alharacas y bromas. Un cumpleaños que recordaría siempre.

Al abrir la caja pudo ver lo que en realidad hubiera pasado. Sin embargo lo que ocurrió fue que guardó la caja, sin abrir, en una habitación y sopló las velas ante la mirada de sus padres y hermanos. Estaban tristes pues no quiso abrir la caja. ¡Con la ilusión que ellos habían puesto en el regalo! Pero no pudo reprimirse. Era incapaz de abrir el regalo. Su temor era superior a su curiosidad.

Aquella tarde estaba en blanco en su vida. La había perdido. Ahora, al abrir la caja recuperó, en parte, sus vivencias. Su vida comenzaba a tener algo más de sentido ya que su infancia adolecía de la frescura de cualquier otro niño. Tenía que recuperar el pasado para proyectar el futuro.

Eran casi las once de la mañana. Le llamó su amigo Carlos.

—¿Qué tal te despertaste?

—Bien, ¿por qué?

—Yo me levanté con dolor de cabeza. Creo que fue el ron. Tres copas son demasiado.

—Pues yo las aguanté muy bien.

—Yo lo que pasa es que no había cenado mucho y con el estómago vacío el ron te sienta peor.

—¿Qué vas a hacer esta mañana?

—Creo que me quedaré trabajando un poco —mintió sobre lo que estaba haciendo en este momento.

—Me parece perfecto. ¿Estás escribiendo?

—De momento tomo ideas.

—Si quieres nos vemos para comer.

—¿Dónde?

—Donde siempre. Llamo para reservar.

—¿A qué hora?

—¿Te parece a las tres?

—Perfecto. Nos vemos a esa hora. Hasta pronto.

—Hasta luego.

Sonó un clic y la voz al otro lado se apagó.

Alberto se quedó pensativo. Había escrito una página de su vida y no había sido capaz de decirle a su amigo Carlos nada relacionado con el tema. Siguió con la siguiente caja. Era de la misma característica de la anterior. Un regalo de Reyes. Sus padres, durante algún tiempo, no le hicieron más regalos de cumpleaños pues vieron que no tenía interés en abrirlos. Esta nueva caja la colocó un 6 de enero cuando tenía seis años. Ahora tenía la oportunidad de ver lo que era. Un coche eléctrico que se manejaba con un cable y un pequeño estuche

que contenía unas pilas y un volante que movía el automóvil a derecha e izquierda.

—Es un modelo muy moderno. Acaba de llegar de Alemania —le decía su padre orgulloso de la compra que había realizado.

—Me gusta mucho. Mis amigos no tienen ninguno igual.

—Es un Mercedes.

—Ya lo sé. En clase jugamos con coches de plástico que tienen en el colegio.

—Seguro que va a ser la envidia de todos, pero no lo saques de casa. Tienes que cuidarlo. Los Reyes no pueden traerte uno cada año —dijo su madre al tiempo que me daba un beso.

Lo recordaba como si hubiera sido ayer. Las vivencias iban apareciendo poco a poco. Intentó poner en marcha el coche, pero las pilas estaban desgastadas. Durante todo este tiempo una pequeña capa de corrosión cubría los contactos. Alberto las limpió cuidadosamente y buscó en los cajones de su escritorio otras dos sin usar. Las colocó convenientemente y puso el coche en el suelo. Funcionaba. ¡Qué alegría! Una nueva ilusión. Unos sentimientos que afloraban y que estaban enterrados. No habían salido a la superficie y, de pronto, aparecían simplemente por colocar el Mercedes en el suelo y mover el volante a derecha e izquierda. Lo inconcreto e intangible comenzaba a ser realidad. Su vida despuntaba y se perfilaba. La niebla empezaba a disiparse. Se sentía más aliviado.

Buscó la caja que había recibido esa mañana y miró el libro que venía en la misma. Las dos primeras páginas ya estaban escritas. Lo que antes era un papel en blanco ahora eran líneas negras en las que se podían leer los acontecimientos que Alberto había olvidado. En una palabra: su vida comenzaba a ser una certidumbre. Aparecieron sus padres y hermanos. Sus amigos estaban allí. Todo iba tomando forma. El dibujo de su vida se estaba escribiendo con trazos gruesos. Antes no existía nada. No tenía pasado. Ahora, el pasado aparecía con toda su fuerza, con toda la magnitud de una vida intensa. Cerró la caja y encendió un pitillo.

Era la hora de la comida. Tenía el tiempo justo para llegar al restaurante a las tres de la tarde. En la calle tomó el primer taxi que, casualmente, pasaba por su puerta. Llegó con el tiempo justo. Las manecillas del reloj señalaban las tres y Alberto cruzaba el umbral.

—¿Llegas puntual? —fue el saludo de Carlos, cuando se acercaba a la mesa.

Había tenido la precaución de hacer la reserva pues, en ese momento, estaba completamente lleno. No había ninguna mesa libre.

—Ya sabes que siempre lo fui. Soy neuróticamente puntual.

—Tu neurosis no solo se circunscribe a la puntualidad —dijo Carlos con una cierta sorna.

—Bueno, vamos a dejarlo, que he venido a comer, no a discutir.

—Te he pedido el Rioja de siempre. Imagino que no me he equivocado, ¿verdad?

—Acertaste plenamente.

El camarero ya se acercaba con una botella en la mano.

—¿Es de su gusto? —preguntó lanzando la mejor sonrisa.

—Sí, es perfecta.

—¿Quién lo prueba?

—El señor —dijo Carlos sin dudarlo.

—Cómo sabes quién es el entendido —afirmó Alberto, que siempre había presumido de ser un buen conocedor.

—Por eso te traigo, para que vayas dándome consejos.

—Está bien, puede servirlo —dijo dirigiéndose al camarero.

—¿Para almorzar que desean?

—Para mí un solomillo poco hecho —dijo Carlos.

—Para mí también —apostilló Alberto.

—¿No les apetece tomar un chuletón de buey para los dos? Nos ha entrado esta mañana una carne extraordinaria.

—Por mí está bien. Nos lo trae fileteado y con el plato caliente.

—No se le olvide un poco de sal gorda aparte —señaló Alberto, que para esas cosas era un sibarita.

—Para comenzar nos trae un plato de jamón de bellota y uno de queso curado.

—Una buena elección —se le oyó decir al camarero mientras se retiraba.

—Bueno, cuéntame. ¿Comenzaste el libro? Te voy a estar dando la lata hasta que lo hagas.

—Estoy dando unas vueltas a algunas ideas que tengo —mintió Alberto, que no concebía cómo iniciar la explicación.

—Pues todo es sentarse frente al ordenador y empezar a teclear —saltó Carlos demostrando, una vez más, que de este oficio no sabía nada. Era ingeniero informático y las letras no eran su fuerte.

—Mira, Carlos, estas cosas no son tan fáciles como las expones. Se necesita una trama, desarrollarla, darle estructura y contenido y, finalmente, acabarla de una manera adecuada. Hay que saber redactar, exponer las características de los protagonistas, perfilar su personalidad, los escenarios donde se desarrolla, adaptar el argumento al momento histórico en el que se desenvuelve.

—¡Cuántas cosas! No me imaginaba que esto era así. Yo voy a la librería, compro un libro y lo leo y tú ¿todo lo que me estás diciendo es lo que le ha costado al autor? Pues prefiero mi profesión.

—Este oficio es hermoso. Es interesante entrar en el meollo de las cosas, estudiar las diferentes personalidades y exponer de la manera más clara posible, a veces incluso cruda, los arquetipos humanos, los

sentimientos, los odios y los amores en cada momento y situación. Es la vida misma expuesta, en los papeles, por un espectador que es el escritor. Pero el secreto es que al mismo tiempo que eres el narrador debes, también, implicarte en la historia, encerrarte con tus personajes y desentrañar su ser más profundo. En suma, exponer los distintos caracteres de los intérpretes buscando, siempre, la ternura o la crueldad de los mismos, sus pensamientos más íntimos. Cada escena tiene un sentido, una cualidad y el escritor debe ver en ella lo que subsiste en el fondo. Caminar por el borde del precipicio tratando de no caer al abismo pero moviendo el alma del lector, su propia entraña para que se identifique con el personaje. En suma, el escritor debe confundirse con el protagonista de la historia y hacer, al mismo tiempo, que de la misma manera lo haga el lector. Así, ambos, lector y escritor, confundidos con los protagonistas formarán un tándem que hará que el libro mueva algo más que una simple lectura. No todo tiene que quedar en esto: leer un libro, pasar sus páginas. Debe haber algo más y eso lo tienes que buscar tú, si quieres que tu novela impacte. Lo mejor para el autor es que te llamen, a los pocos días de haber leído el libro, y te digan: «Me ha gustado, lo he leído de golpe, no podía dejarlo, era superior a mí. Una historia que me envolvió desde el principio. En ella me he visto como si fuera el personaje principal».

—La verdad es que nunca se me hubiera ocurrido que un libro tuviera tanta intriga detrás.

—Si quieres impactar al lector la debe tener. Puede ser algo intrascendente, pero eso ya no es literatura, sino, más bien, divertimento. Hay mucha distancia entre una buena obra para pensar, para reflexionar, que una para distraer, lo que no quiere decir que la primera no tenga nada de esta. La lectura no debe convertirse en un simple pasatiempo. Debe haber algo más y eso lo tiene que encontrar el autor. Ahí está el secreto y, también, el éxito, aunque debe acompañarse de una buena distribución del libro y un adecuado marketing. En suma, la crónica que desarrolles debe tener unidos el relato y el placer. En el primero se encierra todo lo que te acabo de decir y en el segundo todo lo que tú me has dicho. De la bondad de esta combinación nace el triunfo del libro. No siempre va unido al número de ediciones y ejemplares vendidos. Esto tiene otras connotaciones distintas, como la publicidad realizada, el carisma del autor, que sea mediático, personaje conocido. Son muchos los factores que intervienen y todos tienen su importancia y relevancia. Uno de los detalles que más interesan a las editoriales es que el escritor sea conocido por alguna otra faceta, por salir en televisión principalmente, por escribir en algún periódico de gran tirada, por asistir a las tertulias, por haber adquirido cierto grado de notoriedad

en alguna área de la vida. Esto último es definitivo. Ha pasado con los políticos. Cuando salen repetidas veces en algún medio, son votados por el pueblo, sin más condicionantes que su cara y su perfil. Y si este es agradable, seductor, atractivo, más que mejor. Por eso no todo es entraña, intimismo. Es necesario no olvidar el exterior. En ambas cosas está la gloria. Conozco algún personaje que ha tenido varias ediciones de su libro, contando su vida, que, por otro lado, no tiene ningún interés nada más que el morbo que encierran sus comentarios, críticas y salidas de tono. Algo de lo más chabacano puede llegar a vender varios miles de ejemplares. Es el vulgo quién manda en estos casos. Por eso yo prefiero estar alejado de estos parámetros y simplemente relatar algo que pueda tener interés paa mis lectores y que les mueva a la reflexión de mis palabras. Nadie teme a quien de verdad quiere y eso me pasa con mis lectores. No les temo porque les aprecio, porque escribo para ellos y ellos lo saben y por eso me quieren. Es una dualidad bidireccional y como decía Darwin «no es la especie más fuerte la que sobrevive, ni la más inteligente, sino la que responde mejor al cambio». En eso ando yo.

—Con tu monólogo me has dado toda una lección y eso que aún no has probado el vino.

—Lo que quería es que vieras que ponerse a escribir no es tan fácil. Comenzar y terminar son las dos fases más complicadas. Desarrollar la trama es el camino en el que se va andando. Tú imagínate a alguien que quiere caminar. Lo que más le cuesta es el principio, el calentamiento, el inicio y después el final. No se sabe cómo se acaba algo. El desarrollo es lo de menos: se va haciendo. Muchas veces no sabemos ni lo que va a venir a continuación. Vamos desenrollando el ovillo conforme se presenta la idea. Pero siempre imbuido de la emoción que necesita el escribir. Este fenómeno se caracteriza por ciertos cambios hormonales, musculares y viscerales que tienen una duración limitada y que dan paso al estado de ánimo, al estado emocional que requiere un buen libro. Mantener este ritmo es vital. No intento cambiar a las personas que me leen, sino simplemente, llevarlas a la reflexión. Eso, para mí, es lo verdaderamente importante.

—Pues cuando vaya a comprar un libro me lo vas a poner muy difícil. No voy a saber cuál.

—Solo debes fijarte en las primeras páginas. Debes ver si el autor pone algo de sí mismo. Si se ha emocionado, al escribir estas primeras páginas, lo puedes ver rápidamente. Cómpralo.

—Entonces, ¿todas las escenas de un libro son fruto de la experiencia del autor?

—No todas. La idea cardinal, la primigenia, en principio, sí que lo es, pero no todo lo que aparece en una novela tiene que ser, por fuerza, autobiográfica. La erudición y la inteligencia del escritor

cobran fuerza en el desarrollo de situaciones, que aún sin vivir, expone vivamente.

—Creo que yo sería incapaz de escribir más de tres líneas.

—Nadie puede subestimarse en estas lides. Yo, por ejemplo, comencé a escribir hace muy poco. Sentí esa necesidad recientemente y, sin embargo, la primera novela mía fue vendida de una manera aceptable. Es por eso que mi editor me conmina a que siga en el oficio. Cree que con la segunda ganará dinero. A él es lo único que le importa. A mí, en cambio, me importa transmitir, estimular, incitar. Siempre en sentido positivo, claro está.

—Yo también creo que debes seguir.

—A veces hay momentos de desazón, de pesadumbre que te invade y te quedas desmadejado sin poder hacer otra cosa. Esos momentos debes superarlos. No debes dejar sitio al desánimo. Expulsar, expulsar lo que tienes dentro. Ese es el secreto.

—¿Es este uno de tus momentos?

—No te diría que no, pero creo que tu presencia y las copas que tomamos ayer están haciendo que salga de esta fase. Si continúan así las cosas pronto me pondré con la novela, y le daré una sorpresa a mi editor.

—Será una alegría para todos. Volver a leer algo tuyo, y ahora más, después de la explicación que me acabas de exponer.

Estaban en esta conversación cuando el camarero se acercó con las entradas. El jamón de bellota les hizo, por unos segundos, callar. Entre loncha de jamón y vaso de vino sucedió el resto del almuerzo. Al final una copa de ron cerró el festín.

Para Carlos se había abierto una nueva dimensión de la literatura. Nunca pudo imaginar, cuando tenía un libro en las manos, que el autor exponía su intimidad, su sentimiento y su imaginación. Este triángulo era, ahora, un nuevo enfoque en su lectura. A partir de ese momento trataría de encontrarlo entre las páginas del libro que comenzara a leer. No sería la misma lectura ahora que antes del almuerzo. Había aprendido una perspectiva dispareja con lo que hasta el momento entendía sobre la lectura. Ahora su visión era diferente y creía, con toda razón, que era una óptica mejor. Disfrutaría mucho más de la lectura. Trataría de ver los entresijos de la personalidad de los personajes y, a partir de ellos, del autor.

—¿Qué les parece la carne?

—Está extraordinaria. En su punto.

—Aunque el caldo no le va a la zaga —señaló Alberto.

—Mañana voy a acercarme a la tienda de libros y comprar uno de acuerdo a tus instrucciones.

—Ya verás como no te arrepientes.

El almuerzo terminó y ambos amigos se despidieron. Alberto

regresó a casa caminando. Quería bajar la comida. Llegó a media tarde y se sirvió un poleo menta, con un chorrito de ron añejo, al tiempo que se sentaba en el despacho reflexionando sobre el momento y todo lo que había comentado con Carlos. No le había dicho nada acerca de las cajas y de que había comenzado a abrirlas. Era un secreto que no podía descubrir, así como así, sin saber cómo acabaría.

Capítulo 10

Ramón caminó por el paseo del Prado hasta llegar a la plaza de Neptuno. En ese momento miró hacia atrás y no vio nada extraño. Aquella persona no estaba «¿Serán figuraciones mías?» pensó. Dejando el hotel Ritz a la izquierda entró en el portal de la Academia. La iglesia de los Jerónimos, a esa hora, aún estaba cerrada. Se encontró a algún académico que preguntaba por él para darle el pésame. Querían saber a qué hora y en qué lugar sería el funeral. «Aquí mismo, en los Jerónimos», contestaba. Subió las escaleras de dos en dos y entró en la biblioteca. Se sentó en el sillón favorito de su padre y dejó que la vista descansara en los lomos de los múltiples libros que allí había. Por puro instinto miró, con cierto miedo, si había otra carta encima de la mesa o algún sobre raro y no encontró nada. Quedó más tranquilo y respiró hondo. «Al menos, por ahora, me han dejado tranquilo». Le apetecía pasar el día solo y a mediodía se dirigió al restaurante Casa Botín, en que su padre y el conde solían almorzar de vez en cuando. El mesero se comportaba de una forma extraña, al menos, eso le pareció.

—He sentido mucho lo que le ha pasado —espetó nada más verle sin casi darle tiempo a que se sentara en la mesa que acostumbraba a utilizar su padre.

—Muchas gracias.

—Nadie se lo esperaba. Una persona tan… buena y honrada. En fin, una lástima.

—Todos lo querían —acertó a contestar sin mirar al dueño a los ojos —. Siempre cumplió con su deber y cuidó de los libros en todo momento.

—En efecto, y en especial de los más costosos y raros: los incunables.

Esta frase le martilleó a Ramón en la cabeza. No entendía qué había querido decir. Un simple camarero de restaurante, aunque fuera el dueño, con ese comentario que no venía a cuento. Era inoportuno y estaba fuera de lugar.

—Sí, claro. Ese era su trabajo —acertó a articular una contestación inconexa.

—¿En qué trabajaba ahora? —inquirió el mesero.

—En unos libros de aquí y de allá. —No quiso dar más explicaciones. La conversación le estaba molestando.

—Ya imagino. ¿Qué desea comer?

—Un poco de carnero y un vaso de vino. Nada más.

—Le traeré también una ensalada por parte de la casa.

Al fondo del restaurante un sujeto, con una cicatriz que le surcaba de la comisura de la boca a la del ojo, se afanaba en el plato que tenía ante él. Había dejado su capa en la silla contigua y no paraba de sacar el reloj del bolsillo de su chaleco para mirar la hora.

Al cabo de un cuarto de hora, y cuando Ramón ya se enfrentaba con el plato de carne, llegó un caballero bien vestido. En su mano derecha portaba un bastón de puño de plata y caña de caoba, posiblemente con un estoque interior de acero toledano. Su chaqué le señalaba como persona de buen porte y elegancia. Seguramente pertenecía a una familia de rancio abolengo. Eso se notaba en sus pequeños movimientos. Todos estudiados y lentos, como recreándose en lo que estaba haciendo. Sabía que era foco de atención de las pocas personas que estaban en el mesón. No quería, por ningún motivo, que quedaran desencantadas. Se sentó en una de las mesas que tenía reservada. Lo curioso es que también portaba otra cicatriz que, sin ser tan amplia como la del otro, le daba un aspecto, en cierto modo, macabro.

Más tarde entró un tipo que se sentó en la mesa del tipo de la cicatriz, junto a la del señor del bastón, y comenzaron a hablar en voz baja, intentando que nadie les escuchara. En un momento dado, el de la cara señalada hizo un movimiento en dirección a la mesa donde estaba sentado Ramón. Era como si quisiera decirle «ahí está el tipo ese. Ten cuidado que nos está observando». Al pronunciar esta frase bajó el tono de voz hasta ser casi imperceptible, lo que acrecentó la curiosidad de Ramón, que no apartaba los ojos de la mesa. Daba la impresión de que estos dos tipos eran colaboradores o cómplices del señor del bastón.

—¿Le sirvo la ensalada con la carne? —La voz del camarero cortó de golpe el giro de sus pensamientos.

—Sí, por favor. ¿Sabe quién son esos caballeros? —preguntó de improviso.

—Uno, el que lleva el bastón, es un importante título de la corte y creo que también es académico. Parece que le acaban de nombrar hace poco. Aún no ha leído el discurso. En la mesa de al lado está su chófer, que está con uno que no conozco. Parece que son amigos. Ambos siempre acompañan al caballero.

—Interesante —acertó solo a pronunciar esta palabra.

Al cabo de unos minutos, y cuando Ramón estaba finalizando su comida, se le acercó, de nuevo, el encargado y le dijo:

—De parte de ese señor, que si quiere tomar una copa en su mesa, que estará encantado.

—Dígale que será un placer. En cuanto acabe me acercaré —contestó, un tanto extrañado por la oferta aunque lleno de curiosidad por saber en qué acababa.

Al recibir la respuesta el caballero, que parecía el principal, saludó con un gesto y una media sonrisa que a Ramón no acababa de convencerle. Los otros dos, en la mesa contigua, hicieron con la cabeza un saludo cortés.

—Estamos encantados de que haya aceptado la invitación —fueron sus primeras palabras, antes de que se sentara en la mesa.

—Una propuesta de este tipo no debe rechazarse nunca —afirmó mientras acercaba la silla contigua.

—Mi nombre es León de Zúñiga y Cantalapiedra.

«Seguramente nombres falsos», pensó Ramón que no se le apartaba de la cabeza las conversaciones en secreto que habían tenido, de mesa a mesa, antes de que él se hubiera sentado. «Yo por mi parte les daré mi nombre verdadero, es posible que ya lo sepan, así que no hay razón para mentir. Eso le dará más confianza», deliberaba al tiempo que se sentaba.

—Me llamo Ramón López. Soy bibliotecario de la Academia de la Lengua —decidió abrirse totalmente con el fin de ganar su confianza.

El primer encuentro le fue favorable, ya que confiado habló más de la cuenta.

—Casualmente he sido designado, estos días, como académico electo —expuso con una mirada de orgullo al tiempo que enmarcaba las cejas para dar más profundidad a sus palabras.

—Estos días estuve fuera de viaje y no me he enterado de las votaciones.

—Han sido reñidas. En la Academia había dos grupos, el de los liberales y el de los conservadores. Afortunadamente para mí, ganaron los primeros por un margen estrecho en la tercera votación. Se necesitan aires de libertad y de renovación —continuó su discurso.

—En efecto, pero siempre manteniendo una cierta prudencia en los cambios. Sin embargo, mi opinión no le debe interesar —remarcó Ramón—, dado que yo no participo en las votaciones.

—Pero puede influir con un comentario.

—Eso nunca se sabe —cortó en seco Ramón.

—Usted está bien reconocido en la Academia y cualquiera que sea su posición puede inclinar la balanza en uno u otro sentido.

—Parece que me conoce bien.

Cantalapiedra se dio cuenta de que había metido la pata e intentó recular, pero ya era tarde.

—Antes de firmar mi solicitud traté de informarme de todo lo que encerraban esas cuatro paredes.

—Entonces sabrá muchas cosas…

—Sí. Por ejemplo que su padre murió hace dos semanas en extrañas circunstancias.

A Ramón se le hizo un nudo en la garganta que le impedía tragar.

Afortunadamente, el camarero se acercó para preguntar si querían tomar una copa de bajativo. Esto fueron segundos que le sirvieron para ganar tiempo y prepararse para el asalto final que, como suponía, llegó enseguida.

—Me doy cuenta que conoce mi vida completa.

—Solo algunos pasajes de ella. Los más interesantes. Mi función es estar bien informado y, créame, lo estoy.

—¿Interesantes? ¿A qué llama interesantes?

—Depende de lo que me pueda concernir.

—Bueno, y hablando de otra cosa, ¿de qué va a tratar su discurso de investidura?

—Será un estudio sobre el libro del Lazarillo de Tormes.

Al oír esta respuesta todo el cuerpo de Ramón sufrió un estremecimiento que no pasó desapercibido para Cantalapiedra.

—¿Ha leído la novela?

—Sí, por supuesto. Una gran obra del Renacimiento español.

—Coincido con usted. Me interesa exponer su argumento principal, haciendo un estudio sobre la corrupción en esos momentos y las causas por las que se llegó a esa situación. El hambre, la miseria, las epidemias de la época son las razones por las que el lazarillo se enfrenta a la mala fortuna y sus adversidades. Se defiende ante sus problemas con añagazas y astucias. Quiero comparar esa época con la actual. Otra parte de mi discurso versará sobre las diferentes ediciones que hay…

Ramón no le dejó terminar la frase.

—Según mis noticias hay tres ediciones, la de Amberes, la de Burgos y la de Alcalá de Henares —señaló Ramón, mientras paladeaba el orujo—. La corrupción es la misma, siempre, independiente de la edición.

—Está usted equivocado. Hay una cuarta: la de Medina del Campo de 1554.

—Esa no me consta —mintió.

—Pues debería saberlo, ya que usted es bibliotecario. —El golpe iba directo a la cara.

—Revisaré mis notas… —apuntó tímidamente—. No he leído nada al respecto.

—Le invito que acuda a mi investidura. Le daré datos incontrovertibles que le ofrecerán una visión muy diferente —afirmó Cantalapiedra a sabiendas de que su interlocutor mentía.

—No dude que allí estaré.

—Señor, creo que es la hora de que vaya a su cita —intervino uno de los acompañantes, desde la otra mesa, que hasta este momento había permanecido en silencio. Solo observaba.

—Tienes razón, no debemos hacernos esperar. La puntualidad es

cualidad de príncipes.

—Y de señores —añadió Ramón levantándose para estrechar la mano de su contertulio.

—Esperemos vernos en la investidura. A propósito —añadió—, la contestación, aunque no me lo preguntó, la hará el académico don Eugenio González y Gutiérrez. Creo que le conoce.

A Ramón le recorrió todo el cuerpo un temblor que no pudo disimular. Estas últimas palabras le sonaron a premonitorias. Su padrino, el mejor amigo de su padre, contestando el discurso. ¿Es que no sospechaba nada? ¿Y qué es lo que iba a sospechar? Un académico recién elegido le pide que sea él quién le conteste. ¿Qué es lo que tiene de particular? No había nada extraño en esa historia y, sin embargo, algo olía mal, podrido. No sabía qué, pero que era algo estaba seguro. Hablaría con él y le preguntaría.

—Es una gran persona. Buen académico. Lo que me extraña es que sea de la de Medicina y no de la Lengua.

—En eso tiene razón. Pero lo que no le he dicho es que el sillón para el que me han elegido es el de esta última academia que acaba de decir. Han dado un permiso oficial para que me conteste un académico de Medicina.

—Pensaba que era de la de Medicina —indicó Ramón.

—Ese será el próximo sillón que solicitaré. La lengua y la medicina son mis pasiones. Son como dos hijos, nunca sabría decirle a quién quiero más. Ahora salió este, más adelante, me han prometido, el otro.

—¿Y para este ya tiene pensado el discurso?

—Por supuesto. Hablaré de la impronta que tienen las ediciones inéditas, desconocidas, que se encuentran años después. La primera edición de Shakespeare de 1623 se encontró en la biblioteca de Saint-Omer, un pueblo pequeño del norte de Francia; La Celestina o Tragicomedia de Calixto y Melibea, del judío converso Fernando de Rojas, parece que hay otras ediciones que llevan a discusiones importantes sobre la autoría; el Lazarillo de Tormes se encontró alrededor del año 1713 en Barcarrota pero se ha perdido su pista. Era una edición de 1554 de Medina del Campo.

—Veo que está muy enterado de todas las vicisitudes y ediciones desconocidas de…

—Del Lazarillo de Tormes, aunque podría continuar mi lista durante tiempo. Yo, por ejemplo, tengo varias de estas ediciones que son desconocidas por el gran público y que han sido encontradas por casualidad. No tenemos tiempo de comentarlas. Ocasión habrá en el futuro. Me interesa completar mi colección —terminó su argumentación.

—¿Sabrá entonces quién lo encontró? —inquirió con cierta sorna Ramón.

—Por supuesto. Si no conociera todos los detalles no me atrevería a hacer un discurso de esta categoría y nada menos que en el mausoleo de la cultura.

—Su discurso, en este caso, no solo sería en el plano teórico sino también en el práctico, al ser un gran conocedor de este tema.

—En efecto, pero mi disertación, en este caso, para la Lengua debo centrarla en estos aspectos y para completarla necesito más material como… Bueno, seguiremos nuestra conversación en otro momento. Ahora se me hace tarde. Debe disculparme.

Ramón se quedó preocupado con esta conversación en la que se dejaba entrever muchas cosas sin decirlas claramente. Lo que sí estaba claro es que Cantalapiedra era un tipo sin convicciones morales y sin prejuicios para quien el fin justifica los medios. No se le ponía nada por delante. Era capaz de llegar a cualquier cosa con tal de conseguir su objetivo. Hablaría con su padrino. Quizás no le conocía.

Capítulo 11

Miró el libro de su vida y ya pudo leer varias páginas escritas. Las primeras, aquellas de sus cumpleaños y festividad de los Reyes. Pero no tenía adolescencia. Debería abrir una de ellas relacionada con esa época. Quizás allí se encontraban esos años.

Se dirigió a la habitación y con sumo cuidado escogió la caja siguiente. La que estaba situada por orden cronológico en tercer lugar. La abrió con mucho cuidado. Contenía una pluma estilográfica. Siempre había deseado tener una. Sus amigos la tenían y él no. Con esa pluma escribió su primera carta a sus abuelos. Ya aparecieron. Pensaba que era el único hombre de este mundo que no tenía abuelos. Creía que no los tenía y allí estaban. ¡Qué alegría! Con ella garabateó sus primeros versos, aquellos que le hizo a una chica que le gustaba. Recordaba que al salir del colegio la vio caminando sola a su casa. La alcanzó con unas zancadas y la abordó.

—¿Te acompaño?

—¿A dónde?

—A donde vayas. Me es indiferente.

—Por mí está bien —contestó con un aire displicente.

Su cara de indiferencia le marcó, pero no fue obstáculo que le impidiera cancelar su deseo. El éxito no siempre acompañaba al primer intento. Era necesario persistir en la idea. Alberto no era de las personas que se arredraban al primer fracaso. Seguía intentándolo, aún con el viento en contra, como sucedía en esa ocasión.

—¿Sabes una cosa?

—Si no me la dices será imposible.

—Pues que estás muy guapa con el uniforme del colegio.

—Si opinas así no me parece que hayas visto a muchas chicas.

—No sé. Puede ser que a ti te haga más… ¿cómo te diría? Más ligera, más liviana.

—Hombre, es una definición que nunca me han dicho.

—Pues ya está. Te lo dije.

Había roto el hechizo de su timidez. Lo había pensado muchas veces pero nunca se atrevió a decirlo.

La miraba cada vez que entraba a primera hora de la mañana, cuando ella venía con esa cara limpia, sonrosada, recién levantada, como salida de la ducha. La miraba al salir al patio, en el recreo, y oía su risa con las otras chicas. Era la envidia de sus amigas ya que a las otras no les decían nada los chicos. Para ellas era como un botín

ganado en una batalla. Tener un muchacho que te miraba, que te decía cosas, que quería acompañarte se convertía en un preciado tesoro que servía para dar celos, para aumentar la autoestima y para conseguir que tu caché subiera de categoría. Para él era, sin embargo, como un cosquilleo en su interior. Algo que le recorría los intestinos, y le llevaba la sangre a todas las partes del cuerpo, en especial a la cara que le sonrojaba y hacía que se la tuviera que tapar, durante unos segundos, con un pañuelo. La miraba cuando, en la tarde, salía disparada en dirección a su casa. La seguía un trecho. A veces se detenía en la plaza y compraba un helado. Otras iba más deprisa. Su madre, le dijo mucho tiempo después, que la reñía si no llegaba pronto. Disponía de un espacio entre el colegio y la casa y tenía que cumplirlo. No podía detenerse cuando quisiera ni donde la llamaran. «A todas mis amigas les pasa lo mismo. Tenían que venir directamente sin pararse en ningún sitio», le dijo un día, así que no podía quejarse. Su retraso, al día siguiente, tendría un castigo. Los trece años parecía que eran fundamentales para su madre. «Yo no tenía ese deber de llegar. Podía retrasarme sin ningún problema», pensaba. Se lo dije después y ella sonreía.

—Claro, eres un chico

—¿Y qué pasa con los chicos?

—Pues eso, que no tenéis ese problema. Los padres solo exigen esas cosas a las mujeres. Los hombres os salváis.

—¿Has probado alguna vez a llegar un poco más tarde?

—Me castigarían.

—No digo mucho. Al principio diez minutos para ver cómo responde. Después quince y así durante un par de semanas. Más tarde media hora y, como si tal cosa, no le das ninguna explicación. Saludas sonriendo y ya está. Al cabo de tres meses llegas una hora más tarde y ella no te dice nada. Se ha acostumbrado. Lo ve con toda normalidad. Y tú nada. Sin dar ninguna explicación. Es algo natural. Así lo tiene que ver. El año que viene ya verás como no te dice nada.

—¿Tú crees que funcionará?

—Siempre funcionó.

—¿Tienes experiencia en ello?

—Con mis hermanas ocurrió así.

—¿Tienes hermanas?

—Sí, dos.

—¿Y con las dos se cumplió tu consejo?

—Con las dos. No tuvieron más problemas.

—Es increíble lo que me cuentas.

—¿Por qué?

—Por nada.

Se quedó callada y le miró a los ojos. Su cabellera rubia se movía

acompasada con el viento. Tenía una gran sonrisa, unos labios atractivos y sensuales y unos ojos color café que miraban con deleite y con ardor. No dijo nada y siguió caminando. La acompañaba hasta la esquina de su casa. Era el límite al que llegaba, la aduana que me decía que a partir de ese punto era peligroso continuar. Nos despedíamos con un simple «adiós», me decía ella; «hasta mañana» le decía yo.

Y así un día sí y otro también. Pero aquella tarde era diferente. Al día siguiente se iba de vacaciones y no iba a verla hasta dentro de dos meses. Iba a la playa y él se quedaba en la ciudad. Sus padres no tenían una economía que les permitiera salir. Recordaba que ella, apoyada en la esquina de la calle, el lugar que les separaba tarde tras tarde, le miró fijamente y le sonrió. Le dio un beso rápido en los labios y salió corriendo. No la vio hasta el mes de septiembre. Vino morena, más mujer, más alta. Más estilizada y quizás, por qué no decirlo, más atractiva y sensual. La primera vez que la vio le pareció más altiva, más distante. Se le había olvidado aquel beso y, ahora, pensaba, «todavía me acuerdo y me acaricio los labios para evitar que se me escape».

—¿Quieres que te acompañe? —le dijo el primer día de clase.

—He quedado con Luis. Dijo que vendría conmigo

Aquello fue un bofetón para su orgullo de la pubertad. Tardaría mucho tiempo en olvidarlo. Un día, ya habían pasado más de tres semanas desde aquello, estaba en la plaza y se acercó.

—¿Qué haces?

—Ya ves. Nada.

«Me pilló con un cigarrillo en la mano».

—Estás fumando.

—Sí, ya lo ves, ¿qué pasa? —dije con acritud y mirada acerada.

—¿Te dejan en casa?

—No me importa si me dejan o no. Además, no es de tu incumbencia.

—A mí no me dejan —me contestó como si no hubiera oído mi impertinencia.

—Pues ya va siendo hora de que lo hagas. Si eres capaz de salir con otros chicos no veo por qué no eres capaz de fumar de vez en cuando.

—Es que a lo mejor me mareo.

—Da una calada. Aspira fuerte y lo expeles por la nariz —dije al tiempo que le daba el cigarrillo.

Estuvo un par de minutos tosiendo. Lo recordaba perfectamente. Le miró fijamente, con aquella mirada que solía tener y sonrió ampliamente. Era la primera vez que la vio de esa manera. ¿Volvía a ser la misma? No lo supo hasta mucho tiempo después. Sus amigas, desde la distancia, les miraban con envidia. Todas querían ser como

María. Todas querían tener un chico que las contemplase, que las acompañara a la salida del colegio. El tal Luis no le gustaba. Hizo que la acompañara esas tres semanas para ponerle celoso y darse un poco más de tono, como mujer que salía con diferentes chicos. Pero la elección era para él con el fin de que la acompañara. Quizás lo que pretendía, mucho tiempo después lo pensó, era mantenerse como un icono ante sus amigas. Tener dos chicos a sus pies era todo un reto que ninguna de ellas conseguiría por mucho que lo intentase.

Esa tarde se acercó a la plaza, donde sabía que él estaba, para charlar. A partir de ese momento, y durante todo ese curso, la acompañó a casa, pero ya no hasta la aduana, sino que la traspasaba y llegaba al portal. Allí le miraba sonriendo y salía corriendo. Nunca volvió a fumar, y cuando él lo hacía le miraba fijamente, con esa mirada acerada que tenía, y ya no se atrevía a sacar el pitillo del paquete. Por eso la dejaba en su casa y era cuando se iba fumando. La mayor parte de los días caía un cigarrillo, aunque cuando estaba nervioso eran dos. Desde entonces no había sido capaz de dejar el vicio.

—¿A qué hora sales de casa para el colegio? —se atrevió a preguntar un día.

—¿Es que también quieres que nos veamos por la mañana? —dijo con una gran sonrisa.

—Si tú quieres a mí sí que me gustaría —contestó con un cierto arrobo de juventud.

—Sí, pero en este caso nos veríamos en la esquina. No quiero que mis padres o hermanos nos vean.

—Por mí estupendo. Mañana a las ocho y media en la aduana —dije sonriendo.

Y le di un beso en la mejilla. El primero. Ella no se apartó. Le gustó y salió corriendo escaleras arriba. Vivía en un tercero y, segundos después, él vio cómo se encendía la luz de su habitación y se movía ligeramente el visillo. Le estaba observando. Levantó la mano y con la palma le envió un beso. Se alejó a toda prisa, sin mirar, solo faltaría que estuviera su madre espiando en el otro balcón. No debía tener buenas pulgas, al menos, eso era lo que su hija decía. «Mi madre tiene mucho genio y siempre está regañándonos».

—¿Son todas las madres iguales?

—La mía no —respondió—, es muy cariñosa y nos da muchos besos.

—¡Qué suerte tienes!

—A lo mejor es que la ponéis nerviosa —dijo con intención de echarle un capote.

—Puede que sea eso.

Sus padres trabajaban los dos. Tenían un pequeño negocio de ultramarinos en el barrio. Les daba para subsistir cómodamente pero

sin alharacas ni lujos. Por eso no salían de vacaciones. Las pasaban en el parque jugando con otros niños. Él se sentaba en el banco y pensaba en la chica del colegio. Se llamaba María y le gustaba mucho. Un día le mandó una carta. Era la primera que recibía de ella. Le decía que lo pasaba muy bien en la playa. Iba todas las mañanas a jugar con las olas y se quedaba allí hasta casi las ocho de la tarde. Se llevaban unos bocadillos y comían allí. Compraban unas bebidas en un chiringuito. Los sábados y los domingos iban por la tarde al cine. Eran varias chicas y chicos, de tres familias, que vivían en los apartamentos de la misma urbanización y todos los años se veían. Él se puso muy celoso cuando leyó esto pero enseguida se le pasó. Con la pluma estilográfica que le habían regalado los Reyes, le contestó y le dijo que él también lo pasaba muy bien, que en el parque había muchas chicas y chicos, y jugaban a policías y ladrones, y a tula durante toda la mañana. Por la tarde iban al cine del barrio con sus hermanas. Más adelante se atrevió a escribirle unos versos. Los copió de un libro de poemas que tenía una tía suya. Eran, recordaba, de Gustavo Bécquer. Sin embargo, al final del verano le compuso unos versos que le gustaron mucho más. Ella le dijo «que en los segundos se veía más sentimiento mío que en los primeros». No sé si había notado algo, pero le dio esa impresión cuando le preguntó si le habían gustado. Si lo notó no me dijo nada. Solamente que le habían gustado mucho y que tenía que hacerlo más. Se quedó pensativo, pues no era cosa de copiarla todo el libro de versos, y hacerlos era muy difícil y no siempre se le ocurría algo. Con el tiempo se aventuró a hacerle otros que también le gustaron. Después de ese segundo verano vino transformada. Se pintaba las uñas y se daba colorete y rímel en los ojos. A todas horas sacaba un espejito del bolso y se miraba a ver cómo estaba.

—¿Qué te parece? —preguntaba.

—¿Qué quieres que me parezca? —contestaba.

Y siempre la misma pregunta y siempre la misma respuesta.

—Es que quiero estar guapa —me decía.

—¿Para quién?

—Para todos —le contestaba agriamente—. ¿Es que te crees que solo eres tú?

Se callaba, pero lo sentía por dentro. Nunca le decía nada. Aunque de vez en cuando, eso sí, la miraba con arrobo y le daba un beso en la mejilla. No podía entenderla. Sus reacciones eran diversas en función del día y la hora. «Yo, sin embargo, era más predecible. Mis reacciones se podían esperar, las suyas nunca», especulaba mientras encendía un pitillo.

«Quizás era eso por lo que me gustaba. Un día me dijo que una amiga había preparado un guateque y que quizás iría ella».

—Si vas tú, yo también —le contesté.

—Puedes llevar algún amigo —dijo.

—Sí, para que bailes con él y no me hagas caso en toda la tarde —le corté ásperamente.

—No seas tonto —dijo poniendo un mohíno especial.

—¿Y a qué hora es?

—A las seis. Los padres nos dejan estar hasta las nueve y media. Nos han dicho que debemos regresar a casa a las diez. Yo iré con mis dos hermanas.

—¿Nos vemos entonces en la casa?

—Sí, allí estaremos.

Y en efecto allí estaba con esa falda liviana, con esa sonrisa dulce, con esos dientes perfectamente alineados, con esa blusa que le dejaba los hombros al aire y con ese movimiento de su cuerpo tan grácil. Una vez más, me maravillaba verla entrar rodeada de amigas y ella, en el centro, señalando el lugar, marcando su entorno. Bailando era una figura. Conocía todos los bailes y todas las canciones. El twist, el rock and roll, la yenka… no paraban de oírse los compases ensordecedores.

A pesar de sus temores acerca de si le iba a hacer caso o no, llevó a dos amigos de clase. Era la primera vez que estaban en un guateque y no sabían qué era lo que había que hacer. Entraron con mucha timidez, sin saludar a nadie, y directamente fueron los tres al rincón más tranquilo. Desde allí observaron el ambiente y decidieron cuál sería el siguiente paso a dar. De momento se dedicaron a ver el contorneo, los movimientos y torsiones que realizaban los asistentes. Mucha de la animación, que en esa habitación existía, partía de moverse cuánto más mejor. Como nadie les decía nada fueron a la mesa de la comida y se pusieron las botas con las patatas fritas. La bebida era limonada y naranjada, así que la decisión de tomar algo no era complicada.

Capítulo 12

Ramón, al día siguiente, fue a ver a su padrino. Tenía que contarle las sospechas que tenía sobre Cantalapiedra, y advertirle sobre la contestación a su discurso de investidura. Antes de que golpeara la puerta con la aldaba el mayordomo la abrió. Se trataba de un portón de rica forja y herrajes con un llamador de bronce en forma de cabeza de león que sujetaba una argolla. Esa pieza se la trajo el conde de uno de sus viajes a París. Según le dijo, en alguna ocasión, pertenecía a una iglesia y se la compró a un anticuario que tenía su negocio en el barrio de Saint-Germain-des-Prés. Un área de vida cultural e intelectual al que solía ir el conde alguna vez cuando se encontraba en la ciudad.

—No te preocupes, ya me había percatado de ello, pero no quería aumentar las sospechas con mi negativa a su solicitud. No tenía ninguna razón para ello y le hubiera puesto en guardia.

—Sabía que tendría sus razones para tomar esa decisión.

—A mí también me parece que tiene algunos motivos ocultos que, al parecer, no quiere desvelar por el momento.

Mientras conversaban, en la rica biblioteca, se encontraban frente a dos tazas de café. El criado entró varias veces para acercarles el azúcar y unas bebidas de jugo de naranja.

—Creo que sabe algo. Me dio varios detalles que me hicieron pensar que sabe más de lo que aparenta. Su entrada en las Academias es, simplemente, una excusa para estar en contacto con lo que le preocupa —dijo Ramón.

—¿Quieres decir que sabe algo sobre el Lazarillo?

—Sí, eso quiero decir. Sabe cosas que nosotros ignoramos. Me habló de la edición de Medina del Campo, de que hay personas que esconden los libros, en fin detalles, muchas veces, insignificantes pero que complican las cosas. Lo que está claro es que no es trigo limpio. Además le acompaña…

—Sí, el tipo que se hace pasar por su conductor. Yo creo que es algo más —señaló el conde displicentemente.

—¿Un asesino a sus órdenes?

—O algo parecido. Parece un matón —dijo dejando caer la ceniza del cigarrillo en el plato de café.

—Nosotros ahora a seguir con nuestro plan. Yo le contestaré a su discurso y veremos en que acaba todo esto y qué es lo que dice en el mismo.

—La verdad es que la catadura de ambos es tenebrosa. Cantalapiedra con la cicatriz y el chófer, que también tiene otra aunque más grande, o lo que sea, con ese gran bigote que le tapa media cara —aseveró Ramón dando un respingo en la silla.

Hubo un silencio en la conversación que ambos interpretaron como la preocupación que les infundía Cantalapiedra y su esbirro.

—Trataremos de ir con cuidado —comentó el conde.

Era una tarde de primavera y antes de que se acercara la hora de la sesión en la Academia el conde ofreció a su ahijado llevarle en el carruaje y dejarle lo más cerca posible.

—No se preocupe por mí. Estamos muy cerca. Por la plaza de Cibeles tardaré no más de diez minutos en llegar a casa, vaya usted a la Academia que está más lejos. Y las sesiones no esperan. La puntualidad es su regla.

Se despidieron. Ramón quiso aprovechar la bonanza de la tarde que aunque algo ventosa invitaba al paseo. Solía asistir a las sesiones pero su presencia no era obligada. Además, tenía la posibilidad de entrar por la parte posterior, sin llamar la atención, y sentarse en las últimas filas. A veces llegaba cuando ya se había iniciado la sesión, pero tenía la ventaja de que nadie se percataba de ello. Decidió salir de la casa de su padrino y cruzando la plaza del Rey llegar a la calle del Barquillo. Al llegar a la calle de Prim enfiló hacia el paseo de Recoletos y torciendo a la derecha se dirigió a la plaza de Cibeles. Antes de llegar a ella se sentó en un banco del paseo y puso en orden sus pensamientos. No tenía nada claro, solo indicios, suspicacias, sospechas vanas, detalles insignificantes. Nada de peso, pero todo ello puesto en conjunto daba una solidez a las dudas. Sin embargo, no quería caer en los prejuicios. Trató de desapasionarse y poner la cabeza fría antes de sacar conclusiones definitivas. Trataría, en el futuro, de mantenerse en guardia. Preveía que sus encuentros iban a ser frecuentes.

En la Cibeles subió por la calle de Alcalá hasta llegar a la plaza de la Independencia y entrar en el Retiro. Ese parque siempre le había gustado; paseando entre sus parterres se encontraba libre. Sus jardines se remontan a los años 1630 cuando el valido real, el conde-duque de Olivares le regaló a Felipe IV unos terrenos para el recreo de la corte. Originalmente al valido se los regaló el duque de Fernán Núñez. Allí se construyó el casón del Buen Retiro. Hacía poco tiempo que se había inaugurado la entrada por la puerta de España, desde la calle Alfonso XII. La obra fue realizada por el arquitecto José de Urioste y Velada, el mismo que participó en el ensanche de la Gran Vía. Generalmente paseaba alrededor del árbol arce plateado, nativo de la zona este de Estados Unidos. Tiene más de ciento setenta especies de árboles y su riqueza botánica es muy importante.

Terminado su paseo se dirigió a la puerta de España y cruzando la calle de Alfonso XII llegó en un par de minutos a la Academia. Sintió como si su entrada fuese observada. Unos ojos detrás de unos arbustos cercanos vigilaban todos sus movimientos. Se sentía traspasado por dos cuchillos acerados. Ascendió las escaleras y entró en el edificio. En el hall se encontró con varios académicos que acudían a la sesión. Respiró hondo. Tenía tiempo de escuchar las conferencias.

Antes de entrar en el salón para escuchar las presentaciones decidió pasarse por la biblioteca. Al entrar en ella sintió que una sombra salía por la otra puerta. Rápidamente Ramón fue tras ella. Apenas tuvo tiempo de ver cómo se movía en las tinieblas del pasillo. La entrada y salida de académicos en el salón hizo que no pudiera identificar a nadie. A esa hora el lugar hormigueaba de personas. De lo que sí estaba seguro era de que el que había salido, confundido con el resto de asistentes a las sesiones, tenía responsabilidad en la muerte de su padre. Estaba buscando algo. Perseguía alguna cosa y esto no podía ser nada más que el libro del Lazarillo. Ahora encontraba respuesta a esos indicios de Cantalapiedra sobre su futuro discurso en la Academia de la Lengua. Unas palabras resonaron fuertemente en su cabeza: «… Y para completarla necesito más material como…». No tuvo tiempo de terminar la frase, o mejor dicho no quiso, pero significaba un indicio muy sugerente. En su conversación dejó entrever que necesitaba poseer el preciado libro para poder preparar convenientemente la conferencia.

No podía hacer otra cosa que sentarse en su lugar habitual y escuchar las presentaciones. Durante todo el tiempo su cabeza estaba en otra parte, y se limitó a observar a cada uno de los académicos y asistentes a la sesión, intentando descifrar quién podía ser esa sombra. Todos, y al mismo tiempo ninguno, eran candidatos. Era un contrasentido pero no podía sospechar de nadie en particular. Todos estaban sentados en sus sillones, sin aparentar la menor sensación de nerviosismo. Tendría, por fuerza, que esperar una nueva ocasión o que esta persona diera un paso en falso.

Durante los siguientes días su trabajo consistió en hacer un listado de los académicos que habían consultado algún libro de la biblioteca y cruzar los datos. No le aportó mucha información pero le quedó claro que había varios académicos que habían entrado, aunque solo seis de ellos lo habían hecho en varias ocasiones. Su siguiente trabajo fue ver si estos académicos habían consultado algún libro durante el resto del año. Esta tarea fue compleja pero al cabo de varios días, y después de cruzar muchos datos y horas, llegó a la conclusión de que había tres académicos que nunca habían entrado en la biblioteca excepto en los días en que él estaba en Barcarrota. Uno de ellos era, como no, Cantalapiedra. Se prometió investigarlos. Antes consultaría con su

padrino. El examen había dado buenos resultados. Las sospechas se iban cuadrando. Parecía entrever una luz al final del túnel.

Capítulo 13

Miró, de nuevo, las cajas. Las del fondo, volvió a recordar, eran las más antiguas, las que estaban junto a la puerta las más modernas. Ambas se llevaban no menos de veinte años. Dentro de los diferentes períodos también estaban dispuestas por tamaño. Las había de todas clases: grandes, medianas, pequeñas. Los envoltorios también eran diferentes, de colores varios, papeles con estrellas, con guirnaldas, con cintas amarillas, rojas, verdes, de diferente clase de papel de acuerdo al tiempo. En fin, una suerte de cajas de muchas clases y características. Cada una era diferente de la otra. Todos los días, cuando se terciaba, entraba en las habitaciones y con un embeleso, rayano en la psicopatía, miraba con arrobo y deleite las cajas allí amontonadas y desperdigadas por los años. ¡Cuántos años han pasado! ¡Cuántas ilusiones en esos pequeños regalos! Nunca lo sabría. Así era mejor. Siempre tendría la posibilidad de saberlo, y aunque no cumpliera su objetivo le quedaría la ilusión que allí estaba reposando a través del tiempo.

En la mitad de la fiesta se acercó y le preguntó:

—¿Por qué no bailas?¿Es que no sabes?

—Sí sé —contestó fuera de sí. Le había sentado mal, en su orgullo de macho, ese comentario.

—Pues entonces vente con nosotras y demuéstralo —remarcó bien la palabra para no señalar que lo que quería era bailar con él.

—Bueno. Está bien. —Se introdujo en el círculo de los que estaban contoneándose.

Así pasó un buen tiempo, hasta que en un descanso de la música le dijo que lo que quería era bailar con ella sola.

—Aquí no puede ser. Nos están mirando todos.

—¿Entonces dónde? Si aquí no podemos, ¿dónde podemos?

—Pues en otro sitio. Otro día. Ya veremos —contestó con un cierto grado de azoramiento, y sin interrupción le preguntó—: ¿Pero vienes o no?

—Ya he bailado con todas. Ahora voy a descansar.

Se fue con los amigos y estuvo charlando un buen rato. Cuando se cansó decidió irse sin despedirse. Aquello a ella le molestó y estuvo varios días sin hablarle y sin saludarle a la salida del colegio. Lo que sí era cierto es que tenía bastante genio. Cuando se enfadaba podía estar dos o tres días sin decirle nada y, de pronto, sin saber por qué se le pasaba y le enviaba la mejor de sus sonrisas.

Ese año terminó y ella se marchó. A su padre le destinaron a otra ciudad. La despedida fue triste. Creo que algo le gustaba y se había encariñado con él. Le prometió que le escribiría. Alberto le dijo que cuando supiera la dirección en la que iba a vivir, se lo dijera y le escribiría cartas y versos con aquella pluma estilográfica que le habían regalado sus padres, y que cuando fuera algo más mayor iría a verla y se fugarían juntos. Ella sonrió y le dio, de nuevo, aquel beso que un día, hacía dos años, le había dado en la esquina de su casa. Ese fue el recuerdo que le dejó, ya que nunca le llegó una carta suya, ni tan siquiera una llamada. Siempre tuvo la duda de si se perdió o fue que sus padres no le dejaban escribirle. El teléfono sí que lo tenía: se lo había dado él unos días antes. La cuestión es que desapareció de su vida. No la volvió a ver. Como si con una goma de borrar hubieran quitado su nombre y su cara. Su figura y su persona se habían difuminado de la vida de Alberto.

El libro de su biografía ya tenía varias hojas rellenas. Iba conformándose su estructura vital. Poco a poco se perfilaba una imagen más nítida. Antes de empezar a abrir las cajas solo había un tímido esbozo y, ahora, los trazos eran más precisos, más diáfanos.

Durante toda la tarde estuvo abriendo más cajas. Una de ellas contenía una corbata y unos gemelos. Eran regalo de una chica, Carmen, con la que estuvo saliendo. «Pronto me dejó», pensó con un cierto aire de lejanía, de tristeza contenida. «Se cansó de mí a los pocos meses. Me había hecho tres regalos y ninguno de ellos lo había abierto. Ella se molestó, pero no me dijo nada. Solo actuó y un buen día me mandó una carta explicándome que se había cansado, que era muy egoísta y que solo pensaba en mí. En fin una retahíla de agravios que parecía que los guardaba en la memoria».

«En la fiesta que siguió a mi graduación podría haber estrenado la corbata y los gemelos. Mis padres me hubieran dicho que iba muy elegante y que eran muy adecuados a la ceremonia. Mis compañeros se hubieran muerto de envidia ya que ninguno de ellos tenía algo parecido». El teléfono sonó. Era Carmen. ¡Qué casualidad! Ahora que Alberto estaba abriendo su regalo ella le llamaba. ¿Tendrían alguna relación ambas cosas?

—¿Qué tal estás? ¿Me conoces?

—Por supuesto. Desapareces y apareces, como el Guadiana.

—Estuve fuera de España.

—Aunque hubieras estado aquí no me habrías llamado.

—No hagas juicios de valor ni hables de lo que no sabes.

—Tú me dirás. Yo solo hablo de sentimientos. Me escribes una carta poniéndome a parir, me dejas y, ahora, de nuevo, me llamas.

—Tienes algo de razón. A lo mejor fui excesivamente dura contigo, pero es que me tenías harta.

—¿Por qué? ¿Porque no abría tus regalos? No me parece que sea una razón suficiente.

—Ya te he dicho que me porté demasiado duramente contigo.

—Ahora ya es demasiado tarde. Por cierto, acabo de abrir uno de tus regalos. La corbata y los gemelos están muy bien. Me gustan mucho. Quizás, ahora, me los ponga alguna vez. ¡Qué paradoja! Ahora que no salimos juntos es cuando estreno tus regalos.

—Entonces te acordarás un poco. ¿No quieres que nos veamos? ¿Que tomemos una copa?

—Preferiría que no. Me hiciste mucho daño. Nunca lo comprendí.

—La copa serviría para que hiciéramos las paces. Tenemos que quedar como amigos, ¿no te parece?

—Cuando ya te había olvidado apareces de nuevo en mi vida.

—Así son las cosas. Son como las olas con sus crestas y sus valles. Todo va y todo viene, y lo que ayer era algo hoy no es nada.

—Pues si ya no eras nada en mi existencia no entiendo por qué ahora vienes a entrar otra vez.

—No lo comprendes. Estoy arrepentida de mi actuación. Muchas veces lo pensé. No te lo merecías aunque, por supuesto, sí te ganaste un tirón de orejas. Algo había que hacer, pero creo que me pasé varios pueblos.

—Te pasaste todo y ahora estás ya muy lejos. Así que, por favor, déjame que viva tranquilo y no te entrometas más en mi vida.

—Como quieras. Quizás nos veamos por aquí o por allá. ¡Quién sabe!

—Adiós.

El sonido se cortó intempestivamente y Alberto aún se quedó con el auricular en la mano sin dar crédito a su conversación. ¿Sería posible que el simple hecho de abrir el regalo hubiera puesto en marcha el mecanismo de aparición de ella? A lo mejor se había puesto en marcha un sistema de retroalimentación por el cual al tocar el resorte de la apertura de la caja se iniciarían toda una serie de casualidades que derivarían en la llamada telefónica. Tanto tiempo sin dar señales de vida y, de pronto, como una aparición, se presenta al otro lado del hilo telefónico y, como si tal cosa, sin dar cuartos al pregonero, le dice que si quiere tomarse una copa con ella. Algo de cinismo sí que había en la llamada ¿o es que de verdad estaba arrepentida? A lo mejor debería haber aceptado su invitación ya que era sincera. El no abrir los regalos no era razón suficiente para cómo actuó. Las otras chicas con las que salió no reaccionaron de esa manera. A todas les molestó el hecho de no abrir las cajas, pero llegar a este extremo ninguna lo hizo. Podía haber obtenido el mismo final pero de otra forma, algo más suave, menos traumático. Pero, al menos, estaba sirviendo para que su vida fuera perfilándose poco a poco.

Había cumplido los dieciocho años y ya estaba en la universidad. Estudiaba Periodismo. En el primer curso conoció a muchos compañeros. Al salir de clase se juntaban para estudiar y después iban a un cine. A la salida era costumbre tomar unos vinos. A casa no llegaba muy tarde ya que al día siguiente había que madrugar. Se tomaba en serio y con responsabilidad las diferentes asignaturas, aunque lo que más le gustaba era escribir. Seguía haciéndolo con aquella pluma que le regalaron sus padres y con la que escribió las cartas a María. ¿Qué será de aquella chica? «Seguro que ya no se acuerda de mí. Yo, en cambio, aún tengo nostalgia de ella, de su pelo, de su sonrisa, de aquella mirada fija». Era la constante de sus pensamientos más íntimos.

Las horas iban pasando lentamente. En esa tarde abrió varias cajas, aunque ninguna le hizo evocar recuerdos como aquella en la que le regalaron una máquina de fotos. Podía haber ido, con ella, al Retiro y hacerse fotos con Carmen. En el paseo con una barca le hubiera hecho una foto. Creo que le hubiera gustado y, desde luego, no la hubiera dejado. Era una chica atractiva, de mirada ensoñadora, de manos largas y cuerpo esbelto, de ojos verde aceituna, penetrantes. Tenía un buen tipo que llamaba la atención por donde fuese. Hubiera quedado muy bien en las fotos. Caminaron por el Palacio Real, por el Retiro, por el parque del Oeste, por tantos sitios…

En las tardes de aquel otoño, cuando la luz se esfumaba, y los cielos entreverados de rojos y azules aparecían, la máquina fotográfica hubiera grabado una estampa lánguida, de dulce atardecer, de un suave evanescente que evoca la liviandad del momento. Todo estaría reflejado en esa foto fija de una vida que no tuvo, de unos acontecimientos que no hubo y de un pasado que no existió. Un recorrido por Madrid, visitando la Plaza Mayor, la Puerta del Sol, el Madrid de los Austrias y de los Borbones quedaría grabado en la máquina. ¿Y si aún estaban las fotos? El carrete existía. No lo había sacado. Estaba en el interior. Al día siguiente tenía que ir a una casa fotográfica a revelarlo. Quizás podía tener los recuerdos. Sería bonito y, lo más importante, la existencia de esos retratos del tiempo, que revelarían que hubo una realidad y las páginas del libro seguían rellenándose.

Se quedó dormido encima de la mesa escritorio. Cuando se despertó eran más de las dos de la madrugada; se fue a la cama. Estaba verdaderamente cansado de tanta experiencia, de tantos recuerdos. Su vida estaba apareciendo; meses y años en tan solo veinticuatro horas, se mostraban con toda su fuerza, con su desgarradora verdad. Era difícil de asimilar. Todo estaba, el día anterior, enterrado y, ahora, de pronto, aparecía de golpe, sin venir a cuento, sin dar más explicaciones que la sola presencia de los hechos. El libro se iba

escribiendo página a página. Pero lo verdaderamente estremecedor era que las páginas de muchos días, incluso semanas, se escribían en tan solo minutos. Muchos años recogidos en tan solo un corto lapso de tiempo. No había tiempo de asimilar tantas vivencias. Cada escena de la vida tiene su «tempo», su ritmo y sacarlas intempestivamente, en un período corto, era una barbaridad.

Sonó el despertador a las siete de la mañana, como cualquier día. En esos días tenía la costumbre de levantarse pronto y ponerse a escribir un par de horas. Aquel día había decidido ir a una casa de fotografía para que le dijeran si se podía recuperar el carrete de la máquina. Era necesario esperar a que la abrieran. Debajo de su casa había una tienda, pero no estaba operativa hasta las diez de la mañana. Las horas pasaron rápidamente entre el aseo personal, el café y un poco de ejercicio que hacía cada mañana. Cuando fue el momento indicado bajó a la calle y entró en el local de fotografía, que en ese momento abría, y le entregó la máquina. El dependiente entró en el cuarto oscuro y a los dos minutos salió para decir que, en efecto, había un carrete y que lo revelaría en un par de horas. Alberto se puso nervioso pero trató de disimularlo y subió, de nuevo, a su casa. Trataría de pasar el rato con el ordenador. Tenía la costumbre de leer las noticias, aunque también solía comprar algún periódico. El papel era un buen complemento o quizás este lo era del ordenador. No lo sabía, pero el hecho claro es que allí podía ver muchas cosas, noticias y datos que no tenía en la prensa escrita. Las dos horas se le pasaron rápidamente y, nuevamente, bajó a la tienda.

—Hemos tenido suerte —dijo nada más verle—, han salido todas las fotos. Es más, no se ha estropeado ninguna.

—Me alegro mucho —acertó a balbucir, pensando más en lo que habría en las fotos. Eran muy antiguas y ya no se acordaba de ellas.

—Se las hice a tamaño normal. Si quiere alguna ampliación o más copias no tiene nada más que decírmelo, por supuesto. Será muy fácil hacerlo. Hay alguna que merece la pena…

—Muchas gracias.

«No sé qué ha querido decirme con el comentario», pensó mientras subía las escaleras, aunque hizo como si no le hubiera oído. Posiblemente nada…

Pagó el servicio y subió a su casa. En el ascensor estaba nervioso. En sus manos reposaban muchos años y, de pronto, en unos minutos, iban a aparecer, sin más ni más, por arte de magia. Al llegar al despacho tuvo la tentación, como otras veces en su vida, de introducirlas en una caja y colocarla en la lista de espera. Quizás dentro de muchos años la abriría y podría ver lo que sucedió en su pasado. No cayó, de nuevo, en la equivocación y abrió el paquete de fotos. Allí estaban sus visitas al Madrid antiguo, al parque del Retiro y del Oeste. Muchos recuerdos

recogidos en unas fotos que habían estado olvidadas durante años. La Puerta del Sol se veía antigua. No gozaba de la remodelación que se hizo después. Carmen estaba muy joven y guapa. En una de las fotos estaban los dos —las haría algún espectador que pasaba por allí—, muy tiernos, acaramelados. Quizás a esa foto era a la que se refería el dependiente. Su vida iba apareciendo.

Se iban escribiendo las páginas de su libro; ya no estaba en blanco. Empezaba a tener un pasado. Se quedó un buen rato mirando a Carmen. Pensaba que si hubiera llamado después de ver su foto, y en cómo estábamos, le hubiera dicho que sí, que se podían ver donde quisiera. Pero ya era tarde. El tren había pasado y no regresaría más. Era solo de ida, sin vuelta, sin regreso. La vida tiene sus cosas. Hay momentos intensos que los dejas escapar y no vuelven y, sin embargo, hay otros que, sin ser tan intensos, se repiten una y otra vez de manera machacona. En su vida se alternaban todos, los hondos y los menos profundos. Todos estaban encerrados en esas cajas y, en poco tiempo, los estaba aflorando en una procesión interminable de recuerdos y vivencias.

En la vida todas las experiencias tienen su momento, su cadencia y él las estaba exponiendo, en muy poco tiempo. La cotidianeidad tiene su ritmo. Lo que estaba sucediendo ahora era desmedido. La consonancia del tiempo se estaba rompiendo y, por ello, se exponía a una fractura sentimental. El remedio que estaba aplicando a su biografía no era bueno. Debería hacerlo con otra regularidad. Pensar que su vida era como una sinfonía y que el compás y la concatenación de los tiempos eran básicos para recordar un pasado feliz y sin fisuras. Tendría que haber abierto las cajas poco a poco, dando espacio para asimilar los modos y costumbres en un ejercicio rutinario de una vida corriente. No podía permitirse el lujo de que años de experiencias pasaran rápidamente y se hicieran visibles en unos instantes. A partir de ahora iría más despacio, pues corría el peligro de saltar algunos períodos de tiempo y quedarse sin esas vivencias. Tenía, por fuerza, que exponer día a día, mes a mes, todo lo que había experimentado. Un libro escrito donde aparece, en la mitad, una página en blanco es incompleto, y en consecuencia hay experiencias que no aparecen. El protagonista nunca estará realizado totalmente. Siempre le faltará algo que nunca sabrá. Y eso puede pasar factura en el futuro. Decididamente iría más despacio.

Carlos le llamó.

—¿Cómo van las cosas?

—Muy bien.

—¿Escribes algo?

—De momento no. Estoy buscando mi pasado —contestó Alberto.

—Eso me parece muy bien. Todos debemos mirar al pasado si no

queremos cometer las mismas equivocaciones.

—Pues en eso estoy ahora. Tratando de no cometerlas.

—¿Nos vemos a comer?

—Me parece bien. Debo hacer algún descanso. Dar tiempo al tiempo y nunca mejor dicho.

—¿Nos vemos dónde el otro día?

—Por mí está bien.

—Pues hasta entonces a las tres. Reservo yo.

—Hasta luego. Seré puntual.

—Eso es lo único que tengo seguro de ti.

—Pues algo ya me conoces —dijo Alberto.

Capítulo 14

Desde el despacho, Ramón, mandó un mensajero a su padrino con el deseo de que al día siguiente fueran a almorzar al lugar en que lo hacía con su padre. El mismo emisario le trajo la respuesta afirmativa.

Al día siguiente, a la hora indicada, estaban los dos en la mesa de siempre, junto al rincón del fondo. El mesero saludaba al conde con un afecto especial ya que llevaba mucho tiempo sin acudir a su negocio. Exactamente desde que falleció Pedro.

—¿Tomará el vino de siempre?

—Sí. Por supuesto. —Y al contestar el conde una multitud de recuerdos vinieron a su memoria. Trató de no caer en la melancolía, sobre todo, por su hijo al que no quería entristecer. Sacó un pitillo de su cajita de plata con el escudo familiar en la tapa y lo encendió. No le ofreció a Ramón pues sabía que no fumaba. Expelió el humo con una cierta deleitación y se dirigió a su ahijado:

—Bueno, cuéntame, ¿qué es eso que te corre tanta prisa decirme?

—Verás, padrino, después de la última conversación que tuvimos, y siguiendo tus consejos, hice un cruce de visitas a la biblioteca, de fechas y nombres de académicos y me encontré que solo tres académicos han repetido las entradas más veces los días que estuvimos fuera. Tengo que señalarte que durante el resto del año prácticamente no entraron en la biblioteca. De los tres, dos se quedan fuera. Son académicos muy mayores que tienen su vida resuelta y que no plantean ninguna sospecha en su conducta. El tercero es nuestro hombre, Cantalapiedra. Ha visitado la sede varias veces seguidas en las dos semanas que estuve fuera de ella. Incluso ha superado la media del que es más asiduo. Es muy extraño que en las dos semanas haya estado más de diez veces buscando material o investigando por su cuenta. No me queda claro que para perfilar su discurso, que me dijo que ya tenía terminado, visite tantas veces la librería como no sea que esté buscando datos para su disertación en la de la Lengua y eso que aún no ha sido la votación. Algo se trae entre manos y tenemos que averiguarlo.

—Que algo tiene entre las manos está claro. Hay que saber qué es. Yo tengo una cita con él para matizar algunas cosas de mi contestación.

—Ya no será necesario que le llames. Está entrando por la puerta y, como no, acompañado. Cada vez que le veo me entra un temblor. Las cicatrices no llaman a la tranquilidad —dijo Ramón bajando la voz

suavemente.

Al verlos en la mesa del rincón, Cantalapiedra se acercó y a una prudente distancia dijo:

—Qué agradable coincidencia. Mis dos amigos juntos. ¿Me permiten que tome asiento en su mesa? —Y dirigiéndose al conde le dijo—: Así ya no tendremos que tener la reunión prevista. —Y sin esperar respuesta se sentó displicentemente.

El conductor se dirigió a otra mesa sin esperar ninguna indicación que por otra parte nadie estaba dispuesto a dársela.

—¿Qué es lo que desea tomar el señor? —preguntó el camarero nada más ver que se había sentado en la mesa.

—Lo de siempre —dijo remarcando sus palabras para dejar claro, desde el principio, que a ese local iba frecuentemente. Ponía las cartas boca arriba, ya desde casi empezar a hablar.

—Precisamente, estaba comentando a Ramón sobre la contestación a su discurso. El tema me parece muy interesante y ya tengo casi perfilada totalmente la respuesta. Me quedarían algunas dudas que quizás me las pueda aclarar en este agradable almuerzo. —Al decirlo, el conde utilizó una voz algo más impostada de lo normal.

—Pues usted dirá.

—Mis controversias están alrededor del libro del Lazarillo de Tormes. Usted remarca, diferentes veces y a lo largo de su discurso, que el lazarillo es una consecuencia del ambiente de miseria y hambre que le rodea y que solo por su astucia es capaz de avanzar, mal que bien, en la vida.

—Así es. Creo que lo dejo bastante claro y que a lo largo del libro tanto en su relación con el ciego, el noble venido a menos, el clero y el resto de los amos con los que le toca lidiar, este hecho es incuestionable.

—Sin embargo, creo que también influye no solo el ambiente de la sociedad en la que se desenvuelve el muchacho, sino que además está el determinismo biológico de sus padres. Madre dedicada a la buena vida y padre castigado a galeras no ayudan a una educación sana. Yo defiendo que la instrucción lo es todo en la vida.

—Puede ser, pero hay casos en que la enseñanza mejor es la de la vida —contestó con un cinismo no exento de cierta sorna.

—La vida te enseña mucho pero siempre es necesario tener una base que te dirija en los recovecos y recodos de la misma. No siempre te encuentras con una existencia plana y la subsistencia de las personas debe adaptarse por la biografía de cada uno.

—La vida te enseña todo eso y mucho más. Es necesario tener claro los objetivos de dónde vienes y a dónde vas.

—Siempre que los mismos no te desvíen de tu recto comportamiento.

—El fin justifica los medios —sentenció Cantalapiedra.

—No siempre y le diría más, nunca —apostilló el conde.

—Después de esta sabrosa conversación debemos dar cumplidas gracias a esta carne. Es el plato más exquisito que sirven aquí —adujo Cantalapiedra, sirviéndose un buen trozo sin esperar que lo hicieran los otros. Al fin y al cabo estaba en la mesa de ellos.

Al ver el ternero que estaba sobre los platos los comensales no pudieron por menos que dar alharacas al cocinero. Este detalle sirvió para enfriar la conversación que había llegado a unos extremos un tanto peligrosos.

—Creo que debemos dejar de lado al lazarillo y dedicarnos a este sabroso plato que tenemos ante nosotros —señaló el conde mientras se disponía a meter el cuchillo en la deliciosa carne.

—¿Y dejar de lado y olvidado el… robo del libro?

—¿Cómo el robo? —cortó tajantemente el conde.

—Bueno quiero decir… vamos que imagino… —Cantalapiedra no supo qué decir—. El libro ya no está en la Academia.

—¿Cómo lo sabe? —terció Ramón, que hasta ese momento estuvo callado.

—Fui varias veces a la biblioteca a pedir una consulta y nadie supo darme explicaciones.

—Seguramente no sabían nada… —Ahora era Ramón quien no sabía qué contestar.

—El libro no se enseña así como así —terció el conde—. Además, no sé a qué libro se refiere usted

—Por supuesto al del Lazarillo de Tormes.

—Ah, ese. No es un libro, son una serie de notas que se encontraron hace unos años —señaló el conde tratando de desviar la atención.

—Mi información no es esa.

—¿Qué es lo que le han dicho? —preguntó Ramón que ya estaba muy nervioso.

—No es que me hayan dicho, es que lo han visto estos ojos. —Al decirlo se señaló el lugar.

—Posiblemente estemos hablando de cosas diferentes —comentó el conde al tiempo que trataba de buscar una salida honorable a la conversación.

—Bien. Vamos a dejarnos de evasivas y poner las cartas sobre la mesa.

La conversación había llegado a mayores y ya no había marcha atrás. Los tres lo sabían y el campo de batalla se estaba preparando. Cada uno ponía sus peones para atacar y sus demás piezas para la defensa. Era un juego mortal y extraño, al mismo tiempo. Se jugaban mucho y lo sabían.

—Lo que está encima de la mesa, encima de ella está —apostilló

Cantalapiedra, y por si no fuera poco añadió—: Pongamos las cartas sobre la mesa y descubramos el juego.

—¿A qué se refiere? —El conde trataba de ganar tiempo para prepararse para el ataque.

El carnero permanecía en el plato sin ser atacado. Nadie de los comensales tenía interés en sacarle un buen partido al almuerzo. El ambiente se había estropeado en los últimos instantes.

—Muy sencillo. Que hace, tan solo, unas semanas había un ejemplar del Lazarillo de Tormes en la Academia. Precisamente el de la edición desconocida de Medina del Campo de 1554 tiene mucho más valor que las otras ediciones de Amberes, Burgos y Alcalá de Henares.

—¿Cómo tiene usted esa información? ¿Quién se la ha dado? —cortó un indignado Ramón.

—Eso es cosa mía y a nadie le interesa —contestó Cantalapiedra fuera de sus casillas.

—Nos interesa a nosotros y, eso, es suficiente —exclamó el conde casi gritando.

—Caballeros, no nos pongamos nerviosos. Mantengamos la prestancia —cortó Cantalapiedra.

—No será por la que usted tiene —dijo Ramón que añadió—: Mi padre murió asesinado y eso es de nuestra incumbencia.

—Yo no tengo nada que ver en esa historia.

—¿Está seguro? —preguntó el conde, al tiempo que daba un puñetazo en la mesa—. Era mi mejor amigo y no pararé hasta saber toda la verdad.

Cantalapiedra estaba visiblemente nervioso y temblando. Solo acertó a decir:

—Yo no fui.

—Pues entonces, si usted no actuó directamente, al menos, sí indirectamente es responsable —señaló el conde, ya fuera de sí, y añadió—: A partir de este momento cancelo mi respuesta a su discurso.

—Eso no es de caballeros.

—Tómelo como quiera. Esta es mi última decisión.

—Si persiste en su actitud no tengo más remedio que nombrar mis padrinos y solicitarle que usted nombre los suyos.

—Como guste. Donde quiera y cuando quiera. No tiene más que señalar día y hora.

—Será con pistolas.

—Me parece bien —contestó el conde—. Nada que objetar.

—Mañana recibirá a mis padrinos para darle los detalles.

—Los esperaré ansioso. No se hable más.

A continuación Cantalapiedra se levantó de la mesa, hizo un gesto a su conductor, que dejó unas monedas encima de la mesa, y salieron

del local.

El almuerzo se había estropeado y los nervios habían hecho presa en los contertulios.

—No dejemos que este carnero se enfríe —apostilló el conde con una media sonrisa forzada.

Afuera la primavera entraba con fuerza. El sol, a esa hora, calentaba e invitaba al paseo y al descanso. Los paseantes caminaban sin prisa, ausentes de lo que acababa de suceder en el mesón. Solo el mesonero se dio cuenta de lo que estaba sucediendo y, siendo todos clientes suyos, no quiso intervenir. Además era responsable, en cierto modo, ya que hacía unas semanas oyó la conversación que habían tenido sobre el Lazarillo de Tormes y no se le ocurrió otra cosa que comentarlo con Cantalapiedra. Ese fue el motivo que justificó el desenlace fatal de la conversación.

Capítulo 15

La conversación con Carlos siempre le traía a la realidad del momento. Dejaba el pasado y se reencontraba consigo en el día a día. Era como pasar rápidamente las páginas del libro y llegar a la hoja final al momento en el que estaba. Tenía que ser así. No podía estar continuamente con el pretérito, con lo sucedido y debía pensar más en el futuro, en lo por suceder. Era la única manera de reencontrarse de nuevo y rellenar todas las hojas. Recordaba, ahora, aquel libro de Delibes titulado La hoja roja en el que los protagonistas, cuando sacan la hoja roja del librillo de papel de fumar, es cuando se dan cuenta que les queda poca vida. El color de la hoja marcaba el final del librillo y en la vida de los personajes el fin de la existencia. Se estaba acercando. Ellos vivían hacia su futuro. Era lo que les marcaba. Alberto, en cambio, durante estos dos días, había vivido hacia el pasado, y eso debería tener consecuencias al haberlo hecho tan rápido. Tiempo al tiempo era su mensaje a partir de ahora. Dejaría pasar todo el día sin abrir más cajas.

La comida con Carlos fue agradable. Fue caminando hasta el restaurante. Un paseo de una hora le llevó al sitio indicado. Allí le esperaba sentado en la misma mesa que dos días antes.

—¿El mismo Rioja?

—El mismo —contestó con una sonrisa.

—¿Y la misma carne?

—No. Hoy me inclino por un pescado. ¿Tiene merluza fresca? —indagó dirigiéndose al camarero.

—Por supuesto.

—Entonces me va a traer merluza a la romana.

—Yo tomaré lo mismo —señaló Carlos, que no dejó que la idea de su amigo cayera en saco roto.

—¿Y de entrada?

—Una ensalada de tomate y cebolla.

—Perfecto. Lo traigo rápido —afirmó con una sonrisa.

—¿Qué vas haciendo? —preguntó Carlos—. ¿Escribes?

—Tomo notas y recompongo mi pasado. Estaba vacío y ahora lo reescribo. No puedo redactar una línea sin antes tener un pasado que me evoque recuerdos y vivencias y no lo tenía. Ya lo sabes.

—Ese era tu problema. Me di cuenta de que esa era la razón por la que no podías escribir. Cuando sueltes todos lo que tienes en tu interior ya verás cómo es más fácil hacerlo.

Pasaron varios días sin abrir ninguna caja. Era necesario absorber todas las experiencias pasadas e incorporarlas a la vida normal, al ADN de su genoma. De una manera acompasada todo iba estableciéndose poco a poco.

Sucedió que un buen día Alberto se levantó con ganas de recuperar algún tiempo de su pasado. Ya había podido asimilar todo lo que experimentó días pasados y estaba en nueva disposición de comenzar a recuperar más memoria. Aquella mañana se levantó y, nada más desayunar, fue a la habitación y tomó la caja que estaba en orden cronológico. Era un regalo que recibió a los veinte años, cuando aprobó el segundo curso de la carrera de Periodismo, una novela sobre la Conquista de los españoles en América. Junto a la misma estaban unas cuartillas que había escrito sobre una personalidad legendaria de la defensa de las Américas. Era Blas de Lezo y su vida en Cartagena de Indias. Unas cuartillas que Alberto había escrito, con aquella pluma que aún tenía, y que había enterrado con la novela que le regaló un amigo. Imbuido de toda la influencia que España tuvo en América escribió una breve historia de las hazañas de Blas de Lezo. Tomó las cuartillas y leyó lentamente:

Blas de Lezo, el medio hombre, el héroe del Caribe

España no es un país que se signifique por aclamar a sus héroes y personajes populares ni de sentirse orgullosa de sus proezas. Uno de ellos fue Blas de Lezo, almirante que partió del puerto de Cádiz a bordo de la nave Conquistador con destino a la ciudad de Cartagena. Atrás dejaba una estela de victorias a la Armada Española. Con solo quince años participó en la batalla de Málaga, en 1704, donde una bala de cañón le arrancó la pierna. La operación quirúrgica con solo una botella de ron como anestesia, cuando se le practicó la amputación, demostró la valentía y el valor de un muchacho que comenzaba su carrera militar. Años más tarde, en la defensa de la fortaleza de Tolón frente a las tropas del duque de Saboya, perdió el ojo izquierdo. Poco tiempo después, y ya como capitán de navío, participó en la reconquista de Mallorca y en la limpieza del Mediterráneo de piratas y corsarios. En la ciudad de Orán obtuvo nuevos éxitos para la corona española. En otras batallas perdió un brazo por lo que recibió el sobrenombre de «medio hombre». Su presencia en las batallas era suficiente para infundir pavor al enemigo, igual que en otra época hiciera el Cid Campeador, que muchas veces se retiraba prudentemente antes de comenzar un enfrentamiento contra dicho héroe.

Al llegar a Cartagena de Indias se instaló con su familia en la calle de la Ronda. Lo primero que hizo fue revisar los baluartes y defensas de la localidad. Una vez que se hizo una idea de la situación tan catastrófica en la que se encontraba la ciudad, dispuso las órdenes convenientes para pertrechar lo mejor posible todo el perímetro amurallado de la plaza. Su idea era obligar a todo navío que quisiera penetrar en la bahía a hacerlo por un único lugar: Bocagrande, tratando de cegar con arena la entrada y colocar en Bocachica unas cadenas que cerraran el paso. De esta manera se impediría que las naves enemigas entraran fácilmente en la rada. Ante la superioridad enemiga, el ingenio. Ante el número de atacantes, el valor. Estas eran sus máximas y sus órdenes, que se cumplían a rajatabla. Estaba convencido de que los ingleses atacarían más bien pronto que tarde y para ello lo

mejor era organizarse y prevenir. Ese primer tiempo de tranquilidad en Cartagena lo dedicó a estos menesteres.

En Londres los tambores de guerra resonaban por todas partes. El capitán Edward Vernon estaba convenciendo a sir Robert Walpole, persona de gran reputación política, y al Parlamento de los Comunes de que la única solución posible era la guerra con España si Gran Bretaña quería convertirse en la dueña de las Antillas y de los mares del Sur. El 19 de octubre de 1739 fue declarada oficialmente la guerra, aunque la noticia llegó unas semanas más tarde a conocimiento de don Blas de Lezo. Su relación por esta época con el virrey de la ciudad, don Sebastián de Eslava y Lazaga, teniente general del Ejército español, fue mala desde el principio debido, en gran parte, a la envidia de este último que no podía soportar el prestigio del almirante.

Muchos habitantes, al conocer la noticia, decidieron poner a salvo sus personas y pertenecías río arriba, hacia Mompox. La ciudad en estos días era un hervidero de comentarios, temores y murmuraciones que hacían difícil la vida cotidiana.

La fácil conquista de la ciudad de Portobello por parte de Vernon encendió más los ánimos y los envites guerreros de los ingleses que, con esta victoria, se vieron abocados a un ataque más rápido a la ciudad de Cartagena. Pero la desidia mostrada por el gobernador don Francisco Javier de la Vega, en aquella ciudad, no fue imitada por Blas de Lezo que, con ánimo recobrado, mejoró la defensa e insufló ánimo a su tropa.

El 13 de marzo de 1740 Vernon se presenta ante las costas de la ciudad, desafiante y orgulloso por la victoria reciente. Pero no contaba que allí se enfrentaría con Blas de Lezo y su valentía y destreza militar. Era una flota pequeña para lo que posteriormente se presentaría pero muy superior a lo que España poseía. El almirante ordenó desembarcar algunos de los cañones de mayor calibre de los navíos y, sobre rampas de madera, consiguió corregir la inclinación de tiro por lo que, en poco tiempo y con solo unos pocos disparos, consiguió desarbolar las naves enemigas que huyeron del lugar con el rabo entre las piernas. Una vez más Blas de Lezo había conseguido, con el ingenio que da el conocimiento militar, hacer huir a los ingleses. La población le ovacionó y reconoció su valor y pericia.

A finales de abril, nuevamente, una pequeña flotilla de trece barcos ingleses se presenta ante la ciudad. Blas de Lezo, en esta ocasión, decidió cogerles por sorpresa y a bordo del Galicia se situó en Bocachica lo que fue suficiente para que los ingleses desistieran de cualquier movimiento. A finales de 1740, España, preocupada con la situación, envió una escuadra de diez navíos al mando del general Rodrigo de Torres. Era un efímero refuerzo pero suficiente para dar ánimos a los defensores españoles.

El 13 de marzo de 1741 un bergantín inglés y dos navíos avistaron la ciudad y señalaron el preludio de lo que, más tarde, sería la escuadra inglesa, unas ciento ochenta embarcaciones de guerra, bien equipadas con tres mil piezas de artillería distribuidas en navíos de cincuenta y noventa cañones cada uno. Una auténtica maquinaria de guerra. Vernon envió ocho barcos a bombardear los castillos de San Luis y San José que impedían el paso de Bocachica. El fuego era incesante con una cadencia, día y noche, de un disparo por minuto. Las posibilidades de los españoles no eran muchas pero, otra vez, el ingenio de Blas de Lezo convirtió la desesperanza en victoria al diseñar unas bombas encadenadas por pares, dirigidas a los aparejos, que aumentaban la acción destructora consiguiendo desarbolar varias naves de guerra. En la catedral las campanas daban gracias a Dios y celebraban el éxito de la batalla. La calma que siguió a este enfrentamiento Blas de Lezo la utilizó para revisar las defensas, arreglar los desperfectos e infundir ánimo a los soldados. Las noticias que llegaron después eran que los ingleses

estaban humillados y pensaban atacar, después de tomar el fuerte de San Luis, en una maniobra envolvente, y al mismo tiempo, por Manzanillo avanzando hacia la popa de sur a norte, y por la Boquilla avanzando hacia la popa de norte a sur. Se decía que eran catorce mil soldados y lo peor del caso es que Torres había sido interceptado y no llegaría, con sus barcos, a la ciudad.

La falta de limpieza de la vegetación en Tierra Bomba, en cumplimiento de las órdenes del virrey y en contra de las de Blas de Lezo, que desde el principio dijo que las labores de barrido de la zona eran importantes, hizo que la hierba facilitara la entrada de los ingleses y su posterior asentamiento como una avanzadilla en tierra firme. Con la caída del fuerte de San Luis, Vernon envió noticias a Londres de que la plaza estaba a punto de pertenecer a la corona inglesa. Allá lejos en la capital del Imperio inglés se celebraron fiestas con tal motivo e incluso se acuñó una moneda conmemorativa en las que aparecía Blas de Lezo de rodillas entregando la espada al almirante inglés. La leyenda decía «el orgullo español humillado por Vernon».

Los días siguientes el virrey tomó el mando de la defensa de la ciudad postergando a Blas de Lezo. Esta acción hizo que el avance de los ingleses fuera aún más rápido que cuando Lezo estaba al mando. Sin embargo, al darse cuenta el virrey de que sus órdenes no eran las correctas, volvió a dar el mando al almirante el cuál, una vez más, demostró sus dotes de estratega. En el fuerte de San Felipe, rodeados de cientos soldados ingleses, el almirante dio la orden de salir a los trescientos marinos que se encontraban en la fortaleza y que lucharan con todas sus fuerzas contra el enemigo. Sorprendidos por esta avalancha de soldados, que con empuje defendían el baluarte, los ingleses huyeron dejando los muertos en su camino. Unos por las balas y otros por la peste, sus fuerzas fueron diezmadas. Este varapalo hizo que, en el bando inglés, reinara la desazón por la derrota. Esta depresión obligó a Vernon y al general Wentworth a tomar la decisión de retirarse. Lezo escribió en su diario: «Este feliz suceso no puede ser atribuido a causas humanas, sino a la misericordia de Dios». El 20 de mayo de ese año, dos meses después de su llegada, la escuálida escuadra inglesa, remedo de lo que fue cuando intentaba entrar en la ciudad, se retiraba y las últimas velas desaparecían, en el horizonte, de la vista de los cartageneros.

El virrey, carcomido por la envidia que profesaba al almirante, escribió una carta al rey de España con calumnias y maledicencias. Blas de Lezo agobiado por estos hechos, y enfermo de la peste, cayó en el lecho mortuorio del que no volvió a levantarse. Su familia le acompañó hasta el final y el obispo Diego Martínez se hizo cargo del entierro dado que la familia tenía una situación económica muy mala. Era el 7 de septiembre de 1741 y el hombre que cambió la historia de Cartagena y en consecuencia de España moría olvidado de sus colaboradores y rodeado del amor de su familia. En su funeral la catedral estaba medio vacía.

Las calumnias y la perfidia del virrey habían hecho mella en la población. Sus últimas voluntades fueron que se le enterrara en la capilla de Vera Cruz de los militares junto al convento de San Francisco y que escribieran sobre su tumba: «Ante estas murallas fueron humilladas Inglaterra y sus colonias». Hubieron de transcurrir cerca de doscientos setenta años para que esa inscripción rezara en una placa. Hoy día no se sabe, a ciencia cierta, donde descansan sus huesos.

El 21 de octubre de 1741, varias semanas después de su fallecimiento, llegaba una orden real en la que se le destituía de su puesto de comandante y de su rango militar ordenándole regresar a la Península para un consejo de guerra. En 1760, muchos años después, el rey Carlos III rehabilitó, ante la historia, su figura otorgándole el marquesado de Oviedo a título póstumo. Su hijo, don Blas de Lezo y Pacheco, realizó múltiples gestiones en este sentido. Vernon está enterrado con todos los honores en Westminster con una placa que reza: «Conquistó Cartagena

hasta donde llegaron sus barcos». Así se escribe la historia.

En Pasajes, su lugar de nacimiento, y en toda España este insigne marino es un desconocido. En Cartagena una estatua junto al castillo de San Felipe le recuerda.

Hoy día parece que hay vientos que intentan honrar su figura pues de no haber sido por él, la historia se hubiera escrito de distinta manera.

Alberto se quedó pensativo. Recordaba haberlo escrito pero nada de su contenido. Tal y como lo acabó lo metió en la caja, junto al libro, y la clasificó en el lugar adecuado. El libro ni tan siquiera lo había abierto. Se enteró, ahora, que trataba sobre la Conquista. Lo tomó y lo abrió al azar.

Uno de los capítulos que empezó a leer fue sobre el descubrimiento y posterior fundación de Cartagena y Santa Marta. Ambas ciudades fueron fundadas por dos prohombres, Pedro de Heredia y Rodrigo Galván de Bastidas respectivamente:

Rodrigo de Bastidas nació en Sevilla hacia 1445 y, siendo escribano en Triana, se interesó por el descubrimiento de Colón participando en su segundo viaje. En 1500 la Corona española le dio autorización para zarpar junto con el cartógrafo Juan de la Cosa y el aventurero Vasco Núñez de Balboa. En su viaje descubrió la costa atlántica de Colombia y Panamá. En su trayecto pasó por la bahía de Santa Marta, el río Magdalena, la bahía de Cartagena, la desembocadura del río Sinú y el golfo de Urabá. En 1525 regresó desde la Española a las costas colombianas y fundó la ciudad de Santa Marta, la más antigua del Nuevo Mundo. En 1527 fue a Santiago de Cuba donde falleció ese mismo año a consecuencia de las disputas con sus hombres, uno de ellos, Juan Villafuerte, le dio una cuchillada de cuya herida falleció al poco tiempo. Sus restos reposan hoy día en la catedral de Santa Marta. La estatua del fundador permanece en el camellón de Santa Marta. Su vida estuvo llena de aventuras, descubrimientos y luchas por conseguir tierras para la corona. Fue acusado de enriquecimiento ilícito por Francisco de Bobadilla, que también procesó a Cristóbal Colón, siendo considerado inocente de los cargos. Los Reyes Católicos le concedieron el cobro de una renta anual sobre la producción en las provincias de Urabá y Sinú. Su hijo fue el deán de la catedral de Santo Domingo y obispo de Venezuela y posteriormente obispo de Puerto Rico.

El otro personaje importante, Pedro de Heredia, fue el fundador de la ciudad de Cartagena a donde llegó, a las costas de la isla de Manga, en enero de 1533, día de San Sebastián. La india Catalina, que conocía el español, le acompaña actuando de intérprete, enamorándose de él. Lucha con los indios calamaríes, primeros habitantes de la bahía de Cartagena, y hace que la ciudad se convierta en uno de los puertos más importantes de América. De allí salían las riquezas para España y su puerto comercial fue muy importante en cantidad de materiales, necesarios para la conquista, así como en el comercio de esclavos. Pronto se convierte en una ciudad de encomenderos. Los fuertes y murallas que rodean la ciudad hacen que sea una fortaleza atacada multitud de veces por los corsarios que infectan esas aguas. Pedro de Heredia fue acusado de traición regresando a España. Su navío se hundió y él permanece en las profundidades del océano.

Y, ahora, veinte años después, tenía en su mano el libro, junto con las redacciones que nunca publicó y que había hecho para un periódico local. Según las terminó las encerró en su cementerio particular, y allí estuvieron todos estos años. «La verdad», pensó, «no

han perdido actualidad, quizás las publique ahora en algún periódico. Es una manera de ganarme unas pesetas por algo que escribí hace muchos años». Estaba encontrándose con el pasado.

Capítulo 16

Las espadas estaban en alto. Cantalapiedra y Eugenio González y Gutiérrez se batirían a pistola, según habían acordado los padrinos, en los montes del Pardo, lugar lo suficientemente lejano del centro de la capital para no llamar la atención. Por parte de Cantalapiedra sus padrinos serían el conductor de su carruaje y un amigo de la juventud que vino, ex profeso, desde la ciudad de Toledo donde vivía. Por parte del conde serían dos académicos, uno de la Academia de Medicina y otro de la de la Lengua. Ramón quería asistir para ayudar a su padrino en lo que necesitase pero este se opuso fuertemente. «Eres demasiado joven para asistir a estos actos», le dijo.

La víspera del duelo el conde estuvo redactando sus últimos deseos. La casa y todo lo que en ella había se la dejaría a Ramón en recuerdo a la amistad que tuvo con su padre. No en balde era su ahijado. Además le daría una cantidad importante de escudos de oro. El resto de su patrimonio, que era importante, a su sobrina. La casa de labranza con todos los aperos y animales que poseía en ella a su hermano. Una buena cantidad de dinero para obras de caridad y ser enterrado, si así ocurriera, en el panteón familiar de su pueblo, Puente de San Miguel. A los padres Escolapios, donde estudió, les dejaba una cantidad de dinero para que la utilizaran en la educación de los muchachos sin recursos.

Afortunadamente, nada de lo que dispuso fue necesario llevarlo a la práctica, al menos en ese momento. Al día siguiente, antes de las primeras luces, su carruaje salía por la plaza del Rey y subiendo por la calle Infantas salía a la Gran Vía. Desde allí se dirigió a Puerta de Hierro y tomando el camino de los montes del Pardo llegó cuando aún el reloj no marcaba las ocho de la mañana.

El sol comenzaba a salir, por detrás de los montes, en una zona considerada como el bosque mediterráneo más importante de la zona centro. Su riqueza en flora y fauna era muy importante. Su patrimonio medio-ambiental se consideraba indispensable para la villa. La elección del sitio no era casual. Su singularidad estribaba en que estaba a una distancia prudente, con el aislamiento necesario, para un enfrentamiento de estas características, lo que les permitiría el necesario anonimato. Mantenerse de incógnito era básico. Ninguno de los presentes diría nada, por la cuenta que les traía. Todos los implicados, de una u otra manera, podían ser incriminados en un acto prohibido. Además, al conde, como miembro de la Academia, no le

vendrían bien los comentarios que se desencadenarían después de su participación en un duelo.

El académico Eugenio Gutiérrez había llegado con quince minutos de adelanto sobre la hora prevista. Le esperaban sus padrinos. El conde les dio un abrazo y tomando un cigarrillo les ofreció uno aun a sabiendas de que ninguno de los dos fumaba. Para tranquilizarse dio un corto paseo mientras apuraba el tabaco. Al finalizar les dio unos pliegos, con sus últimas voluntades, según dijo.

La luz era cada vez más intensa. El sol apuntaba, en la distancia, por detrás de los montes. La penumbra se iba disipando y con ella los nervios crecían.

El día clareaba por instantes. Los padrinos del conde se impacientaban, pues ya habían pasado unos minutos de las ocho y en estos actos era fundamental ser puntual. Los caballeros no deben llegar nunca tarde y más en estos temas en que se dilucidaba el honor. Una duda sobre la reputación y caballerosidad de una persona no se podía poner en entredicho llegando tarde. En una sociedad como la madrileña, en los tiempos que corrían, la probidad, la dignidad y la hombría eran cualidades muy valoradas y de ellas se hacía gala en reuniones y mentideros políticos.

Cuando habían pasado unos minutos de las nueve de la mañana, una hora de retraso, llegó un carruaje del que se bajó un padrino de Cantalapiedra y acercándose al grupo en el que estaban el conde y sus acompañantes les dijo: «Le estuve esperando hasta las ocho. Habíamos quedado en vernos a la puerta de su casa a las siete y como no salía decidí entrar. Uno de los criados me dijo que había partido el día anterior sin dejar dirección y sin señalar si tenía pensado regresar. Parece que llevaba un buen equipaje».

Ante esta circunstancia los padrinos, al unísono, decretaron la no presentación en el duelo y la limpieza del honor. El conde quedó con todas las consideraciones de honra y reputación. En los ambientes académicos, cuando se conociera la noticia, todos los comentarios serían favorables para don Eugenio Gutiérrez y González.

Ya en su casa, y en presencia de Ramón y los padrinos, los comentarios fueron alabanzas al honor del conde y a la cobardía de Cantalapiedra.

Pocos días después, circuló una nota entre las academias por la cual se suprimía sine die la lectura del discurso y la sesión de investidura. En una sesión posterior, unas semanas más tarde, se volvió a reunir el pleno de académicos de la Lengua para cancelar la propuesta a favor de Cantalapiedra y volver a convocar la plaza. El director de la Academia, Juan de la Pelezuela, tuvo que convocar urgentemente un pleno para llevar a cabo estos trámites.

El conde y Ramón, al tiempo de manifestar su agrado por la nueva

situación, expresaron también su preocupación por los acontecimientos que tenían, por fuerza, que venir.

—¿Padrino, qué es lo que cree que va a pasar ahora? —preguntó Ramón manifestando una honda preocupación en su mirada.

El conde tardó en contestar. El tiempo que pasó para servirse una taza de café al tiempo que hacía lo propio con la taza vacía de su ahijado.

—Debemos estar preparados para todo. Este tipo ha puesto tierra de por medio pero me malicio que no ha ido muy lejos. Seguro que estará acechando y en cuanto menos lo esperemos saltará la liebre. Es un facineroso y hará, en cualquier momento, honor a su nombre.

—Imagino que ahora dejará que se olvide su cobardía —señaló Ramón, con una media sonrisa que afloraba a sus labios.

—Eso llevará tiempo —cortó el conde—, aparecerá antes, ya lo verás.

—En ese caso prudencia y vigilancia. Mucho me temo que querrá repetir las visitas a la biblioteca y quizás a horas más intempestivas que las que utilizan los académicos en las lecturas.

—Nos ha dado ya varios avisos y la conversación en el mesón fue de lo más instructiva. Sabía cosas importantes de las que nosotros no nos habíamos percatado. Va unos pasos por delante. Por eso tenemos que ganar el terreno que hemos perdido y adelantarnos a cualquier maniobra que esté pensando hacer —apuntó el conde—. Lo que no sabe es el enterramiento que volvimos a realizar en Barcarrota. Nunca se lo podría imaginar. ¿Te imaginas que lo supiera?

—No quiero ni pensarlo —contestó Ramón sirviéndose otra taza de café.

—Es una situación complicada, pues habrá que ver quién es el que da el primer paso. Podríamos dar un paseo por la Gran Vía, ¿qué te parece? —propuso el conde—. A esta hora es muy agradable y no hace demasiado calor.

Salieron por la puerta principal no sin antes coger el bastón de puño de plata y caña de caoba con el estoque interior hecho de buen acero toledano. Al cogerlo del bastonero, donde siempre lo dejaba al entrar en su casa, señaló con buen tino algo que siempre decía al coger el báculo «por si fuera necesario, estas cosas no sobran».

El sol a esa hora ya templaba el ambiente y la calle no estaba al tanto, afortunadamente, de muchos de los pormenores que agobiaban a nuestros personajes. Sin embargo, cuando habían enfilado la calle de las Infantas y ya habían cruzado la calle Víctor Hugo, una sombra les seguía a cierta distancia. No se dieron cuenta de ello hasta que llegaron al cruce con la calle del Clavel por la que accedieron a la Gran Vía. En esa esquina se quedaron parados para observar que es lo que hacía el tipo que les acosaba. Se paró en ese instante y volvió la

cabeza disimulando como si se le hubiera perdido algo.

Caminaron sin prisa, dejando que el tiempo se apoderara de ellos. Tuvieron la oportunidad de cruzarse con muchas personas que, al igual, paseaban sin prisa en un Madrid de principios del siglo xix, tranquilo e inmerso en grandes problemas. Los avatares políticos, la Revolución Industrial y liberal burguesa, los enfrentamientos entre absolutistas y liberales, marcaron unos años en los que la depresión y la tristeza hacían mella en las gentes. Eso se podía ver en las caras.

El conde y Ramón paseaban sumidos en su conflicto con la preocupación de saberse hostigados por el tipo que les seguía. Posiblemente era el chófer de Cantalapiedra, pensaba Ramón.

—No me cabe la menor duda. Tiene que ser una persona sin escrúpulos que goce de la confianza de Cantalapiedra y ese debe ser el que asistió al mesón y quizás el que tiene parte en…

—Sí. En el asesinato de mi padre —terminó la frase que el conde no se atrevía a pronunciar.

Un silencio siguió a estos comentarios mientras caminaban despacio cruzando la calle Hortaleza y dirigiéndose a la zona de Callao.

—¿Qué es lo que querrá esta persona que nos sigue? —comentó el conde.

—Yo creo que saber cuáles son nuestros movimientos. Conocer, en cada momento, dónde estamos y qué es lo que hacemos.

—Pues, al menos, por lo que se refiere al día de hoy no se va a enterar de nada. No creo que le pueda ser interesante el paseo —afirmó con sorna don Eugenio.

—Estará esperando que en algún momento demos un paso en falso.

Con la conversación no se habían dado cuenta de que ya habían llegado a la calle Princesa a la altura del Palacio de Alba. El tipo que les seguía mantenía sus distancias sin separarse.

—Afortunadamente llevo mi bastón de caña de caoba, aunque lo mejor es el estoque, que como medida de prudencia es fundamental.

—Por mi parte, desde lo que sucedió con mi padre, llevo siempre encima mi navaja serpenteada con la inscripción en un costado de «Viva España». Como ve, padrino, el cierre es de pistón y es de fabricación francesa. Me la regaló mi padre. «Algún día puede que la necesites. No la utilices sin razón para ello», me dijo.

—La mía es de la cuchillería de Albacete realizada artesanalmente. Perteneció a mi familia desde hace muchos años y me ha acompañado durante toda mi vida. Me ha sacado de apuros en varias ocasiones. Siempre que salgo de paseo la llevo.

—Pues podemos estar tranquilos. Al menos por el día de hoy.

Al llegar a la altura del final de la calle Princesa decidieron dar la vuelta.

—Te acompaño a la Academia —dijo el conde a Ramón—. Allí

conseguiré un carruaje que me lleve a casa.

Subieron la Gran Vía por la otra acera y llegaron a Cibeles y a la puerta de Alcalá donde giraron por la calle Alfonso XII, dejando el parque del Retiro a la izquierda, hasta llegar a los Jerónimos. Allí se despidieron y el conde se subió a un coche de caballos aparcado en la puerta.

—Ten cuidado, Ramón. Para cualquier problema te mantienes en contacto conmigo. El director de la Academia, Juan de la Pelezuela, es un buen amigo mío y te puede ayudar en cuanto se lo pidas.

—No se preocupe por mí, padrino. Soy muy amigo de Isidoro Fernández Florez y de Daniel de Cortázar. Cuando sucedió lo de mi padre me ayudaron mucho. Cuídese también usted.

—También les conozco mucho. Son buena gente y apreciaban a tu padre. Sintieron mucho lo que sobrevino.

Era mediodía. El paseo había durado unas cuatro horas; lo más importante es que habían conversado. Tenían la situación bastante clara aunque no sabían cuál sería el paso que iba a dar Cantalapiedra. Tenía muy pocas alternativas pero de lo que estaban seguros era que no aparecería cerca de la Academia. Después de lo que pasó, y de la anulación como académico electo, no tenía otra opción que poner una cierta distancia con la sede de la Academia. Por nada del mundo iba a ponerse en riesgo de que alguno le pudiera ver y diera la voz de alarma. Lo que hiciera debería hacerse lejos de ese ambiente. Por lo tanto, Ramón pensaba que no debería salir solo muy lejos. Siempre acompañado. Cantalapiedra tendría prohibido acercarse a menos de trescientos metros del edificio. La iglesia de San Jerónimo el Real, el convento del Espíritu Santo donde celebraban las reuniones los diputados, el Museo del Ejército, el Museo del Prado y el Jardín Botánico no eran lugares aconsejables para que deambulara por ellos. Los académicos solían frecuentar estos sitios y no quería tener un mal encuentro. Sentarse en uno de los bancos del jardín o pasear por su entorno y encontrarse de frente con uno de los doctores sería una mala situación.

Subió a la biblioteca, antes de pasarse por el ático, para ver si tenía algún recado o paquete. Encima de su mesa una carta. ¿Cómo había llegado hasta allí? Lo ignoraba pero el hecho fundamental es que estaba encima de su escritorio. La abrió con cierto nerviosismo y leyó su contenido:

Una vez más me pongo en contacto contigo. Lo de tu padre no ha sido nada en comparación con lo que os puede suceder al conde y a ti. Comprenderás que no asistir el otro día al duelo en los montes del Pardo tenía una segunda lectura. No me interesaba arriesgarme a tener un tropiezo con la Justicia. Mi interés máximo, en este momento, es poseer el incunable del Lazarillo de Tormes y con una complicación judicial iba a ser muy difícil. No voy a parar hasta conseguirlo. El que

hayan anulado mi elección a académico no me importa, está en un según plano. Cuando tenga el libro seré yo quien ponga las condiciones. Ahora mi objetivo está claro y no cejaré hasta conseguirlo. Si queréis conservar la vida y que las cosas caminen por su orden tenéis que llevar, mañana al mediodía, el libro al lugar que os digo. Vas al parque del Retiro. Entras por la puerta de España y te diriges a la fuente de la Alcachofa en el ángulo sudoeste del estanque. Allí depositas el paquete con el libro y te retiras. No olvides que te estaré vigilando. Si así lo haces puedes olvidarte de mí. No volveremos a estar en contacto y no te perseguiré. Te dejaré tranquilo. Desapareceré de tu vida.

No lo olvides, mañana al mediodía en la fuente de la Alcachofa.

Así terminaba la misiva. ¿Que cómo entró? Nadie supo darle razón de ello. El portero había salido y a esas horas los académicos no acostumbraban a visitar la biblioteca. Generalmente era por la tarde cuando lo hacían.

Uno de los académicos le explicó a su pregunta que la fuente de la Alcachofa fue esculpida entre 1781 y 1782. —La encontrarás fácilmente —terminó la aclaración.

Muy nervioso por lo que le había sucedido. Envió una nota a su padrino, con uno de los carruajes que estaba en la puerta, solicitándole que acudiera en cuanto le fuera posible.

Capítulo 17

Alberto necesitaba un descanso. Se prometió a sí mismo no volver a abrir una caja en los próximos días. Había abierto varias de manera muy rápida, y eso no era conveniente, pues era necesario que cada vivencia, cada recuerdo, ocupara su lugar sin amontonarse y siempre de una manera cronológica. A las evocaciones de la infancia que le venían a la memoria deberían seguir las de la adolescencia y posteriormente las de la juventud. Si ese orden se trastocase podría ocurrir una ruptura de la personalidad, un desequilibrio de la naturaleza que le podría llevar al psiquiátrico o a algún lugar peor, como sería el cementerio. Por ello había decidido tomarse unas vacaciones para hacer un viaje que le llevase lejos y le hiciera olvidar lo que tenía entre manos.

Bajó a la agencia de viajes que estaba a la vuelta de la esquina. Todo el escaparate y el interior estaban cubiertos de prospectos y catálogos con los precios con la finalidad de llamar la atención. Cada uno era más atractivo que el contiguo. La dependienta estaba ocupada con un cliente. Se dedicó a leer, por encima, unos folletos con cruceros. En esos momentos, Alberto, necesitaba tranquilidad y descanso. Nada de movilidad. Se inclinó por una semana en un hotel de Marbella. Un lugar tranquilo, sin estridencias, alejado de la gente y cerca de la playa. El programa era con media pensión e incluía los billetes de tren. Al llegar a la estación le estaría esperando un taxi con un cartel que tendría su nombre.

En efecto todo sucedió, punto por punto, como había contratado los servicios. El hotel estaba a muy pocos pasos de la playa y, al no ser temporada alta, había poca gente y, además, el precio le fue muy aceptable. Se instaló en la habitación y como era una buena hora decidió bajar a la terraza, que daba al mar, a tomar una cerveza. En una de las mesas contiguas había una familia con dos niños. En el otro lado una pareja. Poca gente. No era época de mucho turismo. Después de tomar la cerveza decidió conocer el hotel. Era de cinco estrellas. Había escogido el mejor. A estas horas de la vida no estaba en disposición de pasar calamidades. Además, su editor le había adelantado un buen dinero a cuenta de la novela que debía entregarle en unos meses.

En uno de los salones se sentó en un sofá. Al repantigarse entre los almohadones vio en el suelo un libro que contenía un señalador. Un papel que, por simple curiosidad, cogió y leyó. Era una cuartilla

amarilla, ya, por los años, con unos versos que le llamaron la atención y le evocaron tiempos pasados. Eran las estrofas que él había compuesto a María, aquella chica de su colegio, que desapareció de la ciudad un día de un mes de verano. Miró a todas partes para ver si veía alguna explicación que le convenciera. ¿Cómo había aparecido allí su poesía metida en un libro? ¿Estaría María en el hotel? ¿Estaría leyéndolo y se lo dejó olvidado? Estando en estas disquisiciones vio cómo se acercaba una mujer, más bien alta, con zapatos de tacón, melena larga y aire de seducción. Enseguida la reconoció.

—¿Cómo estás? —preguntó poniendo su mejor sonrisa.

—Pues ya ves. Me encuentro muy bien. Trabajo aquí desde hace un año —contestó ella, como si le hubiera visto la semana anterior.

—Has tenido suerte. Es un lugar agradable —insinuó sin saber que decirle.

—¿Y tú a que te dedicas?

—Hice Periodismo y después de trabajar en algún periódico decidí que mi vocación era escribir y en ello estoy. ¿Y tú qué haces?

—Soy relaciones públicas en este hotel. Estudié inglés, francés y alemán. Mis padres me enviaron dos años a cada uno de estos países y ahora me ejercito en estos ambientes.

—Un trabajo muy interesante. —Alberto no sabía que decirle—. Por cierto, estás muy guapa.

—Muchas gracias. Tú también te conservas bien.

Se había roto el hielo del primer encuentro pero aún persistía cierta frialdad. Una pequeña distancia les separaba. Los años no habían pasado en balde, eran una brecha en sus vidas. Ella se encontraba en una trinchera que la parapetaba de los ataques. Cuando la miraba le daba la impresión de que estaba detrás de una pared de cristal que la ponía a la vista pero que no dejaba que nadie traspasase su escondite.

—¿Por qué desapareciste de mi vida? —aventuró la pregunta. Era descarnada pero tenía que hacerla. La llevaba en su interior. Durante mucho tiempo trató de que no saliera a la superficie pero había llegado el momento y no quiso evitarlo.

—No sé lo que me pasó. Al principio fue mi madre la que me dijo que te olvidara. Que era algo pasajero, una nube de verano. Me convenció. Después traté de escribirte y te envié dos cartas. No tuve respuesta. No sé si te llegaron o no.

—Nunca me llegó nada de ti —contestó de una manera desabrida, sin entender por qué se había dejado convencer por su madre. No lo entendería nunca.

—Creo que al principio fui cobarde pero enseguida me arrepentí y te escribí. Debes creerlo.

—Está bien. Han pasado ya muchos años…

—¿Pero aún podíamos…?

—No te esfuerces. Es demasiado tarde. Ya solo queda el recuerdo de cuando te acompañaba, desde el colegio, a casa.

—Algo más quedará —dijo mirándole fijamente con esos grandes ojos.

—Solo rescoldos —acertó a balbucir.

—Pero esos se pueden reactivar —dijo con su sonrisa de siempre.

—Depende de la mecha.

—¿No has visto el libro? —dijo cambiando el tercio.

—Sí, ¿por qué?

—¿Has visto el señalador?

—No me he dado cuenta —mintió.

—No me dices la verdad. Te has dado cuenta y por eso mirabas a todos lados. ¿Crees que no lo he visto?

—Bueno, y si me he fijado, ¿qué?

—Pues que eran tus versos. La poesía que me escribiste aquel día del verano. Estaba en la playa y recibí tu carta. Fue muy emocionante cuando el cartero se acercó y me la entregó. No estaban mis padres, porque si no me la hubieran quitado. No querían que yo tuviera novio. Era muy pequeña para eso.

—¿Y desde entonces la guardas? —preguntó con una voz trémula.

—Sí. Desde entonces. Me acompañó cuando estuve en Londres, los dos años de Reims y los dos de Múnich. En todos los lugares en los que estuve me acompañaba.

—Alguien me dijo que estabas en Copenhague.

—Estuve seis meses trabajando en un hotel. Allí lo pasé muy mal, ya que muchas veces me hablaban en danés y yo no los entendía. Cuando tuve más confianza con ellos hablábamos en inglés. Vivía en un apartamento con derecho a cocina. Un lugar muy pequeño cercano al lago. Un matrimonio muy agradable. Él era farmacéutico pero tuvo un problema con una receta y le quitaron el título. Se dedicaba a ser figurante en películas y un día salía vestido de romano y otro vestido de espadachín. Un tipo muy original. Ella muy agradable. Cuando salía el sol me llamaba a la habitación y me invitaba a una cerveza en la terraza. Bueno… no sé por qué te cuento estas cosas.

—Me gusta oírte. Saber de tu vida. Lo que has hecho y lo que has conocido —contestó con una media sonrisa.

—Muchas veces, en ese lugar, leía tu poesía y me remontaba a cuando me recogías a la salida del colegio y me acompañabas hasta la aduana. ¿Te acuerdas? Los dos definimos a esa esquina como la aduana. No se podía traspasar.

—Me acuerdo perfectamente de todo. Han pasado veinte años y lo recuerdo como si fuera ayer.

—Yo también. Muchas veces, en mis viajes, allá lejos de mi país, lo recordé.

Aquello había cambiado, la situación en la que se encontraban, de golpe. Alberto nunca imaginó que ella tenía guardada entre sus mejores páginas, siempre cercanas, una poesía que le había escrito. Pensaba que la habría perdido, que la habría tirado, pero que la había utilizado como señalador nunca se le hubiera ocurrido. Eso era demasiado. Le había dado en lo más profundo. Y había quedado noqueado. Recordó aquella caja con la sirenita. «¿Quién me la regaló?». Ahora no se acordaba. «O sí. No fue aquel paquete que llegó sin remite y que sin abrir introduje en una caja. Fue ella». Ahora se daba cuenta. Un mensaje críptico que quiso que recibiera sin darse a conocer.

—¿Quieres que nos veamos? —preguntó sin demasiada confianza de tener una respuesta positiva.

—Ahora estoy en el trabajo pero mañana libro. Si quieres podemos quedar a la hora que quieras.

—Por mí está bien. —Era una respuesta que no esperaba y que le cogió con la guardia baja.

—¿A qué hora quieres?

—No sé, me da lo mismo. A la que quieras.

—En estos momentos no tengo problemas —dijo con una sonrisa—. Mi madre no me controla. Ya soy mayorcita.

—Sí, me lo imagino —contestó.

—Me tengo que ir. Las relaciones públicas de un hotel como este te ocupan todo el día. Por eso nos dan un buen sueldo y un día libre a la semana.

—Nunca me hubiera figurado encontrarte. Después de…

—Déjalo ya, ¿quieres?

—Sí. Es mucho mejor. Entonces ¿dónde y a qué hora?

—Podemos ir a Ronda. Es un paseo bonito. Pasamos todo el día allí.

—No tengo coche.

—Yo sí. Te recojo en la puerta del hotel a las diez, ¿te parece?

—Por mí está bien. —Una respuesta que le daba cuándo la acompañaba en el colegio.

—Hasta mañana entonces.

Se fue lentamente. Se sentía observada y quería llamar, de nuevo, la atención. Alberto no sabía lo que estaba pasando por la cabeza de ella, pero por la suya sí que lo tenía claro, era un conjunto de ideas, reflexiones, recuerdos que le retrotraían al pasado. La veía caminar después de traspasar la esquina famosa, aquella aduana que les separaba, no solo geográfica sino también sociológica. Ella era una mujer casi completa y él un simple chaval. Ella pertenecía a una familia económicamente bien asentada y Alberto, hijo de unos tenderos de ultramarinos. Todo les separaba, la distancia, la fisiología y la economía.

Su figura se fue desdibujando en la distancia de los salones. La gente iba de un lado a otro y algunos le preguntaban. Eran alemanes que querían hacer excursiones. Alberto se quedó petrificado, sin moverse, sin capacidad de maniobra y sin saber qué debía hacer. Pocas veces en la vida estuvo así, sin reaccionar. Había desperdiciado una ocasión propicia para no haber escogido ese hotel. No hubiera vuelto al pasado, al menos, de esa manera tan abrupta, tan rápida, tan sin estar preparado. Las distintas situaciones deben tener su ritmo, su cadencia y manifestarse como una sinfonía acompasada, en consonancia con el entorno y él, en aquel momento, había recibido una atronadora música que retumbaba en su cabeza.

Decidió que era una buena ocasión para irse a la habitación a dormir. Era media tarde, pero no tenía ganas de hacer otra cosa que reposar las ideas. Soñó, en un duermevela, que, un día de lluvia, la recogía del colegio. No tenía paraguas y ella sí.

—¿Quieres ponerte a mi lado para no mojarte?

—A tu lado estaría empapado sin importarme nada —contestó.

Fueron caminando, en silencio, uno junto a otro, bajo el paraguas protector. Sus amigas les miraron durante un buen trecho y él estaba orgulloso de que le hubiera ofrecido resguardarse de la lluvia. Ese día no se despidieron en la aduana. Estuvieron metidos en un portal, cercano a su casa, hasta que la tormenta escampó. Estaba deseando que hubiera durado toda la tarde y toda la noche para estar cerca de ella, pero desgraciadamente duró poco tiempo, apenas unos minutos. Las gotas de agua resbalaban por sus mejillas, lo que le daba un atractivo especial. Creía que fue aquella tarde cuando se enamoró de ella, cuando soñó fugarse, un día cualquiera, a la salida del colegio. Y, ahora, veinte años después aparecía como saliendo de una nube, en un hotel del sur de España, de una manera casual y le invitaba a pasar el día en una excursión.

La idea le tenía trastocado, totalmente obnubilado y descompuesto. Pasó toda la noche dando vueltas en la cama. Al amanecer se levantó con dolor de cabeza. Tomó una aspirina y se dio una ducha que le despejó lo suficiente para darse cuenta de la situación.

Al día siguiente, a una hora temprana, desayunó y en el horario convenido estaba en la puerta del hotel esperando. María apareció con su coche recién estrenado, un Golf de color rojo, muy acorde con su personalidad. Le saludó como si los veinte años no hubieran pasado y le hizo una seña para que se montara. Ya dentro, le dio un beso y arrancó a toda velocidad. Parecía que tenía prisa por dejar el lugar de trabajo y volver a recorrer los años pasados, aunque esta vez montada en un coche y no paseando. En el trayecto a Ronda no hizo muchos comentarios. Quizás pensaba en los años desperdiciados por ella o quizás que esa fue la mejor solución para ambos. Fuera una u otra

respuesta, la cabeza le daba vueltas.

Llegaron en apenas una hora. Conducía deprisa y con mucha seguridad. Se veía que estaba acostumbrada a llevar la iniciativa, a dirigir los acontecimientos y no dejar que estos la envolvieran y manipularan. Era ella la que mandaba.

En Ronda, como dos turistas, recorrieron la ciudad, visitando los lugares más típicos. Comieron en un restaurante y solo fue allí cuando le miró, de nuevo, fijamente.

—¿Qué piensas? —preguntó Alberto.

—Nada de particular —dijo.

—Has estado muy callada esta mañana.

—Recordaba el colegio, el tiempo que hemos desperdiciado.

—Querrás decir que has desperdiciado. Te recuerdo que fuiste tú.

—¿Qué fui yo qué?

—La que te fuiste y no me escribiste.

—Sabes que no podía. Mi madre…

—Eso no es excusa.

—No he venido hasta aquí para oírte reproches de antaño.

—A mí no me lo parecen.

—Me lo estás recriminando y eso es muy duro.

—Porque sabes que estoy en lo cierto, que tengo razón.

Un muro de silencio se interpuso.

—Pensaba que podíamos reiniciar algo. Que el recuerdo del tiempo pasado podía superar las culpas y que, a lo mejor, un día olvidábamos todo para ver un futuro compartido.

—¿A estas alturas de la vida piensas en esto?

—No sé. Anoche estuve repasando aquellos años y, aun asumiendo las equivocaciones, imaginaba que podían recuperarse.

—Me parece que te equivocas. Las heridas cicatrizan, se curan pero siempre dejan una marca. La mía se cerró hace mucho tiempo y no quiero que se abra. Con la señal que me dejó, una honda huella, un queloide es suficiente para no intentar, de nuevo, nada.

Regresaron pronto. Alberto y María no hablaron nada en el camino de vuelta. Todo lo que había que decirse ya se había dicho. No era necesario tener más aclaraciones ni más explicaciones. ¿Para qué? ¿Qué se podía decir que no se hubiera dicho antes?

En el lobby del hotel se despidieron con un frío beso. ¡Qué diferencia con aquel que aún permanecía en sus labios!

—¿Quedamos mañana para comer en el restaurante del hotel? —le preguntó aunque sin demasiada confianza de que respondiera afirmativamente.

—Por mí vale —dijo con una respuesta desganada, lejana, olvidada en la distancia.

—A las dos estaré allí. Yo tengo media pensión —dijo

distraídamente.

—Mejor, así no me tienes que invitar —contestó agriamente.

—Hasta mañana entonces.

Capítulo 18

Alberto esa noche la pasó mal. Se acordaba de todo el sentimiento que puso mientras la acompañaba en todas esas vivencias, extrañas hoy día, maravillosas en aquella época.

Al día siguiente fue dando un paseo por la playa. No era tiempo de bañarse pero era agradable ver a los turistas pasear de un lado a otro. La brisa acariciaba la piel y las olas le salpicaban al rebotar con fuerza. Comenzaban a abrirse los primeros chiringuitos de playa y los extranjeros, más madrugadores, estaban recibiendo los primeros rayos de la mañana. Todo invitaba al optimismo excepto él, que caminaba entristecido por la cita del día anterior. Aquel dulce recuerdo de los paseos, desde el colegio a su casa, se había marchitado. Si tenía un rescoldo se había apagado. Hoy comería con ella y quizás ya no la vería más. Al día siguiente tenía pensado regresar.

A la hora consabida estaba sentado en una de las mesas del comedor, junto a la gran cristalera, desde donde se veía el mar. El camarero se acercó para conocer lo que quería. Contestó que estaba esperando a una persona y que en un rato pediría la comida.

—De momento tráigame una cerveza.

—¿De botella o de barril? —preguntó solícito.

—De barril, por favor.

A los quince minutos se acercó de nuevo.

—¿Desea ordenar ahora?

—Creo que esperaré un rato. Parece que se retrasa —dijo sin demasiada convicción.

—Como quiera. No tenemos prisa. La cocina no cierra hasta las cuatro y son las tres.

Llevaba ya cuarenta y cinco minutos esperando y no se había dado cuenta. ¿Hasta cuándo tendría paciencia para esperar? Veinte años quizás debían tener una oportunidad de más tiempo. ¿Se lo debía? Quizás sí. Había pasado mucho tiempo y, al menos, tenía que darle un tiempo de conveniencia. Quién sabe lo que ocurrió en su vida, por qué no se puso en contacto con él. Las decisiones son, a veces, muy complicadas y hay elementos difíciles de sopesar y, por supuesto, de juzgar. Decidió que él no era quién para estimar una acción y que a las tres y media comenzaría con la comida. Una hora de espera le parecía suficiente. Una vez más había desaparecido sin dar noticias, sin despedirse. Se fue como la bruma de los acantilados. De la misma manera. Desapareció, nuevamente, de su vida. Vino, de pronto, en

esta segunda etapa y se esfumó. Y allí Alberto quedaba observando la ausencia. Le acompañó en ese almuerzo una silla vacía, unos recuerdos imborrables y una ensoñación. Se quedó como la palma de la mano cuando se escurre la arena y no queda nada. Solo el hueco del abandono.

Al finalizar la comida fue a la habitación, hizo la maleta y desapareció. Regresó a Madrid, a su casa, a su pasado. No tenía otra elección. El orgullo pisoteado, sus recuerdos destruidos y su ayer hollado. Era todo lo que se iba a llevar de ese hotel. Cuanto antes desapareciera del mismo mucho mejor.

Alberto regresó a su hogar, donde se sentía amparado y donde se encontraba con sus evocaciones y nostalgias, todas aquellas que jalonaron sus últimos años y que, ahora, estaba haciendo que se manifestaran, que salieran a la superficie. Se acostó nada más llegar. Al día siguiente se plantearía qué hacer.

A primera hora sonó el teléfono. Era Carlos que quería saber cómo le iba. Llevaba varios días sin haber hablado.

—Llegué anoche.

—¿De dónde? No sabía que estuvieras fuera.

—Estuve en la playa. En Marbella.

—¿En Marbella?

—Sí. Quería desconectar. Llevaba varios días con mucha tensión.

—¿Tensión? ¿A qué te refieres?

—Pues eso a que estaba con mucha presión. Todo me retumbaba en la cabeza y tenía que liberarme.

—Yo creo que lo que tú necesitas es una novia que te libere esos pensamientos.

—Lo que menos quiero ahora es tener una mujer a mi lado. ¡Solo me faltaría eso!

—Pues creo que te vendría muy bien. Casarte, tener un hijo, crear una familia y todo eso…

—Bueno, me lo pensaré. ¿Qué querías?

—Nada en particular. Saber de ti, de tu vida, que es lo que hacías.

—Esta semana continuaré con mis cosas. La próxima, si te parece, nos vemos.

—Perfecto. Una buena conversación te sentará… nos sentará bien a los dos.

—Bien, te llamo el lunes por la mañana.

—Muy bien. Hasta entonces.

Alberto, nada más colgar encendió un pitillo y se hizo un café. Su amigo siempre estaba ahí para lo que necesitase. Le conocía desde la facultad. Fue compañero en el primer curso pero lo dejó y se cambió a ingeniería informática. No le gustaban las letras y por eso, a veces, no le comprendía en sus planteamientos vivenciales. Para él todo tenía su

orden, su causa. Aplicaba el sentido cartesiano, metódico. Lo evidente era eso: lo que estaba meridianamente claro, sin ambages, sin tapujos. No le daba vueltas a las cosas. Todo era así porque así era.

Alberto, sin embargo, era todo lo contrario. Ante una eventualidad cualquiera sopesaba, enjuiciaba, balanceaba las distintas soluciones y, muchas veces, escogía la equivocada. Después de estar un buen rato, a veces todo un día, reflexionando en la solución, exponía en la mesa todas las que se le habían ocurrido y elegía la peor. No siempre, afortunadamente, le pasaba eso. A veces acertaba en la respuesta. Eran dos personalidades distintas. Por ello se complementaban y se llevaban bien aun a pesar de que pudieran estar dos semanas sin hablarse. Cada uno sabía que el otro estaba ahí, en el teléfono, en la comida o en la conversación que mantenían. Así llevaban más de diez años, el tiempo que ambos se licenciaron en las diferentes facultades. Carlos se había casado y tenía un hijo, por eso siempre le decía que debería imitarle. Eso le daría estabilidad a su vida. Era lo que necesitaba: equilibrio. En una sociedad complicada, con tantos problemas y dificultades, formar una familia era tener seguridad, solidez.

—Eso si te va bien —contestaba Alberto—. Tú estás solo desde que te separaste y vives una vida independiente.

—Por supuesto. Nadie lo discute. Puede llegar a ser un infierno. En mi caso lo fue y me marché de casa.

—¿Y quién no te dice que lo mío no lo pueda ser?

—Nadie. Eso depende de muchas cosas, pero si no lo intentas nunca lo sabrás.

«Será como esos regalos que metí en mis cajas», pensó Alberto al oír el comentario de su amigo. «Las intenciones, los proyectos no se pueden encerrar en vida. Es necesario exponerlos, que vean la luz. Si no lo hago siempre será como esas cajas que tengo almacenadas. Abrirlas es un sufrimiento pero siempre es peor tenerlas cerradas de por vida». Tenía que intentarlo. Nada debería quedarse recluido tantos años. Las ideas de cada uno son personales pero no pueden quedar confinadas al espacio de una caja.

—Entonces, ¿crees que debo buscar una chica y casarme?

—Estoy convencido.

—Estuve estos días con María, una compañera del colegio. Me gustaba mucho pero después de pasar el día con ella desapareció de mi vida, de improviso. Ya es la segunda vez que me lo hace.

—¿Te has parado a pensar en la razón?

—No sé cuál será la razón pero no encuentro ninguna explicación para lo que ha hecho. Si me apuras la reacción del colegio era más predecible. Era una niña, su madre no quería que saliera conmigo. Había muchas razones antes; lo que no puedo comprender es lo de

ahora. Ya es una mujer adulta y esta reacción no es entendible.

—Tienes que darle un voto de confianza. No sabes lo que realmente ocurrió.

—En eso tienes razón, pero no tengo manera de saberlo.

—¿Preguntaste en el hotel? En recepción te hubieran dado alguna información.

—No se me ocurrió.

—Pues estás a tiempo. Llama al hotel y pregunta por ella. Cuando te digan que se va a poner cuelgas y ya está.

—Es una buena idea. Lo haré desde casa.

Estuvieron un buen rato con esa y otra conversación. Al cabo de un rato se despidieron quedando en verse otro día.

—Ya te contaré lo que me dicen cuando llame al hotel.

—Hasta otra.

—Adiós.

Alberto entró en su casa y se fue derecho a la cartera donde recordaba que había dejado la factura del hotel y una tarjeta. Encendió un cigarrillo y descolgó el teléfono.

—Por favor, ¿se puede poner María?

—¿Qué María?

—María García, relaciones públicas.

—¿Quién llama? —Se oyó una voz áspera al otro lado del hilo telefónico.

—Un amigo.

—¿Qué amigo?

—No creo que sea necesario decirle más. Me llamó Alberto.

—María desapareció hace tres días. No sabemos nada de ella. Fue al día siguiente del que tenía libre. No se reincorporó a su trabajo.

—¿Y no saben qué es lo que pasó?

—No hizo ninguna llamada. Es extraño, pues era muy seria y cumplidora.

—Yo salí con ella el día que libraba. Lo pasé en Ronda y la dejé en el hotel a las diez de la noche. Al día siguiente había quedado a almorzar y ya no apareció. Estuve esperando cerca de una hora.

—La policía ha investigado en sus cosas, en su habitación y no tiene ninguna pista. Déjeme su teléfono y dirección completa. Es el último que ha estado con ella y quizás quieran ponerse en contacto.

—Perfecto, no tiene problema en localizarme.

Alberto se quedó pensativo. Había recibido un jarro de agua fría. Colgó y llamó a su amigo Carlos.

—Tenías razón.

—¿En qué?

—En que hay una explicación para que María no apareciera.

—¿Cuál es?

—Ha desaparecido.
—¿Cómo desaparecido?
—Pues como oyes. No se presentó al trabajo el día que habíamos quedado en almorzar. Según me dijeron esto era muy raro y en el año que llevaba en ese trabajo nunca había ocurrido.
—Ya te dije que habría una causa. No era lógico lo que me contaste de no acudir a la cita.
—Tenías razón.
—¿Y ahora qué hago?
—Esperar, no te queda otra cosa.
—Seguramente te llamará la policía. Querrán saber qué es lo que ocurrió en sus últimas horas.
—Hombre, eso de últimas horas parece duro.
—Quiero decir últimas horas antes de desaparecer.
—Quédate en casa y espera que te llamen. Lo harán muy pronto. Ya verás.
—Está bien, te llamaré para darte noticias.
No habían pasado más de quince minutos cuando, de nuevo, sonó el teléfono. Era un comisario de la policía de Marbella.
—¿Don Alberto?
—Soy yo, dígame.
—Soy el comisario García y me gustaría hacerle algunas preguntas.
—¿Por teléfono?
—En principio sí. Si fuera necesario tendría que venir por aquí.
—Está bien. Pregunte.
—¿A qué hora la dejó?
—Ya se lo dije al recepcionista.
—Dígamelo a mí también.
—Sobre las diez.
—¿Encontró algo raro en ella?
—Estuvo de mal carácter todo el día, pero por lo demás nada extraño.
—¿Cree que se debía a alguna razón?
—No. Lo atribuí a la relación personal conmigo.
—¿Desde cuándo no la veía?
—Hacía más de veinte años. Éramos amigos del colegio, la acompañaba y eso. Un verano desapareció. Quedó en escribirme pero jamás lo hizo. No la volví a ver hasta la semana pasada en el hotel. No sabía ni dónde estaba ni en qué trabajaba.
—Bien, cuénteme lo que sucedió al día siguiente.
—Quedamos a almorzar a las dos y media y estuve esperando hasta las tres y media. Al final, como no venía, decidí comer solo y marcharme del hotel. Pensé que como el día anterior estuvo de mal humor era la razón por la que no quiso acudir a la cita.

—¿Eso es todo?

—Todo. No hay nada más.

—¿Ningún detalle que recuerde? Por pequeño que sea, puede ser importante.

—Nuestra conversación fue intrascendente. Me contó que estuvo en Francia, en Inglaterra y en Alemania. Bueno también me dijo que estuvo trabajando en un hotel en Copenhague.

—¿Copenhague?

—Sí, eso me dijo.

—Lo investigaremos. Esto no es una desaparición normal. Hay un trasfondo que tenemos que descubrir. Si le necesitamos volveremos a llamarle. Gracias por su colaboración.

—Cuente conmigo para lo que sea necesario. Adiós.

Capítulo 19

El conde, nada más recibir la nota, se puso en marcha. Lo primero que hizo fue ir a un arcón de su dormitorio donde guardaba una pistola y revisarla. Hacía tiempo que no la usaba. Y quería ver en qué situación se encontraba. Inspeccionó, asimismo, el estoque de su bastón y la navaja. Seguía en la faltriquera donde la puso esa mañana. Después se sentó en su butaca preferida, mientras le preparaban el carruaje, para reflexionar en lo que debería hacer. A los pocos minutos ya enfilaba el portón de salida hacia la Gran Vía y, en dirección al paseo del Prado, tomó en la fuente de Neptuno el recorrido final que le llevaría a la Academia.

Ramón le esperaba en la biblioteca. Entre ambos comentaron lo que tenían que hacer. En primer lugar no deberían dar la impresión de que no poseían el volumen. Lo tenían guardado, en algún lugar, pero cerca. En segundo lugar cumplirían a rajatabla las instrucciones recibidas. Era la única forma de poder localizar y echar mano a Cantalapiedra. Por lo tanto lo primero que deberían hacer era ver cómo iban a llevar a cabo la operación de la fuente de la Alcachofa.

—Creo que debemos montar un operativo que incluya algunos policías de paisano alrededor de la fuente. Tú te acercas y dejas un paquete cualquiera y esperamos para ver quién se acerca a recogerlo —señaló el conde.

—Tal y como lo explica parece muy fácil.

—Lo más importante es tratar de que los policías pasen desapercibidos. Si conseguimos esto podemos cogerle y posteriormente denunciarle por acoso y asesinato. No creo que sea difícil demostrar que el puñal le pertenecía.

—Para mí no entraña ningún peligro caminar despacio hacia el lugar señalado y dejar el bulto. Hacerle creer que allí está encerrado el libro es fácil, y como me va a ver asustado se va a confiar.

—Ahí es donde entramos nosotros —saltó el conde con énfasis—. Ahora lo más importante es ir a hablar con el jefe de la policía que conozco, el que está investigando el asesinato de…

—De mi padre —terminó Ramón la frase.

—Le va a interesar esta historia, que desconoce, con las misivas que te ha dejado en la biblioteca. Seguro que monta un buen operativo. Será básico que los policías no llamen la atención, pero imagino que sobre esto ya tiene experiencia.

—Tengo que dejar el paquete a mediodía. Así que los policías deben

estar paseando allí antes de las nueve de la mañana.

—Como no sabemos si nos está vigilando, aunque imagino que no querrá estar cerca de la sede, saldremos separados. Yo me adelantaré unos minutos y te esperaré con mi carruaje en la plaza de Cibeles. Tú te acercas dando un paseo. Después vamos los dos a la estación de policía y hablamos con el comisario amigo mío. Le contamos todo y que él decida lo que hay que hacer, pero creo que lo que hemos estado hablando es lo mejor.

—A ver qué es lo que nos dice —sentenció Ramón, a quien la idea le pareció perfecta.

El comisario no puso reparos a la opinión. Es más, le encantó y enseguida se puso manos a la obra. Llamó a su segundo para ordenarle que escogiera a diez de sus hombres que pudieran pasar más desapercibidos para preparar la operación. Deberían ir vestidos de calle, nada de uniformes. Lo mejor era de paisano y con trajes de oficios. El que se disfrazaba de barquillero era uno de los más solicitados. También iría alguno paseando con su novia y cuanto más acaramelados estuvieran mucho mejor. El fotógrafo debería estar cerca de la fuente. Era un buen lugar para hacer las fotografías. Un padre con dos hijos jugando a la pelota no llamaría la atención.

—Creo que eso es suficiente. Ordene que cada uno esté en su puesto antes de las nueve de la mañana. El paquete lo dejarán a las doce del mediodía.

—Has sabido captar la idea muy bien —avanzó el conde—. Le echaremos mano y seguro que con un buen engrase cantará.

—Eso déjanoslo a nosotros. Tenemos experiencia en hacerles cantar.

—Lo importante es que cuando me acerque nadie se ponga nervioso y se haga notar. Hay que dejarle que se confíe un rato cuando me vaya después de dejar el paquete —comentó Ramón.

—En eso también tenemos experiencia. Mis hombres son expertos. Ya lo han hecho varias veces y siempre han tenido éxito.

—En ese caso no hay nada más que hablar. Esperaré acontecimientos y no me acercaré. Estaré en mi carruaje, en la calle Alfonso XII, sin salir de él. Por cierto, que llevaré uno diferente para que no pueda identificarlo.

—Estate tranquilo que lo cogeremos y le haremos cantar, y a su socio también.

—Pues hasta mañana —se despidió el conde, al tiempo que balanceaba suavemente su bastón.

La alegría de Ramón y del conde se veía claramente en sus caras. La operación estaba en marcha y en pocas horas el asesino de su padre estaría en la cárcel. Subieron al carruaje y se dirigieron a Lardhy a comer.

—Te invito a un cocido. Como lo hacen en este restaurante no lo

hacen en ningún lado.

Ramón estaba encantado. Por primera vez veía luz en el túnel.

—Tendré que preparar un paquete con periódicos y que abulte aproximadamente lo mismo que el Lazarillo —comentó Ramón, bajando del carruaje.

—Esa parte es la más fácil del programa. Cualquier cosa que abulte un poco servirá para que crea que es el libro —sentenció el conde mientras entraba en el restaurante.

—Lardhy fue fundada en 1839 —comentó el conde—. Ten en cuenta que la carrera de San Jerónimo es una calle muy transitada desde entonces. Comunica directamente con la Puerta del Sol. Al principio era una pastelería pero, más tarde, se transformó en restaurante de alto nivel. Es famoso el consomé servido en el samovar. Yo he venido muchas veces con tu padre.

—Es la primera vez que yo entro aquí.

—Pues te va a gustar el cocido. Ramón de Campoamor y el alcalde José Abascal venían, hace años, con cierta frecuencia, pero quien más acudía aquí era el tenor Julián Gayarre.

—Estoy preocupado —se adelantó a decir Ramón nada más sentarse en la mesa.

—Estate tranquilo. Todo va a salir a pedir de boca.

—¿Y si no aparece? ¿Y si se da cuenta de nuestra maniobra?

—Te estás poniendo en lo peor. ¿Y si le detenemos? ¿Y si nuestra preocupación acaba mañana?

—Bueno, vamos a dejarlo en tablas —acertó a decir Ramón.

—Olvídalo por unas horas. Ahora vamos a darnos un homenaje. Como te comenté, aquí el cocido lo hacen como los ángeles.

—Después de comer me voy dando un paseo hasta la Academia y tú, padrino, te retiras a descansar a casa. Mañana va a ser un día complicado y debemos estar fuertes y descansados.

—Está bien. No lo olvides. Nos vemos en la puerta del parque del Retiro que da a la calle Alfonso XII. Yo estaré dentro del carruaje y recuerda lo que te dije, será uno diferente del que acostumbro a llevar. No quiero llamar la atención. Y ahora —continuó hablando el conde —, no vamos a hablar del tema y disfrutemos del cocido que viene.

En ese momento el camarero se acercaba con dos fuentes, una de legumbre y otra con carne, berza, chorizo y demás complementos.

Eran más de las cuatro de la tarde cuando el conde subía al carruaje y Ramón enfilaba la carrera de San Jerónimo en dirección a la Academia. A paso lento, por el almuerzo, alcanzó la plaza de Neptuno y dejando el Museo del Prado a la derecha entró en el edificio que le había visto nacer.

A esa hora, y en esas circunstancias, era obligada una siesta y eso es lo que hizo. Se dirigió directamente a su casa sin pasar por el piso

donde estaba la biblioteca. Todo parecía tranquilo. La calma reinaba en el edificio.

Capítulo 20

Alberto se quedó pensativo nada más colgar. La conversación con María debería tener algún significado que se le escapaba. Buscó la caja donde había introducido la sirenita, uno de sus regalos. Estaba cubierta por un papel transparente. Es por eso que sabía lo que era. Sin embargo no la abrió. Tal y como la recibió la guardó. Estaba en el mismo lugar en que la había colocado hace unos años. La cogió y vio que estaba hueca. No pesaba nada. Era de bronce y en su base había un orificio. Dio varias vueltas a la figura hasta fijarse, con más detalle, en esa oquedad. Con un instrumento tipo punzón extrajo un papel. «Qué raro. ¿Un escrito en el interior de un recuerdo?». Se trataba de un manuscrito que tenía escrita varias líneas y que envolvía una llave. Era difícil de leer a simple vista. Alberto buscó una lupa que tenía en su escritorio. Era un número y una dirección. Debía ser una caja de un banco de Copenhague. Pero ¿quién se la envió?

Habían pasado muchos años desde la fecha en que el obsequio llegó a su poder. No encontraba ninguna explicación. Lo que sí estaba claro es que alguien quiso salvaguardar su secreto, y le envió la figurita sabiendo que él no abriría el paquete. Le conocía perfectamente. Por fuerza tenía que ser alguien que estaba o había estado en esa ciudad. Repasó, mentalmente, los amigos. En la facultad tuvo dos que viajaron mucho. No sabían su manía. De las chicas con las que salió, Carmen sí que lo sabía pues lo experimentó, en sus carnes, con aquella corbata y gemelos que le regaló. Pero nunca viajó. Es más, nunca salió de España. Un amigo que viajaba bastante y sabía de la costumbre de no abrir los regalos era Carlos pero nunca se le hubiera ocurrido enviar una nota de esa manera. No quedaban muchas personas más. María sí que lo sabía. Se lo había contado él en uno de sus muchos paseos desde el colegio a su casa. Y ahora recordaba que cuando la vio le estuvo contando su vida, y entre las múltiples cosas que le dijo fue que pasó una época en Copenhague trabajando en un hotel. ¿Sería una coincidencia?

Sonó el teléfono. Al oír la voz, Alberto, que estaba en el otro lado, sintió un vuelco en el corazón. Era ella, su María. De pronto, como había desaparecido, surgía desde la lejanía.

—¿Alberto?

—Sí, soy yo. ¿Dónde te habías metido?

—Ya te contaré. ¿Puedo subir?

—¿Estás abajo? ¿En la calle?

—Sí.

—¿Sabes que te está buscando la policía?

—Sí, lo sé. Por eso quiero subir y que hablemos.

—Está bien. Te abro.

No habían pasado más de dos minutos cuando María, con su mejor sonrisa en una cara de preocupación, traspasaba el umbral de la puerta.

—¿Me puedes explicar qué es lo que pasa?

—No se me ocurrió otra manera de desaparecer. Te utilicé de señuelo.

—¿A mí?

—No tenía otra solución. Espero que lo comprendas. Cuando te dejé en el hotel, no te diste cuenta, pero hablé con voz alta y te dije: «Mañana nos vemos en el almuerzo a las dos y media», ¿lo recuerdas?

—Sí. Me extrañó que gritaras tanto, pero no le di mayor importancia al hecho.

—Tenía mis razones. Nos estaban siguiendo y quise dejar claro que nos veríamos al día siguiente. Para mí era fundamental ganar unas horas y con eso lo conseguía. Salí directamente hacia Madrid. No quise recoger mis cosas.

—Eso me dijo la policía y el recepcionista, que no te llevaste nada. Por eso pensaban que te habían podido secuestrar.

—Pues ya ves que no. Solo quería tener las horas de la noche para poner tierra por medio.

—¿Y viniste toda la noche conduciendo?

—Me quedé a dormir en el hotel La Perdiz, que está a mitad de camino. Un lugar en el que fácilmente pasas desapercibido.

—Y ahora apareces en mi casa.

—Hay dos razones. La primera es que nadie me relaciona contigo. Veinte años son muchos y nunca, durante ese tiempo, tuvimos correspondencia. Por lo tanto, en tu casa estaría segura.

—¿Cómo sabías donde vivía?

—Eso está en relación con la segunda razón. Hace años recibiste un obsequio sin remite. Yo era de las pocas personas, quizás la única, que sabía de tu manía de no abrir los regalos y colocarlos en cajas. ¿Me equivoco?

—No. Sigue que vas bien.

—La persona que te envió ese obsequio era yo.

—¿La sirenita?

—Veo que lo abriste. Te la mandé desde Copenhague donde trabajaba en un hotel. ¿Qué te pareció?

—Muy bonita. Un recuerdo interesante, pero no lo abrí, el papel que la envolvía se transparentaba y pude darme cuenta de lo que era.

—¿No viste nada raro en ella?

—¿Crees que soy tonto? Claro que lo vi. Esta mañana. Entonces, cuando la recibí, no me di cuenta. La puse directamente en la caja y me olvidé de ella.

—En ese caso has visto una llave y un papel con una dirección y un número. Pues ya lo sabes casi todo. Fui yo quien lo puso dentro.

—Solo sé la mitad. El resto me lo tendrás que explicar tú —dijo con contundencia no exenta de cierta sorna.

—Es muy largo de contar. Pongámonos cómodos. Dame un café.

Con un cigarrillo en una mano y una taza en la otra, María comenzó su historia. La historia de su vida.

—Comenzaré por el principio, desde que no te volví a ver en el colegio. Ya te dije que terminé mis estudios fuera de Madrid y, cuando tuve la edad de entrar en la universidad, mi padre decidió que debía aprender idiomas. Me mandó fuera de España. Primero estuve en una ciudad de Francia, en Reims, durante dos años en un colegio de monjas. En ese tiempo aprendí el idioma y entonces me envió a Londres. Allí estuve en una casa particular. Iba todas las mañanas y tardes a un colegio. Estudiaba ocho horas diarias y después estaba con la familia conversando bastante tiempo.

—Veo que aprovechaste las oportunidades que te dio tu familia. Ya recuerdo que tenía una situación desahogada. No era como la mía.

—Cuando terminé mis estudios de inglés —continuó sin hacer caso a la interrupción—, me enviaron a Múnich. Allí la estancia fue más complicada. Al cabo de un año mis padres murieron en accidente de tráfico y tuve que regresar urgentemente. Me quedó una buena herencia y al no tener familia con la que vivir en España, pues mis hermanas estaban casadas, decidí continuar con el idioma alemán para completar lo que mi padre quería. Siempre me decía que con esos tres idiomas tendría abierta la puerta del trabajo en turismo.

—En eso estaba acertado.

—Pues como te decía mi etapa en esta ciudad fue mala. Me enamoré de un tipo sin escrúpulos que hacía negocios sucios. Contrabando, droga, robo de coches de alta gama. Lo que se te ocurra.

—Me dejas de una pieza —fue su comentario.

—Estuve con esta relación el segundo año de mi estancia en Alemania y cuando comprendí que ya había aprendido bastante, y la vida de esa persona no iba a cambiar. Tomé la decisión de huir. Entonces encontré un trabajo en un hotel de Copenhague. Allí estuve seis meses.

—¿Qué te pasó en esa ciudad? Me dijiste que, al tiempo que fue complicada tu estancia, vivías en un lugar bonito y céntrico.

—En efecto. Así era hasta que este tipo apareció de nuevo. No sé cómo me encontró. Debí de dejar alguna pista y me siguió. Me dijo que no quería nada de mí, solo que le guardara una llave y un

número. No me explicó a qué se refería pero lo imaginé pues le vi, varias veces, entrando y saliendo de un banco en Gotemburgo cuando íbamos a pasar los fines de semana.

—Así que la llave, como me había imaginado, ¿es de una caja de seguridad de un banco en Gotemburgo? Pensaba que era de Copenhague.

—Sí, y el número es el de la caja. La dirección está clara. Lo que no pone es el nombre del banco pero en ese domicilio es lo único que hay.

—Bien, las cosas se van aclarando. ¿Qué hiciste después?

—Puse todo en el regalo de la sirenita y sabiendo que no abres los regalos se me ocurrió enviártelo. Nada más seguro. Tú lo guardarías hasta que yo decidiese qué hacer. Eso es todo. Después de enviarte el regalo me fui de esa ciudad. De nuevo recalé en Londres, donde estuve dos años, y después fui a Estocolmo. Al cabo de ese tiempo me harté de viajar, y como sabía que las pistas de mis movimientos se habían difuminado, volví a España.

—¿Y qué es lo que hay en esa caja?

—Dinero. Mucho dinero. Todo relacionado con esa vida tan oscura que llevaba.

—¿Viniste directamente a Marbella?

—Estuve un tiempo en Madrid. Te seguí para ver cómo habías reaccionado. Tu vida no había cambiado. Eras el mismo de siempre, y eso me tranquilizó ya que no te habías dado cuenta del contenido de la figurita. Si hubieras abierto el regalo, con seguridad tendrías un buen coche y otro tipo de vida, pero lo tuyo era de lo más normal. Como no había decidido aún qué hacer, viajé por España. Tuve varios trabajos, aquí y allá, sin ganar demasiado. Lo suficiente para ir tirando y pasar el tiempo. El último fue cuando me viste en el hotel de Marbella. Pero al mismo tiempo que tú, me localizó la banda, y es por eso que organicé todo este lío.

—¿Cómo pudieron localizarte?

—El dinero no solo era de mi exnovio, sino también de los facinerosos que le acompañaban. Todos se pusieron manos a la obra para localizarme y al fin lo consiguieron. Ya te puedes imaginar que tienen contactos en todas partes y tirando del hilo se llega al ovillo.

—Imagino —acerté a susurrar.

—Así que esta es mi vida. Muy complicada y no sé por dónde continuar.

—Con seguridad el banco en Gotemburgo estará vigilado día y noche por esos delincuentes. Pensarán que voy a abrir la caja y coger su contenido.

—Puede ir otra persona en tu lugar.

—Tú tampoco puedes ir. Ya te han visto conmigo en Marbella y te

tienen localizado.

—No se me había ocurrido.

—Ya ves que con esta gente hay que estar en todo.

—Y a todas —concluyó la frase.

Alberto no tenía idea de qué hacer. En esos temas no tenía experiencia. Su vida había sido tan monótona y aburrida que esta historia se salía del contexto general. De levantarse cada día, fumar un pitillo, tomar uno o dos cafés, escribir si se le ocurría algo, pasear y volver al comienzo del ciclo, había pasado a una vida que se le presentaba como una aventura interesante y diferente de lo que acostumbraba a hacer.

—Por el momento puedes quedarte a dormir en mi casa —dijo galantemente.

—No me atrevía a pedírtelo. Lo que más necesito es tu consejo y apoyo. Sé que no me he portado nada bien contigo. La vida me ha llevado por unos derroteros distintos. Los tuyos siempre han estado entre las lindes de un camino recto. Tu biografía ha sido, siempre, más predecible. La mía no era, en absoluto, previsible. Todo dependía del momento y de la situación sobrevenida

—Puedes quedarte en casa el tiempo que precises —dijo Alberto, sin demasiada convicción.

—Solamente unos días hasta que sepa qué es lo que voy a hacer y pase todo este revuelo.

—Los que quieras, ya te lo he dicho. Te llevas la sirenita que es tuya. —Eso era lo que más le preocupaba. Tener en su casa esa responsabilidad no era algo que le entusiasmara.

Alberto la acompañó a su habitación donde la preparó una cama. Estaba cansada. Había conducido durante mucho tiempo y, especialmente, bajo presión. El saberse vigilada no era algo que pueda gustar. Se quedó dormida al instante.

En el despacho encendió un pitillo y comenzó a pensar en las distintas alternativas que se le presentaban. En el centro de la gran mesa, que ocupaba gran parte de la habitación, estaba la sirenita. Durante la conversación con María se la mostró. Le enseñó su interior, donde dormía la llave, y la nota que le había enviado. Todo tal y cual lo recibió, tal y como se la envió. No había ningún cambio. ¿Qué debería hacer ahora con la llave? ¿Ir al banco de Gotemburgo y abrir la caja de seguridad? Era un dilema muy importante. Habían pasado muchos años. Todo estaba olvidado excepto que a María, aún, la perseguían. Eso era un inconveniente importante. Ante esta disyuntiva tenía dos posibles alternativas. Una ir al banco, abrir la caja, coger el dinero y huir. La otra era ir a la policía y contarles la historia con el riesgo de que no la creyeran. ¡Era todo tan extraño! Ese pensamiento le acompañó un buen rato.

Entró en la habitación de las cajas. Allí seguían, en reposo. Unas abiertas, otras cerradas, pero todas en silencio. Entonces se acordó de Carmen. Tenía las fotos que habían hecho, y que acababa de revelar, en su paseo hacía muchos años por Madrid. En varias de ellas, se fijó ahora, se repetía con cierta insistencia una cara que siempre aparecía detrás de ella. Era un hombre joven, de unos treinta años, rubio, de complexión fuerte y de una altura de un metro ochenta más o menos. Le llamó la atención que esta persona apareciera en tres o cuatro fotos tomadas en distintos lugares. En el parque del Retiro, en la Puerta del Sol, en el Palacio Real. Siempre la misma cara, la misma persona a una distancia prudente, observando. No era lógico, ahora que lo pensaba, ver la misma figura en tres ambientes diferentes. ¿Qué es lo que hacía este tipo allí? ¿Por qué aparecía siempre en la foto? En otra era el mismo, pero se mostraba solo en parte. Lo curioso era que estaba también en la foto. En una de ellas, que les tomó alguien que paseaba por allí, estaba con un cigarrillo en la mano. Tenía un gran bigote y parecía que en la cara le surcaba una cicatriz de comisura a oreja. Se le podía definir como un tipo mal encarado. Decidió que al día siguiente ampliaría las fotos donde aparecía. Le llamó mucho la atención y, desde luego, no era nada normal lo que sucedía. La lástima es que fuera tantos años después Se había enterado demasiado tarde.

Recordó que Carmen le había hecho tres regalos y que fue el último el que derramó la gota que colmó el vaso. Fue en ese momento en que desapareció. Pero, y si desapareció porque yo no abría sus regalos, ¿cuál fue la razón por la que le llamó el otro día? Era todo muy extraño y tenía que aclararlo. En las últimas cuarenta y ocho horas se habían puesto encima de la mesa una serie de incógnitas que tenía que despejar. Tantos años dormidas y, ahora, así de pronto, se despertaban.

Capítulo 21

Lo primero que quería hacer Alberto era abrir la caja del tercer regalo de Carmen. Afortunadamente tenía la costumbre de poner una nota en cada tapa que decía la fecha y quién se lo había regalado. Eso le servía para poder hacer una clasificación más exacta. Sin mucho esfuerzo encontró la caja. Estaba en la posición en la que la dejó, aquel día, hacía tantos años. No se había movido un ápice. La abrió. Su contenido le llamó la atención: era un diario.

En él relataba, con mucho detalle, sus relaciones con una pandilla de facinerosos dedicados al tráfico de la droga y a otros menesteres propios de esos ambientes. Nada edificante por lo demás. Página tras página contaba sus experiencias, durante años, con este tipo de personas y cómo había llegado a tener esa vida a espaldas de amigos y familia. Llegó un momento en que estaba arrepentida y quiso relatar toda su historia en las páginas de un diario. Decidió, conociendo la costumbre de Alberto, enviárselo como regalo, sabiendo que nunca lo abriría. Cuando alguien lo hiciera, ella ya estaría muerta, y al menos su confesión serviría para algo.

A Alberto, ahora, se le ponía por delante tratar de relacionar a María con Carmen. Veía algo claro y es que a él le habían seguido ya que el mismo tipo aparecía una y otra vez en las fotos. Todo llevaba al mismo punto: le seguían y sabían quién era. Como no había cambiado de estilo de vida entendieron que no estaba informado de nada.

Lo que estaba claro es que María le envió la llave desde Copenhague, unos años antes, y los tipos de la banda siguieron a Alberto para ver si había algún cambio en su vida. Al no demostrar ninguna alteración de sus costumbres le dejaron en paz pero, ahora, cuando le vieron en Marbella en compañía de María, a la que iban siguiendo, es cuando relacionarían todo y tratarían de cambiar la situación entrando en escena. El vínculo de María era su novio que desapareció sin dejar rastro, posiblemente a manos de la banda que no perdonaba que les hubiera engañado y, en cambio, Carmen pertenecía en cuerpo y alma a la misma. Era una de sus componentes. Por lo tanto, María y él estaban en peligro, ahora que les habían visto juntos en la excursión que hicieron a Ronda.

Ir al banco estaba prohibido para ambos. Tenía que ir una persona extraña, alguien que no estuviera relacionada con ellos. Una persona que debería comenzar por abrir una cuenta en ese banco y entrar y salir del mismo con toda naturalidad. Esa era la solución.

Al tiempo que Alberto hacía estas reflexiones, María dormía plácidamente sin saber qué es lo que se le venía encima. Alberto solo podía confiar esta situación, ese embrollo en que estaba inmerso, a Carlos. Se le ocurriría alguna idea. Hasta este momento había llevado una vida tranquila, aburrida y monótona y, de improviso, había entrado un terremoto que le había complicado y del que no sabía cómo iba a salir. Con lo bien que estaban su cajas en la habitación, ¿por qué se le había ocurrido comenzar a abrirlas y destapar un pasado que estaba dormido? Las cajas encerraban secretos que nunca debían haber sido expuestos. «Cuánto más tiempo hubieran estado sin abrir mejor me hubiera ido en la vida» deliberaba, mientras encendía un pitillo y se preparaba un café.

Estando enfrascado en estas disquisiciones sonó el teléfono. Era Carlos para interesarse por él. Llevaba varios días sin tener noticias y quería saber cómo le iba.

—¿Cómo te va la vida? Hace tiempo que no hablamos.

—Bien, aunque con muchas novedades y en ellas me gustaría que te implicaras.

—¿A qué te refieres?

—Esto lo tenemos que hablar despacio. No me gustaría que nos vieran juntos.

—Me estás intrigando mucho.

—Cuando te lo explique verás que es un tema complejo y por supuesto peligroso.

—¿A qué te refieres?

—Ya te dije que no te voy a adelantar nada. En persona te lo diré.

—¿No te habrás metido en algún lío?

—De momento no.

—¿Me estás diciendo que puedes meterte en algún problema?

—Si actuamos con prudencia, espero que no.

—¿Actuamos?

—Sí. Espero que te involucres en el asunto.

—¿Yo?

—Bueno que estemos juntos en este negocio.

—Espero que seas más claro y explícito cuando nos veamos.

—Por supuesto. Te lo contaré con pelos y señales.

—¿Cuándo?

—Esta tarde si quieres. Ven por casa. No quiero que nos vean juntos en la calle. A ti nadie te conoce y puedes entrar y salir de mi edificio con toda libertad.

—Está bien. Sobre las cinco de la tarde estaré ahí. Espero que me sorprendas.

—Así será. Ya lo verás.

Mientras esta conversación se estaba llevando a cabo María

comenzó a desperezarse. Había dormido varias horas del tirón y eso había significado una revitalización. Nadie sabía que se encontraba en el piso con Alberto y por ello estaba muy tranquila.

—¿Qué tal has dormido?

—Muy bien. Lo necesitaba. Conducir toda la noche es duro pero no tenía otra solución para salir sin ser vista. Ahora me siento más tranquila.

—Fue una buena idea que dijeras que nos viéramos para almorzar al día siguiente. Eso te dio un margen de varias horas.

—Ya tengo experiencia en salir corriendo de los sitios. No es la primera vez.

—Ya me he dado cuenta.

—Me dio la impresión de que hablabas con alguien por teléfono. ¿Quién era?

—Mi amigo Carlos. Le dije que teníamos que hablar y le insistí que quería que fuera en casa, lejos de miradas indiscretas.

—¿Es que va a venir?

—Sí. Dentro de un rato.

—Entonces me voy a duchar y a cambiar para estar presentable.

—Lo estás de cualquier manera.

Era la primera frase agradable que Alberto había pronunciado al dirigirse a ella. María le lanzó un atisbo de sonrisa en señal de agradecimiento.

—Deberías comer algo cuando estés presentable —dijo Alberto, mientras se dirigía a la cocina a ver qué es lo que había comestible.

No era costumbre suya tener mucho alimento almacenado, pero siempre tenía la oportunidad de abrir alguna lata.

Encontró una verdura que le había dejado preparada la asistenta y un poco de queso. «Esto le vendrá bien», presupuso mientras lo calentaba en el microondas. A través de la puerta del cuarto de baño le gritó que la comida estaba preparada.

María salió totalmente relajada. En su cara se veía la tranquilidad de los que han dormido varias horas y ven la vida con otro prisma. Sin embargo, no podía olvidar que la seguían, y que la llave y la combinación de la caja de seguridad eran razones de peso para mantener las distancias con esos tipos.

Madrid presentaba, a esa hora, una suave tarde de primavera. El cielo azul se entretejía, formando una malla, con los blancos algodonosos de las nubes. Todo invitaba al paseo y la contemplación. En la calle la gente caminaba sin prisa, deleitándose, placenteramente, en una temperatura que había dejado atrás un invierno que en algunos momentos se mostró duro. Algunos, más atrevidos, habían dejado la ropa de abrigo y caminaban con destellos de esperanza, la misma que se podía ver en los ojos de María.

Alberto pasó callado todo el tiempo que ella comía. Pensaba en cómo debería enfrentar la conversación con Carlos cuando llegase. Decidió que lo mejor era decir las cosas tal y como eran sin ambages y sin estridencias. De una manera simple.

Cuando María terminó de almorzar se sentó en el sofá y preguntó de sopetón:

—¿Crees que es una buena idea comentar esto con tu amigo?

—No tenemos ningún secreto entre nosotros y una opinión externa nos vendrá bien.

—Si opinas así, lo acepto, pero tenemos que tener mucho cuidado de que no se vaya de la lengua.

—Mi amigo siempre ha sido una tumba. Ningún tema que le haya contado ha salido de su boca. Es la persona más discreta que conozco.

—Espero que no te equivoques. Cualquier fallo puede ser nuestro final. —Y mirándole con una tristeza contenida le dijo—: no podemos equivocarnos.

Estaban en esta conversación cuándo sonó el timbre de la puerta. Era Carlos que preso de impaciencia no pudo esperar más tiempo.

—Creo que me he adelantado, ¿verdad?

—No te preocupes. Estábamos esperándote.

—¿Estábamos?

—Sí. Ya lo verás. María y yo. Te acuerdas de aquella chica que te conté que…

No pudo terminar la frase porque ella se acercaba por el pasillo.

—Bien, pues aquí la tienes. Esta es María.

Carlos puso los ojos que se le salían de las órbitas. Enarcó las cejas en movimientos a caballo entre la extrañeza y la incredulidad. Era una sorpresa en toda la línea de flotación.

—Encantado. —No pudo balbucir otras palabras.

—Veo que no esperabas que yo fuera la María que un día conociste —contestó con cierto aplomo no exento de nerviosismo.

—Veo que ya os conocéis —aseveró Alberto que no daba crédito a lo que estaba ocurriendo.

—Fue hace mucho tiempo… tanto que ya ni nos acordábamos —acertó Carlos a romper el hielo del momento.

—Londres, hace cinco años. Oxford Street. Tú caminabas sin rumbo y yo salía de un almacén. Se me cayó una bolsa y te acercaste a recogerla. Enseguida te diste cuenta que era de España y te dirigiste a mí en español. Tomamos una copa, ¿te acuerdas? Al día siguiente nos vimos y al otro también.

—Pero un día te diste cuenta de que aquello no nos llevaba a buen término y desapareciste, ¿es así? —terminó Carlos la explicación.

—Así es.

—Bueno pues no es necesario continuar con las presentaciones. Las

cartas están ya sobre la mesa. Y dado que os conocéis será más fácil el relato de los acontecimientos. —Alberto arrastró estas últimas palabras con desgana no exenta de tristeza. No sabía la razón pues la vida de María había desaparecido de la suya hasta el momento en que se le ocurrió comenzar a abrir cajas. Ahora todo comenzaba a escribirse en un libro de páginas en blanco y no todo lo que se escribía era a gusto del protagonista.

Afuera, en la calle, se había levantado una brisa agradable. Las ventanas medianamente abiertas dejaban traspasar un suave viento que, por unos instantes, le hizo olvidar a Alberto que era lo que en ese momento tenía entre manos. Cuando, de nuevo, se dio cuenta preguntó:

—Espero que aquel encuentro efímero no sea obstáculo para lo que tenemos ante nosotros —señaló Alberto mientras tomaba un vaso de agua.

—No tan efímero —remarcó María sus palabras.

La mirada de Carlos lo decía todo. Era de las que no se olvidan, y si fuera por él hubiera echado a correr en ese mismo instante. Un silencio invadió la habitación. Por breves segundos nadie se atrevió a romperlo.

—La historia es la historia —se atrevió a cortar Carlos con este comentario.

María asintió con un leve movimiento de cabeza. El hielo se había roto y la situación volvía al principio.

—Bueno, pues con las cosas claras ya podemos entrar en materia —comenzó Alberto la perorata—. Quiero explicarte un asunto importante para el que quiero tu opinión, que siempre ha sido acertada y ecuánime.

—Muchas gracias —dijo Carlos, al que ya se veía más relajado.

De esta manera Alberto fue desgranando, punto por punto y detalle por detalle, todo lo que había ocurrido desde la época del colegio, cuando se veía con María, hasta el momento en que se la encontró en el hotel de Marbella. Tuvo especial cuidado en no omitir los aspectos de las relaciones que ella tuvo en Alemania, el detalle de la llave y el número de la caja de seguridad del banco en Gotemburgo y cómo ella desapareció y se fue a Londres. Allí es donde, en esos años, Carlos la encontró. Relató con prolijidad el encuentro en Marbella, la excursión a Ronda y la cita, a la que ella no acudió, del día siguiente. Eran los fragmentos que mejor conocía. Puntualizó que vino toda la noche conduciendo, para poner tierra de por medio, con los tipos que la seguían. De esta manera, su presencia en la casa era totalmente desconocida para todo el mundo. Insistió en que esa conversación y los aspectos que había en ella no debían ser comentados con nadie. La vida de ellos corría peligro si alguien se fuera de la lengua y llegara a

oídos de los delincuentes que ella estaba en esa casa.

María amplió algunos aspectos de su vida en todos los países. Alberto, de esta manera, se enteró de detalles y situaciones que desconocía y que le ampliaron su visión de esos años transcurridos.

Al acabar las explicaciones invadió la habitación un silencio sepulcral que Alberto aprovechó para tomar una botella de ron y servir tres vasos. Sin ningún comentario bebieron el contenido a la vez y se miraron a los ojos. En esa mirada se encerraban muchos años de intrigas, vivencias y experiencias que necesitaban respuestas.

—Creo que necesitaré otra copa de ron —se atrevió a solicitar Carlos al tiempo que alargaba la mano para que le rellanaran el vaso.

—Yo también —declaró María.

—Que sean tres —sentenció Alberto que ya se disponía con la botella a servir las copas.

La vida está hecha de pequeñas casualidades. Hechos que en un principio que parecen intrascendentes, conforman una historia diferente en función de las circunstancias. La vida para Alberto se había completado con una celeridad pasmosa. Las páginas del libro, hasta hacía pocos días blancas, ahora aparecían escritas. Todo comenzaba a perfilarse, a tomar cuerpo de naturaleza. No se podía vivir sin tener todos los capítulos escritos. Una amnesia de tantos años no era posible mantenerla pues, tarde o temprano, tendría sus consecuencias. El secreto era escribir, poco a poco, esos pequeños detalles, esas vivencias. Si aparecen, de pronto, muchos años en breves momentos no es posible y, desde luego, es perjudicial. Alberto, en ese sentido, lo estaba haciendo correctamente. Descubría, poco a poco, su vida. Sus enigmas, que estaban en el oscurantismo, aparecían como por arte de magia. Volvían a la cotidianeidad. Todo iba tomando su personalidad, los años iban transcurriendo y en su cabeza cada cosa tomaba la posición adecuada. La realidad pivotaba de nuevo y se escribía con trazos gruesos en un libro que había llegado, casualmente, a las manos de Alberto. Aquella nebulosa de unos meses atrás, ahora se estaba transformando en una claridad. El libro permanecía en su escritorio. Su contenido, ahora, era diferente. Estaba puliéndose toda una vida que, estando encerrada en unas cajas-regalo, se habían abierto de repente. Por fortuna, no puso demasiada acucia y las fue abriendo lenta y correlativamente. Las páginas del libro también lo eran. De haberlo hecho mal todo hubiera estado trastocado y los años no coincidirían con la realidad. De esta manera cada cosa ocupaba su lugar exacto, cada acontecimiento tomaba su posición correcta y los años transcurrían, ordenadamente, sin estridencias y sin chirridos que alteraran la vida normal. Alberto iba encontrando, poco a poco, su camino en la vida. Antes estaba desorientado; ahora tenía una perspectiva diferente de lo que le estaba ocurriendo.

—No se me ocurre nada mejor que ir al banco y ver qué es lo que hay —avanzó Carlos que ya se había tomado tres copas de ron y estaba pensando si se inclinaba por la cuarta o no.

—El único que está libre de sospecha eres tú —dijo Alberto—. Eres el único al que no conocen. —Y al decirlo escanció sendas copas de ron en los vasos.

—No es una idea que me apetezca mucho.

—Lo sabemos, pero estás limpio. Nadie te conoce y, lo que es mejor, nadie te relaciona con nosotros —dijo María que hasta este momento había permanecido callada; observaba todas las reacciones.

—¿Y eso me hace ser el perfecto candidato?

—Por supuesto, aunque si no quieres…

—Está bien. Déjame, al menos, que lo piense hasta mañana.

—No hay prisa. Si la caja está cerrada desde hace muchos años no pasa nada porque siga unos días más —comentó María con gran precisión.

Carlos no había demostrado una gran ilusión en el menester que se le presentaba ante sus ojos, pero, por lo menos, tampoco se había negado en bloque. En su vida no era la clásica persona que tomaba decisiones rápidas. Tampoco gozaba de una especial facundia. A las propuestas que le hacían contestaba con el silencio y la promesa de una reflexión posterior. Esta ocasión había sido una demostración, una vez más, de ello.

Alberto rompió el mutismo del momento.

—Es necesario, en caso de que tu respuesta sea positiva, que lo planifiquemos bien. Mi propuesta sería ir en avión hasta Bruselas. Allí tomamos un hotel, cada uno por su cuenta por si nos siguen. Carlos alquila un coche y se va a Gotemburgo y mira lo que hay en la caja. Nos puede llamar desde allí y nos cuenta el contenido y tomamos la decisión que corresponda.

—Esta última parte no es necesaria —cortó María—. Ya sabemos su contenido. Lo que hay es dinero.

—¿La has abierto? —preguntó Alberto.

—No la he abierto, pero su contenido me lo explicó mi novio antes de desaparecer.

—O que le hicieran desparecer —afirmó Carlos, sabiendo lo que decía.

—Bueno, sea lo que sea no es necesario pensar lo que vamos a hacer cuando se abra la caja de seguridad.

Alberto, en ese momento, se acordó de las fotos de Carmen, de su llamada y de la persona que, una y otra vez, estaba en todas las fotografías. Le seguían con toda seguridad pero no adivinaba la razón. Ahora pensaba que podría ser la persona que dejó la carta en el taxi y que al día siguiente le envió un libro. No con la idea de que lo

rellenase sino con que se dedicara a abrir las cajas para encontrar una respuesta.

—Hay algo que no he comentado y es que abrí una de mis cajas y había una máquina de fotos. Me la había regalado Carmen y no la había abierto hasta hace tres días. En su interior había un carrete que estaba impresionado. En la tienda de abajo me lo revelaron y en varias fotografías aparece, siempre, un tipo extraño.

—¿Me las enseñas? —solicitó María con cierto interés.

Cuándo las vio se quedó pensativa y mirando a Alberto le dijo:

—La chica era una de ellos y el tipo que se repite en las imágenes era también un facineroso que nos seguía en Alemania. Por eso, es muy posible, que sea el responsable de la desaparición de mi novio.

—Veo que vamos estrechando el círculo. ¿Cuántos eran?

—Creo que tres y la chica, aunque no estoy muy segura.

La primavera se introducía por la ventana totalmente abierta. Era una bonita tarde que invitaba al paseo y no a la discusión sobre problemas complicados que en algún punto podían ser peligrosos. La luz se expandía por el interior de la habitación bañándola con una claridad liviana, tranquila, sosegada.

—Solo tenemos identificada a Carmen, ¿verdad? —preguntó Carlos.

—Los otros nunca los he visto de cerca. Una vez en Alemania mi novio me los indicó de lejos, pues nos seguían por todas partes.

—Ahí estamos en desequilibrio, pues ellos nos conocen —dijo Alberto—. El único que está limpio eres tú.

—Mañana nos vemos de nuevo y cerramos el tema —cortó Carlos cualquier atisbo de una nueva conversación—. Ahora voy a mi casa.

—Salir del edificio no significa nada, ya que está lleno de familias. No es extraño entrar y salir del mismo. Así que vete tranquilo —apostilló Alberto.

Cuando se quedaron solos les invadió una losa de silencio. Durante breves instantes se podía oír el vuelo de una mosca. Las risas de unos niños jugando en la calle les llevaron, de nuevo, a la realidad del momento. Era como si hubieran bajado de una nube hasta poner los pies en la tierra. Los rayos de sol, de una tarde que huía, les saludaron con la alegría espontánea de una primavera que aquel año había madrugado.

A María le invadió un sentimiento de ternura por los recuerdos de aquella tarde. Volvió a recordar cuando Alberto la esperaba a la salida del colegio y la acompañaba hasta la esquina de la calle, la «aduana» como decían ellos. Eran tiempos en los que cualquier cosa llenaba un gran vacío. Un paseo por la calle, unos juegos en el parque, la ilusión de la espera, un balcón que se cierra. Todo eran experiencias nuevas que te abrían a la vida y ellos allí, en el centro, respirando todas esas sensaciones. Luego todo se trastocó. Vinieron los viajes, las estancias

en el extranjero, nuevas gentes, amistades, no siempre buenas, que la llevaron por caminos equivocados. Toda una serie de prácticas distintas de las que había realizado en su vida española. Fue un cambio excesivamente rápido; pasar del colegio a un lugar en el que todo es nuevo, sin unos padres que la sujetaran y unos amigos que la llevaran por caminos inexpugnables, hizo que sus hábitos fueran muy desconcertantes.

Frente a todo esto, Alberto había pasado unos años anodinos, insípidos, sin ilusiones y sin objetivos. Todo era insignificante. Le faltaba parte de su memoria. Había cosas que no existían y saltos en sus recuerdos imposibles de rellenar. Durante todos estos años se dedicó a escribir pequeños artículos en los periódicos y una novela que le gustó al editor. Se vendieron algunos ejemplares. Pensó que si escribía una segunda sería más sólida y se podrían hacer varias ediciones. Le dio un dinero a cuenta, y en estas estaba cuando surgió la reunión con su amigo Carlos y le incitó a recorrer, hacia atrás, el camino de su vida. «Abrir las cajas, ese sería el objetivo al que deberías entregarte». Esas fueron las palabras de su amigo.

Por ello en sus últimas semanas, obedeciendo a Carlos, se aplicó en abrir las cajas en las que estaban encerradas sus experiencias vitales. Toda una sensación de recuerdos, estímulos y vivencias encerradas por mucho tiempo en el pasado que, ahora de repente, afloran súbitamente.

Capítulo 22

En una casa del sur de España, cerca de Marbella, unos tipos hablaban alrededor de una botella de ron. Exponían sus dudas y prevenciones sobre María, que había desaparecido de una manera intempestiva. La tenían controlada en el hotel y, de repente, desapareció de la noche al día. No tenían ni idea de lo que había pasado. Estaban seguros que en ella estaba la clave de todo el asunto. Debería tener información de lo que había pasado con el dinero. Ignoraban los aspectos específicos pero no los generales. De eso estaban seguros. Había dinero, una caja de seguridad y un banco en una ciudad de Europa.

Enredado en sus pensamientos, sonó el teléfono.

—¿Tenéis más información de la que me habéis dado esta mañana? —Era Carlos el que hablaba.

—No, jefe. Nada de nada. Se la ha comido la tierra. Ignoramos si está aquí o se ha trasladado a otro lugar.

—Pues tenéis que dar con ella. Es quien tiene la respuesta de todo, y si encontramos el lugar donde escondió el dinero tendréis una buena cantidad para el resto de vuestras vidas. Estaréis contentos. No lo dudéis. Si os equivocáis vais a pagar las consecuencias. Así son las cosas. Si se acierta el éxito es la consecuencia, pero si nos equivocamos viene la tragedia. No me gustaría tener que llegar a ese punto.

—Lo haremos lo mejor que sepamos.

Se oyó un clic y el sonido se cortó.

Nada más terminar esta conferencia sonó, de nuevo, el teléfono. Era su amigo Alberto que quería hablar con él y comentarle un tema de gran importancia.

Ahora no estaba para los temas que se le ocurrían a su amigo, pensaba mientras se preparaba algo para comer. Tenía, a mano, un tema importante y no quería que nada ni nadie le distrajese. No obstante, le seguiría la corriente.

Quedaron en verse por la tarde. Quería que fuera a su casa. «Qué extraño, siempre se habían citado en una cafetería o en un restaurante. Se encontrará mal», pensaba, sin dar más importancia al hecho. Lo que nunca se le ocurriría es enfrentarse con todas las respuestas a sus preguntas en unos instantes. Todo lo que ignoraban sus secuaces lo sabría él en pocos minutos.

Comió rápido, se preparó un café y vio las noticias en la televisión. Al acabar se dirigió, dando un paseo, a casa de Alberto. En ella tuvo la

información completa que quería saber, y que nunca se imaginaba que así podía ser. Cuando le decía a su amigo que abriera las cajas no tenía idea de lo que se iba a encontrar en ellas, pero sabiendo que había ido al mismo colegio que María, a la que sí tenía identificada, pensaba que a lo mejor en alguna de ellas había alguna pista que pudiera seguir; nunca imaginó que no era simplemente un indicio lo que se iba a encontrar, sino toda la respuesta al problema. Conoció a María, se enteró de que el dinero estaba en una caja de seguridad, de un banco de Gotemburgo, y lo más importante de todo: tenía la clave y el número de la caja. Miel sobre hojuelas. Nada se le puso más fácil.

Después de la conversación con la chica, Carlos regresó a su casa poniendo como excusa lo difícil y peligroso que era acercarse al banco y sacar el dinero. Les dijo que al día siguiente les daría la respuesta definitiva. Tenía que hacerse el indolente pero al final les daría una respuesta afirmativa. Tenía que hacerse con el control completo de la situación.

Al regresar a su casa meditó en llamar a su grupo pero encendió un cigarrillo para pensárselo mejor. «Yo he sido el que he averiguado todo, el que tiene la llave y la clave del banco, la confianza de María y Alberto. ¿Por qué debo compartir esta información con mis chicos? Ellos no se han enterado de nada. Aún piensan que María está en Marbella. Sería un imbécil si así lo hiciera». Esta segunda posibilidad le pareció mejor. Su gente estaría esperando sus instrucciones y él, mientras tanto, se apoderaría del dinero. ¿Por qué lo tenía que repartir con ellos? Les dejaría que investigaran por su cuenta y les daría pistas equivocadas y cuando transcurriera un mes sin datos disolvería la banda y cada oveja a su casa. Nunca sabrían la verdad. Se iría a un lugar lejano en el Caribe donde iniciaría una vida diferente. Si era necesario se haría la cirugía estética y cambiaría de look.

Todos estos pensamientos le vinieron a la cabeza en unos breves segundos que aprovechó para llamar a Alberto y decirle que sí, que iría a Gotemburgo. Le daba miedo pero, según le dijo, lo intentaría por su camarada. Era un cínico, un punto canalla, y su amigo aún no se había enterado. Creía en su lealtad.

Mientras todo esto sucedía, Carmen, en Marbella, estaba reunida con los dos delincuentes que la acompañaban. Uno de ellos era de complexión fuerte: grandes bíceps y abdominales señalaban el esfuerzo diario en un centro gimnástico. No tenía necesidad de trabajar, el dinero le entraba rápidamente por la droga. Junto con su compinche había montado un pequeño negocio de distribución que le reportaba pingües beneficios y cada mes no tenía nada más que acudir al banco a sacar el dinero que se iba a gastar esos días.

El otro tipo no era de complexión tan atlética pero su cuerpo denotaba las cicatrices, consecuencia de las trifulcas que había tenido

en otras épocas. Una de las marcas le surcaba desde la comisura del labio hasta la oreja, fruto de una pelea callejera por la posesión de un alijo de droga. En definitiva, dos tipos de una mala catadura y que solo con verles ya se ponía uno a temblar.

Carmen, por el contrario, era más dulce. Una víbora con piel de cordero. Tenía una mirada acerada, cortante como bisturí y cuando tomaba una posición hierática era temible por las consecuencias que podían derivarse. Toda ella era una añagaza en ciernes. En un tiempo tuvo relación con Carlos, aunque últimamente estaban algo fríos. Habían entrado en esa fase de la abulia y desconfianza mutua.

El grupo pasaba el tiempo esperando instrucciones. Carlos les había dicho que esperaran y eso era lo que estaban haciendo pero, mientras tanto, iban a buenos restaurantes y tomaban sendos baños en la playa y en la piscina del hotel; todo ello regado con buenas copas y vinos de marca. No tenían prisa ya que esta vida era un regalo, y cuanto más tiempo durara esta tranquilidad, mejor. Se acostaban tarde, visitando los restaurantes de lujo y las discotecas de moda, y se levantaban a media mañana para ir directamente a la tumbona del club de la playa, alternando la playa con la piscina. Toda una vida de regalo y lujo. Por eso no tenían prisa en que el jefe les llamara con las órdenes oportunas. La galbana era su norma, la desidia su hábito y el ludibrio, que dedicaban a todo, su modo de vida. Todo era la contumacia en el engaño. En él se mantenían y en él vivían.

Carlos conocía las veleidades de sus secuaces. No ponía demasiada premura en sacarles de su forma de vida. Sabía que allí se desgastarían y llegaría un día que, cansados de tanto esperar, se disolverían como azucarillos. Ese era su momento y él, con el dinero en la mano, solo tenía que tomar un avión que le llevase muy lejos, allí donde nadie le pudiese conocer. Así pensaba que sería su futuro. Un buen paquete de dinero, ron para beber y mujeres para acompañarle. No le pedía nada más a la vida. Con eso se conformaba. Trataría de que no sufriera ningún daño su amigo Alberto, pero el negocio era el negocio, y ante el dinero la amistad se podía relegar a un segundo plano.

Ahora lo que le preocupaba era montar todo el operativo de la manera más conveniente a sus intereses. Trataría de llegar, con ellos, a Bruselas, de acuerdo a lo que programó Alberto. Allí alquilaría un coche e iría a Gotemburgo, con el fin de despistar a los delincuentes. Él era el único que sabía que no era necesario realizar maniobras de despiste, pues ellos estaban arrellanados en la playa y en los piélagos de la ignorancia. Sin embargo, debería actuar como si le siguieran. De esta manera daría una nota de misterio a la operación, y podría actuar con más libertad. Una vez en el banco y dueño del contenido de la caja de seguridad ya se le ocurriría algo. No debería olvidar el

pasaporte; seguramente necesitaría viajar desde alguna ciudad del norte de Europa a algún país del Caribe. No había decidido cuál, pero sería uno aislado, con pocas entradas y salidas de viajeros. Allí encontraría la soledad y la autonomía necesaria para decidir los próximos años. No debería tomar decisiones rápidas y a la ligera. Se jugaba todo su porvenir.

Así continuó el resto de la tarde y parte de la noche hasta que el sueño le invadió. Soñó que estaba en una isla desierta, donde una mestiza le velaba su descanso y unos indígenas le preparaban una bebida de coco después de un estimulante baño en la playa, azul turquesa, de aguas cristalinas y arena blanca y fina. Se despertó a primeras horas de la mañana. Era Alberto quien le llamaba.

Capítulo 23

El día comenzaba con unos rayos de sol que entraban por la ventana del ático donde vivía Ramón. Tenía por costumbre dormir con la ventana abierta. Eran casi las siete de la mañana y ese día era especialmente importante. Si todo salía bien, Cantalapiedra dormiría entre barrotes acompañado por su cómplice y su chófer. Sobre un arcón, situado en un rincón del dormitorio, descansaba un paquete bien enrollado y atado con un cordel. Daba la impresión, para quien no estuviera en el secreto, de ser algo importante y no era nada más que una serie de periódicos bien envueltos. Pensando en cada uno de los movimientos que tenía que hacer, se vistió lentamente; desde el instante en que cruzara la puerta del parque del Retiro hasta llegar a la fuente de la Alcachofa era el único protagonista de la situación. Caminaría despacio, sin prisa, dando la sensación de que nada ni nadie le observaba; sin embargo, sería el centro de una multitud de ojos. Una pareja de enamorados, un fotógrafo, un barquillero, un padre con unos niños, unos paseantes. Ninguno le parecía que era de la policía. Los disfraces eran perfectos. A nadie se le ocurriría pensar en la profesión que tenían. Seguramente debajo de sus vestidos llevarían sendas pistolas, bien amartilladas, por si la ocasión lo requiriese. De lo que estaba seguro es que se lanzarían, como un solo hombre, sobre Cantalapiedra en cuanto apareciese para recoger el paquete. Era la prueba que necesitaban.

Ramón pensaba y tomaba, al tiempo, una taza de café que solía prepararse cada mañana al levantarse. Era lo primero que hacía. Sin ella no podía pensar ni actuar. Después de vestirse despacio, con cierta parsimonia, degustando los pensamientos del arresto del asesino de su padre, salió de la sede académica en dirección al Retiro. Eran poco más de las once de la mañana. «Ya estará todo el operativo montado» imaginaba mientras caminaba por la calle Alfonso XII, antiguamente conocida como calle de Granada, para tomar la entrada de la puerta de España que da entrada al paseo de Argentina, o paseo de las Estatuas, que a su vez lleva directamente al estanque. Ramón dejó a un lado la puerta de Felipe IV o de Mariana de Neoburgo.

La calle era un lugar emblemático de la villa de Madrid. Cuando paseaban, su padrino le había contado que en ella habían vivido personalidades ilustres de la vida cultural madrileña. Era una costumbre frecuente realizar este recorrido por los jardines tan bellamente decorados. La cuesta de Moyano era un lugar al que solían

acudir los literatos de la época y después aprovechaban, con el buen tiempo, a dar un paseo por el interior del parque. En esta calle se localizaban, también, otras puertas que daban acceso al Retiro, como la puerta de Murillo, que da entrada a la Chopera, o la de Felipe IV con las esculturas a Marte y a Penélope.

El conde le había contado que el nombre de parque del Retiro procedía del Antiguo Real Sitio que los Austrias tenían en Madrid. El valido de Felipe IV, el conde-duque de Olivares, regaló una finca al rey que se unió a otras fincas del monasterio de los Jerónimos. La familia real aprovechaba el parque para retirarse en busca de paz y tranquilidad, lejos de la residencia del rey en el Alcázar. De aquí viene el nombre de Real Sitio del Buen Retiro. Al principio, le decía, era un lugar donde se daban las fiestas y el teatro al que era aficionado Felipe IV. También se daban corridas de toros y a ellas acudía, en masa, el pueblo de Madrid. En suma, un lugar de esparcimiento del pueblo, lo que antes era solo para reyes y nobles.

Ramón enfiló el paseo hacia la fuente de la Alcachofa. Llegó unos minutos antes de las doce del mediodía. Miró alrededor y no vio nada extraño. A unos cincuenta metros, en un banco, una pareja se solazaba descaradamente. Más allá, un fotógrafo se preparaba para hacer unas fotografías a un padre con unos niños. Montaba la cámara despacio, sin prisa, deleitándose en el momento. El barquillero, al otro lado de la fuente, vendía sus obleas a gritos, implicando a todo el que pasaba por allí. Cantalapiedra, disimulando, se acercó para pedirle un barquillo mientras miraba a todas partes intentando ver si el campo estaba expedito. Veía a Ramón, a unos cien metros, como se agachaba y dejaba un paquete en un lado de la fuente. No había nadie en ese entorno. «En cuanto se retire me acercaré a recogerlo». El proyecto había sido un éxito, ponderaba con una sonrisa que no acababa de traslucir pues, en ese momento, el barquillero le alargaba el barquillo y no quería reflejar lo que estaba pensando.

Ramón, una vez colocado el bulto en el lugar prefijado, casi sin mirar, se alejó unos metros, tiempo suficiente para que Cantalapiedra, tirando el barquillo al suelo, se lanzara rápido sobre el paquete. Ramón ya estaba a unos cincuenta metros, pero el novio, el barquillero, el fotógrafo y el padre de los niños, se lanzaron raudos sobre el facineroso que no tuvo tiempo de reaccionar y salir corriendo. De nada le hubiera servido, ya que todos los accesos a la fuente estaban cortados. Todo el entorno era un auténtico cuartel de policías. Nadie hubiera podido salir de su interior.

Cuando le inmovilizaron, lo primero que hicieron fue ponerle las esposas y leerle sus derechos. Cantalapiedra no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. No le podía pasar por la imaginación que hubiera fracasado y que todo era un engaño. A él, que era una persona

inteligente, le habían engañado. ¿Cómo había podido ser tan cauto? Estando con estos pensamientos se acercó el jefe de la policía para dar las órdenes oportunas de que lo llevaran a comisaría, que le encerraran en la prisión y de que en un par de horas se vería ante el juez con los cargos de asesinato, intento de robo, engaño, falsedad y otras minucias procesales.

Ramón se acercó para decirle: «Ahora pagarás por lo que le hiciste a mi padre. Nunca lo he olvidado». Cantalapiedra ni siquiera le miró. Solo le dijo: «Estuve a un punto de quedarme con el incunable, pero en esta vida unas veces se gana y otras se pierde».

—Llévenselo —ordenó el comisario, al tiempo que un carruaje de la policía se acercaba para recoger al prisionero.

Cuando se alejaba, el policía dijo:

—Vamos a ver al conde. Seguro que estará nervioso.

En efecto, el doctor Eugenio Gutiérrez estaba en su coche, tal y como había dicho, esperando acontecimientos. Al conocer el éxito de la operación mostró su alegría que no supo disimular con una amplia sonrisa que, a pesar de su bigote y barba, se podía ver en la distancia.

—Ahora dormirá entre barrotes el resto de su vida. Un asesinato a sangre fría no es cosa de pasar por alto.

—En efecto. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para que así sea.

Ramón se acercó al carruaje del conde y ambos se fundieron en un estrecho abrazo. No podían ocultar su satisfacción.

—¿Damos un paseo? —preguntó el conde.

—Claro. Me apetece en este momento —contestó un Ramón fuera de sí y henchido de gozo.

—Vayamos al paseo de Rosales. Hace buen tiempo. Tomaremos un refresco y comentaremos los últimos acontecimientos —indicó el conde—. Ahora solo queda encerrar a los cómplices. El juez dirá si es el chófer solo o también el otro tipo que les acompañaba.

—No volverán a comer en el restaurante —dijo Ramón con una risa contenida—. Eso es evidente.

—Veremos qué cara pone el mesero. Para mí que tuvo cierta relación con esos tipos. No sé hasta qué nivel, pero algo sí que tuvo de responsabilidad.

—El caso es que ha perdido unos clientes.

La sonrisa de ambos les acompañó un buen trecho.

Capítulo 24

Al día siguiente, cuando ya amanecía y las primeras luces se colaban por las persianas, medianamente abiertas, Alberto se dirigió a la cocina y mientras se preparaba un café tomó la cajita que había dejado la noche anterior en su escritorio, y decidió abrirla y ver su contenido. Con cierto nerviosismo, no exento de emoción, rasgó el suave envoltorio que la cubría y la abrió. Era un pequeño estuche de pasta oscura que, en su interior, entre algodones, escondía una perla. Las irisaciones que enviaba le hicieron cerrar, por un momento, los ojos. Era de una belleza sin igual y del tamaño de una aceituna. Nunca había visto nada parecido. La superficie era lisa y su redondez exquisita. Para un colgante de cuello era la pieza ideal. Su delicadeza y hermosura la hacían ser deseada por quién la viera. Extraordinaria y fantástica fueron los apelativos que, aunque podían quedar algo cortos, se le escaparon de la boca. Su magnificencia daría esplendor a quien la poseyera y, al tiempo, hiciera ostentación de ella.

Pero ¿qué es lo que hacía en su casa? ¿Cómo había llegado a su habitación una obra de la naturaleza de estas características? Todas estas preguntas le vinieron a la cabeza al tiempo que degustaba el café. María, mientras tanto, se había despertado y se acercaba por su espalda observando la perla.

—Es preciosa —acertó a decir—. No hay nada igual.

—A mí me parece también única. No creo que haya nada igual en el mundo.

—¿Cómo ha llegado a tus manos?

Alberto dudó en contestar. No confiaba, aún, en ella. Habían sido tantos años sin que apareciera que, ahora, de pronto, no podía abrirla su corazón así como así. Sin embargo optó por sincerarse.

—¿Te apetece un café?

—Veo que no me quieres contestar —dijo mirando a otro lado para no encontrarse con sus ojos.

—No te puedo contestar a esa pregunta.

—Está bien. Ya lo harás algún día.

—No es que no quiera hacerlo ahora. Es que no sé cómo ha llegado a mi poder. Entré en la habitación y vi, en un rincón, la cajita. Tú sabías que yo no abría los regalos hasta que hace varias semanas recibí una carta y una llamada que me conminaban a abrir las cajas. Al tiempo un libro que recibí, con las hojas en blanco, comenzó a llenarse de experiencias y recuerdos. Todas mis vivencias iban

apareciendo al mismo tiempo que la apertura de las cajas. Todo al unísono. Muy extraño pero muy real. Desde entonces abro las cajas de forma ordenada, ya que así las deposité en su día. Por esta razón he visto las fotos donde aparece Carmen. Pero el estuche con la perla soy incapaz de recordar cuándo lo puse. Creo que alguien lo puso por mí.

—Ese alguien es quien te envió la cajita sabiendo que no la ibas a abrir.

—Pero ¿por qué? ¿Qué razón tenía para ello?

—Muy sencillo. ¿Cuál es el lugar más seguro para guardar una cosa?

—La caja de un banco.

—En absoluto. Ponerlo delante de tus ojos. Eso es lo que hizo quien te lo envió o te lo puso en esa habitación. Esa persona sabía que tú no abrías los regalos.

—Tú eras una de ellas.

—Tienes razón, pero yo no he sido. Acabas de decir que tú no recuerdas haberlo hecho, por lo cual esa persona estuvo en tu casa. Yo pisé estas paredes ayer por primera vez. ¿Recuerdas quiénes han estado aquí aparte de mí?

—La asistenta y Carlos, que estuvo una semana cuando yo me fui a un viaje fuera de España. Tuve un trabajo durante unos días y acompañé a mi editor a una feria de libros.

—Ahí tienes la respuesta. ¿Crees que la asistenta ha tenido en su poder una perla como esta?

—Entonces solo nos queda Carlos, pero él es mi amigo. Me lo hubiera dicho.

—Si quería ocultarla no podía haber encontrado un lugar mejor. En tus propias narices. Él te controla y sabe lo que haces día a día. Me has comentado que os veis muy a menudo, ¿verdad?

—Sí. Así es.

—Y le cuentas cosas tuyas, ¿verdad?

—Sí. Claro.

—Pues blanco y en botella, ya sabes, leche.

—Tendremos que estar atentos. Afortunadamente no le dimos la clave ni la llave —dijo Alberto, que demostraba una cara de preocupación acorde con lo que los acontecimientos le estaban demostrando.

—Pero habrá un momento en que tengamos que hacerlo.

—Lo que tendremos que hacer es modificar el plan original. Le tendría que acompañar al banco para sacar la caja y arriesgarnos a que nos vieran juntos.

Lo que no sabía Alberto a esas alturas era que Carlos controlaba a sus delincuentes y que estos seguían en Marbella ignorantes de todo. No podían imaginar que su jefe era el que tenía toda la información y que la estaba utilizando a su antojo y manera.

—La primera parte del plan la podemos mantener. Vamos todos, cada uno por su cuenta, al hotel de Gotemburgo. Allí diseñamos la nueva fase para que no esté solo Carlos. Le acompañamos a todos los sitios. Al menos uno de nosotros. —María había tomado la dirección del nuevo plan. No estaba dispuesta a que este tipo se llevase el contenido de la caja de seguridad.

—Me parece bien. Tenemos que tener las cosas claras pues recuerda que cuando se despidió ayer tarde nos dijo que vendría esta mañana para cerrar todo el asunto.

—¿Y qué hacemos con la perla? ¿Le decimos algo?

—Se me había olvidado este tema —comentó Alberto, mientras se servía una nueva taza de café.

—¿Qué te parece que dejemos la perla en el estuche, encima de la mesa, mientras hablamos como si tal cosa?

—¿Quieres ver cómo reacciona?

—Sería una buena prueba.

—Me parece bien. Vamos a intentarlo. Le llamamos y que venga ya.

No habían terminado de pronunciar estas palabras cuando sonó el timbre de la puerta. Era Carlos que no podía esperar más tiempo en casa y había decidido acercarse para ver cómo se organizaba todo. Fundamentalmente, lo que le pasaba es que no se fiaba y pensaba que podían desaparecer con la llave y la clave. «Debo tenerles en observación, no sería difícil que se fueran con todo y sin mi presencia. No sé, pero me da la espina que algo pueden sospechar. Anoche tuvieron unas miradas de complicidad que no me gustaron nada», imaginaba, mientras presionaba el timbre de la puerta.

Al entrar lo primero que hizo fue mirarles a los ojos para ver la reacción que habían tenido ante su presencia. No notó nada de extraño. Les pidió un café bien cargado.

—Ve al salón con María mientras te lo preparo.

En la mesa del escritorio estaba la perla enviando sus irisaciones y reflejos. Era una verdadera joya que atraía la atención de cualquiera que la viera. Carlos no iba a ser indemne a ello.

—Bonita perla —le dijo a María mientras la tomaba en su mano y la acariciaba con cierta mirada de avaricia y estupor—. ¿De dónde la sacaste?

—Me la regaló un amigo —contestó rápidamente de una manera convencional.

—Debía de ser un buen amigo —dijo Carlos, quien a estas horas ya se había dado cuenta de que no eran sinceros con él de la misma manera que él tampoco lo era con ellos.

—Tuvimos una relación y en el aniversario me hizo el obsequio —continuó con la explicación.

Carlos no hizo un aspaviento más. Recordó aquellos días en que

Alberto le dejó la casa, porque se fue al extranjero, y tuvo la oportunidad de colocar la cajita en la habitación, con la intención de que cuando pudiera volvería a hacerse cargo de ella. Nunca pudo imaginar que Alberto comenzara a abrir las cajas tan rápidamente. Ni que él decidiera no llevársela, de momento, pues pensó que estaba en un lugar seguro. Los acontecimientos se habían precipitado de tal forma que Alberto comenzó a abrir las cajas casi a diario. Todo fue tan rápido…

Según le contó, unas semanas atrás llegó a su poder una carta en un taxi, como por casualidad, que le invitaba a abrirlas y buscar su pasado. ¿Quién sería la persona que lo hizo? Alguien que le conocía y que sabía, como él, su costumbre de guardarlas. Y también, así lo indicaban las circunstancias, que había un paquete que encerraba la perla. Solo podía ser Carmen. En su grupo estuvo varios años y él tuvo una íntima relación con ella, pero nunca hablaron de lo que harían con la perla a corto plazo.

Fue el botín de uno de los robos en una finca de la Costa Azul. Lo recordaba muy bien. Había muchas joyas en el cajón del escritorio del dormitorio de los dueños de la casa, pero la perla enseguida se distinguió entre el resto de las alhajas. Extasiados con su belleza, Carmen y Carlos no pudieron articular palabra y la guardaron en un cajón del escritorio de la casa en la que vivían. Al poco tiempo perdieron la noción de su existencia. Carmen se olvidó y Carlos, pensando ya en abandonarles, la tomó y se fue con la perla. Esconderla en la casa de Alberto y esperar fue lo que ocurrió. Sin embargo, Carmen cuando se dio cuenta de que había desaparecido, y sabiendo de la amistad de ambos, es por lo que puso la carta en el taxi. Sabía que si la encontraba no iba a ser difícil quitársela. Carlos no podía haber hecho otra cosa que esconderla en ese cementerio. Conocía a Alberto y sabía de sus manías. Tanto ella como su novio le conocían perfectamente. La realidad era que, uno y otra, habían tratado de engañarse mutuamente. Los dos querían la perla para sí mismos. No la querían compartir con nadie. Ahora Carmen estaba en Marbella esperando instrucciones aunque de este último dato no tenía una seguridad total.

La perla llegó al poder de una actriz que vivía en la Costa Azul por un regalo que le hizo un jeque árabe el cual la obtuvo pagando una cantidad astronómica en una subasta. El jeque mantuvo un idilio amoroso con la actriz y en prueba de su cariño le hizo este obsequio. Ella la guardó, junto al resto de las joyas, pensando en hacerse un colgante. Pero ese deseo no se cumplió, ya que solo unos días después de recibir el regalo, se la robaron. ¿Casualidad? O quizás fue un soplo que alguien transmitió. Una joya de esta envergadura no podía pasar desapercibida. Siempre hay alguien al que le interesa todo lo

relacionado con ella.

Hay algo que no se puede ocultar y es el dinero y el amor. A ambos les persigue la ostentación y todos desean enseñar ambos trofeos. El jeque, quizás en un momento de excesiva elocuencia, presumió de ser portador de ambos galardones. Una noche de juerga, unas bebidas alcohólicas en exceso, y una soberbia en demasía hicieron el resto. Alguien que escuchaba con disimulo, transmitió el mensaje y a los pocos días la perla cambió de dueño. No pasó más de una semana para que este acontecimiento tuviera lugar.

Carlos y Carmen, ya dueños de la joya, la guardaron en lugar seguro, pensando en que más tarde la venderían y la transformarían en dinero. En ese momento era muy peligroso hacerlo; los periódicos dieron la noticia con gran profusión de detalles propios de la morbosidad del asunto. No era conveniente seguir por ese camino. La actriz estaba casada y el jeque se la regaló en un momento de una efusión amorosa. Los periodistas relataron la historia de amor de ambos con gran abundancia de detalles, unos más escabrosos que otros, pero todos amenizados con la sordidez de los encuentros del jeque y la actriz en un hotel de la Costa Azul. Por lo tanto, no se presentaba la situación ideal para tratar de realizar una transacción financiera con la alhaja.

Una y otro trataron entre sí de engañarse; estipularon dejar pasar un tiempo y que en mejores circunstancias la venderían y repartirían el montante. Sin embargo, Carlos no estaba contento con los términos del contrato, ya que según adujo era él el que había entrado en el palacete de la actriz y corrido un mayor riesgo. La posesión de la perla era totalmente suya. Por ello tomó la determinación de llevársela y esconderla en el cementerio, entre las cajas, en la casa de Alberto. Allí a nadie se le ocurriría buscarla, y menos en ese camposanto abandonado.

Carmen, consciente de este hecho, puso la carta en el taxi, que sabía iba a coger Alberto, y al día siguiente le envió el libro en blanco para tratar de estimularle a que abriera las cajas. En un momento dado entraría en contacto con él y se haría cargo de la joya tan ansiada. «No era tan complicado su plan y no le llevaría mucho tiempo», asumía. No había calculado bien las consecuencias del libro que le envió y de la carta que puso en el taxi, con la orden de que abriera las cajas.

—Generoso sí que parece que es —dijo Carlos mientras sopesaba qué hacer.

—Pensaba hacerme un colgante pero aún no he tenido tiempo.

—Quedaría muy bien. Si quieres pregunto a mi joyero por cuánto puede salir el engarce.

—De momento prefiero esperar hasta finalizar la operación que tenemos entre manos —contestó rápidamente María.

—Lo entiendo. Es mejor hacer las cosas despacio ya que una pieza tan preciada no se puede dar al primero que aparezca. Debemos buscar al mejor.

«¿Debemos?», pensó María. «¿Qué habrá querido decir?».

Estando en esta conversación apareció Alberto con sendas tazas de café. Estaba ya preparado para diseñar el proyecto.

—Creo —comenzó sin solución de continuidad—, que es necesario que estemos totalmente compenetrados. María irá a Estocolmo, que lo conoce bien, y en la tarde tomará un vuelo a Gotemburgo. Tú —dijo dirigiéndose a Carlos—, irás a Oslo y desde allí viajarás a esta ciudad y yo iré a Helsinki y haré lo propio. Anularemos la idea de viajar desde Bruselas. Son mejores estos vuelos. Nos encontraremos todos en el hotel Gothia Towers. María, que será la primera que llegue, nos habrá reservado una habitación para cada uno de nosotros. Ante los posibles viajeros debemos ser personas que no se conocen. Estaremos un día para ver si alguien nos ha seguido y después alquilaremos un coche. Si el campo está libre, María podrá ir con Carlos. El conocimiento del idioma es muy importante. Ella se quedará esperando en el vehículo mientras que Carlos se acercará al banco y sacará el contenido de la caja.

—Yo creo que está claro —indicó María. No paraba de ir de un lado a otro, queriendo ocultar su nerviosismo.

Carlos no lo tenía muy claro. Eso de tener que ir con la chica era cosecha de ellos, cuando se retiró a su casa, ya que antes quedó patente que iría solo. Sin embargo no podía contradecir el plan para no levantar sospechas. «Tiempo habría para introducir algún cambio que le diera libertad de movimientos», acariciaba la idea, mientras oía la explicación de Alberto.

«Es fundamental alquilar el coche con la tarjeta de Carlos. De esta manera no dejará sola a María cuando saque el contenido de la caja», eran las reflexiones silenciosas que tenía Alberto mientras servía el café.

—Bien —cortó Carlos el silencio—. El plan es perfecto. No se podía haber organizado mejor.

—Pues si estáis de acuerdo veamos en Internet los vuelos y horarios. Cada uno, para no levantar sospechas, lo coge en una agencia de viajes diferente.

—Me parece muy bien —confirmó María que al tiempo encendía el ordenador.

Alberto se acercó por detrás para insertar la clave de arranque y a los pocos segundos ya tenían vuelos y horarios.

—Podían salir, al día siguiente, todos por la mañana. A primera hora —dijo María.

Por la tarde, ella podría conectar con el vuelo de Gotemburgo.

Carlos y Alberto no podrían tener una buena conexión hasta el día siguiente. Lo que estaba claro es que antes de las doce estarían los tres en el hotel. Esa tarde alquilarían el coche y al día siguiente, de madrugada, irían al banco.

—En ese caso se puede ir y volver el mismo día —avanzó Alberto que no quería quedarse fuera de juego durante mucho tiempo.

—Sí. Creo que sí —dijo Carlos sin mucha convicción.

—Pues anotad los horarios de vuelos de cada uno. Id a la agencia cuanto antes y comprad los pasajes. En esta época no creo que haya problemas —dijo María, mientras cerraba el ordenador.

—¿Entonces nos vemos en el hotel directamente? —preguntó Carlos que tenía la sensación de que se estaba quedando descolgado del plan.

—Pasado mañana antes de las doce estamos en el hotel y nos juntamos en la habitación de María. Ella nos mandará un WhatsApp con el número de la habitación. Allí nos reuniremos todos —concluyó Alberto.

—Pues entonces hasta pasado mañana.

Carlos salió sin atreverse a pedir la clave y la llave. «Me dijeron hace unos días que me la darían; ahora parece que es un secreto y que no quieren desprenderse de ella. Pero no puedo hacer otra cosa sin levantar sospechas. Así que continuaré con el plan previsto y buscaré el momento oportuno», proyectaba, mientras bajaba las escaleras.

Cuando Alberto y María se quedaron solos se felicitaron por el plan que habían diseñado; estaban convencidos de que Carlos no tenía nada que sospechar.

—Al ver a Carlos recuerdo que mi novio me dijo, cierto día, que un amigo suyo le dejó en depósito una llave de una caja de un banco; contenía cosas y recuerdos familiares, y que debía devolver cuando solucionara unos asuntos en España. La llave se la dio en Múnich donde vivíamos entonces; pero nunca se la devolvió. Supuso que era mucho dinero el que estaba allí. Un día nos fuimos de fin de semana a Gotemburgo. Él me dejó en el hotel y al cabo de unas horas regresó y me dijo que había alquilado una caja en otro banco, pues en aquel de su amigo no eran amables. Poco después me dio la llave para que se la guardase. Lo abandoné, en ese instante, y puse tierra de por medio. Ya tenía ganas de hacerlo. Y esta es la llave que te envié encerrada en la sirenita. —Una larga explicación de María que aclaraba muchas cosas.

—Parece que el asunto se está esclareciendo —dijo Alberto, contento de ver cierta luz en los acontecimientos—. Para completar la historia me gustaría conocer lo que pasó con tu novio.

—A las dos semanas de que me fuera de su casa leí en un periódico que murió en un enfrentamiento con la policía alemana. Marcus era así. Vivía a tope. Una juerga, un robo, una buena borrachera, eran sus obligaciones diarias y en las que consumía su tiempo. Y como tal

vivía, murió. Yo era la única que sabía el banco y la que tenía la llave.

—¿Entonces esa es la razón por la que te persiguen?

—En efecto. Comprenderás que tienen mucho interés en echarme el guante.

—Ahora entiendo tu desaparición tan intempestiva, y tu salida del hotel sin siquiera recoger las maletas.

—Carlos es el jefe de la banda; ha estado manteniendo una doble vida tan bien disimulada que ni tú te diste cuenta.

—Me ha engañado muchos años. Ahora me explico esas desapariciones durante unos días, y nunca me decía dónde había estado: «Eso es cosa mía», me contestaba.

—Pues ahí lo tienes. Iba a dar un golpe y regresaba a su trabajo habitual —afirmó María

—La coartada perfecta.

—Sin duda —dijo ella.

—Agua pasada no mueve molino. Ahora a lo nuestro. El viaje, la llave y el plan que hemos diseñado. —Alberto cortó los recuerdos de una manera precisa y clara, sin dar posibilidades a la duda. Era su manera de actuar y María se plegaba a ella.

Capítulo 25

La detención de Cantalapiedra y su socio marcó un hecho memorable en toda la ciudad y en la Academia. Se reunió el pleno para debatir y aprobar por unanimidad la satisfacción por el éxito de la operación y la propuesta de un sillón para el doctor Eugenio Gutiérrez González. Todos los académicos, sin excepción, se ofrecieron para firmarle la propuesta. Al final decidieron que fuera el conde quien decidiera qué tres académicos propondría y quién sería el que le iba a contestar. Por otra parte, hubo también un punto en que se debatió la felicitación a Ramón y el ofrecimiento indefinido como bibliotecario administrativo y la vivienda del ático en la que vivía su padre. Era una manera de reconocimiento ya que, al no ser doctor ni poseer los méritos adecuados, no podía ocupar un sillón, aunque, sin embargo, su colaboración con la Academia había sido superior a la de muchos numerarios de la misma.

Algunas semanas después, el conde leyó su discurso que fue contestado por el director Juan de la Pelezuela. El título que desarrolló para ser investido fue: Las ediciones desconocidas y el Santo Oficio en el siglo XVI. El tema versó sobre las ediciones desconocidas en la literatura española. Habló ampliamente del Lazarillo de Tormes y la edición desconocida de 1554, pero también de los otros libros que se encontraron como un manuscrito del siglo XVI. Particularmente se refirió a los que iban de 1525 a 1554 y que se caracterizaban por su carácter heterodoxo y ser libros comprometidos para los dueños. Era frecuente que los escondieran y nada mejor que emparedarlos en una casa. En esa época, señaló con precisión, el Santo Oficio ejercía inquisitorialmente su función. La única posibilidad que encontraron era esconderlos.

Junto con el Lazarillo estaba también un manuscrito italiano de contenido erótico, un tratado pequeño sobre exorcismos, la Oración de la Emparedada en portugués, una edición en latín de La Lingua de Erasmo de Rotterdam, así como un tratado de quiromancia y el Libro de Alboraique. Todos ellos se encontraban en el catálogo que publicó el inquisidor Fernando de Valdés como índice de libros prohibidos. A partir de este momento el discurso se centró en los diferentes problemas de la sociedad del siglo XVI en que por poseer un libro de carácter herético, a ojos de los inquisidores, podías ir a la hoguera. Un detalle sobre el que insistió fue que el hecho de estar los libros escritos en diferentes lenguas demostraba que su dueño era persona culta y

buena lectora, un judío converso posiblemente. La propiedad de la casa en esa época era del médico Francisco de Peñaranda del que dicen que, más que judío converso, era un criptojudío, es decir, una persona que aparentaba haberse convertido al cristianismo pero que practicaba en secreto la religión judaica. La limpieza de sangre realizada por la Inquisición le obligó a esconderlos, posiblemente alrededor del año 1557, cuando abandonó la casa. Parte de la disertación se extendió acerca de las características sociológicas del momento y del miedo de las personas cultas a la posesión de libros no admitidos ni reconocidos por el Santo Oficio. La hoguera era la sentencia a la que se exponían todos aquellos que no siguieran las directrices correctas.

Todo el contenido de su conferencia fue alabado por los académicos, fueran liberales o conservadores. El consenso fue unánime. No había prejuicios en reconocer un hecho singular que marcó época, no solo en España sino en media Europa, e incluso llegó a las diferentes colonias españolas.

En su discurso omitió que ese escondite fue descubierto en 1713 por el tatarabuelo de Ramón y, por supuesto, que en este momento los libros estaban enterrados en el mismo lugar en el que se encontraron.

La contestación del director de la Academia tuvo dos partes. La primera glosando el currículum del recipiendario y la segunda la contestación a su discurso. En esta segunda parte insistió en las características de la sociedad del siglo XVI y del miedo al Santo Oficio. Justificó que el dueño de los libros los hubiera escondido evitando males mayores. Hizo especial hincapié en los judíos conversos y su dedicación a la cultura, así como el movimiento de la diáspora que ocurrió con los Reyes Católicos.

La Casa Real mandó representantes a la sesión de investidura y todas las academias e instituciones que existían enviaron también a sus delegados. Prácticamente, lo más granado de la ciudad ocupaba un lugar en la sesión. El conde era muy querido en la ciudad; buena prueba de ello fue el multitudinario acto que le rodeó. A la salida todo eran plácemes y felicitaciones al nuevo académico. Los carruajes no cabían en la zona y hubo necesidad de habilitar un espacio extra para que esperaran la salida de los invitados. Ramón no cabía en sí de gozo y quedó muy agradecido a su padrino por las palabras de recuerdo a la memoria de su padre.

Sentado en la primera fila de los asistentes, dedicada a los familiares, Ramón disfrutaba del maravilloso discurso de su padrino. Al terminar hubo muchos parabienes, pero lo que a Ramón le gustó más fueron las referencias a su familia y, en especial, a su padre, como guardián de los incunables; todo fue muy emotivo. Nadie se percató de algunas lágrimas que surcaron sus mejillas.

La sesión finalizó con un pequeño ágape ofrecido por el conde. Fueron momentos especialmente entrañables.

Al acabar el acto el conde se dirigió a Ramón y le dijo:

—Mañana acércate por mi casa. Tenemos que hablar.

—Por supuesto. ¿A qué hora?

—Sobre las diez. A esa hora el cuerpo te pide un buen café — contestó con una sonrisa.

Los carruajes de los académicos estaban, en ese momento, poniéndose en marcha. En algunos carruajes iban dos o tres académicos en función de la cercanía de sus viviendas. Como una procesión, salieron uno detrás de otro camino del domicilio particular de cada uno.

—¿Qué piensa, padrino, sobre los libros que hemos enterrado? — Ramón lanzó la pregunta, al día siguiente, nada más sentarse cómodamente ante una taza de café y unas pastas.

—Durante toda la noche llevo pensando este problema —comentó el conde mientras se servía una nueva taza de café—. Nadie sabe nada. Todo ha quedado en un robo por parte de Cantalapiedra.

—La verdad es que la idea del enterramiento fue genial. Ahora los libros reposan donde fueron colocados en 1555.

—Y si los dejamos donde estuvieron tantos años, ¿qué crees que pasaría? —saltó el conde mientras sacaba un pitillo de su pitillera de oro y nácar, regalo de su esposa al casarse.

—Pues que descansarían de tanto ajetreo —contestó Ramón con una amplia sonrisa a las puertas de la carcajada—. Un buen descanso por muchos años les vendrá bien. Lo que ocurra después ya no es cosa nuestra.

—A mí no me quedan muchos años de vida y después tú vas a ser el guardián del secreto. Una pesada carga que deberás llevar con honor y orgullo.

—Creo, padrino, que debemos dejarlos donde están. Al fin y al cabo mi familia los encontró allí y nosotros los hemos devuelto al lugar de donde nunca debieron de salir.

—Tú eres quien debe tomar la decisión final. Al fin y al cabo era tu familia y es tu casa quieras o no —dijo el conde atusándose el bigote y tomando de una cajita de nácar de su chaleco un adarme de rape se lo llevó a la nariz. Era una costumbre cuando algún tema le preocupaba y necesitaba de una atención especial.

—Pues está decidido. Los dejaremos donde están. Ese es su sitio y de él nunca debieron de salir. Venía pensando en darle esta respuesta y me alegro que coincidamos. Es lo mejor.

Entre taza y taza pasaron un par de horas en amigable conversación. El conde le habló como si fuera su hijo. Le contó muchas cosas de su padre, los paseos que daban, siempre por el mismo sitio, la calle de las

Infantas hasta Víctor Hugo y por allí, cruzando la calle de la Reina salían a la Gran Vía. Otras veces iban por la calle del Barquillo hasta la calle del Almirante o de Prim y desde allí iban al paseo de Recoletos, donde se sentaban en un banco. La primavera era muy generosa en ese paseo y podían ver a los niños jugar y a las madres conversar. Muchas personas hormigueaban por estas calles.

Esa mañana le relató que enfrente de su casa estaba el circo Price, pared con pared con la casa de las siete chimeneas. Un lugar lleno de leyendas que discurrían, con profusión, por los mentideros de Madrid. El primer dueño fue montero de Felipe II. Mandó construir el edificio original en el siglo XVI, para su hija Elena que se casó con el capitán Zapata y murió en la batalla de San Quintín. Dice la leyenda que la tal Elena era amante del rey Felipe. Posteriormente, en esa casa, vivió Juan Ledesma, secretario de Antonio Pérez, y el marqués de Esquilache, ministro de Carlos III en el siglo XVIII, y protagonista de los famosos altercados consecuencia de los decretos, que aprobó, sobre la vestimenta para evitar la ocultación de armas de fuego bajo el capote. Cómo ves una gran parte de la historia de Madrid se esconde en esta plaza del Rey. En la calle de Prim murió ese gran estadista, presidente del Consejo de Ministros y militar de prestigio, después de un atentado en la calle del Turco, un 27 de diciembre de 1870, una gran nevada y unas detonaciones surcaron el aire madrileño.

—Te podía seguir narrando muchas historias, cuentos y leyendas de esta parte de Madrid. Por ejemplo, el paseo de Recoletos, donde íbamos tu padre y yo muy a menudo, es el más antiguo de Madrid. En él se encontraba el convento de los frailes agustinos recoletos.

—Qué interesantes debían ser vuestros paseos.

—No te lo puedes imaginar. Conversábamos de todo. Tu padre era una persona con mucha cultura. Sabía de muchas cosas que yo, por el contrario, ignoraba. A veces me daba la impresión de estar hablando con una enciclopedia. El estar rodeado, siempre, de libros era una ventaja que tenía sobre mí.

—Se pasaba todo el día entre ellos, leyendo asuntos de lo más peregrino que te puedas hacer idea. Solo subía a casa a comer y a cenar. El resto del día estaba en su despacho de la biblioteca. Allí tenía esa mesa, que usted conoce, llena de volúmenes y documentos. —Así hablaba su hijo lleno de emoción por el recuerdo.

Ramón unas veces le tuteaba y otras, lleno de solemnidad, le daba el tratamiento de usted.

—Se nos ha pasado el tiempo rápidamente. Te invito a comer en el restaurante al que acudimos la última vez. Ya no estará Cantalapiedra ni su chófer.

—Me hace mucha ilusión, padrino.

El conde mandó que le prepararan el carruaje y en unos minutos

salían por el portón para coger la calle de las Infantas y salir a la Gran Vía. El restaurante al que iban era Casa Botín.

—¿Sabes desde cuándo está abierto este lugar? —preguntó el conde al bajarse del coche.

—No tengo ni idea.

—Desde el año 1725. Dicen que es el más antiguo del mundo. Al principio era una posada en la calle Cava Baja. Tenía un horno de leña donde se preparaba el cochinillo y el cordero. El escritor Benito Pérez Galdós lo menciona en una de sus novelas, Fortunata y Jacinta. Esto lo ignoraba yo y fue tu padre quien me lo dijo la primera vez que vinimos aquí. También me contó que el pintor Francisco de Goya trabajó en su cocina antes de destacar como pintor. Parece ser que era muy joven. ¿Lo sabías? En fin, detalles anecdóticos que hacen que la visita sea algo más que una simple comida.

—Es muy agradable conversar contigo, padrino. Sabes de todo y lo que es más importante sabes cómo contarlo y el momento preciso de hacerlo.

La conversación transcurrió a la entrada del restaurante mientras ambos admiraban la magnífica puerta de acceso.

—Llevan mucho tiempo sin acudir —dijo el camarero nada más sentarse en la mesa.

—En efecto, hemos estado muy ocupados con asuntos importantes.

—Algo he oído —contestó mientras preparaba los cubiertos.

—¿Qué es lo que ha oído? —preguntó con extrañeza el conde.

—Cosas de aquí y de allá. Algunas verdades y muchas mentiras —se atrevió a contestar rápidamente.

—Pues crea solo las verdades —cortó el conde—. Por cierto que Cantalapiedra ya no vendrá a este lugar. De momento, y por mucho tiempo, estará a buen recaudo. Ha perdido esos clientes.

El mesero hizo un gesto imperceptible para los que no estaban en el tema, pero para el conde y Ramón no pasó desapercibido.

—Sí. Ya lo oí. Parece ser un asunto muy turbio.

—Turbio y claro a la vez —cortó el conde—. Estar acusado de un asesinato y otras menudencias no parece ser poca cosa.

—¿Y con el chófer que ha pasado?

—Pues que está acusado de complicidad y también verá el sol entre rejas.

—No me lo podía imaginar —remarcó el camarero.

—Quizás se fue usted de la lengua.

Al empleado le cambió el color de la cara y, sin dar explicaciones, se retiró en busca de los vasos y cubiertos. Al regresar no acertó nada más que a decir:

—Yo no tengo participación en nada de lo que hayan hecho estos clientes. Ignoraba todo lo relacionado con ellos y no sabía a qué se

dedicaban.

—Es posible —cortó el conde—. Pero a lo mejor un comentario suyo, fuera de lugar y de contexto, les dio una pista en lo que pretendían.

—No sé qué es lo que deseaban hacer.

—Buscaban un libro, un incunable. Eso lo sabe usted pues le hizo un comentario que llegó a nuestros oídos.

—Yo solo les dije… que ustedes… hablaban de libros. Nada más —titubeaba a cada palabra que decía.

—Está bien. Vamos a dejarlo. Ya están en la cárcel y por lo que me malicio no saldrán con vida. Ahora, si no le importa, pida el menú para los dos.

Por supuesto el almuerzo fue a base de cochinillo asado y un buen vino tinto. Como aperitivo un plato de jamón. Atrás habían quedado los problemas de Cantalapiedra. Ahora los libros descansarían, de nuevo, en el lugar que fueron colocados muchos años antes.

El conde de San Diego falleció joven. Murió en su casa-palacete de Cabezón de la Sal. Había cumplido los sesenta y tres años de edad y un 22 de julio de 1914 fue enterrado en el cementerio de su pueblo de la montaña santanderina. En las academias se hicieron sesiones necrológicas en su recuerdo. Por antigüedad, fue primero la de Medicina y posteriormente la de la Lengua. Se recordó, ampliamente, sus contribuciones científicas y su generosidad en la ayuda de las personas necesitadas.

Su memoria duró muchos años y ya Ramón, viejo y retirado, en su casa de Barcarrota, la evocaba en sus múltiples conversaciones, en sus paseos y en la casa que el conde tenía en la plaza del Rey. Corrían los años 1940 cuando Ramón, de edad ya provecta, cerró los ojos. Fue enterrado en la misma sepultura que su padre, el amigo del conde. Durante muchos años fue recordado como persona de una gran bondad y un buen conversador, en palabras de los habitantes del pueblo. Salía todas las mañanas a dar un paseo por el río que rodeaba el lugar, y por la tarde se acercaba a jugar la partida con el médico, el cura y el farmacéutico a la que a veces se unía el representante de la ley. Cuando no pudo salir, pues las piernas le fallaban aunque la cabeza le funcionaba, la jugada se celebraba en su casa. Un día tranquilamente no se despertó. El ama de llaves que le cuidaba así lo certificó. Había entregado su alma a Dios.

La Guerra Civil de España hacía poco que había acabado. Ahora venía la recomposición tanto urbanística como social y moral. Era necesario un proceso de reconciliación nacional. La sociedad tenía que entrar en una nueva fase de reestructuración y entendimiento. La reconstrucción debía ser en todas las esferas de la vida.

Ramón no había vuelto a hablar de los libros emparedados en una

habitación de la casa a la que casi nunca entraba. Estaba tal y como la dejaron el conde y él hacía muchos años. Había decidido llevarse el secreto a la tumba. Los libros nunca serían expuestos. Ese era el deseo del médico, Francisco de Peñaranda, que los enterró por miedo en 1557, y ellos cumplirían con él. Se acataría su sueño. Nadie los volvería a sacar a la luz. Sus últimos años fueron recuerdos de toda una vida junto a su padre, al conde, su padrino, y al libro del Lazarillo de Tormes. Su boca sería una tumba con el secreto.

Capítulo 26

María salió en primer lugar, al poco rato que Carlos. Había tomado nota de varias direcciones de agencias y cada uno tenía una diferente. Ella se reservó la que estaba a poca distancia de la casa. No quería pasear por la calle para no ser vista. Alberto tuvo que tomar un taxi para ir a la que le había tocado en suerte. Estaba a una media hora andando, aunque con el coche no tardó más de cinco minutos. Los dos pudieron coger los pasajes previstos y a las nueve de la noche recibieron un mensaje de Carlos con la palabra «OK», significando que había conseguido los pasajes de avión según el proyecto dispuesto.

Estaban contentos, ya que todo había salido a pedir de boca; pensaban que Carlos estaba totalmente entregado al plan prefijado.

Con una cerveza en la mano, daban los últimos retoques al programa. El único problema que se les planteaba era cuando Carlos saliera del banco con la cartera del dinero. María no debía separarse en ningún momento de él. Tenía que estar atenta, no fuera que saliera por otra puerta, aunque ella antes ya se había informado de que la única salida que tenía el banco era por la fachada principal y allí estaría ella.

El plan era ambicioso, aunque, sin embargo, había que cerrar varios flecos. Cómo regresarían, cómo devolverían el coche, qué ruta seguirían. Diferentes detalles, aunque para Carlos había uno de ellos específico. Cómo les daría esquinazo con el dinero. Alberto y María también tenían el suyo propio. Cómo se apoderarían de la bolsa y que Carlos no opusiera resistencia bien porque no se daba cuenta o bien por el uso de la fuerza.

Se encontraron en el hotel Gothia Towers de acuerdo a lo previsto. Cada uno en una habitación diferente. Eran tres personas que aparentemente no se conocían. María hablaba en inglés con todo el mundo, de manera que podía pasar por una inglesa que estaba de vacaciones. Carlos y Alberto se reunieron en la habitación de ella al atardecer. Estaban en el lobby, sin hablarse, y cuando la vieron entrar y se enteraron de la habitación que tenía subieron en otro ascensor y se reunieron con ella.

—La primera parte de la operación ya está hecha —dijo María—. Mañana Alberto irá con el coche y aparcará en la puerta del banco a las nueve de la mañana. Cada uno de nosotros irá por su cuenta. Yo acompañaré a Carlos a la caja. Pasaremos como una pareja extranjera que va a recoger cosas de su caja. No creo que nadie pueda sospechar

nada.

—El único problema que pienso que hay es que esa caja lleva varios años sin abrirse —añadió Alberto.

—Sí, es una pequeña contrariedad pero también he pensado en eso. La caja la abrió mi esposo y al poco tiempo se puso enfermo. Antes de morir me dio la llave para que recogiera, principalmente, unos recuerdos familiares y algo de dinero. —María cuando quería inventar historias era única.

—¿Pero por qué no viniste antes a recogerla? —indicó Carlos mientras se servía un vaso de ron del bar que tenía la habitación.

—Esa es una buena pregunta. Tuve muchos trámites legales de herencia con sus hermanas y una vez que el juez dejó claro todo el patrimonio económico es cuando el notario me entregó la llave, que era quien la poseía. Eso fue la semana anterior —contestó María sin inmutarse.

—¿Tenemos que llevar un bolso para todo el material? —preguntó Carlos, para quien la fase económica era la más importante.

—Me encargaré yo de ello —contestó rápidamente María.

—¿Y después qué hacemos? —preguntó Alberto con buen criterio.

—Nos metemos lo antes posible en el coche y ponemos tierra de por medio. Después entramos cada uno, por su cuenta, en el hotel y nos vemos en esta habitación.

Carlos pensaba en cuál sería el momento en que se haría cargo de la bolsa, y no lo veía claro, pues parecía que María era la que iba a llevar la voz cantante. En el fondo era lógico. La caja y su contenido le pertenecían más a ella que a ninguno.

—Bueno, si no hay más preguntas creo que puedo pedir unos sándwiches y unas cervezas a la habitación. Cuando entre el servicio os escondéis en el cuarto de baño —advirtió María.

—Me parece una idea magnífica —dijo Alberto.

Con la cabeza Carlos también lo corroboró. No era un momento para fijarse en pequeñas cosas. Para él había dos problemas, entrar en el banco y hacerse cargo de la bolsa.

A los pocos minutos un camarero llamó a la puerta. Traía, en una bandeja, lo solicitado.

—Le traje varios bocadillos y bebidas para que tome lo que desee. Lo que no tome no se le cargará en la cuenta —dijo muy solícito, al tiempo que colocaba el servicio en una mesita auxiliar.

—Muchas gracias. Así lo haré —contestó María mientras buscaba en el bolso un billete para darle.

—Tómelo con tranquilidad. Mañana al hacer la habitación lo recogeremos.

—Está bien. De nuevo muchas gracias —cuando María quería ser educada, lo era en grado máximo.

Al oír que se cerraba la puerta salieron del cuarto de baño y se lanzaron rápido sobre los bocadillos. Llevaban todo el día sin comer nada pues desde el aeropuerto vinieron directamente al hotel.

—Creo que ha quedado claro todo y no hay dudas, ¿verdad? —dijo María al acabar de tomar el refrigerio—. No ha sido mucho pero servirá para engañar el estómago.

La palabra «engañar» le hizo caer a Carlos en lo verdaderamente importante que tenía entre manos. Dar el esquinazo a los dos y llevarse la bolsa con el dinero.

—Pues si está todo claro nos vamos, cada uno, a nuestra habitación —respondió Alberto que quería quedarse solo con María para comentar algunos aspectos de la operación.

Con un intervalo de dos minutos salieron del dormitorio. Se cerró la puerta tras ellos. Al cabo de quince minutos Alberto llamó suavemente y María le franqueó la entrada.

—Creo que debemos estar atentos. Carlos es capaz de coger la bolsa, nada más salir del banco, y salir corriendo —adujo un Alberto, preocupado.

—No creo que sea capaz de hacerlo tan burdamente. Ya me cuidaré de que no lo haga. Algo se me ocurrirá.

—Yo os espero en la puerta del banco. Os metéis en el coche directamente y nos venimos al hotel —afirmó Alberto taxativamente.

—De acuerdo. Ahora tenemos que descansar. Mañana será un día complicado.

Nuevamente la puerta se cerró tras Alberto. María se quedó pensativa. Estaba acostumbrada a lidiar situaciones difíciles pero esta, que tenía entre manos, era de las más complejas y delicadas. Pondría lo mejor de ella para el éxito de la operación.

Capítulo 27

Al día siguiente cada uno estaba en su puesto. Alberto había encontrado un lugar de aparcamiento justo enfrente del banco. Puso una hora de aparcamiento para no tener problemas. María y Carlos entraron en el banco. Ya en el lobby María le dijo:

—Espérame aquí. Bajo a la caja, cojo su contenido y nos volvemos a ver aquí.

A Carlos no le gustó la idea, pero no tenía otra opción que aceptarla. Vio cómo María se dirigía a una ventanilla que no tenía cola y hablaba algo. Le señalaron una mesa al fondo donde estaba una mujer joven trabajando en un ordenador. Vio, desde la distancia, cómo le entregaba un documento y firmaba unos papeles, cómo ambas se levantaban y tomaban el ascensor. El marcador indicaba el sótano dos. A partir de ese momento no le quedaba nada más que no impacientarse y esperar que ella saliera con la bolsa. No había otra salida que esa, lo había comprobado.

Habría pasado una media hora, más o menos, cuando María subía con una bolsa que por su tamaño parecía pesada y con un buen contenido. Este era el momento en que Carlos había decidido terminar el asunto. Se acercó a María y, solícito y educado, se ofreció a llevar el pesado paquete. Ella no se opuso y le dio toda suerte de facilidades para que tuviera la libertad de hacer lo que quisiera. Como había sospechado, nada más salir del banco, y cuando se estaban acercando al coche, dijo:

—He olvidado algo en el banco. Ahora regreso.

María no opuso reparo a esta decisión ante la extrañeza de Alberto, que ya tenía el coche en marcha.

—Vámonos. Arranca —ordenó.

—¿Y la bolsa?

—No te preocupes de ella. Ya te contaré.

María conocía la ciudad y orientó a Alberto.

—Vamos al hotel que me gusta —dijo con una carcajada.

—No entiendo nada.

—Eres un pipiolo. No sabes nada de la vida. En esa bolsa no hay nada más que periódicos españoles aunque anoche incluí algunos locales para que Carlos se pueda informar de lo que pasa por aquí —dijo sonriendo.

—¿Y el dinero?

—Alquilé otra caja y lo metí todo en ella. ¿Qué te parece?

—Eres increíble. Nunca lo hubiera imaginado.

—Me has subestimado.

—Pero ahora, cuando salga y no nos vea y abra la bolsa, irá al hotel.

—También he pensado en eso. Esta mañana me levanté muy temprano y cancelé tu habitación y la mía. Él tendrá que pagar la suya.

—Recuerda que el coche lo alquilamos con su tarjeta —dijo Alberto.

—También me he ocupado de eso. En el último momento yo di la mía. Eso le dio confianza y me sonrió amablemente —contestó ufana —. Era la manera más sencilla de atraerle a mis redes.

A la media hora aparcaban en el aparcamiento de un hotel de nivel medio alejado del banco. En la recepción María dijo que quería cambiar el coche por uno más grande, ese era muy pequeño. Que se lo llevara la agencia de alquiler y que llamaran a otra agencia distinta para que le dejaran en el mismo lugar un coche de gama más alta. Insistir en una nueva agencia no era una tontería. La habían tratado descortésmente en la otra, les dijo.

Afortunadamente, en el hotel había una oficina de alquiler de coches. Cuando lo trajeran le tenían que llamar a la habitación para que bajase a abonar el coche antiguo y firmar los documentos del nuevo. Alberto, que estaba oyendo todo, solo acertaba a enarcar las cejas con asombro. No podía creer que esto le estuviera pasando a él, que hacía unos días no tenía pasado y una vida monótona y aburrida; ahora todo era pasado, presente y futuro.

Ya en la habitación le pidió que le explicara de una manera más explícita todo el operativo que había montado.

—Muy sencillo. Desde el primer momento no he confiado en Carlos. Quería quedarse con todo el dinero y dejarnos a nosotros a la luna de Valencia. Por eso cancelé la habitación; ahora estará indagando qué ocurrió con las nuestras. No se le pasará por la imaginación que estamos en otro hotel, a media hora del suyo, con un coche nuevo que no podrá identificar. Él solo tiene una bolsa de papeles y un cabreo fenomenal. Su orgullo de macho ibérico está por los suelos. Una mujer le ha engañado, pues está seguro de que tú no tenías idea de esto, y además no se te ocurriría. Te conoce muy bien. Lo mismo que yo. Tampoco puede imaginar que he abierto una nueva caja y que he trasladado el dinero a ella.

—Eres un monstruo —dijo Alberto, sonriendo.

A propósito, había mucho dinero en la caja. Varios millones de dólares. Por supuesto que no los conté. No tenía tiempo —seguía hablando del operativo—. Y tengo que decirte una cosa extraña. Había unos libros antiguos. No te puedo decir cuáles. No pude distraerme con estos menesteres. Sé que uno de ellos se titulaba algo así como «el

Lazarillo». No te puedo decir más. En cinco minutos que dediqué al traslado de la caja y de los libros, ya que si estaban ahí debían de ser valiosos, solo pude coger estos dólares. —Al decir esto le enseñó dos fajos de billetes de cien dólares que se sacó del sujetador.

—Me tienes extasiado.

—Con este dinero podremos aguantar un mes y venir después a limpiar la caja y recoger los libros. Carlos —continuó diciendo—, no va a estar un mes vigilando el banco. Además, no creo que sospeche que alquilé una caja nueva. Pensará que tenía un cómplice en el banco, y le di la bolsa con el dinero. Eso sería lo más natural. Lo que hubiera hecho él. Me puse en su papel y pensé en lo que habría inventado de estar en mi lugar. Le hubiera dado el contenido a un compinche que estaría en el banco y me hubiera dicho a mí que estaría esperándole en el vestíbulo, que la caja estaba vacía.

—Eres un monstruo, te lo repito otra vez.

María por toda respuesta le cerró la boca con un beso intenso.

—¿Y ahora qué hacemos? —Alberto estaba totalmente entregado, dispuesto a cumplir órdenes sin rechistar.

—Lo tengo todo previsto.

—Me lo imagino, pero ¿no me puedes adelantar un plan?

—Lo primero no ponerse nerviosos. Vamos a estar en esta habitación, sin salir, tres días, hasta que pase todo y Carlos se canse de esperar y se vaya —continuó diciendo—. Después nos vamos en el coche a Oslo y desde allí viajamos a Islandia por unas semanas.

—¿A Islandia?

—Sí. Me tomé la precaución de coger dinero de la caja para los gastos.

—¿Y qué se nos ha perdido en ese lugar?

—Nada. Es un país como otro cualquiera y a Carlos no se le ocurrirá pensar que estamos allí. Cuando pasen unas semanas volvemos aquí cogemos el dinero y nos vamos a donde queramos. ¿Te parece un buen plan?

—Maquiavélico —acertó Alberto a definirlo de esta manera.

—Pues es perfecto. Es más, tengo los pasajes de avión de Oslo a Reikiavik para dentro de cinco días. Hay unos trescientos kilómetros. En unas cinco horas, despacio, los podemos cubrir.

—¿Y el coche?

—Lo devolvemos en el aeropuerto. Ahora, cuando vengan a cambiarlo, se lo digo. Cobran un poco más pero ¿será por dinero?

—Me tienes asustado.

—En Islandia alquilamos un coche y nos dedicamos a dar una vuelta a la isla. Tenemos tiempo de sobra. En un mes todo se habrá olvidado y Carlos, fuera de sí, estará dando vueltas y buscando una explicación que no se le ocurrirá.

Estando en esta conversación llamaron de la recepción para decir que el coche nuevo estaba abajo en el aparcamiento y que una señorita les esperaba.

—Voy a bajar yo —dijo María—. Tengo dos pasaportes, uno alemán y otro español. El coche lo alquilo con el alemán. Otro detalle que a Carlos no se le ocurrirá pensar.

—¿Dos pasaportes?

—Sí. Tengo la ciudadanía alemana también.

—Eso es buena idea. Si a Carlos se le ocurre ir a la casa de alquiler no podrá localizarme —comentó Alberto, mientras ya María se dirigía con los documentos de pasaporte y la tarjeta de crédito a la puerta.

—Ahora subo.

—Así lo espero. No me engañes a mí también —contestó Alberto, con una amplia sonrisa.

—Estate tranquilo. Nos necesitamos mutuamente.

María bajó rápidamente y se encontró con la persona de la agencia de alquiler de coches. Había tenido la precaución de buscar otra agencia distinta por si a Carlos se le ocurría ir a indagar en la anterior, donde alquilaron el coche. Aunque eso era difícil, ya que fue ella sola la que lo reservó por Internet y se lo encontró en el hotel de Gotemburgo. Además, lo hizo con la tarjeta y el pasaporte alemán. Para estas cuestiones era lo que siempre utilizaba.

El coche era un Toyota de buena cilindrada. María pagó el servicio por adelantado e incluso un plus por dejarlo en el aeropuerto y en un país diferente. Dejó la tarjeta como garantía, por si había algún extra o para la gasolina, aunque la especificaron que el coche tenía el depósito lleno y que lo devolviera así. En ese caso no tendría ningún cargo.

Subió, de nuevo, a la habitación donde la esperaba Alberto sumido en sus conjeturas, en sus pensamientos que iban desde el colegio, donde la conoció, hasta los días en que empezó a abrir cajas y más cajas, y se encontró con toda la aventura de estar en un hotel desconocido, en una ciudad lejana a su casa y en un ambiente, por lo demás, extraño. Todo esto le parecía un sueño, algo que no estaba pasando en realidad. Al oír cómo se abría la puerta, y entraba por ella María, volvió al escenario actual. No era un sueño, ninguna fantasía, simplemente la evidencia de algo que estaba ocurriendo en ese momento. La ficción parecía esfumarse para dar paso a lo concreto.

—Ya tenemos abajo el coche, un Toyota de alta gama —dijo nada más traspasar la puerta—. Lo que pasa es que estará sin moverse tres días. Es lo mínimo que, calculo, debemos estar encerrados aquí. A lo sumo podemos bajar al salón a tomar una copa, pero cuanto menos nos pueda ver alguien mucho mejor.

—Aquí no nos conoce nadie —aventuró Alberto a contestar.

—Nunca se sabe. Lo mejor es no hacerse muy visible. Ahora estará maquinando lo que ha pasado, y aunque no ha podido cerrar todas las incógnitas, sí que habrá encontrado respuestas para algunas.

—¿Por ejemplo?

—Seguro que no ha podido imaginar que alquilé otra caja en ese momento. Pensará que la abrí y la volví a cerrar. Ahora estará intentando averiguar si la caja está cerrada o abierta. Es posible que haya regresado al banco y solicitado una para él. Estoy segura de que se acuerda del número que le enseñé. Lo hice a propósito por si volvía al banco y quería cerciorarse de lo que había pasado con esa caja. Vería que estaba vacía y sin alquilar a nadie. En este momento se habrá hecho un lío y no se le ocurrirá nada más. Al regresar al hotel y saber que habíamos cancelado la habitación no comprenderá nada. Conforme pasen las horas se irá dando cuenta de muchas cosas que pasaron en el banco. Pensará que yo tenía un cómplice al que le entregué la cartera con el dinero y salió por otra puerta. Eso es lo único que le quedará en su cabeza. Por si acaso no conviene regresar al banco a vaciar la caja hasta dentro de unas semanas —continuó con la explicación—. Antes de dejarle en el lobby del banco le advertí que estuviera atento a la salida. No se dio cuenta de que el sótano tiene acceso a una puerta secundaria que da al vestíbulo. Ya en el hotel, pensaría que mi socio se quedó escondido allí hasta que él desapareciera, lo que ocurrió muy pronto, pues Carlos salió corriendo pocos instantes después de que yo le diera la bolsa en la puerta del coche.

—Pues ahora está todo más claro.

—Ha sido un día muy duro. Pediré unos bocadillos y unas cervezas y nos acostaremos.

—La verdad es que con tanto lío nos hemos olvidado de comer.

—Hay tiendas en la parte principal del hotel. Mañana tendremos que comprar algo de ropa. Como esto lo tenía también previsto, metí en la mía muy pocas cosas y, por supuesto, nada que me pudiera identificar. De la tuya me ocupé, también, de sacar la mayor parte de ropa y solo te dejé lo imprescindible. Así que porque lo hayas perdido no pasa nada. Lo que dejamos en el hotel se lo ofrecí a la camarera de cuartos cuando salí por la mañana. En recepción no sabrán nada de esto si la camarera desea conservar el puesto de trabajo.

—Has pensado en todo. ¿Y sobre esta noche tienes algún plan? ¿Has pensado en algo? —preguntó Alberto, con cierta timidez.

—Estar contigo toda la noche —dijo María con gran alboroto y apagó la luz. No fue necesario dar más explicaciones. Él lo entendió rápidamente.

Capítulo 28

Esa noche durmieron tranquilamente. La luminosidad les despertó pronto. Un caudal de luz entró por la ventana. Allí amanecía mucho antes que en España. Estaban descansados y contentos. Pidieron el desayuno en la habitación. Huevos fritos, una loncha de jamón, café, tostadas, mantequilla, mermelada y fruta. «Abundante y de calidad» en palabras de Alberto que esa mañana se había levantado con una alegría especial. «Me encuentro muy bien», filosofaba, mientras se servía la segunda taza de café. María se dirigía en ese momento al baño. Tuvo ocasión de observarla lentamente, cuerpo esbelto, piernas largas, una cabellera suave que le caía por detrás, sonrisa amplia, ojos negros de azabache intenso y mirada profunda. «A veces te traspasa», meditaba mientras la veía alejarse y cerrar la puerta. «Ha sido una buena noche, muchos años después, pero buena al fin y al cabo». La salida del cuarto de baño le sacó de sus pensamientos.

—Es tu turno —dijo lanzándole el albornoz, cortesía del hotel, como rezaba un cartel y que añadía, a continuación, que era propiedad del alojamiento.

—No me podré afeitar. Así aprovecharé para dejarme barba.

—Esa es una ventaja que no tengo yo —contestó con un punto de sorna.

La puerta del cuarto de baño se cerró y al cabo, coincidiendo con la salida del agua de la ducha, una canción napolitana inundó el ambiente. Las notas de ‘O sole mio, Torna a Sorrento, Funiculí, Funiculá o Santa Lucía se expandieron y se alternaron durante un buen tiempo. Alberto, en su juventud, tuvo cierta afición a los bailes de tarantella y las canciones napolitanas. Hacía tiempo que no se estrenaba de nuevo y, ahora, había vuelto a la juventud, aquella en la que seguía a María, le escribía versos y la acompañaba al cine a ver las películas de John Ford, Lauren Bacall o Maureen O`Hara, como el Hombre tranquilo o Qué verde era mi valle.

John Ford decía que «entre la realidad y la leyenda, se elige siempre la leyenda». Esto lo demostró con John Wayne, un boxeador irlandés que regresa de América a su pueblo natal, Innisfree, y se enamora de la hermana de su enemigo. Es la historia de la Irlanda de las leyendas, los cantos populares y los versos de los poetas. Pero la película que más le había impresionado era El apartamento, de Billy Wilder, con Jack Lemmon y Shirley MacLaine. Las escenas en las que un modesto y soltero empleado, de una compañía de seguros, presta su

apartamento a sus superiores para las citas amorosas pensando que esto le depararía mejoras salariales y ascensos en su trabajo. El problema se complica cuando se enamora de la ascensorista que es la amante de su jefe.

Aún tenía grabada la mirada, lo recordaba como si fuera ayer, de Lauren en Asesinato en el Orient Express, desconfiada, curiosa, deslumbrante. Después del cine, acompañaba a María a su casa y terminaba la tarde. Ahora ella estaba allí en su habitación. Los dos juntos. No sabía qué le depararía el futuro. Todo era una incógnita.

Todos estos pensamientos le habían llegado como en una película en la que las escenas comienzan a sucederse, unas a otras, en un proceso continuo. Su vida iba componiéndose a pasos agigantados. Empezaba a vislumbrar una secuencia de experiencias que abarcaban su infancia, su juventud y, ahora, la época adulta. Tenía una perspectiva diferente de toda su trayectoria vital.

Al salir del cuarto de baño, bien duchado y sin afeitar, María le dirigió una generosa sonrisa. La mejor que podía dar ella en esas circunstancias tan peculiares.

—¿Y ahora cuál es el plan? —preguntó Alberto, que a esas alturas estaba totalmente entregado. No se atrevía a rechistar ni a llevarle la contraria. Ella sabía hacerlo todo mejor y, además, lo tenía todo previsto. Nada se la escapaba a su ingenio.

—Por lo pronto bajaremos a las tiendas del hotel a comprar algo de ropa. No podemos viajar así. Compraremos una maleta, al menos, para que nos vean entrar en el avión con equipaje.

—Tuviste buena idea de coger esos fajos de dólares —se atrevió a afirmar Alberto mientras tomaba la taza de café del desayuno.

—Sabes que soy genial —dijo, y en su boca explotó una gran carcajada.

Tenía unos labios sensuales; nunca se había fijado en ellos, más ocupado por otras cosas como su mirada, su cuerpo y el ambiente que la rodeaba. Su entorno era complicado. Desde que la perdió de vista en el colegio su vida había sido una novela con pasajes de terror y otros de amor, pensaba mientras untaba la mantequilla en una de las tostadas.

—Toma el café que se te va a quedar frío.

Ella parecía también ensimismada. Parecía que la mañana se presentaba con los personajes poniendo los pies en el suelo. La vuelta a la realidad después de la experiencia del banco, la huida posterior y el encierro en el hotel era una suerte de relajación obligatoria. Ahora estaban en esa fase y, por el ánimo de ambos, parecía que iba a durar también unas cuantas horas. Fuera, en la calle, un tibio sol calentaba el parque hacia donde miraba el hotel y se abría la ventana de la habitación.

En el parque, a esas horas, algunos paseantes se afanaban en celebrar la explosión primaveral que comenzaba a iniciarse. Una verdadera eclosión de plantas lujuriosas que crecían alrededor del estanque. Algunos jubilados, paseando y conversando, en espera que llegase el verano y poder viajar a una playa de España; una madre con su hijo sentada en un banco esperando, asimismo, que el sol intensificara su calor. Solo los ejecutivos lo cruzaban rápidamente pues llegaban tarde a la oficina. Llevaban años haciendo el mismo camino; las estaciones se sucedían una tras otra. El otoño con las hojas desprendidas, el invierno con la nieve, el verano con su ardiente calor y la primavera con sus verdes vestidos pasaban desapercibidas para ellos. No tenían tiempo de pararse a experimentar estas distintas sensaciones y emociones. Eso estaba reservado para los que tenían esa oportunidad. Ellos estaban destinados a otras labores, a gestas de una mayor gloria. La empresa era su medio y su fin. El parque era accesorio; el camino para llegar a ella. Todo fuera por acrecentar el precio de las acciones y la valoración de la compañía. La firma debía estar en lo alto de la cima. Una buena corporación era la que exigía de sus empleados que no se distrajeran al pasear por el parque. Tenían que llegar al despacho y rentabilizar el salario.

—Me tendré que poner la ropa que llevaba —dijo Alberto, mirando a María con ojos de preocupación—. Y dejarme barba para pasar más desapercibido —puntualizó.

—Más tarde bajamos y compramos algo en la tienda. No creo que esté abierta aún.

—Tendremos que tener paciencia.

—Aquí compramos lo imprescindible. Dentro de unos días, en el aeropuerto de Oslo, compramos lo necesario y, en especial, ropa de abrigo. En Islandia hará frío.

—Enciende la tele a ver qué dicen las noticias —expuso Alberto, al que no se le daban bien los aparatos que no conocía y que estaba intentando sintonizar desde que salió del baño.

—Déjame a mí. Eres un desastre.

—Nunca se me han dado bien estos aparatos —apuntó con una sonrisa.

Mientras, la televisión iba desgranando un sinfín de desastres en el mundo, terremotos en Asia, atentados en Siria, malos tratos en un pueblo perdido de no se sabe qué país, bajada de la bolsa y cada noticia peor que la anterior.

—Este mundo es un desastre —se atrevió a comentar Alberto.

—¿Hace tiempo que no escribes? —insinuó María.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque no hablas de ello.

—Para escribir es necesario una tranquilidad que como ves no

tengo.

—Estas experiencias seguro que te sirven para recoger ideas que, luego, puedas desarrollar en tus novelas.

—Hay tiempos de siega y tiempos de siembra. La cosecha no siempre es la misma. Escribir es algo muy complejo y no consiste en ponerse ante la computadora y teclear sin más ni más. Hay que saber pergeñar una historia, dotarla de emoción, exponer tu propia sensibilidad y dejar, entonces, que las palabras fluyan solas. Entonces sí que eres un escritor.

—No sabía que era tan complicado.

—No solo es difícil, es necesario saber hacer vibrar al lector, provocarle una cierta desazón, un entusiasmo con lo que dices y esto es lo verdaderamente complejo.

—¿Esto es lo que pasó en tu primer libro?

—Si no fue así, al menos, fue algo parecido. Al editor le gustó la idea, y cómo la fui desarrollando, y esto es lo que hizo que me encargara otra novela, pero el caso es que el tiempo pasa y no tengo nada para darle. Es necesario tener una buena trama que conecte al lector con los personajes.

—Podías escribir esto que te está pasando —manifestó María, con la esperanza de haberle dado una idea que ella definiría como genial.

—Quizás me anime. Esta historia no es lo que te ocurre normalmente, puede ser que me arriesgue y te la cuente.

—Si lo haces tienes que irte al principio.

—¿Cuál es el inicio según tú?

—Tienes que irte a la época del colegio. Cuando me seguías por la calle a la salida.

—Eso no tiene nada de particular —contestó Alberto, con cierta displicencia.

—¿Por qué dices eso?

—¿Tú crees que eso impregna emoción al posible lector?

—Creo que sí. La época de la juventud es algo que transmite un cierto ensueño. Todos nos transportamos a esa edad, en algún momento, y quisiéramos volver a ella. Si crees que esto no es emocionante es que no tienes corazón.

Esas palabras le afectaron fuertemente. No podía imaginar que María fuera capaz de pronunciarlas. Decidió que la conversación había llegado a su término y que iba a dar una cabezada. No era la hora, aún, de bajar a dar una vuelta por el hotel y comprar algo de ropa.

Se quedó dormido, tiempo que María aprovechó para lavarse la cabeza. Al cabo de una hora Alberto se despertó cuando ella le zarandeaba suavemente.

—¿Quieres que bajemos ahora?

—Por mí estupendo. Dame cinco minutos que me lave la cara y me

prepare.

—Tenemos todo el tiempo del mundo… Solos los dos aquí —contestó con una carcajada.

En el pasillo un rumor de pasos y movimientos les indicó que el servicio de cuartos se preparaba para hacer el suyo

—Pueden hacer la habitación. Vamos a bajar a hacer unas compras. No tengan prisa.

El ascensor estaba cerca de la habitación, una cuarta planta, gran espejo, moderno. Un hotel nórdico, mucha madera, buen estilo, sencillo, funcional y práctico. El hall amplio, una mesa de recepción donde dos jóvenes rubias atendían los requerimientos de los clientes. Al fondo una barra de bar y unas mesas. A esa hora aún no estaban los clientes tomando cerveza. A la izquierda de la recepción salía un pasillo que daba acceso a una serie de tiendas. La primera era de regalos y recuerdos del país. La segunda de ropa. Esa era la que les interesaba. Alberto compró unos pantalones, ropa interior, un anorak y un jersey acompañado de un buen calzado. María unos pantalones de abrigo y otro anorak. El color le daba lo mismo, dijo a la señorita. Solo necesitaba que abrigase. También requirió un buen calzado. Eligieron una maleta de tamaño mediano. Para los dos era suficiente, pues no tenían más ropa. En el aeropuerto de Oslo tenían tres horas de espera, de acuerdo al plan previsto, y podrían completar la compra.

Al terminar se dirigieron al bar. Ya había algunas personas con el aperitivo. La cerveza empezaba a correr desde una hora muy temprana.

—¿Acaban de llegar? —les preguntó un caballero elegante, alto de pelo blanco y dentadura que se veía desde la distancia.

—Vinimos ayer tarde.

—Es que como he visto la maleta…

—La perdimos en el avión —se atrevió a decir María con cierto desparpajo.

—Esas cosas suceden muy a menudo. A mí me pasó en un vuelo a Hong Kong el año pasado. Me quedé sin ropa dos días y tuve que comprar lo imprescindible. Claro que después la compañía me resarció aunque no es lo mismo.

—A todos nos gusta nuestro vestuario. Estamos acostumbrados a él —apuntó María.

Alberto estaba callado asintiendo con la mirada. Su nivel de inglés no era tan bueno como para mantener ese tipo de conversaciones.

—¿Van a hacer turismo por este país? —curioseó el señor—. A propósito mi nombre es Jukka. Soy finlandés. Médico en Helsinki. Debían conocer mi país. Es una maravilla, en especial, en verano. En invierno un poco frío —indicó con una calculada indiferencia.

—¿Un poco? —se atrevió María a contestar.

—Enseguida te acostumbras.

—Mi nombre es María y mi novio… se llama Alberto —dudaba cómo encasillarle—. Somos españoles y estamos de turismo. Vamos a Oslo y de allí queremos ir a Islandia. —A su boca asomaba un amago de sonrisa.

Alberto estaba preocupado por tantos datos como estaba dando. Era un interrogatorio en toda regla. Sin embargo, el tipo no parecía mostrar ningún interés, nada especial, en el itinerario turístico de ellos.

—¿Les gusta la cerveza sueca?

—Todavía no la hemos probado. Espero tener tiempo. Ahora es muy pronto para nuestras costumbres. Hace muy poco que desayunamos. Quizás esta tarde.

—Si le apetece les puedo llevar a algún lugar donde se come bien.

—Muchas gracias, pero ya tenemos el plan para hoy —comentó María, que ya empezaba a impacientarse por tantas preguntas. Y dirigiéndose a Alberto dijo—: creo que vamos a subir a la habitación. Tenemos que probarnos la ropa que hemos comprado y ver si nos vale.

—Como desees —apuntó Alberto, al tiempo que se levantaba y se despedía cortésmente.

Jukka les siguió con la vista hasta que se cerraron las puertas del ascensor. «Muy bien, una habitación en mi planta. Así las cosas serán más fáciles».

Capítulo 29

Cuando Jukka vio que desaparecían en el elevador tomó el teléfono y marcó un número alejado de allí. Concretamente era de España.

—Creo que he encontrado lo que buscáis.

—¿Dónde? ¿Cómo? —se oyó al otro lado del hilo telefónico.

—Más despacio. Cada cosa a su tiempo.

—Pues empieza a soltar lo que sabes —atronó una voz en la distancia.

—Están en un hotel de Gotemburgo.

—¿Qué hotel?

—Eso vale dinero. No es una información cualquiera.

—Ya sabes que pagamos bien. Ahora desembucha.

—Solo sé que han tenido que comprar ropa pues dijeron que la habían perdido. Que en un par de días, o a lo sumo tres, se van a Oslo y de allí a Islandia, a unas vacaciones.

—Tienes que informarte de más cosas. ¿Llevan dinero encima?

—No me dio la impresión. Parece que no escatiman en gastos pero que tampoco les sobra.

—¿Estás seguro del itinerario que dices?

—Completamente. Eso, al menos, es lo que me dijeron y no tenían por qué darme datos equivocados. No podían sospechar nada.

—¿Qué hora es allí?

—Las doce del mediodía.

—Tienes tiempo, esta tarde, de informarte de más cosas y llamarnos. Nosotros aquí prepararemos alguna cosa. Tenemos varias ideas que vamos a desarrollar.

Jukka no sabía cómo entrarles. Habían subido a la habitación e ignoraba cuándo tenían pensado salir. Solo se le ocurrió seguir allí tomando cervezas y esperando que en algún momento se decidieran a bajar. Y ese momento llegó al cabo de una hora. Iban al restaurante y se encontraron en el camino a Jukka que les invitó a almorzar.

—Sería para mí muy agradable que compartieran mesa conmigo. Estoy solo y me gusta comer acompañado y, si me permite, la belleza de su mujer es una compañía muy agradable

—Muy halagador por su parte —se atrevió a contestar María, a la que la galantería le había gustado. No así a Alberto, que puso una cara adusta, pero la insistencia del tipo y la aceptación implícita de ella le obligaron a aceptar.

—Tengo mesa reservada para mí y me disponía a comenzar mi almuerzo, pero no creo que haya problema porque la ampliemos a tres. —Y dirigiéndose al jefe del restaurante le solicitó el cambio—. Aquella del rincón estará bien, queremos estar tranquilos.

A María esta advertencia sobre la tranquilidad no le hizo gracia. Por qué a ella nadie la preguntó qué tipo de mesa quería. Jukka tomó la decisión sin consultarles.

En la habitación, Alberto y ella habían quedado en no dar tantas explicaciones. Decir que iban a Oslo y después a Islandia fue un error que no debió darse. Nunca se sabe con quién se está hablando. Él se enfadó con ella por hablar. Estaba sarcástico en la discusión. Arriba habían discutido y, por eso, él bajaba con una cara destemplada por la bronca que tuvieron y, ahora, con la invitación que ella había aceptado sin más ni más, la irritación llegada a un grado mayor.

—Sírvanos un vino blanco muy frío —dijo Jukka al camarero, complaciendo un deseo que María aún no había formulado.

Un movimiento, casi imperceptible, de aceptación por parte de ella, fue el punto de inflexión por el que el finlandés sabía que iba por terreno aceptable.

Desde el principio María se encontraba a gusto con el nuevo conocido. Le parecía un tipo interesante que merecía conocer un poco más. Algo le llamaba, sin saber qué, la atención. No sabía si era su conversación, el aplomo que tenía en la tertulia o el pelo rubio que comenzaba a ser entrecano en ciertas áreas de la cabeza. Era algo intangible, inconcreto, pero, estaba segura de que había una cierta conexión con él. Quizás era la afición a las buenas maneras, a que le recordaba a su novio en los años de Alemania o a esas manos bien cuidadas que le sugerían un buen cirujano. Si era médico tenía que tener por fuerza esta especialidad. Ahora estaba en un congreso. Esto lo pudo confirmar poco después, cuando ya llevaban media botella de Château de Châtagneréaz Grand Cruz 1988.

—Es un congreso de cirujanos nórdicos —contestaba a una pregunta que no había sido formulada aún.

—Muy interesante. Un campo del que ignoro casi todo. —Y con cierto desparpajo añadió—: Y sobre vinos casi nada, a excepción de los españoles claro.

Alberto seguía la conversación con una mirada fría y distante. Se servía vino generosamente y ya la botella estaba en el límite. Jukka, que se dio cuenta y, ante la mirada de ella solicitando una nueva copa, pidió al camarero otra botella

—Este vino entra muy bien —se atrevió a comentar—. Aunque aquí podemos encontrar los chilenos y los españoles. El Rioja está muy bien considerado.

María le observaba lentamente. Su cuidadas manos, su voz

impostada en ciertos momentos, las inflexiones de las que era capaz de dar en las ocasiones necesarias eran cualidades que la tenían absorta. Su admiración no tenía límites en una conversación directa. Le hubiera gustado más cierta reserva, algo más íntimo, pero la presencia de Alberto la frenaba. No quería nada en particular, simplemente, algo más confidencial, más personal.

—Les aconsejo el roast beef. Lo tomé anoche y está delicioso. Con este vino será un placer degustarlo, aunque si somos sinceros le iría mejor un vino rojo —dijo mirando a María con una sonrisa que sin ser forzada tampoco llegaba a ser espontánea. Estaba a mitad de camino entre ambas.

Esta circunstancia no le pasó desapercibida a Alberto que se debatía entre el enojo y el desagrado.

La comida transcurría de maravilla. María estaba entregada. Jukka lo aceptaba como un premio a su imagen y a lo que estaba transmitiendo a sus acompañantes.

Al terminar el almuerzo pidió disculpas.

—Enseguida estaré con ustedes, ahora debo tener una conversación telefónica, desde la habitación, con mi país. Cosas de mi clínica, en Helsinki, y necesito cierta reserva. Son aspectos de los pacientes y hay que guardar el secreto profesional.

—No se preocupe, no te preocupes —repitió la frase. María iba, poco a poco, tomando más confianza, en especial con esta respuesta que le dio en español, sospechando que Jukka lo hablaba y lo entendía. No se equivocó. Tocó diana al primer disparo y el finlandés acusó el golpe.

—Lo aprendí de pequeño. Estuve en Marbella unos años. —Se había dado cuenta que había caído en la trampa.

Aquí quiénes acusaron el golpe fueron María y Alberto, que aunque estaba fuera de la conversación este comentario no le pasó inadvertido.

Al tiempo que mostraban su perplejidad se levantó y se dirigió al ascensor. María, que no perdía ripio de lo que estaba ocurriendo, vio cómo se paraba en la cuarta planta. «La misma que la nuestra, qué casualidad» cavilaba, mientras paladeaba el nuevo vino que les habían traído.

—¿No crees que te estás pasando? —soltó Alberto de golpe.

—Me parece que no te enteras de nada. Yo te creía más avezado.

—¿Qué te ha parecido lo que dijo de Marbella?

—Nada de particular, un lugar como otro cualquiera —contestó María quitándole importancia al hecho.

Mientras esta conversación se estaba desarrollando en el restaurante, Jukka consiguió, mediante una ganzúa especial que siempre llevaba, entrar en la habitación y revisar lo que allí había.

Poca cosa. Los paquetes, alguno sin abrir, de la ropa que habían adquirido y los restos del desayuno. Aún no habían hecho las camas. Después de una rápida inspección, salió precipitadamente. Tenía miedo de que el servicio de habitaciones entrara y se lo encontrara husmeando. Debido a esta circunstancia no notarían cualquier cosa que hubiera cambiado de posición, aunque se preocupó mucho de no hacerlo. A los pocos minutos estaba ya bajando por el elevador.

—Como veis la llamada me llevó poco tiempo.

—Eres increíble —indicó María, poniendo la mejor de sus sonrisas de adulación—. Eres capaz de organizar tu clínica desde la distancia y degustar un vino con una pareja que acabas de conocer.

—Esto no tiene nada de habilidad. Es simplemente la seducción que una mirada bonita puede imprimir.

Alberto se estaba dando cuenta de que se la comía con los ojos. Decidió poner, durante unos minutos, tierra de por medio.

—Subo a la habitación a tomar mi pastilla —dijo con poca credibilidad.

—¿Algo importante? —inquirió Jukka.

—Nada especial. El colesterol un poco alto. Tomo un comprimido diario de atorvastatina de diez —añadió Alberto. Y con una mirada de complicidad hacia María se dirigió al ascensor.

—Poca cosa, entonces.

Alberto entró en su cuarto y rápidamente revisó todo. Nada de particular. La habitación estaba hecha y todo en orden y en su lugar. Los paquetes encima de la cómoda. La maleta, abierta, colocada en un mueble auxiliar. Nada que llamara la atención y, sin embargo, estaba seguro de que habían entrado en ella.

Bajó a los pocos minutos. María y Jukka compartían una complicidad que a Alberto le sugirió un cierto coqueteo por parte de ella y un cortejo por parte de él.

—¿Qué tal el tratamiento? —inquirió con la pregunta que un profesional realiza de una manera maquinal. Un automatismo en cualquier médico pero, en ese momento, a María se le antojó especialmente meliflua.

—¿Y vosotros que tal? —Y al hacer la pregunta Alberto trató de remarcar todas sus palabras, lo que a ambos no les pasó desapercibido.

—El vino está especialmente exquisito —dijo Jukka con un punto despectivo.

—Llevamos dos botellas y no nos hemos enterado, ¿verdad? —declaró María dando la mejor entonación a sus palabras.

—Está delicioso —avanzó Jukka, mientras rellenaba la copa de María. De la de Alberto parecía que se había olvidado—. Quizás debamos pedir la tercera. No hay dos sin tres, dijo en un perfecto

español. —Luego añadió—: María, eres una gran mujer. Tu novio… debe de estar orgulloso de llevar una pieza de esta categoría.

—¿Pieza? Es una expresión que yo nunca emplearía —contestó Alberto, profundamente enfadado por el comentario.

—No se enfade, mi querido amigo, es una forma de hablar. Soy cazador en mi país y suelo hacer este tipo de comentarios. No les quise ofender. Solo quería manifestar la belleza explosiva de su… de su novia.

—A mí no me ofendió —acertó María a decir poniendo una sonrisa coqueta—. Ha sido muy amable por su parte —dijo dirigiéndose a Jukka que conoció a María en Marbella cuando sus compañeros compinches la señalaron en el trabajo del hotel. «Fueron unos instantes pero a mí no se me olvida una cara bonita», pensaba mientras la sonreía.

—¿Sabe usted que su chica es preciosa? —A estas alturas ya dejó el inglés, en especial cuando se dirigía a él que no lo hablaba correctamente.

—Eso es cosa mía.

—Admirar la belleza es de todos. No se puede esconder y es obligación de quien la posee, exponerla.

—Mi novia no está en exposición.

—Eso lo dirá usted —contestó Jukka, de manera automática—. Para mí es una verdadera fiesta para la vista y no estoy dispuesto a perdérmela.

—Somos sus invitados y no quiero seguir esta discusión.

—En efecto. Discúlpeme si le he ofendido. No era mi intención. Es que la belleza española es… muy incitante, tentadora digamos, pero yo soy un caballero. Ya me entiende.

—A mí me agrada seducir a los hombres. Es algo innato en las mujeres, siempre claro está, que no se pase la línea roja.

—Y si se pasa, en ciertos momentos, no es problema. Pero este no es nuestro caso, ¿verdad, querida? —dijo Jukka sin querer guardar las apariencias ante un Alberto totalmente desquiciado y fuera de sí.

—Es usted muy halagador y de buena conversación —afirmó María con una sonrisa en la que dejaba ver sus dientes blancos y en perfecta posición.

—Las mujeres bonitas estimulan mi discurso. Sería incapaz de articular dos frases seguidas ante un rostro que no llame mi atención.

—Es una lástima que nos vayamos en dos días. Tendríamos que tener más tiempo para conocernos —comentó María—. Pero ya tenemos reservada la estancia en Oslo de cinco días y después a Islandia.

—La capital con dos días es suficiente. Otra cosa es si viajan por el interior del país. Les aconsejo, para otra ocasión, Bergen y la costa

noruega. Es una maravilla.

María hizo un movimiento de acercamiento, cariñoso, rozando su mano con la de él. Trató que Alberto se diera cuenta. Los celos eran la sal de esa conversación. Había que sazonarla, era parte de la trama.

—Cuando nos vayamos a Oslo le vamos a echar de menos. Nos acordaremos de este agradable almuerzo —formuló María con una voz melosa y dulce—. Seguro que tendremos oportunidad de volver a vernos, ¿verdad?

—El mundo es pequeño para las personas que tenemos amplias miras. Así que no lo dudo. Aquí o allá. Quién sabe si en España. A mí Marbella siempre me ha gustado mucho. Pasé allí unos veranos. Fui muy feliz en ese pequeño pueblo de la costa.

El nombre de Marbella ponía nerviosos a Alberto y a María, pero trataban de disimular con la sonrisa.

—Es hora de que nos retiremos —dijo María con la voz melosa que ponía cuando lo deseaba.

Jukka se levantó y le tomó la mano para besarla caballerosamente. Ella, en cambio, le puso el brazo sobre su hombro y se acercó para darle un beso.

—Así está mejor, ¿no crees? —Y al decirlo puso un femenino mohín en su cara.

—Eres una mujer excitante. Eres preciosa —formuló un requiebro —. Tendríamos que quedar a cenar una noche.

—¿Te va bien esta noche?

—Perfecto. Conozco varios lugares interesantes aquí.

—Prefiero un lugar discreto, romántico. En la última planta de este hotel hay un buen restaurante —señaló con un toque de feminidad.

—Nos vemos a las ocho, si te parece. Espero que a su novio no le importe.

—Es muy liberal y lo comprende todo. Aquí estaré.

Jukka estaba contento. Había cumplido los objetivos. Sabía, lo más importante, que llegarían a Reikiavik dentro de una semana.

Alberto, que estaba retirado, cerca de la recepción, se dirigió al ascensor junto con María. Subieron los cuatro pisos callados y así entraron en la habitación.

Capítulo 30

Nada más perderles de vista en el elevador, Jukka se dirigió al camarero a pagar el almuerzo. Pocos minutos después estaba en su cuarto llamando a España. Para evitar ser oído se introdujo en el cuarto de baño.

—Todo ha salido a pedir de boca. Tenéis que tomar el avión desde España a Reikiavik dentro de una semana. Llegarán en esa fecha a la isla. Vosotros les podéis estar esperando en el aeropuerto y seguirles a ver qué es lo que hacen.

—¿Van solos los dos? —se oyó al otro lado del teléfono.

—Sí. Lo mejor de todo es que me he ligado a la tía y voy a llevarla esta noche a cenar y a lo que se deje… Le voy a sonsacar el hotel de Reikiavik por si no los encontráis en el aeropuerto.

—Eso está muy bien. Hay que tener siempre un plan B.

—¿Y Carlos llegó ya?

—Sí. Esta mañana y muy enfadado por el esquinazo que le dieron. Dice que es la primera vez que se lo han hecho en su vida. Ahora está descansando. Cuando se despierte te llama.

—Esta tarde no. He quedado con la moza a las ocho. Mañana a primera hora os doy información actualizada. A ver si me dice el hotel en el que se van a alojar.

—¿Cómo te diste cuenta de que eran ellos? —preguntaron al otro lado.

—Una casualidad. Vine a este hotel a resolver unos asuntos, y me sonó su aspecto de españoles. A ella la vi de refilón en Marbella, hace tiempo, y me quedé con su cara. ¿No os acordáis que fuisteis vosotros los que me la señalasteis desde lejos?

—Está bien. Sigue informando.

Cuando María entró en la habitación lo primero que se atrevió a decir Alberto fue:

—¿A qué juegas?

—¿Todavía no te has enterado?

—Pues no. Si me lo explicas creo que lo entenderé.

—Muy sencillo. Este tipo me conocía, no sé de dónde pero que me conocía estoy segura. A lo mejor de Marbella. A mí no me sonaba su cara. En la mañana le di varias informaciones de las que después me arrepentí.

—¿Como por ejemplo?

—El viaje nuestro, Oslo, Islandia. Demasiados datos. Creo que me

pasé de la lengua. La única forma de arreglarlo era captar su confianza, hacerme con él y llevarle a mi terreno. Eso es lo que hice en la comida ¿o no te diste cuenta?

—Lo que me pareció es que te pasaste dos pueblos o quizás tres. No sé a dónde hubieras llegado si no llego a estar yo allí.

—Hubiera llegado a donde quería llegar. A enseñarle un poco la patita y nada más.

—Él estaba totalmente entregado.

—Eso era lo que pretendía. Calentarle un poco. Lo suficiente.

—Pues lo has hecho muy bien, demasiado… bien.

—Tan bien ha sido que cuando te fuiste a recepción me ha invitado a cenar.

—¿A ti sola?

—Sí. Claro. Los dos juntitos. —Y al decirlo María puso una cara especial para ponerle celoso.

—¿Vuelves a la época del colegio?

—No seas tonto. Eres tú al que quiero. Este tipo solo me interesa para sonsacarle información. De momento le diré el nombre de un hotel en Reikiavik en el que no nos alojaremos. Por supuesto iremos a otro en el lado opuesto de la ciudad. Alquilamos un coche, dormimos esa noche y salimos pitando a primera hora de la mañana. Iremos a una agencia de alquiler en otro punto de la ciudad. Ellos pensarán que alquilamos el coche en el aeropuerto. Si siguen la información que yo le di y que corroboraré esta noche, llegarán tres días más tarde que nosotros. Para entonces ya estaremos en el norte de la isla. Lo más seguro es que vayan a ese hotel, pasen dos o tres días en la capital y regresen con la cola entre las piernas.

—Lo que veo es que vamos a tener que estar más tiempo de lo planeado en la isla.

—Por lo menos quince días. No creo que tengan paciencia para esperar, sin hacer nada, tantos días. Al cuarto o quinto se han largado y nosotros haciendo turismo y viendo cataratas.

—Ahora voy a descansar un poco que esta noche tengo que estar guapa —dijo María, con un punto de coquetería.

—Espero que no te pases. Duerme un rato que te despierto.

—Hay tiempo, he quedado a las ocho y una mujer que se precie debe llegar diez minutos tarde. Eso le provocará más.

—¿Más de lo que está?

—Solo un poco más. Un poquito más, como dice la canción. Quiero volverte loca… loca… loca y hacerte todo lo que te provoca. Quédate, quédate, quédate un poquito más. Quédate, quédate… quédate un poquito más. —María entonó la letra y el ritmo de esa canción de su juventud.

—Déjalo ya. Si quieres darme celos lo estás consiguiendo.

—No sabía que estabas celoso. Eso no me parece nuevo en ti.

—Pues deberías saberlo y comprenderlo.

Estaba feliz. Le había provocado. Eso era, en parte, lo que pretendía. El otro le daba lo mismo. Cada vez tenía más claro que había una cierta ligazón con la banda que la perseguía. Era muy posible que todos pertenecieran al mismo grupo. El sueño la inundó. Con estos pensamientos se quedó dormida.

Estaba en Marbella, tranquila, relajada, trabajando en el hotel, sin más problemas que hacer su trabajo lo mejor posible. De pronto aparece Alberto. Renacen nuevos recuerdos, distintas sensaciones y todo florece otra vez. Por casualidades inexplicables alguien de la banda la ve, la persiguen, intentan cogerla. Saben que tiene la respuesta de una caja con dinero. Esto les interesa. Desaparece repentinamente. Afortunadamente conoce donde vive él y allá que se presenta. De improviso, sin avisar. Es un nuevo choque en la vida monótona que lleva Alberto, esa vida sin substancia, abriendo cajas, escribiendo alguna cuartilla sin ningún objetivo claro, yendo de un lado para otro sin rumbo. Y, de pronto, allí estaba en un hotel perdido.

Alberto también dejó a sus pensamientos volar. El libro que tenía entre manos estaba atascado y no sabía salir del atolladero. Era un muro que se interponía entre su cabeza y su pluma. A lo mejor todo esto servía para tener alguna idea que le sacara de esta sequía. Su editor estaba esperando y lo peor de todo es que le había dado un adelanto. Su vida había cambiado totalmente. De una apatía interior se había trastocado en un continuo fluir de sensaciones, emociones y situaciones a cada cuál más interesante. Había llegado a ese hotel, sin saberlo ni pensarlo, de esa ciudad a la que nunca se le hubiera ocurrido visitar. Él era de viajes locales. A lo sumo un París, pero nada más. Lo que más le afectaba, en ese momento, era la deslealtad de Carlos al que tenía como un buen amigo. Le contaba todas sus cosas. Ahí estuvo el problema. Sabía más de la cuenta y eso le perdió. Ya no volvería a encontrarse con él en los restaurantes ni en las cafeterías para tomar esos vasos de ron en una conversación fluida y abierta que era la que tenían. Ese fustigamiento intelectual que le hacía era solo para sonsacarle información, no porque quisiera que escribiera o abriera las cajas, sino para obtener alguna confidencia interesante. Esperaba que en alguna de ellas pudiera tener datos importantes. Había sido una cándida paloma. Estaba decepcionado. Pensar que Carlos, su amigo, estaba en colaboración con una banda de delincuentes. Nunca lo hubiera imaginado. Nunca se conoce, de verdad, a las personas. ¡Es tan difícil!

El parque, a estas horas, estaba lleno de gente paseando. El cielo azul entreverado de nubes blancas que, sin llegar al cielo velazqueño

de las tardes de Madrid, tenía una belleza especial: el encanto nórdico. Era una luminosidad singular, de tonalidad rosa pálido. Los días eran más largos en esa época del año, aunque aún no llegaban al sol de medianoche. Una primavera avanzada y los días de luz, cada vez más amplios. No hacía tanto calor como para ir sin alguna ropa de abrigo, pero la más pesada la habían dejado en casa. Los niños, sin embargo, jugaban a la pelota sin ningún jersey. «A su edad yo hacía lo mismo en pleno invierno. Nunca me ponía nada encima con gran enfado de mis padres, pero no iba a llamar la atención. Ningún niño lo hacía». Los ejecutivos que en la mañana no tenían tiempo, al finalizar el día aprovechaban para hacer un poco de ejercicio.

Eran casi las siete y media de la tarde. Una buena hora para despertarla. Tenía tiempo de arreglarse y estar, pasadas las ocho, en el hall del hotel.

—Espero que no llegues tarde.

—Trataré de llegar a tiempo de verte esperándome —contestó con un gracejo cariñoso que sabía poner cuando quería—, y hasta es posible que te dé un premio.

Alberto la entendió. No era tan difícil y la despidió con un sonoro beso.

Llegaba con varios minutos pasadas las ocho, como era preceptivo en el objetivo que se había marcado. Al verla salir del ascensor Jukka le dijo:

—Estás muy guapa. Tu novio debe de vigilarte más. Cualquier día te escapas.

—¿Tú crees que soy el tipo de mujer ese que dices?

—Si no lo eres das esa impresión. Eras tan coqueta… tan convencida de tus atributos que es complicado encerrarte en una jaula. Estás demasiada pagada de ti misma.

—¿Por qué crees que estoy encerrada?

—¿Lo estás?

—Sabes que no. Tengo la puerta de la cárcel, como tú dices, abierta de par en par. Vuelo cuando quiera.

—¿Y no es este un buen momento para ello?

—¿Quieres decir volar contigo?

El camarero les había servido dos copas de champán como aperitivo

—¿Y por qué no?

—Tengo dinero, libertad de movimientos, casa en Helsinki, en Marbella y en Suiza para pasar los inviernos esquiando. ¿Se puede pedir más?

—Una casa en el Caribe.

—Pues si quieres también te la compro.

Jukka estaba probando hasta qué punto ella era capaz de llegar. María, por el contrario, probaba hasta donde quería llegar él. Era un

enfrentamiento cuerpo a cuerpo, para ver quién era el más inteligente. Mientras tanto el camarero servía otra copa. La conversación se había convertido en una lucha sin cuartel. Él atacando hasta ver cuál era el punto débil de María, y ella viendo hasta donde era capaz de llegar en su ataque.

—Está muy agradable este champán. Se nota que sabes elegir —afirmó María, llevándose la copa a los labios y mojándolos simplemente. Tenía que mantener la cabeza dispuesta ante los feroces ataques del adversario.

—¿Entonces, tienes decidido visitar Reikiavik?

—Queremos estar tres días en la ciudad y pasear por ella. Luego regresaremos a Madrid. Hay un hotel, que nos han hablado de él en España, muy céntrico, al lado de la calle comercial. Se llama hotel Klettur.

—En esta época del año la ciudad es muy bonita y alegre. Hay que visitarla tranquilamente.

Jukka ya tenía lo que deseaba. La información exacta del hotel y de los días que iban a estar allí así como del plan turístico exacto. Ahora lo que le interesaba era si podía socavar las defensas de María y pasar con ella un buen rato. Los demás objetivos estaban cumplidos. Un pequeño devaneo no le haría daño y eso entraba en el juego que había iniciado.

La cena se desarrolló bajo los parámetros que ella se había planteado. Los suyos estaban cumplidos solo en su mitad. Dejaría, para mejor ocasión, llevarse esta pieza. Al acabar Jukka se despidió muy cariñosamente, intentando horadar un poco más la guardia que María había labrado, como un muro, alrededor de ella. Sin embargo, no pudo, por lo que cejó en su empeño, esperando una oportunidad mejor.

—Ha sido una cena muy agradable. Espero que nos podamos ver, más pronto que tarde, en alguna ocasión.

—Yo también —mintió María.

En la puerta del ascensor ella depositó un beso en la mejilla de Jukka y se despidió. Mientras las puertas se cerraban ella transmitía una sonrisa coquetona. Él la miraba con cara de triunfo. Había conseguido su propósito. Solo esperaba que ella entrara en su habitación. Tomaría una copa mientras tanto. Mañana llamaría a España. Esta batalla estaba ganada.

Capítulo 31

En la habitación, Alberto la esperaba no solo para informarse de cómo había transcurrido la cena sino también para recibir su premio.

—La finalidad se ha cumplido —dijo ella nada más traspasar el umbral.

—¿Qué quieres decir?

—Pues está claro. Que lo que pretendía lo he conseguido. Como una paloma ha comido en mi mano.

—Explícate un poco mejor.

—Muy sencillo. Le dije que estaríamos en un hotel de Reikiavik tres días solamente y que después nos íbamos a España. Le di otro nombre de hotel y me aseguré de que entendiera que no íbamos a hacer turismo por la isla. Solamente nos interesaba la capital. No teníamos más tiempo, pues debíamos regresar a Madrid. Por supuesto también le di fechas equivocadas.

—Extraordinario. Has hecho un buen trabajo aunque para ello… hayas coqueteado un poco.

—Era necesario y no creas que me ha costado tanto. Es atractivo, elegante, educado y se insinúa agradablemente.

—Vamos, que si no estoy yo te lo tiras.

—No digas eso. A quien quiero es a ti.

Y sin casi terminar la frase María apagó la luz y se lanzó a su cuello.

—Este es el premio que te prometí.

La luz entró en el dormitorio muy pronto. Un amanecer intenso, pleno de luminosidad y de proyectos. Era su último día en el hotel. Al día siguiente irían al aeropuerto para tomar el avión con destino a Oslo. Ambos estaban de buen humor. Iban a pedir el desayuno en la habitación cuando se dieron cuenta de que eran las cinco de la mañana. Alberto se levantó y se dirigió a la ventana. Afuera solo estaban los servicios de limpieza. La ciudad, aún, estaba somnolienta, desperezándose de una noche en que la tenue luz, que nunca desaparecía, había inundado el parque. Un vagabundo dejaba, en ese momento, el banco que había sido su lecho nocturno. Dos corredores cruzaban, a grandes pasos, la arboleda que enmarcaba el sendero por donde caminarían, en pocas horas, los visitantes diarios, unos niños jugando mientras se encaminaban al colegio, unas madres charlando y unos ejecutivos, en dirección al trabajo, prisioneros de la prisa. Toda una sinfonía de vivencias que, día tras día, se repetían con marcada asiduidad. La cotidianeidad era la constancia en todos los lugares, de

las ciudades, de los parques. «Estoy seguro de que lo mismo ocurre en todos los sitios del mundo, aunque con diferentes horarios», dijo en voz alta a María que aún dormía pensando en el Retiro, un lugar al que acudía frecuentemente.

María ya estaba despertándose y le miraba, con cara de arrobo, seguramente pensando en el premio que no solo le había dado sino también recibido.

—Mañana nos vamos. La maleta va a ser muy fácil hacerla. Recuerda que en el aeropuerto de Oslo tenemos que comprar algo de ropa de abrigo —dijo María poniendo un mohín en su cara—. Lo más importante serán las botas. Allí todavía hay nieve en algunos lugares.

—Te dije que las compraras en la tienda.

—Eran muy feas y no me gustaban. En el duty free seguro que hay más modelos.

—Afortunadamente me ocupé de sacar de la caja buenos fajos de dinero.

—¿Tenemos pagado el billete de Oslo a Islandia?

—Está reservado, pero no hay problema. Lo pago en el momento. Dejé una tarjeta como garantía.

—Tarjeta de banco alemán, supongo.

—Supones bien.

—No das puntada sin hilo —afirmó Alberto, cerrando la ventana—. Hace frío. Aún no es verano. Me daré una ducha para hacer tiempo hasta que pidamos el desayuno.

A los pocos minutos se volvían a oír las notas de las napolitanas ‘O sole mio, Torna a Sorrento, Funiculí, Funiculá o Santa Lucía. Era la partitura clásica de todos los días. Mientras tanto, María se dedicaba a planear la operación del viaje con todo lujo de detalles, desde que salieran por la recepción hasta que llegaran a Oslo. La distancia la podían cubrir en cinco horas máximo. Saldrían pronto, sin hacer ruido, con las primeras luces, especialmente para evitar la posible curiosidad de Jukka que estaba en la misma planta. Con el GPS del coche encontrarían la ruta. Si el programa se cumplía, todavía tendrían unas horas para hacer las compras y abonar los pasajes que estaban reservados a su nombre.

—Ahora me toca a mí —afirmó María cuando Alberto salía de la ducha.

—Tienes todo el cuarto para ti. Cuando termines pedimos el desayuno—. Ya son casi las siete.

Como el día anterior el desayuno, a base de tostadas, mantequilla, mermelada y fruta, acompañado de dos huevos fritos y beicon, hizo las delicias de ambos, especialmente de Alberto, que la noche anterior no había cenado.

—¿Qué plan tenemos para hoy? —Alberto rompió el silencio.

—Pues lo mismo que ayer. Estar el máximo tiempo en la habitación No quiero encontrarme otra vez con Jukka. Ya le di demasiada información que, imagino, ha procesado con sus socios. —Fue todo el comentario de María para justificar su larga estancia en paz y recogimiento—. Mañana tenemos, en cambio, un día duro.

—Me pondré cómodo, entonces.

—Enciende el televisor a ver si hay alguna noticia de España —María manifestó su deseo, aunque por el tono parecía una orden.

—Buscaré el canal internacional.

Esa mañana la pasaron tranquilamente sin salir. Pusieron el cartel de «Do not disturb» y se acomodaron en la cama. Querían que el sueño y la modorra les invadiesen. Estaban ausentes, desmadejados, decaídos. No tenían ganas de hacer nada. Era un día perdido y estaban dispuestos a malgastarlo en eso: no hacer nada.

Capítulo 32

Años atrás, un intenso mes de agosto, Carlos pasaba unos días descansando, de los robos que estaba dando con su banda, en un pueblo de la provincia de Badajoz, Barcarrota. Habían quedado en que durante unos meses pasarían a un segundo lugar, con el fin de que se olvidasen los últimos golpes. Por casualidad alquiló la casa que decenas de años atrás había pertenecido al bibliotecario de la Academia de la Lengua y que después, al morir sin descendencia, pasó a manos del ayuntamiento. Alguien le había recomendado que en ese lugar pasaría desapercibido. Podía decir que era un escritor que se había retirado a un lugar tranquilo para escribir.

Lo primero que hizo fue realizar una somera inspección a la misma y elegir, para dormir, una de las habitaciones que estaba más solitaria. Nadie había entrado en ella, desde hacía muchos años. Mandó que la limpiaran y que le pusieran una cama en ella. Realizadas estas operaciones decidió colocar unos cuadros para tratar de darla un aire un poco más alegre. Al clavar una alcayata, uno de los frentes se hundió y el yeso se fracturó dejando al descubierto una oquedad. Esto fue motivo de extrañeza. Con paciencia se dedicó a ampliar el hueco y ver el contenido. Su sorpresa fue mayúscula cuando encontró una arqueta recubierta con láminas de oro repujadas y cubiertas con temas florales y una representación de los Tetramorfos, los cuatro símbolos de los evangelistas. Algo inusual que nunca había visto. No era especialista pero sospechaba que debía de pertenecer al siglo X. En su interior había varios libros antiguos bien conservados. El que le llamó más la atención fue una edición desconocida del Lazarillo de Tormes de 1554, de Medina del Campo. Las reproducciones de Amberes, Burgos y Alcalá de Henares eran conocidas por los bibliófilos, pero esta no. Hasta aquí los conocimientos literarios de Carlos. Junto con este libro había otros como el Libro de Alboraique, la Oración de la Emparedada en portugués y La Lingua de Erasmo. Entendió que eran de gran valor y decidió hacerlos suyos sin dar cuenta a nadie.

Al regresar a Madrid lo primero que hizo, después de poner a buen recaudo lo encontrado, fue visitar la biblioteca de la Academia de la Lengua, con el fin de informarse del valor de esos libros. Subió por la majestuosa escalera y se dirigió a la sala donde suponía que estaban los libros. Se presentó como un doctorando que estaba trabajando en ediciones desconocidas de libros de los siglos XIV, XV y XVI.

Allí le dijeron que hacía años, en esa biblioteca, estuvieron esos

libros en una arqueta, pero que desaparecieron hacia principios del siglo XX. El archivero actual no tenía demasiados datos objetivos aunque sí le indicó, claramente, que en unos documentos que él tenía clasificados, había anotaciones sobre el particular. Parece ser, le dijo, que «uno de los bibliotecarios antiguos, Antonio, hacia el año 1713 los encontró en Barcarrota; fueron depositados en esa academia pero como le digo, hacia 1900, se perdió todo el rastro de ellos. No sabemos nada más».

—¿Podría ver esos documentos?

—Tengo que solicitar permiso al director —contestó amablemente —. Generalmente no suele denegarlo. Hay muchos doctorandos que vienen a consultar manuscritos y legajos.

—¿Entonces qué día le parece que venga?

—Puede hacerlo mañana a esta misma hora. Esta tarde estaré con él y se lo comentaré.

—Muchas gracias. Mañana me tendrá aquí mismo.

Carlos se retiró a su casa a ver más despacio los incunables. Su emoción fue grande, pero no por la cultura que encerraban, que poco le importaba, sino por el dinero que significaban. No estaba dispuesto a compartirlo con su grupo. Él era quién lo había encontrado y a él solo le pertenecía. La banda estaba ahora en Marbella. Después de informarse en la Academia de la Lengua iría al banco y los depositaría en la caja junto con el dinero. Allí buscaría el mejor postor.

En la Academia, al día siguiente, le enseñaron los documentos. Los más antiguos se remontaban a 1713 cuando se inauguró el edificio. Estaban firmados por un tal Antonio, que los había encontrado en una casa de su propiedad en el pueblo de Barcarrota. Había otros documentos firmados por Pedro y su hijo Ramón dando noticias ya en las postrimerías del siglo XIX y comienzos del siglo XX. También había algunas notas de un académico de Medicina, el doctor Eugenio Gutiérrez y González, conde de San Diego, relatando los enfrentamientos con un tal Cantalapiedra que acabó con sus huesos en la cárcel. Hablaba también del asesinato de Pedro, el padre de Ramón y último bibliotecario que tuvo noticias de los libros. En cuanto a su localización actual nada ponía en los diversos manuscritos que leyó.

—Muchas gracias. Para mi tesis doctoral estos datos van a ser fundamentales —avanzó Carlos—. Me hubiera gustado conocer el final de la historia. Siempre con su réplica oportuna, sino brillante, al menos, realista.

—¿El final?

—Sí. Donde se encuentran los libros ahora.

—Ah, claro. Eso no lo sabe nadie. Ya me gustaría a mí saberlo. Se lo llevó a la tumba Ramón que fue el último que estuvo en contacto con ellos.

—Algún día la verdad saldrá a la luz —comentó Carlos premonitoriamente, mientras se despedía.

—De todas maneras, puede quedarse a leerlos con tranquilidad. Cuando acabe, me lo dice. Yo estaré en la mesa del fondo.

—¿Puedo hacer alguna fotocopia de los documentos?

No le interesaba hacerlas. Le dijo que para su tesis era importante. Una manera como otra de disimular su actuación en la biblioteca. Lo que quería era apuntar los datos exactos de todo el camino que habían seguido los libros desde el principio.

«Sin embargo, pensándolo bien, será interesante tener estos duplicados. Un posible comprador los estudiará con detalle y verá que son importantes». Sus cábalas terminaron guardando las copias en una carpeta que le facilitó el bibliotecario. «El anagrama de la Academia añadirá certidumbre a la venta».

Según salía de la Academia se fue directamente a una agencia de viajes a comprar un pasaje, para el día siguiente, a Gotemburgo. Tenía que ir al banco a guardar los libros y las fotocopias realizadas en la Academia. Serían como una garantía de la autenticidad de la venta. Unos meses antes había encerrado allí el dinero que le había birlado a sus socios y, ahora, pondría a buen recaudo los ejemplares encontrados. La arqueta, por su tamaño, no era posible esconderla en la caja de seguridad del banco. Decidió dejarla en casa de Marcus y venderla a algún anticuario cuando regresara.

Una vez realizada esta operación viajó a Múnich a ver a Marcus, un antiguo amigo de correrías, y le hizo partícipe del secreto, sin especificarle el contenido de la arqueta que había dejado en el banco. Le rogó que se la guardase junto con la llave y que en un par de semanas, cuando hubiera solucionado unos asuntos en España, regresaría a recogerlas. Eran recuerdos familiares, sin ningún valor, a los que les tenía mucho cariño. La arqueta pertenecía a su abuela. Nunca volvió a ver a su amigo.

Unos días después, de haber sucedido esta reunión, alguien le avisó que un enfrentamiento con la policía acabó con la vida de Marcus. Se había quedado sin la llave, y sin posibilidad de encontrarla. Regresó con la banda a seguir con sus atracos esporádicos y su trabajo de coartada. Tiempo después, la casualidad le puso la suerte de nuevo en su camino. Conoció a María a través de su amigo Alberto. Enseguida se dio cuenta de que esto iba a ser crucial en su vida. Ella tenía la llave. Recordaba que Marcus le dijo que vivía con su novia. ¿Sabía algo de lo que había en la arqueta? ¿La tendría también en su poder? No le quedaba la menor duda de que ella lo primero que hizo fue viajar a Gotemburgo y ver el contenido de la caja de seguridad.

María, en esas fechas, constató el contenido y, un poco asustada por el descubrimiento, introdujo la llave en la figurita de la sirenita con el

nombre del banco, y se la envió a Alberto sabiendo que nunca la abriría. Estuvo encerrada varios años en aquel cementerio de cajas, y por una serie de casualidades concatenadas, ahora tenía la llave al alcance de la mano. La arqueta estaba en su poder. Debía tener gran valor. Decidió guardarla hasta mejor ocasión.

Capítulo 33

Cuando el día clareaba y el parque comenzaba a vestirse de luminosidad, María y Alberto empezaron a desperezarse. Era un día crucial. Tenían por delante un largo viaje en coche y después el avión. Pensaban abonar en efectivo la habitación. «Cuanto menos rastro dejemos mejor. Jukka seguro que intentará obtener información de todos nuestros movimientos» le dijo ella a él, mientras metían las pocas cosas en la maleta y cerraban, sin hacer ruido, el cuarto. Bajaron rápidamente en el ascensor. Ella fue a recepción a abonar los gastos y él al aparcamiento donde estaba el auto de alquiler para preparar el viaje. Puso en el GPS la dirección del aeropuerto de Oslo y al cabo de unos minutos ya estaban enfilando la salida del hotel. Faltaban unos minutos para las seis y media de la mañana. Pocos coches aún en las calles. Las personas hormigueaban en el parque con sus paseos y deportes.

—En unas cinco horas podemos estar en nuestro objetivo —comentó Alberto mientras cruzaba las avenidas a una buena velocidad, dado que no había una circulación excesiva—. En una hora la ciudad se pondrá en marcha pero, para ese momento, ya estaremos en la carretera camino de Oslo.

—Conduce con cuidado. No vayamos a tener un problema de tráfico. Sería lo que nos faltara para complicar las cosas. —Una breve mueca de María mostró su preocupación.

—Dentro de una media hora, cuando hagamos unos kilómetros, paramos a tomar un café —dijo Alberto—. Ya sabes que sin tomar algo, aunque sea líquido, no razono.

—La verdad es que en este viaje lo has hecho poco —dijo ella con un punto de sorna.

—Te has levantado esta mañana muy simpática —dijo él, continuando la broma.

Al cabo de una media hora pararon en una cafetería. Alberto resucitó y tomó el volante con más ahínco. Ya eran casi las siete y media, llevaban una hora de carretera y solo habían avanzado unos setenta kilómetros.

—La salida de la ciudad siempre es más difícil —comentó María—. Pero no te preocupes. A partir de ahora se puede mejorar la media. La E6 es una buena autopista. He calculado para el viaje cinco horas y, sin embargo, lo podemos cubrir fácilmente en cuatro. El avión no sale hasta las dos cuarenta y cinco. Tenemos varias horas para devolver el

coche, comprar ropa y comer algo.

—No se te olvide que, además, la distancia entre el centro y el Oslo Airport Gardermoen es de cincuenta kilómetros. Tenemos que tomar la carretera de circunvalación y evitar la entrada en la ciudad. —El GPS le daba los datos exactos—. Son doscientos noventa y cinco kilómetros para ser exactos, así que según mis anotaciones son dos horas cuarenta minutos. Hay que añadir los cuarenta minutos al aeropuerto ya que está al norte y venimos desde el sur. La E6 nos lleva directos. Todo es muy cómodo.

En los labios la frase adecuada, concreta.

—Tengo reservados dos asientos de business en Icelandair a las 2:45 que llega a las 15:25. De esta manera tenemos tiempo para buscar un hotel y después ver una compañía de alquiler de coches lo más lejos posible del hotel.

El día ya estaba en su pleno apogeo. Muy nublado, presagiaba lluvia a raudales pero, sin embargo, solo unas pocas gotas mojaban el pavimento.

María y Alberto iban contentos. Habían dejado atrás los problemas y estaban convencidos de que habían despistado a Jukka. No sabían qué relación tenía con la banda, pero era muy significativo que constantemente hablara de Marbella y del tiempo que pasó en esa ciudad. Cuando iban a cumplirse las tres horas de conducción volvieron a parar en un bar de la carretera.

—Otro café me vendrá bien —dijo Alberto, al tiempo que doblaba para enfilar la salida de la autopista—. De paso pondremos algo de gasolina. Quedan ya pocos kilómetros.

—Acabamos de dejar la desviación que llevaba al centro urbano — determinó María.

Nada más llenar el depósito de gasolina volvieron a tomar la E6 dirigiéndose al aeropuerto. A los pocos kilómetros ya venía señalizada la distancia. Estaban llegando.

—Ahora hay que fijarse donde dice Car Rental. Allí estará la compañía de este coche.

En efecto, un gran cartel anunciaba la desviación al área de alquiler de coches. Estaban todas las compañías. No fue difícil localizar la suya. Se dirigieron al recepcionista que les hizo un par de preguntas como que si habían llenado el depósito o si habían tenido algún problema en la conducción. Verificados los papeles, abonaron el importe y tomando la maleta se dirigieron a salidas donde buscaron el mostrador de Icelandair. Allí tomaron sus pasajes y fueron a la entrada de pasajeros.

—En la parte internacional se pueden hacer las compras —dijo María—. Nos quedan aún dos horas para embarcar.

Lo primero que hicieron fue buscar una tienda de maletas. Una

pequeña, como la que llevaban, sería suficiente. Así cada uno tendría su propia valija. Compraron un jersey de lana para cada uno y ropa interior. Lo suficiente para estar una semana.

—De todas maneras —dijo Alberto—, tenemos tiendas en todas partes. Me han dicho que en las gasolineras hay centros de venta de ropa, regalos, recuerdos, comida y cualquier tipo de cosas para llevar en el momento. No es que sean muy frecuentes esto lugares, pero cada cierto tiempo se pueden encontrar, especialmente, cerca de los pequeños centros urbanos.

—¿Quién te ha dado esta información? —preguntó ella.

—Hace un rato, cuando te fuiste a la tienda de ropa de mujeres, me quedé cuidando la maleta y estuve hablando con un tipo que suele ir, por motivos de negocio, con cierta frecuencia y me estuvo hablando del país. Me contó muchas cosas. Me dijo, por ejemplo, que hay muy poca infraestructura turística pero que, poco a poco, va aumentando. Cada viaje, cuando él va, se encuentra cosas nuevas. Suele ir dos veces al año y siempre se ve algún hotel nuevo o alguna carretera recién asfaltada. Me habló muy bien de un hotel, que sin ser céntrico le gusta mucho, y que él siempre va a ese. Se llama Reykjavik Residence Hotel.

—Podías haberle preguntado si conocía alguna agencia de alquiler.

—Lo hice y me dio un nombre. Es la que utiliza cuando necesita desplazarse por la isla. Me dijo que cuando hay que ir a alguna ciudad, que no sea la capital, es necesario siempre desplazarse con coche, privado o de alquiler, por carretera. Los servicios públicos son escasos y funcionan regularmente.

Alberto estaba respondiendo a una pregunta que no se hizo por parte de María.

—Una buena explicación. Supongo que tomarías nota de todo.

—No soy tan inteligente como tú, pero para algo sirvo.

—No te enfades, tonto, que lo digo en broma.

En ese momento llamaban a embarcar. Al tener billetes de business pasaron por otra entrada sin esperar cola. Una buena opción, ya que el avión iba completo.

El viaje fue cómodo. Apenas dos horas y media y el aeropuerto internacional de Keflavik les recibió con una temperatura de unos seis grados. Tomaron un taxi y demoraron unos cincuenta minutos en llegar al Reykjavik Residence Hotel de la calle Hverfisgata 45, exactamente los datos que le dijo el señor que conoció en el aeropuerto. Eran las 4.30 de la tarde. Tenían tiempo de ir a Europcar Iceland para alquilar un coche que devolverían en el aeropuerto unos días después.

—Llévenos a la calle Skeifan 9, Europcar —dijo María nada más entrar en el coche—. Hay que reconocer que la información que te dio ese hombre ha sido fundamental y nos ha ahorrado mucho tiempo y

preguntas que pueden dejar rastro. Cuanto menos hablemos, mejor.

Quince minutos después estaban entrando en la oficina. Escoger el coche, abonarlo en efectivo y salir no les llevó más de treinta minutos. A las 5.30 de la tarde estaban entrando nuevamente en el hotel apartamento, bien situado y sobre todo muy familiar y con un trato muy amable. En realidad eran apartamentos con servicios de hotel, limpieza y desayuno. Todos los deseos de los clientes eran atendidos rápidamente con una gran efectividad.

—Tenemos tiempo de dar un paseo y conocer la ciudad —dijo María.

—Solo faltaba que estuviéramos en ella y no la conociéramos.

La calle principal era muy comercial, salpicada de restaurantes y tiendas, y bajaba al puerto. Se decidieron por hacer ese paseo para tomar algo en la parte inferior de la ciudad. A pesar de que la temperatura no era muy agradable, el paseo se convirtió en una suerte de emoción por conocer un país extraño, con un idioma disparatado, distante y alejado del resto de Europa. Manejaban la corona islandesa, pero aceptaban euros y dólares, y todos hablaban inglés. La comunicación no se convirtió en un escollo en su visita. Al término de la calle, el mar tranquilo y luminoso, a esas horas de la tarde, donde se recortaban las siluetas de las casas y el rumor de las conversaciones de los peatones, unos sentados en las mesas, al socaire de un buen café humeante, y otros camino de su trabajo. Todo era un automatismo que se repetía cada día.

Entre las manchas oscuras del mar, en el contraluz del anochecer, un barco abandonaba la bocana camino de su derrota. Las luces del puerto, a punto de encenderse, titilaban en la distancia. Un día que se iba y una noche que se acercaba a pasos agigantados poniendo una nota de color en una bruma gris. Al fondo se recortaba, en la neblina, el edificio del Harpa Concert Hall, y el Centro de Conferencias junto al Museo Numismático donde comenzaba el paseo de Saebraut que siguieron en su visita hasta llegar al museo de escultura y el Recycled House. Un recorrido gris y plomizo que invitaba al lento paseo y a la desgana y pasividad. María, a esas alturas, miraba con atención todo lo que le rodeaba. Atrás habían quedado los problemas, las tensiones y las huidas a cualquier lugar, sin dirección fija, simplemente tratando de evitar lo imposible. Regresaron al hotel por el mismo camino que habían traído, tenían miedo a perderse. Habían tomado como referencia The Living Art Museum. De ese lugar ya pudieron llegar al centro y dirigirse a su hotel. En el camino, frente a un mar cubierto de una tonalidad rosada, en una noche tibia, pudieron tomar un café y un sándwich. No habían probado bocado desde que llegaron a la ciudad. No era muy tarde y, sin embargo, una luz tenue se extendía por el entorno.

La primavera avanzada denotaba ya que el verano estaba próximo. Los paseantes, turistas en su mayoría, aún se atrevían a ir de un lado a otro. Al cabo de un buen rato las puertas del hotel- apartamento les recibió con el alegre saludo de la recepcionista, una joven rubia, alta y esbelta, que al sonreír enseñaba parte de una dentadura blanca que contrastaba con una piel morena consecuencia de sus visitas reiteradas, como ella confesó más tarde, a la costa del sol. Solía acudir dos o tres veces al año en períodos cortos de dos semanas. Parecía que allí tenía un novio que la reclamaba de vez en cuando. Tampoco quería prodigarse demasiado, según les dijo, pues casarse no pasaba en este momento por su objetivo.

El apartamento era sobrio, como correspondía a ese país, pero no por ello menos agradable. Dos camas, un sofá y una mesa eran el mobiliario principal. En un rincón una pequeña nevera y una cocina por si algún huésped quería prepararse un desayuno. El cuarto de baño sencillo, austero pero completo. No tenía un detalle de más pero tampoco uno de menos. Nada faltaba, nada sobraba. Esta era su máxima. Desde la ventana se veían los tejados y al fondo el celaje del crepúsculo que dejaba traslucir, en la distancia, la bahía y los barcos que entraban y salían.

Durmieron bien. Una noche de tranquilidad en la que la pasión dejó sitio a los problemas y desatinos por los que habían pasado en las últimas semanas.

Al día siguiente, una luz intensa que se coló por la ventana desde primeras horas les despertó. No eran más de la seis de la mañana y, sin embargo, parecía que era el mediodía. El desayuno a base de fruta, café y tostadas, que prefirieron tomarlo en el comedor, les reconfortó. Estaban dispuestos a iniciar un largo paseo por la isla, tratando de poner tierra de por medio a sus posibles perseguidores.

Salieron de la ciudad atravesando el túnel submarino de Hvalfjördur y llegaron a Borgarfjördur y visitaron la zona termal de Deildatunguhver y la cascada de Hraunfossar. Allí tomaron unas fotos y, a continuación, a través de la meseta de Holtavörduheidi, donde se crían los caballos autóctonos que les llamaron la atención, llegaron a Skagajjordur visitando la antigua granja del museo de Glaumbaer. El camino ahora serpenteaba por grandes montañas y estrechos desfiladeros hasta llegar a la capital del norte de la isla, Akureyri, a tan solo cien kilómetros del Polo Ártico.

El hotel en la calle Mjölnisholt tenía todas las características de un hotel nórdico. Eran las siete de la tarde y parecían las doce del mediodía de una ciudad en España. Caminaron hacia el mar y el área portuaria, por lo demás peatonal, donde a esa hora la cerveza iba de un lado a otro. En ese pequeño y estrecho dédalo de calles se concentraba toda la animación de la ciudad. La luminosidad era

intensa y bañaba todos los edificios del conjunto de casas, que se agavillaban en ese rincón, donde la vida tomaba un cariz diferente del resto de la ciudad.

—¿Qué crees que estará haciendo Carlos en este momento? —preguntó de sopetón Alberto, a quien la actuación de su amigo le había dejado algo trastornado.

—Pues habrá regresado a España, y concretamente a Marbella, en espera de nuevos acontecimientos. En este momento no tiene idea de salir de esta encrucijada.

—Hay que reconocer que no se esperaba nada de la jugarreta que le hicimos.

—Simplemente nos adelantamos… La de él no era menor —advirtió María con una respuesta ágil y brillante.

La ciudad de Akureyri era limpia y ordenada, como salida de la ducha. Todo estaba en su sitio y cada lugar tenía lo que era necesario tener. Nada que sobrara pero, también, nada que faltara. El banco en el parque en el lugar exacto; paseantes los necesarios y las tiendas con lo preciso. Una cafetería, en el centro de la calle peatonal, marcaba el punto de inflexión donde terminaban las oficinas y viviendas y comenzaba el recreo y la vida nocturna, aunque en esos días de nocturna tenía poco. La luz, y más en el norte, era prácticamente completa y continua.

Tomaron una cerveza en uno de los bares de la zona peatonal distrayéndose con el ir y venir de los transeúntes, bien solos, bien acompañados en grupo o bien sentados, como ellos, en una mesa contigua. No entendían el idioma. Era extraño. De cuando en cuando alguno soltaba una frase en inglés que llegaba a los oídos de María, era inteligible. Un espectáculo singular. Tenían la clave para entrar en un banco y ser millonarios y estaban allí, tomando una cerveza, en un mundo apartado, remoto, alejado de su manera de vida y de sus costumbres, tratando de poner tierra de por medio, evitando que les sorprendieran los delincuentes que les perseguían. Todo muy peliculero, muy al estilo de los filmes actuales. Una pareja que huye, unos esbirros que les persiguen y un tesoro escondido esperando que alguien vaya por él.

—¿Te has fijado en la escultura de bronce del dios nórdico Thor que la llaman estatua de Eyrarland? —inquirió Alberto que siempre tenía un buen ojo para la historia—. Lo leí en el avión que nos trajo a Reikiavik y también que los comerciantes residen en la zona sur de la ciudad y las clases trabajadoras en la zona norte —explicó Alberto con cierta satisfacción de dejar su pabellón personal bien alto.

Al regresar al hotel, subiendo una calle suavemente empinada, se enfrentaron con la iglesia de Akureyri, el templo principal de la ciudad y que pertenece a la Iglesia Nacional de Islandia de rito

luterano evangélico.

El hotel era de corte nórdico, madera y diseño sobrio y elegante. Tomaron una copa en el comedor, frente a grandes ventanales con vistas al lago bajo una luz tenue, como un velo translúcido y evanescente que cubría todo el entorno. Los clientes se arracimaban alrededor de varias mesas frente a una cena servida como un buffet rápido y escueto. Todo estaba medido, hasta los licores que en lugar de botellas los servían en copas. Muy prudente, al menos para el bolsillo que siempre lo agradecía. La luz seguía iluminando intensamente el entorno.

Capítulo 34

Asher Rodrigues Nunes y Adina Calaf Abolafia vivían con su hijo varón Levy de catorce años en un pueblecito de doscientos habitantes. Poseían un pequeño negocio. Eran tenderos, y su familia llevaba allí desde el siglo XVI en el que emigraron sus antepasados que fueron expulsados de España. Pertenecían a los sefardíes, de las comunidades judías de la Península, que mantuvieron la lengua judeoespañola. En virtud del edicto de Granada, los judíos fueron expulsados de España el 31 de julio de 1492. Se establecía la obligación de abandonar el territorio español de todos los judíos, salvo aquellos que se convirtiesen al cristianismo. La mayoría de los sefardíes optaron por el exilio.

Gran parte de ellos se diseminó por los Balcanes, Europa occidental, el Magreb y el Nuevo Mundo. Sin embargo, una pequeña comunidad, concretamente una familia fue a una lejana y desconocida isla en el norte de Europa. Pero la diáspora no fue directa desde Barcarrota. Inicialmente esta comunidad se desplazó al norte de Europa, concretamente a la ciudad de Amberes. Siempre mantuvieron la tradición cultural, rica y diversa. Por lo tanto, a lo largo del siglo XVI pequeños grupos de judíos conversos o de sus descendientes que habían conservado su identidad judía, los marranos, abandonaban la Península en dirección a un exilio desconocido. Transportaban con ellos la cultura y la llave de su casa, con la ilusión, de regresar a ella un día no muy lejano. Los marranos eran odiados porque al ser judíos, su sangre así lo decía, su conversión al cristianismo era en cierto modo falsa. Por eso al ir al exilio podían, de nuevo, adquirir sus costumbres y desarrollar sus creencias sin influencias externas como era la Inquisición. Tomás de Torquemada era un nombre que angustiaba simplemente con pronunciarlo. La gente temblaba con solo oírlo. Ámsterdam y Hamburgo significaban esta libertad de pensamiento. Allí tenían la oportunidad de ejercer sus prácticas religiosas de una manera libre e independiente. Muchos judíos que durante años habían nacido y vivido como nuevos cristianos, su sangre siempre era judía, ahora tenían la oportunidad de aprender hebreo, ir a la sinagoga y cumplir con los mandamientos judíos, el mitzvot.

Sin embargo, había otros judíos que estaban más interesados en las oportunidades económicas que estas ciudades les brindaban que en volver al judaísmo. La familia de Francisco Peñaranda quería mantener y aunar al mismo tiempo sus creencias junto al sueño de

una vida próspera en libertad. Al menos parecida a la que tenían en España.

De esta manera Burdeos, Hamburgo, Londres, África, los Balcanes y el Nuevo Mundo recibieron gran cantidad de comunidades. Francisco de Peñaranda, el médico de Barcarrota, después de emparedar los libros, y con el miedo en el cuerpo por la Inquisición, se dirigió con su familia a Olivenza. Sus herederos, varias generaciones posteriores, salieron de España y se dirigieron a Amberes. Durante mucho tiempo participaron plenamente de la vida comunitaria de esa ciudad.

La caída de la Granada musulmana, y la expulsión de los judíos a lo largo de los siguientes años, significó un movimiento sociológico y cultural de capital importancia. El desarraigo fue suplido con creces por su amor al trabajo y su enorme responsabilidad en un esfuerzo continuo por ir hacia adelante.

Económicamente, los judíos constituían un segmento fundamental de la población allá donde iban y Amberes no fue una excepción. Dado que muchos judíos tenían relación con sus familias, en el extranjero, no fue difícil para los descendientes de Peñaranda tomar contacto inicial con ellos y de esta manera comenzar una nueva vida. Cuando la familia del médico de Barcarrota llegó a Amberes no había más de doscientas personas viviendo en la ciudad. Todos ellos le ayudaron los primeros días y, poco a poco, fue progresando y asentándose en una nueva vida y un proyecto diferente.

Más tarde se desplazaron a Ámsterdam, dada la mayor permisividad que esta población tenía hacia las prácticas del judaísmo. La mayoría de esta población eran criptojudíos o descendientes de los mismos por lo que integrarse en la comunidad no fue difícil. Durante algunos años se desplazaron a Hamburgo con el fin de dedicarse al negocio del azúcar y de las especias, a consecuencia del embargo español contra los Países Bajos, pero ya en 1640, con la independencia de Portugal, los negocios comenzaron a recuperarse. Aunque la población sefardí disminuyó rápidamente para ser reemplazada por la asquenazí, más modesta y dedicada principalmente a la artesanía, los herederos del médico mantuvieron incólumes sus principios. Fueron, principalmente, las actividades económicas y el trabajo los que les abrieron las puertas allá donde iban. Los parientes de Francisco Peñaranda, siglos después, se encaminaron a una ciudad desconocida, Akureyri. Alguien les había hablado de ella. Comenzaba su desarrollo y aceptaba, con aperturismo, a todos los que iban con ganas de que trabajaran y apoyaran el desarrollo económico. En Ámsterdam recibieron la influencia de los sefardíes que venían de los Balcanes y por ello el ladino fue una lengua que utilizaron, de vez en cuando, entre ellos.

Entre las cualidades que mantuvieron estaba el sostenimiento de la

cultura que recibieron de una región de España, llamada Extremadura. Una tarde hablaban en su idioma, el judeoespañol o ladino, vestigio del que hablaban las comunidades descendientes de los judíos, que vivieron en la península ibérica hasta 1492. Se les llamaba sefardíes. Deriva del castellano medieval con ciertas aportaciones hebreas e influencias del turco y del griego. Hay dos versiones del judeoespañol: el ladino, hablado en los Balcanes y en otras regiones, y el haquetia hablado en Marruecos. La influencia cultural del ladino fue superior por el número de personas que lo hablaban.

Comentaban la valentía de su antepasado Francisco de Peñaranda, médico converso que fue expulsado de su pueblo natal, Barcarrota, en la provincia de Extremadura. La expulsión de Sefarad, así llamaban a España, significó que las familias tuvieran que malvender sus pertenencias y huir con lo imprescindible; había dos cosas que nunca olvidaron y siempre conservaron, el idioma —que en la distancia recibió el nombre de judeoespañol o ladino— y la llave de la casa. Fueron las mujeres las encargadas de guardarlas y transmitirlas a lo largo de siglos, de generación en generación. La presencia de la llave ha sido signo de fatalidad en el destino y esperanza en el regreso. Esta llave abría y cerraba el destino.

Asher Rodrigues Nunes y Adina Calaf Abolafia tenían la llave de su casa y abrigaban la esperanza de un día, más bien cercano, volver a vivir en ella. En sus sueños una puerta quizás perdida y una cerradura olvidada en el paso del tiempo. Pero los sueños, sueños son y hay que guardarlos en la intimidad. Algunos se convierten en realidad pero otros muchos no pasan de ser una evocación del deseo.

—Tenemos que ir a conocer nuestra antigua morada —señaló Asher —. Kien munço se lo pyensa non se va en Yerusalayim—. Su nombre significaba felicidad y lo demostraba a todas horas.

De siempre esta familia insertaba frases del ladino en sus conversaciones y, a diario, estudiaban la tradición judía de la época medieval. Habían conservado el idioma de generación en generación. Su objetivo era aumentar el nivel de conciencia, la cábala, los misterios del judaísmo. De aquí procede la explicación de «hacer cábalas», es decir dar muchas vueltas a las cosas con el fin de entenderlo todo. Asher y Adina, al atardecer, en invierno sin luz y en verano con la luz intensa del círculo polar, discutían y comentaban todos los acontecimientos del día.

—El amigo ke no ayuda y el kuçiyo que no korta, ke se piedran poco emporta —contestó Adina.

Levy escuchaba con mucha atención todas las conversaciones y aprendía con cada palabra y cada consejo que recibía. Cuando él tuviera la edad conveniente sería, también, responsable de esta transmisión.

María y Alberto estaban sentados en el hotel, frente a los grandes ventanales que recibían la luz polar, y junto a ellos, en una mesa contigua, una pareja a la que no entendían correctamente lo que hablaban, comentaban historias lejanas de sus antepasados.

La mujer se les acercó, ante su mirada de extrañeza, y les dijo que ellos «avlavan una manera de espanyol ke no podian entender fasilmente aunke era un poko diferente del kastiliano». Les dijo que «una jeneración detrás de la otra durante serka de 500 anyos, por fidelidad no tanto a la kultura de los Reyes Katolikos de la inkizision, sino ke a una lengua i a una kultura ke sus antepasados avian ayudado a krear i ke konosian mijor ke munchos de los ke avian kedado en Espanya».

—Sovre la leche ke se vertio no vale yorar. No Kale yorar ni lamentarse por el tiempo pedrido sino ke bushkar a ver kualo puede ser echo agora, aunando muestras fuersas afin de salvar lo ke keda ainda, i no es poko, de la erensia kulturala djudeo-espanyola —sentenció Asher con la prudencia que siempre le caracterizaba y terminó diciendo—: En tierras ajenas yo me vo murir.

Alberto y María estaban maravillados por hablar con esta familia que les retrotraía a tiempos lejanos, más allá de quinientos años. Era como la reencarnación con el eslabón perdido de sus antepasados. Allá lejos, en el tiempo y en el espacio, quedaba Extremadura, la tierra desconocida y los rigores de los inviernos inquisitoriales. De pronto, como brotando en la historia, aparecían unas personas que rememoraban una patria lejana, unos recuerdos antiguos y unas ilusiones venideras.

—¿Entonces sus antepasados vinieron de España? —se atrevió a preguntar Alberto.

—Faze kinientos anyos, en un dia adshuera de lo ordinaryo, un antepasado de los miyos, doktor deum kazal yiamado Barkarrota, se deshidio a inisiar una yornada kon su famiya a una tierra estranya. Se fuyian de la inkisision —dijo Asher, con una sonrisa triste y una mirada perdida en el espacio de la historia.

—¿Qué es lo que les llevó a tomar esta decisión? —La pregunta de Alberto era fruto de su curiosidad periodística. Enseguida vio la posibilidad de escribir algo relacionado con este tema.

—Eran preseguidos por su vida libarada. Tinyan en su kasa una biblioteka ke estaba proivida por el Santo Oficio. La posesión de stos libros era denusia asegura i enkamino a las fogueras. Ante stos desaprontos de desidieron a fuyir.

—¿Qué libros eran? —La indagación de Alberto no tenía límites, aunque cuidaba con esmero no mostrar una inquietud mayor de la necesaria.

—Eran munchos livros. Uno de eyos, alo menos es lo ke muestroz

antepasados moz an transmitido. Se avia una edision muncho especialoza del «Lazarillo de Tormes». Kreyemos ke ste era el mas emportante, dainda ke tambyen stava el livro del «Alboraique» (Alvoraike) kontra los djudios konvertidos, ansina komo la tefila de la Emparedata, una edision latina de la Lingua de Erasmo de Rotterdam ansina komo dosh tratados de kiromansia, un tratado chiko sovre eksorsismos i un eskrito italyano sovre sekso. Las linguas de stos libros eran kastilyano, portuguezo e italyano. Mueztro antepasado konosia stas tres linguas.

—¿Todos estos libros estaban prohibidos? —inquirió María, que hasta este momento había permanecido callada.

—Todos akomprendiran el miedo i la presa por salir de la Espanya. El ke se eça kon gatos se alevanta areskunyado —terminó Asher de hablar en ladino.

María y Alberto no daban crédito a lo que estaban oyendo. Una familia, en un lugar alejado de la cultura occidental a la que estaban acostumbrados, les relataba historias de su país, de un tiempo que ellos solo conocían por la historia. Se lo habían contado y leído en los libros.

María al oír lo que Asher estaba contando palidecía por momentos. No estaba muy segura de lo que estaba pensando pero intuía algo muy especial. Recordaba que al abrir la caja de seguridad, en el banco, junto con el dinero estaban una serie de libros antiguos. No tuvo tiempo de ver cuáles eran, pero de lo que sí estaba segura es que uno de ellos era el Lazarillo de Tormes. El mismo libro que, ahora, sus vecinos de mesa estaban comentando. Todo le parecía un sueño, una enorme casualidad de la historia que, de pronto, se levanta como un monstruo y les hechiza envolviéndoles con el sortilegio. Tenía urgentemente que conocer la respuesta. El secreto no podía estar encerrado más tiempo.

Ante ellos una encrucijada. Si su sospecha se confirmaba, si de verdad eran estos libros los que Asher estaba hablando, esta familia eran los verdaderos dueños de la arqueta y de todo su contenido.

La velada transcurrió entre anécdotas de la historia y comentarios sobre la égida del pueblo judío, la llave de su casa y el idioma ladino. María y Alberto podían mantener una conversación satisfactoria ya que todo lo que hablaban sus contertulios era comprensible para ellos. Disfrutaban con las vivencias que a Asher y Adina les habían transmitido, de generación en generación, sus antepasados. Les contaron que la Cábala es un método simple que estudia la posición del ser humano en el universo. La sabiduría de la Cábala nos enseña por qué existe el hombre, por qué nace, por qué vive, cuál es el objetivo de su vida, de dónde viene y adónde va cuando completa su vida en este mundo.

Es el único método para alcanzar el mundo espiritual, una disciplina y escuela de pensamiento esotérico relacionada con el judaísmo que utiliza distintos caminos para analizar la Torá, el texto sagrado de los judíos. Los cristianos, decía con afán docente, lo denominan Pentateuco, y representa los primeros cinco libros de la Biblia. En el siglo XVI, cuando los descendientes de Francisco de Peñaranda partieron de España, la Cábala era una disciplina más dentro del conjunto de la ciencia rabínica. Este estudio esotérico estaba limitado a una pequeña élite que lo transmitió. Su obra maestra era el Zohar, que se imprimió en Italia en 1558. Nos conectamos directamente con acontecimientos mágicos que en nuestro estado de conciencia no entendemos cómo funcionan. La Cábala no es magia. La magia implica el uso de fuerzas superiores ocultas para manipular a la gente, conseguir lo que se desea y obtener determinados resultados para beneficio personal en detrimento de otra persona. Es una transformación interior

Si usted no entiende lo que está escrito en la Torá o la Guemará, tampoco entenderá la Cábala. Estudiarla es un fascinante viaje. Cambia nuestra perspectiva del mundo y la gente a nuestro alrededor revelando aspectos de nuestro interior que nunca supimos que existían. Es un viaje de revelaciones que afectan a todos los niveles de la vida: nuestras relaciones con la familia, amigos, y compañeros de trabajo. La Cábala establece sencillamente que cuando sabemos cómo conectarnos directamente con el Creador, sin ningún intermediario, encontraremos nuestra medida interna. Esta es la meta de la Cábala: ayudarnos a hacer y mantener contacto directo con el Creador. Cuando lo hacemos, no necesitaremos más guía. En síntesis, la Cábala es el único método para alcanzar el mundo espiritual. Nos enseña acerca del mundo espiritual y, de esta manera, vamos desarrollando un sentido adicional. Con la ayuda de este sentido podemos establecer contacto con los mundos superiores.

Asher les había explicado con todo lujo de detalles una tradición milenaria de contenido religioso que movía a las personas a la introspección y la reflexión. Una lección que no olvidarían.

Capítulo 35

Al día siguiente María y Alberto decidieron seguir su viaje por la isla. Saliendo de Akuryri se dirigieron a la cascada de Godafoss, conocida también como cascada de los dioses. Atravesaron la península de Tjörnes hacia Asbyrgi en plena garganta de los dioses para posteriormente alcanzar la cascada de Dettifoss, el mayor salto de agua de Europa. El hotel Gigur Myvatn en el lago que lleva este mismo nombre fue la última etapa de su jornada. Un hotel sobrio, de madera clara, con grandes ventanales al lago y un área muy agradable para copas y cenas. La habitación sin elementos lujosos, sin embargo, tenía todo lo necesario y presentaba un cierto nivel estético que contrastaba con la parquedad arquitectónica del exterior. En suma un hotel que tenía todo lo necesario, nada que sobrase ni nada que faltara. La temperatura exterior era fría. El ambiente húmedo. Por la noche refrescaba, a pesar de que la luz permanecía hasta las once o las doce. En pocas semanas la luminosidad se haría dueña de la noche.

—No hemos comentado nada del encuentro de esa pareja de sefardíes —dijo de sopetón Alberto nada más entrar en la habitación.

—Eran típicos. Muy curioso todo lo que comentaban.

—Me refiero específicamente a lo que manifestaron acerca del libro. Curioso sí que es… Nunca lo hubiera imaginado —expuso Alberto, mientras deshacía su maleta.

—Lo que está claro es que son los dueños de la arqueta y de los libros. Su propiedad les corresponde a ellos, al ser herederos directos del médico de Barcarrota.

—¿Qué crees que debemos hacer? —Alberto se deshacía en dudas.

—Pues no lo sé. Quizás debamos terminar el paseo por la isla y como sabemos dónde viven al regreso les decimos algo. Tenemos unos días para pensarlo.

—Eso parece ser lo más prudente —alcanzó Alberto, a balbucir una frase que cerraba la discusión.

—No parece que lo tengas claro —añadió María, más dubitativa aún.

—Es que verdaderamente son los dueños, y tan buenas personas que me da pena engañarles. Aunque solo sea una posibilidad remota. No me quedo tranquilo. Algo tenemos que hacer.

—No te apures. Tenemos unos días para tomar la decisión y sea cual sea, tomaremos la correcta. Sabemos dónde tienen el negocio.

La zona dedicada a los restaurantes era amplia, abierta y con varias

mesas donde, en estos momentos, los clientes del hotel comenzaban a cenar. La luz, tenue y evanescente, se difuminaba en el entorno a manera de velo translúcido y trasparente, envolviendo suavemente y transmitiendo una atmósfera de fantasía y quimera. Algo imaginario que estimulaba la ilusión del que en ese instante entraba en ese lugar. María y Alberto se dejaron llevar mezclándose con la irrealidad del ambiente, un paisaje extraño, y por decirlo de alguna manera, insólito y extraordinario. No pusieron reparo ni objeción a la impresión que les causó la visión. Desde que habían conocido a los sefardíes, su manera de entender las diferentes situaciones que se les presentaban había cambiado ostensiblemente.

Se sentaron, en silencio, en una mesa libre junto a un gran ventanal. Durante breves minutos tuvieron que imponerse al inexplicable escenario que ante sí tenían. Cenaron con un mutismo fuera de lo normal y, de esta manera, se dirigieron a la habitación. No hablaron nada. El sueño les envolvió con su encanto. Dejaron que se apoderara de ellos sin presentar discrepancias. Era la noche mágica de las fábulas e ilusiones.

Al día siguiente, cuando la luz se colaba por la ventana a manera de filo de cuchillo, simplemente, un destello de luz entre las cortinas, decidieron que algo tenían que hacer con los libros. No eran los auténticos propietarios y una familia que, a través de generaciones, ha paseado su recuerdo por Europa, debía de conocer la verdad. En algún momento deberían reunirse, de nuevo, con ellos.

—¿Fueron tan difíciles estos años? —preguntó de sopetón María nada más abrir los ojos.

—Pudieron ser mejores. Todo mi afán era primero enterrar mis recuerdos para después, descubrirlos abriendo las cajas. Tú no estabas allí.

—¿Y ahora qué haremos? —se atrevió a preguntar María.

—No lo sé. Quizás te acompañe a tu casa como todos los días— rememoró los años del colegio.

—Ese tiempo ya no volverá.

—Nunca se puede negar el tiempo pasado. Tú lo negaste cuando huiste de mí.

—No era una huida. Era, simplemente, un camino equivocado.

—¿Una dirección prohibida?

—Llámalo como quieras —cortó María sin contemplaciones.

—En algún momento tenías que haber llegado al stop.

Afuera un ligero viento movía los árboles del borde del lago y levantaba en suaves crestas sus aguas.

Alberto miraba a través de la ventana el paisaje frío de la mañana. María desde la cama, aún sin levantarse, intentaba cortar los recuerdos de su vida.

—No sabes lo que he pasado. Tu vida ha sido más sencilla, más natural. La mía un auténtico vendaval al que yo no me podía negar. Me llevaba, me transportaba de un lugar a otro, cada vez más distante, y yo como espectadora de mi vida sin poder oponerme a estos cambios. Era una hoja mecida por la brisa, a veces viento y otras huracán, pero siempre de un lado a otro. Nunca era yo; era una sombra que se movía en función de las circunstancias. Tienes que comprenderlo. Tú estabas en tu ambiente, con tus libros y regalos sin interferencias externas, sin embargo yo estaba condicionada por un ambiente perjudicial, unos acontecimientos que no podía ni sabía manejar. Nada era mío. Todo dependía de otras fuerzas e injerencias externas.

—Podías haber confiado en mí. Una sencilla llamada y hubiera acudido en tu ayuda.

—No podía… no quería involucrarte en mi vida. Por tu seguridad…

—Yo lo hubiera hecho.

—Ya lo sé… y por eso no acudí a ti.

Sobre la mesilla de noche el paquete de cigarrillos, el bolígrafo y las coronas islandesas. En una esquina las tarjetas de crédito. Al descorrer los visillos la luz inundaba, con fuerza, la habitación. Todo era desorden, la ropa del día anterior sobre la silla, la colcha en un rincón, el celular en plena carga. «La batería cada vez dura menos. No sé a dónde vamos a llegar», indicaba Alberto mientras María se debatía con la verdad desnuda de lo que fue su vida. Ya no podía cambiarla, por mucho que lo intentara. Se había explayado ampliamente. Abrió su corazón a la persona que en ese momento tenía más cerca, tanto física como anímicamente.

—No todo ha sido mi culpa. Las circunstancias me han llevado por estos derroteros. No podía ir en su contra.

—¿Lo intentaste?

—Por supuesto cada día, cada momento, cada instante, pero estaba prisionera de mi destino. Me sentía enjaulada, un pájaro sin alas.

María tomó un cigarrillo. Quería ganar tiempo.

—No debes fumar antes del desayuno.

—Así me despejo. —Expelió una bocanada de humo.

—Fueron tiempos complicados. Mi familia me presionaba para que cortara… para que cambiara de rumbo. Por otro lado yo estaba enganchada a esta vida de lujo, de dinero, de despilfarro. El dinero entraba a raudales y salía como ingresaba. No había medida ni templanza en el gasto. Eso para mí era… estaba enganchada, seducida por este movimiento y nada ni nadie podía apartarme de él. El ritmo de mi vida era frenético. No quería saber nada de la verdad que encerraba este ambiente.

Alberto seguía, impasible, mirando por la ventana. La luminosidad

era cada vez más intensa, más penetrante. Estaba enredado en sus pensamientos.

—Mientras tú seguías por este camino yo me dedicaba a enterrar cajas y más cajas en un cementerio solitario.

—Todos lo son —acertó a contestar.

—Unos más que otros. El mío era intensamente desolado. Una habitación cerrada, sin ventanas, sin luz, sin más vida que la que surgía cada vez que se abría la puerta y penetraba yo.

—Creo que no debemos mirar hacia atrás. Lo hecho ya no puede ser reconducido. Claro que tampoco olvidado. Ahora debemos preocuparnos por el futuro. Ante nosotros tenemos una caja de seguridad, un dinero y unos libros.

—Y una familia sefardí heredera de un patrimonio histórico. No lo olvides —remarcó Alberto.

—Desde que tomamos contacto con ellos no se me olvidan. Algo habrá que hacer.

María se levantó y se puso a ordenar, con desgana, la habitación. Había poca ropa pero la que tenían estaba revuelta. En el armario un par de pantalones, unas camisas y el anorak estaban colocados correctamente. El resto desperdigados.

—Debemos vestirnos para bajar a desayunar. Ya han abierto el comedor. No sigas ordenando pues seguimos el viaje.

El coche estaba aparcado en la puerta del hotel. Pagaron en efectivo.

—Es mejor no dejar huellas —dijo María ante la mirada de extrañeza de Alberto por no pagar con tarjeta.

Dieron un corto paseo por el lago, donde se albergaba la mayor concentración de patos y cisnes. Era un lugar de gran importancia geológica y volcánica.

Más tarde llegaron a Grjótagja, una fisura con aguas termales. Un lugar exquisito donde tomaron un baño en las instalaciones de Nature Baths. La gente disfrutaba en este sitio preparado para dar al turista toda suerte de facilidades, bañadores, toallas limpias, duchas…

Atrás quedaban los problemas, la caja de seguridad, la huida de Gotemburgo, las pesquisas de Jukka, la llave de la caja. Ahora lo que importaba eran las aguas termales, la calidez de sus aguas, la caricia en la piel. Olvidarse de todo, hundirse en el presente, dejar los recuerdos. Nadaron, durante un buen tiempo, en aguas acogedoras. Postergaron los asuntos, dejaron a un lado los conflictos. Tiempo habría para darles salida, para buscar una solución aceptable. Sabían dónde encontrar al matrimonio judío. Junto al borde de la piscina, era más bien un gran lago, las toallas esperaban poder acariciar los cuerpos. Todos los turistas que allí estaban se olvidaban de todo, huían de su pasado. Entraban y salían, dejaban de lado su vida antes

del agua termal, abandonando los problemas en el borde de la piscina. Ya dentro, todo era diferente. Las dificultades tenían otra dimensión, otra proporción. Se veían de distinta manera.

—Qué verdad es esa de que las soluciones a un problema no pueden partir del mismo enfoque en el que se ha producido el conflicto —afirmó María con la filosofía cartesiana de la vida que la caracterizaba; una frase lapidaria.

—Ahora no pienses en nada. Déjate llevar por la dulzura de este lugar.

María, en ese instante, obedeciendo, cerraba los ojos y se dejaba llevar por una suave corriente que la mecía de un lado a otro.

Después tomaron un café y se conectaron por wifi para conocer noticias de España. Todo seguía igual. Los políticos, unos contra otros, la bolsa bajando, la vivienda subiendo y la vida cada vez más cara. Un accidente de tren, el regreso del fin de semana con los sucesos de turno. Una joven que había desaparecido. Una mujer muerta a manos de su marido. Nada había cambiado desde que salieron.

Tomaron dos cafés cada uno. Era la hora, para ellos, en que parece que se interrumpe el mundo. Una mañana fresca y fría con un sol que asomaba, tímidamente, por el horizonte.

Se dirigieron con el coche en dirección al este por la planicie de Jökuldalssheiöi hacia un área muy fértil llamada Fljotsdalur. Allí en un pequeño pueblo, se alojaron en el hotel Valaskjalf. Era como todos, sobrio, mucha madera y amplias ventanas al campo. En el gran aparcamiento varios autobuses de turistas y coches con familias. Era la hora de la entrada de los turistas. La recepción estaba a tope. No daban abasto las dos señoritas rubias, guapas y altas, tanto como inexpertas. Tuvieron que esperar una buena media hora; no había prisa. Se lo tomaron con calma. El tiempo era lo que les sobraba. La experiencia en turismo era nula.

Capítulo 36

Mientras Alberto y María entraban en la habitación del hotel, Carlos y sus compinches estaban reunidos en un chalet de Marbella. Jukka les había dado toda clase de información pero la pista se había perdido entre Oslo y Reikiavik. No sabían si habían llegado a la isla. Los dos secuaces que se habían desplazado hasta allí habían llamado desde el hotel, en el que les indicaron que estarían, y nadie supo darles respuesta. Habían esperado tres días sin ningún dato que les hiciera pensar que habían llegado. Recorrieron la ciudad, de arriba abajo, sin ningún resultado. Esperaban instrucciones pero su idea era regresar a España. Allí no hacían nada más que pasar frío.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntaron después de dar la información pertinente.

—¿No hay ninguna posibilidad de que hayan llegado a la isla? —preguntaron desde la distancia.

—Creemos que no. Hemos dado vueltas y no se les ve. Si estuvieran aquí, con seguridad, habrían paseado por la calle peatonal. Aquí todo el mundo, más pronto que tarde, se encuentra en ella.

—En ese caso esperar un par de días más por si aparecen y volver. No tiene sentido estar ahí gastando dinero y sin tener resultados. Ya exploraremos otras posibilidades.

—Está bien, si hay novedades llamamos.

Al cabo de los tres días señalados los dos secuaces iniciaron el camino de regreso. Había un vuelo directo a Málaga y reservaron dos pasajes.

Alberto y María, a una gran distancia, estaban en el hotel Valaskjalf. Esa noche durmieron a pierna suelta. Estaban cansados del coche. Habían recorrido una distancia que, sin ser muy larga, requería cierta atención ya que no conocían la zona y, además, debían estar atentos por si alguien les vigilaba. No era lo normal pero en esas circunstancias no podían bajar la guardia. Afortunadamente el día fue placentero. Visitaron muchos lugares y el recorrido que hicieron era muy estimulante. No estaban acostumbrados a esos paisajes.

Al día siguiente, la luz cada vez más intensa cuando entraban a desayunar, tenían el plan de visitar los fiordos del sureste, donde pudieron contemplar las impresionantes caídas verticales. El aire frío de la mañana, preñado de olor a hierba recién cortada, les inundó con su manto. Allí pararon un buen tiempo y alguien les dijo que no

debían dejar de conocer el museo de minerales de Petra, en un pequeño pueblo cercano llamado Stödvarfjördur. Era un lugar ciertamente interesante y original. Nunca habían visto nada parecido. Se trataba de una enorme colección de piedras y minerales de propiedad privada. Toda su vida Ljosbjörg Petra María Sveinsdóttir se dedicó a coleccionar toda clase de piedras y minerales allá por donde fue. Comenzó su colección en 1946 y desde entonces no paró. En el año 1974 decidió que su museo estaría abierto a las visitas. En el momento actual millares de personas lo han visitado.

—¿Qué te parece este lugar? —preguntó Alberto.

—Impresionante. Hay cerca de cien mil piedras recogidas una a una.

—Es curioso que se llame Petra la creadora del museo —Alberto siempre quería hacer el comentario sutil.

—Sus padres fueron visionarios o bien el nombre la marcó durante toda su vida. Desde su niñez hasta el día que falleció, en 2012, se dedicó a recogerlas allá por donde iba. Es un nombre poco usual en Islandia.

—Es de lo más original que he visto nunca.

—Cuántas horas dedicadas a este entretenimiento. —A María siempre la preocupaba todo lo relacionado con el tiempo.

—Al principio sí lo sería, pero después imagino que se convertiría en una obsesión y cada minuto de su vida lo dedicaría a buscar un mineral o una piedra que no tuviera.

—¿Las conocería todas?

—Imagino.

—Yo creo que será difícil conocerlas —sentenció María mientras cruzaba la puerta y se dirigía al coche aparcado al otro lado de la carretera.

—¿Cuál es el plan ahora?

—Me han comentado que hay una granja y un museo popular en Skagafjördur que enseña cómo se vivía en el siglo XIX y el ambiente de la época.

—Puede ser interesante visitarlo ya que estamos por aquí y no tenemos otra cosa que hacer.

El guía señalaba que durante siglos hubo una granja sobre esta colina y las casas fueron variando según las necesidades de los granjeros. Según la tradición oral, comentó, en el siglo XI fue Snorri Þorfinnsson quien hizo construir la primera iglesia en Glaumbaer.

—Como ven ustedes, la situación de la granja es estratégica y presenta unas vistas muy bonitas. La granja está construida en turba con los muros en piezas de césped seco. Esto se debe a la falta de piedra en esta región. No hubo más remedio que utilizar la turba. Para el revestimiento de la casa se utilizó madera que llegó al país por las

corrientes de mar.

A continuación, Alberto y María dieron una vuelta por la granja visitando las distintas habitaciones donde había lámparas de aceite de hígado de pescado colgadas en las paredes. En la cocina estaba el fogón que se utilizaba para ahumar carnes y pescados. Funcionaba con turba y estiércol de cordero secado procedente de los establos. En la despensa estaba la escudilla que utilizaba cada persona para comer y recibía el nombre de «askur». Había un cuarto de huéspedes que se utilizaba también como sala de estar o sala de clase donde los niños estudiaban con el pastor de la iglesia. El nombre de esta habitación era el de «chaparrón» o «gusa» debido, según cuenta la tradición a que una vez que los niños molestaban, con sus voces, la abuela les lanzó el contenido de su orinal. De aquí el nombre de gusa o lluvia. En la habitación principal se cardaba la lana y se hacían prendas de punto. Al terminar la jornada se convertía en el dormitorio principal, pero durante el día mientras las mujeres estaban cerca de la ventana, por la necesidad de trabajar con luz, tejían y cosían, los hombres, más al interior, tallaban la madera y elaboraban sogas de crin.

—¿Al estar en espacios reducidos el contacto de las personas podía ser molesto? —preguntó Alberto al guía.

—El mutuo respeto solucionaba los problemas. El derecho a la privacidad era fundamental. Lo que una persona guardaba debajo de la almohada quedaba fuera del alcance de los otros y nadie podía entrar en este secreto. De aquí el modismo islandés de «tener mucho debajo de sí» o lo que es lo mismo «estar forrado».

—¿Y el frío?, ¿no era un contratiempo?

—Al no tener calefacción, los vestidos de lana protegían el cuerpo de las bajas temperaturas. También las propiedades aislantes del césped islandés de los tejados, que retenían el calor, favorecían un ambiente adecuado, aunque, por supuesto, no es el que disfrutamos ahora en nuestras casas —terminó su comentario el guía con una sonrisa.

—¿Tenían visitas en las casas? —seguía Alberto con sus preguntas. No quería que nada se le escapase.

—Hay que señalar que Glaumbaer era un lugar bastante frecuentado. Era normal que algún narrador de leyendas o recitador de poemas realizase una gira por la región tratando de amenizar a los moradores de la granja. También, de esta manera, estaban en contacto con las últimas noticias. Esta era la única distracción que tenían.

—Era una vida dura. No tiene nada que ver con la nuestra. —Alberto estaba demasiado influido por el ambiente que le rodeaba. El entorno de la granja le remontaba años atrás y a una subsistencia dura.

Después de la visita llegaron a la región de Höfn y realizaron una

excursión con motos de nieve por encima del glaciar. Fue una experiencia muy agradable. El hotel se llamaba Fosshotel Vatnajokull. Tenía todas las características de los otros hoteles, mucha madera para dar ambiente, buenas camas con sendos edredones y un cuarto de baño sobrio pero con todo lo necesario. Tenían tiempo hasta la hora de la cena y dieron un paseo. Se cruzaron con algunos de los turistas del día anterior. Había pocos hoteles y los viajeros siempre estaban en los mismos lugares. Era frecuente que o bien en coche alquilado, como ellos, o bien en autobús recorrieran la isla en círculo dando una vuelta completa. Después de cenar, ya con la luz que imitaba un velo translúcido a caballo entre una tonalidad gris y otra rosada, se dirigieron a la habitación para conectarse por wifi y leer las noticias de los periódicos españoles.

Asher Rodrigues Nunes y Adina Calaf Abolafia, relativamente cerca de donde se encontraban Alberto y María, discutían en su casa sobre el encuentro que habían tenido.

—¿Crees que eran buena gente? —inquirió Asher.

—Creo que sí, pero también sospecho que escondían un secreto —Adina, como mujer era más observadora.

—¿A qué te refieres?

—Sovre la leche ke se vertio no vale yorar.

—¿Pero se puede saber porque se vertió? —contestó Asher más práctico en la vida.

Se quedaron en silencio y al poco, Asher se levantó y se fue a una cómoda de madera que tenían en el dormitorio. La parte delantera de la casa era para la tienda en la que vendían toda clase de alimentos y en la parte trasera era donde vivían. No era muy grande la zona pero al tener solo un hijo se apañaban bastante bien. Una pequeña sala hacía las veces de cuarto de estar, comedor y lugar de reunión de la familia. Contiguos tenían dos dormitorios y un cuarto de baño, además de una cocina bastante grande para sus necesidades. Era todo el conjunto que habían podido conseguir después de varios años de duro trabajo.

El negocio iba bastante bien. Tenían la alimentación cubierta y aún podían ahorrar un poco todos los meses. La luz, el agua y la calefacción eran gratis debido a la cantidad de aguas termales de la región. El dinero que todos los meses guardaban era para su vejez. El colegio de Levy era gratuito y afortunadamente ponía buena atención en las clases. Los padres estaban contentos con el aprovechamiento escolar. Su vida era lo suficientemente monótona para que nada les alterase pero la conversación con Alberto y María les había perturbado un poco.

Asher sacó de la cómoda de su dormitorio una llave grande de

hierro forjado, componente simbólico de una historia, de un recuerdo, de un linaje que les acompañaría toda la vida. La añorada Sefarad se manifestaba de esta manera como muestra del fatalismo histórico y la esperanza en un regreso incierto. Los judíos se llevaron la ciencia y el comercio, dejaron los cristianos viejos con el tocino, la hidalguía, el jubón raído y la hoguera. Pero la llave ha pasado de padres a hijos a lo largo de los siglos y, ahora, la guardaban con todo cariño entre paños.

—Pan ke ayga en el sesto, ke sea blanko, ke sea preto —dijo Asher mientras, con sumo cuidado, como si se tratase de una alhaja, la envolvía entre lienzos de paño extremeño, el mismo con el que salió de Barcarrota.

Toledo de las tres culturas fue un ejemplo de tolerancia y esplendor cultural. El edicto de los Reyes Católicos en 1492: «Acordamos de mandar salir todos los judíos y judías de nuestros reinos y que jamás tornen ni vuelvan a ellos ni alguno de ellos» significó un antes y un después en la vida de Sefarad. Los judíos debían convertirse o ir a la diáspora con su lengua y su llave. Las razones pudieron ser varias, como el poder económico o el hecho de que los Reyes Católicos buscaban conseguir una entidad política unida que diera poder a la corona frente a la nobleza y al clero. El ladino les tuvo conectados, durante siglos, con España. Sin embargo, el idioma ha recibido una asimilación de vocablos del área local donde han convivido estas familias.

Mientras Asher colocaba, de nuevo, la llave en la cómoda, Adina se levantó y, con sumo cuidado, fue a acariciar la mezuzá, una pequeña caja colocada en la jamba del quicio de la puerta de entrada a la casa. Sus antepasados, al salir de su vivienda en Barcarrota, la tomaron para evitar que los nuevos moradores de la vivienda pudieran tratarla con falta de respeto. La colocación exacta de una mezuzá es en el lado derecho de la jamba de la puerta (al entrar en la casa o habitación). Se fija en la base del tercio superior de la jamba derecha del pórtico principal de la casa, en posición inclinada aunque es posible colocarla en una habitación, excepto en el cuarto de baño debido a su uso impuro. Se trata de una pequeña caja en la que se coloca un diminuto rollo de pergamino, el klaf, que contiene las palabras del Shema Israel pertenecientes al Deuteronomio en la que Dios ordena a los judíos mantener sus palabras en sus mentes y en sus corazones todo ello escrito en hebreo en veintidós líneas y setecientas trece letras. El significado de la palabra mezuzá es «dintel de la puerta» y el de Shema Israel el de «escucha Israel».

—Nunca me has explicado qué es lo que significa la mezuzá —afirmó Levy que permanecía muy atento a todos los movimientos de sus padres. Sabía que tenían un hondo significado pero no acababa de

entender cuál era.

—La colocación de la mezuzá se realiza en el lado derecho de la jamba de la puerta de la casa o de cada habitación. Se fija en la base del tercio superior de la jamba derecha en posición inclinada como compromiso entre Rashi, que afirmaba que debía ponerse en posición vertical, y de Rabbenu Tam, que defendía la colocación horizontal.

—¿Y cómo se fija al quicio de la puerta? —pregunto Levy admirado con las explicaciones.

—Se fija de manera permanente con clavos, tornillos o pegamento. Nosotros utilizamos este último sistema. La orientación es hacia donde se abre la puerta en la habitación. La parte superior apunta hacia adentro del cuarto y la parte inferior hacia el exterior. Muchas viviendas tienen una en cada habitación e incluso en la entrada a la terraza.

—Ahora entiendo que cada vez que entráis o salís de la casa la tocáis. No entendía el significado.

—Cualquier error o letra que falte invalida todo el pergamino y al mudarse a una nueva casa hay que colocarla en el primer mes. Al irse de la casa si el siguiente ocupante es judío se pueden dejar para evitar obras innecesarias y además es considerado como irrespetuoso. Sin embargo, deben de pagar el costo de las mezuzá en el caso de que no quiera poner las suyas.

Alberto y María ya se habían levantado. La luz que inundaba la habitación, les preparaba para un nuevo día. El jardín alrededor del hotel era de un color verde intenso. A pocos metros un pequeño lago rodeaba el entorno y a través de la ventana se podía divisar un paisaje rico y lujurioso donde se mezclaba la belleza y el encanto de la soledad.

Los más madrugadores paseaban por la orilla de la laguna. No era grande, pero sí lo suficiente para dar una nota de perfección a la panorámica. Ese día tenían un plan turístico interesante. Desayunaron abundantemente y después de dar un corto paseo por los linderos del hotel salieron hacia el glaciar Vatnajökull, el más grande de Europa como señalaban los carteles turísticos. Abarcaba una superficie de unos ocho mil kilómetros cuadrados y bajo su superficie se encuentran varios volcanes. En la laguna glaciar de Jökulsárlón realizaron una excursión, navegación muy interesante que les indujo a una alegría especial. El vehículo anfibio surcaba las aguas azules, con una gran celeridad, sorteando los icebergs flotantes. Allí pasaron parte de la mañana y al terminar se dirigieron a una cafetería cercana para tomar un bocadillo. Continuaron hacia el parque nacional de Skaftafell, un paraíso natural, donde dieron un largo paseo. Las dos horas dedicadas al parque fueron liberadoras de sus pensamientos; continuamente les

llevaban a todo lo que habían dejado atrás.

Carlos y los compinches en Marbella, Jukka y su malsana curiosidad en Gotemburgo, la caja de seguridad del banco, pero todas sus preocupaciones terminaban en el Lazarillo de Tormes y los otros libros propiedad de los descendientes de Francisco de Peñaranda. Ellos no eran dueños de ese tesoro bibliográfico, sino los depositarios provisionales del mismo. Debían de volver a sus auténticos dueños. Asher y Adina eran, según dijeron, los únicos descendientes directos del médico extremeño y a ellos les correspondía la posesión de los libros.

—Los libros, con toda seguridad, los dejó Carlos en la caja antes de dar la llave a Marcus. —María cada vez iba cerrando más el círculo.

—Pues esperemos que, esté donde esté, no se le ocurra tirar de la manta.

—¿A qué te refieres?

—¿No sabes lo que es tirar de la manta? —Alberto, como escritor en ciernes, había leído las explicaciones acerca de los judíos conversos—. Tirar de la manta es destapar algún asunto sucio o vergonzoso que se mantenía oculto y que podría resultar comprometedor para alguien. Sin embargo, la manta no se refiere a la prenda que cubre sino a unos grandes lienzos colgados en las paredes de las iglesias en los que están los nombres y apellidos de las familias que descienden de los judíos convertidos que permanecían en los territorios cristianos tras su expulsión.

—Por lo tanto tirar de la manta ¿significa investigar falsas conversiones?

—Así es. Lo que le hubiera pasado a Francisco de Peñaranda si se hubiera quedado en Barcarrota.

Sumidos en sus pensamientos atravesaron el campo de lava más extenso del mundo y la gran superficie de arena de Skeidarársandur, un lugar donde hubo una gran explosión volcánica, para llegar a la región de Vik. El hotel Dyrholaey les esperaba para un merecido descanso. Era como todos pero a ellos no les hubiera importado que hubiera sido de una categoría inferior. Estaban tan cansados que una buena cama era suficiente. Casi sin cenar se dirigieron a la habitación y, después de un corto tiempo dedicado a conectarse por wifi con las noticias de España, cerraron los ojos para el sueño reparador que merecían después de un día duro.

—¿Qué has pensado de los libros? —preguntó Alberto antes de dormir.

—No nos pertenecen —contestó tajantemente María—. Buenas noches y hasta mañana.

Capítulo 37

Lejos de ese lugar, a pleno sol de la mañana, tomaban unas cervezas y unos vasos de ron Carlos y su grupo, en un lugar cerca de la playa. Era un día donde el sol apretaba con fuerza, y a pesar de la hora temprana había ya gente bañándose y paseando por la orilla.

—¿Qué habrá pasado con esta pareja? —se atrevió a preguntar el que parecía que llevaba la voz cantante del grupo.

—Parece que se los ha comida la tierra —declaró Carlos, que se había puesto al mando.

—A mí me dijeron que iban a Oslo y después a Islandia. No podía haberme engañado esa tipa —dijo Jukka provisto de cualquier consideración hacia una mujer. Sus automatismos eran, así, un tanto miserables y rastreros. La marca de la casa por decirlo suavemente.

—Pues te engañó —contestó Carlos—. Eso parece estar claro.

—Es difícil, por no decir que es imposible. Con la cara que me lo dijo no podía mentirme.

—¿No lo entenderías mal? —preguntó Carlos, con un talante ácido que ejercía cuando las cosas le iban a contramano.

—Lo que dices es absurdo. Era un restaurante, estábamos solos ella y yo. No podía inventarse cosas que no correspondieran con la realidad. Si me dio estos datos era porque así eran. Otra cosa es que cambiaran casualmente de plan pero sin una idea prefijada. Cuando me lo dijo era el que iban a seguir. De eso estoy seguro.

—¿No podía ser que lo hubieras entendido mal? —insistió de nuevo, con ese punto canalla que le caracterizaba.

—Si una mujer te dice algo mirándote a los ojos, con una media sonrisa y coqueteando contigo, ¿crees que te está ocultando algo?

—¿Así fue?

—Tal y como te lo cuento. Fue una cena romántica y me faltó una cita más para… bueno, os lo imagináis —dijo Jukka muy ufano de pronunciar estas palabras.

—Pues tendremos que estar atentos a cualquier acontecimiento que pueda ocurrir.

En esos momentos de la conversación, ya con varias copas de ron y cervezas, no habían llegado a ninguna conclusión. Era una conversación dando vueltas como el cangilón de la noria alrededor de un punto, pero en este caso sin sacar agua. El sol, a esas horas, calentaba con fuerza. Los bañistas eran, ahora, numerosos y la conversación se estaba convirtiendo en pública. Decidieron retirarse al

apartamento a seguir con la discusión. Los oídos de la gente eran finos y no deseaban tener testigos de lo que decían. Podía ser peligroso.

Ya en el apartamento Jukka, ante una nueva botella de ron, insistía en sus razones. Ella no le había mentido. Era imposible que a él que manejaba con soltura una conversación, le hubiera traicionado. En un cuerpo a cuerpo y más con una mujer atractiva, que en palabras suyas pedía guerra, no tenía rival. Lo tenía todo controlado. Nunca le había engañado el sexo opuesto. Sus ojos, cuando le hablaba, no podían mentir. Su sonrisa tampoco. Eso estaba claro.

—¿Entonces por qué no se despidieron al irse del hotel al día siguiente de la cena?

—No lo sé. Era temprano y no querrían molestarme. Además, tampoco intimamos tanto como para que al marcharse me dijeran adiós, pero lo que sí que os digo es que la cena fue lo más íntima y romántica posible. Ella no me mintió. Lo afirmo con rotundidad. Partió después de la cena.

—Bien, dejémoslo así. Esperaremos que algo se nos ocurrirá —sentenció Carlos, con una mueca taimada, al tiempo que servía una nueva ronda de ron.

—Trae otra botella, que está acabada —dijo a uno de los suyos, el de los grandes bigotes y una pequeña cicatriz que le surcaba la mejilla—. Al menos beberemos y nos olvidaremos de los problemas.

El interpelado se dirigió a la cocina donde una caja de botellas aguardaba ser abierta.

—Mientras tanto seguiremos con nuestro trabajo. Hay que ocuparse de la droga y del cargamento que llega esta tarde al puerto en el yate de siempre. El destacamento de la policía que está de guardia ya está avisado y no debe haber problemas. Lo trasladáis al lugar que ya sabéis y regresáis, cuanto antes, al apartamento. Hay que desaparecer unos días hasta que saquemos la droga a la venta. —Las órdenes de Carlos eran para cumplirlas—. Ya tengo hechos los contactos y esto nos dará un buen dinero para aguantar un par de años.

—¿Tanto? —se atrevió a preguntar el lugarteniente.

—Tanto —contestó un lacónico Carlos con una risa sarcástica.

Capítulo 38

Alberto y María, a miles de kilómetros de distancia, se desperezaban con los primeros destellos de luz que a manera de filos de cuchillo entraban en la habitación inundándola con fuerza. Para ellos era el día de la marmota. Cada jornada comenzaba con la luz que penetraba por los grandes ventanales. El entorno no podía ser más generoso a esas horas de la mañana. La naturaleza parecía entrar por la ventana y desparramarse por el cuarto. El día amenazaba sol y lluvia fina. Nada raro ya que, en esa época del año, era lo que sucedía cada jornada. Desayunaron abundantemente. La noche anterior casi no habían cenado.

—¿Cuáles son las visitas que me tienes programadas para hoy? —Alberto se ponía en manos de María y así la vida le resultaba más fácil. Era ella la que llevaba la batuta en estas cosas. «Y en las otras también», repasaba, mientras se esparcía la mantequilla por la tostada.

—Hoy tenemos la visita de dos grandes cascadas, la de Seljalandsfoss y Skógafoss. Son espectaculares y merece la pena pasear por ellas. En una se puede atravesar, de lado a lado, por su parte posterior. Es una gozada, según me comentó el vecino de la mesa de al lado, antes de que bajaras a desayunar. Estuvimos charlando y me dio una buena explicación sobre esta región.

—Espero que no le dieras información como hiciste con Jukka.

—Parece una buena persona. Está viajando con su mujer y su nieta. Míralas, ahí bajan.

—Yo ya no me fío de nadie. Donde menos te esperas salta la liebre.

—No hablamos nada más que de la naturaleza de esta isla, lo prolífica que es.

—Y también lo desconocida. Antes de que nos sucediera esta situación no tenía idea de conocerla. No me había imaginado visitarla.

—Y menos conmigo —soltó de improviso María, al tiempo que se servía una nueva taza de café.

—Pues la verdad es que contigo hubiera sido la única persona que me imaginaba viajar.

—¿Y te arrepientes? —Sonrió al preguntarlo.

Alberto se quedó en silencio. Pensaba en ese momento lo tranquilo que estaba en su casa escribiendo y sin abrir las cajas. Su vida era una balsa de aceite. Nada le turbaba, nada le agitaba.

—No tenía sentido. —Se levantó para servirse un nuevo jugo de naranja.

—¿Qué no tenía sentido?

—Mi vida. Todo era monotonía, aburrimiento. No me daba cuenta pero me estaba hundiendo en la abulia, en la apatía constante.

—No me has contestado a la pregunta. ¿Te arrepientes?

—Supongo que no.

—¿Supones solo?

—Estoy seguro.

—¿Seguro de qué? ¿Quieres contestarme?

—De que no me arrepiento.

—Cuánto te cuesta contestar a una simple pregunta.

Con la conversación el restaurante se había quedado vacío. Eran los últimos clientes que aún estaban desayunando.

—¿Te das cuenta de que somos los últimos?

—Vámonos. Tienen que recoger y son muy cuadriculados. No dan ninguna posibilidad a algo que se salga de las normas estrictas.

—¿No me dejas que me tome otra taza de café? —preguntó Alberto. A esas horas siempre repetía con el café. Era su droga.

—Tómatela. Te espero fuera fumando un pitillo. —Esa era la droga de ambos. Los camareros le miraron con cierto recelo al darse cuenta de que iba a repetir el café pero, serviciales en lo posible, no pusieron ninguna traba. Alberto al darse cuenta que la idea no era bien acogida por el personal se tomó la taza rápidamente y salió a la calle.

—Un día precioso —se atrevió a comentar.

María y una pareja de turistas fumaban tranquilamente mientras conversaban de cosas intrascendentes.

—Hoy también vamos a ver los manantiales termales de Geisyr —soltó de improviso María—. Dicen que este nombre es el que se ha dado a todas las fuentes termales del mundo.

—¿Quién te lo dijo?

—Esta pareja con la que hablé mientras fumábamos.

—¿Sigues hablando con extraños?

—Les pedí fuego. Me lo había dejado en la habitación y además no vamos a ir por el mundo sin hablar con nadie.

—Está bien. Es que últimamente estoy muy receloso de todo. Me parece que todos me persiguen.

—Son gente normal que viajan como nosotros.

—Lo imagino.

—Me han pedido que les acerque al pueblo de al lado. Parece que su coche se ha estropeado y tienen que recoger a un mecánico que se lo arregle.

—¿Y?

—Pues que les dije que sí. Que no había problema.

—Espero que no nos den inconvenientes. Solo nos faltaba una complicación en el viaje para que todo nuestro plan se fuera al garete.

—No tengas miedo. Ves monstruos por todas partes.

—Espero que sean exageraciones mías, que no realidades.

—Me han dicho que nos esperan aquí. Que hagamos las maletas tranquilamente, sin prisa.

—No saben que no tenemos casi nada que meter en la maleta —avanzó Alberto, a quién la idea no le hacía mucha gracia.

—No le des más vueltas. Vamos a la habitación que hoy tenemos un día largo.

Cuando salieron del cuarto se encontraron a la pareja esperándoles. Ólafur y Anna, que así se llamaban, eran unos jóvenes, de unos veinticinco años de edad aproximadamente, que se dedicaban a labores artesanales de tipo cultural y artístico. Según les dijeron habían decidido tomarse un par de días de vacaciones y, con tan mala fortuna, que el coche se les estropeó.

Ya en el coche y cuando habían andado unos kilómetros Ólafur dijo:

—Si queréis os enseñamos las cataratas de Seljalandsfoss y Skógafoss. Las conocemos bien pues vivimos en esta región y además tenemos tiempo. La cascada de Skógafoss está sobre el río Skóga y es una de las más grandes del país con una caída de sesenta metros.

—Lo más curioso es que se puede ver el arcoiris en los días con sol —señaló Anna—. Se debe a la espuma que forma el agua.

—A mí me gusta más la cascada Seljalandsfoss —dijo Ólafur—. Se la puede rodear por detrás y eso es muy emocionante. Dice la leyenda que un vikingo enterró, en una caverna detrás, un tesoro allí y que un chico lo encontró pero que desapareció. Está rodeada de acantilados y praderas verdes. Es muy salvaje y podemos dar un paseo por la zona.

—¿No será muy complicado para vosotros? —Alberto no veía clara tanta insistencia en el paseo y en la visita.

—Estamos encantados de acompañaros y poder compartir un tiempo con vosotros —dijo Anna al tiempo que lanzaba una amable sonrisa.

—Pues no se diga más. Vayamos a hacer turismo los cuatro —propuso María.

No tardaron mucho tiempo en llegar a la cascada de Skógafoss donde pudieron ver el arcoiris que forma el sol al incidir con la espuma del agua. Un bonito espectáculo que les impresionó tanto o más que el de Seljalandsfoss donde pudieron traspasar el salto del agua, por la parte trasera, y cruzarla de lado a lado, no sin cierto peligro por los resbalones del sendero. Después dieron un largo paseo por la pradera que la rodea. El camino estaba lleno de personas que iban de un lado a otro. Ólafur y Anna eran verdaderamente unos compañeros de viaje muy agradables que se esforzaban por ser amables.

Al mediodía llegaron a un restaurante. Tomaron una mesa cerca de

la ventana para ver el paisaje.

—Aquí nos vais a dejar que os invitemos —dijo María—. Es lo menos que podemos hacer por vuestra cordialidad.

—Está bien —contestó Anna—. ¿Es la primera vez que venís a esta tierra?

—Por supuesto. No es un lugar al que haya oportunidad de visitar frecuentemente —especificó Alberto—. Está muy apartado de todo.

—En eso tenéis razón. No está de paso para ningún lado.

—¿Y por qué habéis venido tan lejos? —preguntó Ólafur.

La pregunta les cogió desprevenidos. No se la esperaban. María, más rápida en sus respuestas, tomó un cigarrillo para ganar algo más de tiempo. Un detalle que no le pasó desapercibido a Ólafur, que estaba atento a cada movimiento y a cada comentario.

—Buena pregunta —se atrevió a contestar—. Toda decisión tiene su base en la que se cimenta. Nosotros tomamos la determinación de venir aquí… para retirarnos por un tiempo de la circulación. Os extrañará la respuesta pero así es.

—No queremos entrar en vuestra intimidad —cortó rápidamente Anna que estaba ciertamente molesta por el derrotero que iba tomando la conversación.

—Todos tenemos nuestros secretos —sentenció Ólafur.

—Unos más que otros —dijo Alberto que hasta este momento había estado callado.

Un silencio, en ese momento oportuno, invadió la mesa. Solo fue interrumpido por la llegada del camarero para ver qué es lo que querían comer. Después de elegir los platos a base de roast beef con puré y unas cervezas, de nuevo, el silencio se apoderó del entorno.

—Habéis sido muy cariñosos con nosotros y os debemos una explicación. Estamos poniendo tierra de por medio de unos delincuentes que tratan de apoderarse de algo que tenemos. Son libros del siglo XVI editados en España y Portugal —explicó María.

Al oír la palabra España Anna y Ólafur sintieron un escalofrío. No podían olvidar su origen.

—Está bien, secreto por secreto. Nosotros no hemos contactado con vosotros por casualidad. Os vimos en el hotel, llevábamos siguiendo vuestra pista un par de días. Teníamos que conectar y conocer cuáles eran vuestras intenciones.

—¿Nuestras intenciones? —preguntó Alberto.

—Hace unos días estuvisteis con un matrimonio llamado Asher y Adina. En esa conversación hablasteis de unos libros, los que en este momento habéis comentado.

—Sí. Lo recuerdo.

—Pues bien, son nuestros padres.

—¿Vuestros padres? —preguntó María—. Dijeron que eran judíos,

más bien judeoconversos que procedían de España.

—Exactamente de Extremadura.

—¿Y por eso nos seguíais?

—Déjame que os explique —A partir de este instante comenzaron a hablar en ladino—. La conversación con mis padres fue muy instructiva aparte de la casualidad que la rodeaba. El comentario vuestro sobre los libros les llamó la atención ya que, durante siglos, ellos sabían que había unos libros que un antepasado suyo Francisco de Peñaranda, médico de profesión, había escondido en algún lugar de su casa, y que por motivos de la Inquisición tuvo que huir. Los descendientes directos de esa persona somos nosotros. Nadie pudo recuperar esos libros.

Alberto y María no daban crédito a lo que estaban oyendo. Estaban ante los auténticos propietarios de los libros que habían escondido en la caja de seguridad del banco. El otro día, sin ir más lejos, lo comentaron entre ellos y tomaron una decisión.

—Eso no explica que nos sigáis —concretó Alberto.

—Quizás no es muy ortodoxo, pero nuestros padres querían conocer quiénes erais y si decíais la verdad. —Anna quería aclarar todo lo relativo a ese punto—. Supongo que lo comprendéis. Si los libros son suyos tenían que conocer todo lo relacionado con ellos.

—Nos gustaría hablar con más tiempo con vuestros padres. —María quería convencerse de la verdad de esta extraña historia—. Tenemos tiempo ya que no vamos a volver hasta, al menos, un par de semanas.

—Magnífico —sentenció Anna—. Podemos pasar unos días juntos, con mis padres. Si os parece bien. —Terminó la propuesta.

Alberto y María se miraron con extrañeza. En la invitación no había nada de particular. Era una propuesta sin doble intencionalidad.

—Por mí vale —contestó María.

—Por mí también —remató Alberto.

—Son las cuatro de la tarde. Regresamos al hotel donde tenemos nuestro coche…

—Recuerda que no arranca —dijo con una sonrisa María.

—Creo que podré arreglarlo —contestó Ólafur con una carcajada amplia. Se había roto el hielo entre ellos.

Capítulo 39

Esa noche volvieron a dormir en el hotel Dyrholaey. Se encontraron al día siguiente en el desayuno. Un sol asustadizo jugaba entre las nubes. Se prometía un día templado y lluvia floja.

—¿Has arreglado el coche? —preguntó María como todo saludo.

—Por supuesto. Soy un buen mecánico.

—Pues vosotros diréis dónde vamos —dijo María, mientras introducía una maleta en el coche. Y añadió con la precisión que la caracterizaba—: Os seguimos, pero por si nos perdemos dame la dirección exacta que la metemos en el GPS.

—Al no poder ir en línea recta, ya que las carreteras son muy malas, prácticamente son caminos, tenemos que ir dando un rodeo. Tardaremos unas tres horas —dijo Anna.

—Aquí todo el transporte es así —añadió Ólafur.

Dadas las oportunas explicaciones, los dos coches, uno detrás de otro, se dirigieron a la carretera para tomar la dirección de Akureyri, situada a cien kilómetros al sur del Círculo Polar Ártico, recordaban que les dijeron en el hotel de la calle Mjölnisholt. Habían estado en ella hacía pocos días y recordaban el paseo por el área portuaria y la zona peatonal, llena de gentes de todo tipo paseando de un lado para otro. Hacía buena temperatura. Las pocas terrazas que había estaban repletas.

El día invitaba al paseo. De mutuo acuerdo, decidieron todos ir disfrutando del paisaje y no avanzar rápidamente. Quedarían a mitad de camino para tomar unas cervezas, con la idea de llegar a la casa de los padres de Anna a primera hora de la tarde. Ese día era fiesta. Los comercios estarían cerrados y Asher y Adina estarían en casa.

—Será una gran sorpresa presentarnos con nuestros nuevos amigos —apuntó Anna mientras enarcaba las cejas—. A la extrañeza de un principio le seguirá la alegría de teneros como invitados. Los judíos somos gente muy cordial y nos encanta tener huéspedes.

La conducción se hizo fácil. No había muchos coches en la carretera, a pesar de ser un día festivo. Podían ir al ritmo que deseaban.

La vivienda de Asher y Adina estaba en una calle tranquila que iba a morir a una pequeña plaza. La parte de abajo la dedicaban para el comercio de alimentación y en la superior tenían su casa. Habían construido dos puertas distintas, una para los clientes que acudían a la tienda y otra privada, que subía a la zona particular, para ellos. Una corta escalera daba acceso a una puerta en cuya jamba derecha estaba

la mezuzá. Ólafur y Anna, al entrar, la tocaron en señal de respeto. Se podía leer las palabras Shema Israel del Deuteronomio, «Escucha Israel», en la que Dios ordena a los judíos mantener sus palabras en sus mentes y en sus corazones.

Al ser día festivo la tienda estaba cerrada y los padres de Anna les esperaban. Ya les habían informado que vendrían con Alberto y María, y que se podían quedar a vivir en la casa. Había sitio de sobra y no iban a molestar.

«Shalom Alejem» dijeron según iban entrando en la casa. «Que la paz este con ustedes» contestaron los hijos. Un breve abrazo cerró el cariñoso saludo. A pesar de que no llevaban muchos días fuera de casa, este gesto cariñoso era siempre la constancia del respeto.

Asher era un hombre de mediana edad, con una barba que no era de las que acababa de despuntar, sino más bien al contrario, al estilo judío. De mirada profunda y clara, sincera y cálida, en una primera impresión mostraba un acercamiento afectivo con las personas que tenía contacto. De cuando en cuando, mostraba una breve sonrisa como si se escapase de los labios, tratando de mostrar un contacto acogedor que complementase el de la sala de estar donde les recibieron. Siempre trataba de exponer lo mejor de su persona tratando de que los invitados se encontrasen como en su casa. Ahora eran sus huéspedes y eso para el matrimonio era cosa sagrada.

Adina, por el contrario, era, en un principio, de carácter más cercano. En un primer contacto ya se la podía etiquetar como de la familia pues su voz templada, su mirada penetrante y su expresión gestual le daban un toque próximo y natural. Nada en ella era artificial. Todo brotaba de su corazón. La entrada de Alberto y de María fue, de esta manera, muy amable.

La mesa estaba servida con la vajilla de porcelana, los vasos de cristal y los utensilios de plata. Era el Shabat, el séptimo día de la semana, el día sagrado, una ocasión especial para celebrarlo, y además con unos invitados extranjeros. Habían ido a la sinagoga y ya habían vuelto. Los saludos de Shabat Shalom se repetían con los invitados a la mesa. Comenzó la cena con una canción y una oración. Encendieron las velas como símbolo del judaísmo al tiempo que invitaban a la paz y armonía en el hogar. Una luz física y espiritual les invadía. «El encendido de velas trae paz, calidez y un resplandor especial de Shabat a la casa», dijo Asher mirando a todos. Lo hacían antes de la puesta de sol. Entonaron melodías de los rezos de Kabalat Shabat dando la bienvenida al Shabat con profunda reverencia y con alegría. Cantaron Shalom Aleijem. Con esta canción daban la bienvenida a los ángeles que escoltan a la persona a su casa desde la sinagoga, mientras buscaban su «bendición» para un buen Shabat. Todos se pusieron de pie mientras Asher sostenía una copa llena de vino, para

santificar el Shabat, recordando que «en seis días, Dios creó el cielo y la tierra, y en Shabat Él descansó». Antes de comer el pan se lavaron las manos.

El menú estaba compuesto por varios platos: pescado, sopa, plato principal y postre. Este era un momento para disfrutar de la buena compañía mientras se tomaba parte de la deliciosa comida de Shabat. Durante toda la comida contaron historias y cantaron distintas canciones. Al final Asher dio de nuevo la bendición a todos.

Alberto y María no estaban solo impresionados sino también maravillados por lo que estaban viendo. Habían dado final a un día de descanso pleno de espiritualidad. Se encontraban felices entre tanta bondad y cariño. La cena transcurrió con explicaciones salpimentadas con detalles que hicieron las delicias de los comensales. Asher tenía la cualidad de saber espigar en los silencios y en las miradas. La conversación se transformaba en una suerte de calidez y amabilidad. Dejaba tiempo a la reflexión, a la respuesta sosegada, a la réplica apropiada. En esto era un verdadero maestro.

Afuera, una claridad cenicienta se acompañaba de un suave rumor de lluvia. El viento despeinaba los árboles de la calle. Un crepúsculo vespertino daba paso a un velo tenue de luminosidad que iba disminuyendo lentamente. Era un lugar amable donde las salpicaduras de lluvia daban un contraste seductor al entorno. Se veían las luces titilar en la distancia. Asher, con voz opaca, les invitó a retirarse «pues debían estar cansados», según les dijo. «Mañana seguiremos la conversación, hay muchas cosas que contar», añadió con un gesto ausente perdido en la distancia de los tiempos.

—Son una familia como caída de los siglos pasados —comentó Alberto, para quien la cena había sido un ejemplo de espiritualidad y misticismo.

—Merecen todo nuestro afecto —repuso María, perfilando una sonrisa en sus labios.

Al día siguiente, casi sin dormir por las sensaciones tan íntimas que estaban teniendo, con la luz cárdena del crepúsculo matutino y acariciados por la luminosidad cada vez más intensa y cálida, se refugiaron en un rumor de conversaciones donde las preguntas no llegaban a formularse y las respuestas a florecer. Estaban decididos, aún sin hablarlo, a que los libros pasaran a sus auténticos dueños. Esto era lo correcto. Habían llegado a sus manos de una manera casual y no era justo que permanecieran en ellas. Cuando ya la luz clareaba con reflejos grises en los edificios de la calle bajo un cielo triste, Alberto y María decidieron dar un paseo por el barrio. En la casa todo era silencio, quietud. Eran las seis de la mañana y el desayuno lo habían indicado, la noche anterior, para las ocho. A esa hora no había muchas personas en la calle. Decidieron dar un paseo hasta el mar,

donde la playa estaba orillada de un azul turquesa, tan bello como el cielo del día anterior. Las suaves salpicaduras de la lluvia les reanimaron de una noche de insomnio preñada de sentimientos contradictorios y de sinfonías orquestadas. Un contraluz de destellos se perfilaba en el horizonte.

Al regresar a la casa el saludo de Asher fue:

—«Dios hizo el mundo en solo seis días y usted ha necesitado seis meses en hacer un traje». Y el sastre respondió: «Sí, pero mire el mundo y mire el traje». ¿Sabe quién lo dijo? —y sin esperar respuesta se contestó a sí mismo—: Samuel Becket.

—Pensaba que había sido James Joyce —argumentó Alberto que cruzaba en ese momento el umbral de la puerta poniendo su mano en la mezuzá.

—Eran muy amigos. Bien pudiera ser uno u otro —repuso Asher, hombre bien instruido en la literatura universal. Y añadió—: Entrad a desayunar. A estas horas aún hace frío en la calle. Aún quedan rescoldos en la lumbre de la noche anterior.

—Rescoldos son los que tenemos nosotros en nuestra vida, siempre mirando hacia atrás, hacia el pasado, hacia nuestra Baja Extremadura —dijo Adina—. Nunca la hemos visitado. Está tan lejos…

—Mujer no hables ahora de esas cosas. Estamos con los hijos y con nuestros invitados. Pan ke ayga en el sesto, ke sea blanko, ke sea preto —repuso Asher con una mueca triste y sosegada.

Era su manera de responder ante la historia y los sufrimientos que les había dado. No tenían rencor, solo una complacida tolerancia y un resignado conformismo.

—Después del desayuno tenemos que hablar —expuso Asher, con un cierto aire de secretismo e intimidad. Un adarme de confidencialidad era necesario para lo que les quería decir.

La mesa fue bendecida nuevamente y durante breves instantes rezaron y leyeron un pasaje de la biblia. Alberto y María no estaban acostumbrados, en su cultura, a esta religiosidad que imprimía cualquier acción que se realizase.

Al acabar el desayuno, con cierta parsimonia no exenta de misterio, se dirigió a la alacena y de un cajón sacó un libro extraño. Era muy antiguo, de tapas en piel, con el escudo del impresor debajo del título de la obra y ricas guardas. Sobre el lomo resaltaba el tejuelo. Parecía que el libro no era lo que les iba a enseñar, sino una carta que contenía en su interior, y que habían colocado entre cartulinas para preservarla del tiempo. La rica liturgia empleada para sacar el documento, ponerlo encima de la mesa y con suavidad presentárselo indicaba, ya de por sí, la enorme importancia que tenía su contenido.

Yo Francisco de Peñaranda, médico que acabará sus días en Olivenza y que vino a curar enfermos a Barcarrota desde Llerena, la otra villa cercana, quiero quede

constancia que luego vista la presente fagades pregonar públicamente por es mi villa que ninguna persona no sea osada de ir a mi casa a buscar tesoros y que mando que con grande diligencia sea la casa guardada de ladrones, pícaros y vagabundos. Así lo he enviado mandar pregonar a la mi villa de Barcarrota y a mi hijo muy amado.

Dado en Olivenza en el año del Señor de 1557.

Alberto y María enseguida se percataron que la carta la escribió Francisco de Peñaranda al tiempo que dejaba su casa en Barcarrota; no quería señalar el secreto de los libros pero si deseaba mantener la vivienda al abrigo de ladrones. Con toda seguridad su familia era sabedora de todo el contenido de la arqueta. Lo único que era necesario era evitar la entrada de personas ajenas.

—Esta carta —continuó Asher sin esperar a que se formulase alguna pregunta—, ha sido transmitida de generación a generación hasta nuestros días, junto con la llave de la casa. Parece ser que ha llegado hasta nuestras manos a través de su hijo y nieto y así sucesivamente.

—Esto demuestra que sois los verdaderos herederos del médico extremeño —mencionó Alberto, enarcando las cejas en una mueca extraña.

—La teníamos guardada hasta vuestra llegada —concluyó Adina.

—¿Cómo lo sabíais? —preguntó Alberto preñado de dudas.

—Es un misterio. Toda nuestra existencia ha sido así —argumentó Asher en un intento de explicación que pocas posibilidades tenía.

—Nosotros tenemos los libros. Cómo ha llegado a nuestras manos es largo y difícil de explicar pero la realidad es que los tenemos nosotros —aclaró María que hasta ese momento permanecía en silencio—. Estos días, desde que os conocimos, hemos hablado de este tema y estuvimos de acuerdo en que os pertenecen a vosotros. En la primera ocasión posible os los entregaremos.

—Enseguida nos dimos cuenta de que guardabais este secreto —indicó Adina—. Era fácil sospecharlo. Vuestras miradas no os engañaban.

—Pues ya lo sabéis. Los poseedores de los volúmenes, que no los dueños, somos nosotros —sentenció María—. En cuanto… vayamos a Gotemburgo os los damos. Están allí bien resguardados.

—También nosotros lo hemos hablado detalladamente —dijo Asher—. Queremos que los libros permanezcan allí donde se encontraron. La Baja Extremadura debe ser su domicilio. Barcarrota, Llerena y Olivenza han sido los lugares que han visto ese tesoro y por lo tanto debe volver a sus orígenes.

Mientras tanto, Adina iba de un lado a otro, del comedor a la cocina, preparando tazas de café. Sin embargo, nada de la conversación se le escapaba a su juicio prudente. No preguntaron las razones por las que habían llegado a sus manos estas obras. Eso lo

dejaban al misterio de los tiempos. Quinientos años no habían pasado en balde y los sortilegios y las cábalas eran fuente de sus estudios y discusiones.

—En el descubrimiento intervino la casualidad y unos delincuentes desaprensivos —explicó María.

—El ke se eça kon gatos se alevanta areskunyado —dijo Anna que al no intervenir en la conversación parecía que no se había enterado de nada.

—Ya está decidido —sentenció Adina, sin dar lugar a la negativa.

—No queremos verlos. Tendríamos un gran dolor pues nos recordaría nuestro pasado, todo lo que dejamos allí. Con la visión de la llave y esta carta —dijo al tiempo que la guardaba en el libro—, tenemos suficiente en nuestra vida.

Adina, mientras su marido exponía esta argumentación, recogía el volumen y lo guardaba, de nuevo, en el cajón de la alacena.

—Aquí volverá a dormir —dijo mientras lo envolvía entre paños.

Un silencio invadió la estancia que solo se rompió, pasados breves instantes, por el ofrecimiento de una nueva taza de café.

—Mañana vamos a preparar nuestro viaje a Gotemburgo —comentó Alberto—. Llevamos ya en esta tierra más de quince días y creemos que es tiempo suficiente de regresar.

—Como queráis. Esta es vuestra casa. Los libros los entregáis, tal y como es nuestro deseo, en la biblioteca de Badajoz. Ya nos hemos informado que puede ser el lugar ideal para que este tesoro permanezca unido y a resguardo.

—Si este es el empeño así lo haremos. Vuestro anhelo será nuestro objetivo —contestó María—. Lo cumpliremos con todo afán.

—Tienes el ordenador a tu disposición para que te informes de las posibilidades del viaje. Ignoro si hay vuelo directo de la capital a Gotemburgo. En todo caso, a través de Oslo sí que podéis viajar —explicó Asher mientras se levantaba de la mesa—. Tengo que ir a abrir la tienda. A esta hora suelen llegar los clientes y no es bueno hacerles esperar.

—Perfecto. Me pondré manos a la obra —replicó Alberto.

El ordenador se encontraba en una mesita adyacente a la mesa del comedor. La estancia era sobria y no gozaba de lujos pero, al mismo tiempo, rezumaba una gran calidez que hacía que el entorno familiar fuera armonioso. Todas las personas que gozaban de él tenían el sosiego y la quietud que necesitaban para ser felices. Ese era el escenario donde se recreaba la vida del matrimonio hasta hacía pocos meses junto a su hija. Ahora, ya casada, vivía cerca de sus padres pero en otra vivienda.

El vuelo que más les cuadraba era ir con escala en Oslo por Icelandair, lo mismo que habían escogido al venir. Duraba cinco horas

y media aproximadamente, pero parecía bastante cómodo. Salía a las ocho de la mañana y llegaba sobre las tres de la tarde al aeropuerto Landvetter a unos veinticinco kilómetros de Gotemburgo. Era factible alquilar un coche en el mismo aeropuerto y devolverlo al dejar la ciudad aunque, como iban a regresar con el dinero y los libros, posiblemente harían el viaje en coche hasta España y allí lo devolverían. La compañía Avis tenía este servicio, que aun con un cargo adicional, era muy práctico. El coche que tenían ahora lo devolverían en el aeropuerto de Reikiavik.

—Al ser el vuelo muy temprano creo que debíamos dormir en el hotel del aeropuerto. Mira si hay alguno —indicó María.

—Hay uno en el mismo aeropuerto. Se llama Icelandair Reykjavik Natura y parece que está muy bien.

—Para una noche nos da lo mismo —contestó María—. En Gotemburgo reserva hotel para dos noches, el día que llegamos y que no podemos ir al banco ya que está cerrado por la tarde y al día siguiente que estaremos organizando todo el regreso. —Y continuó—: Por supuesto que no sea el mismo hotel en el que estuvimos. No me gustaría volver a encontrarnos con Jukka o sus amigos.

María, como siempre, pensaba en todo. Su cabeza estaba bien amueblada y le gustaba tener en orden todo lo que iba a realizar. No era propicia a improvisar. Repentizar no era su fuerte, aquí patinaba siempre que lo había intentado.

—Ya lo había pensado —dijo Alberto—. Me quedó mal recuerdo de esa estancia.

—No sería por lo que hicimos esa noche —avanzó María con una sonrisa no exenta de picardía.

Alberto la envió un movimiento que apenas nació en su boca. A medias entre el beso y el rictus trató de enviarle una nota de complicidad gestual. María supo captar el momento con un gracejo de cortesía en su cara que dejaba traslucir lo mucho que le había gustado.

—Reserva lo que hemos dicho y no te entretengas —ordenó y cortó en él cualquier atisbo de romanticismo.

Ella era así. Sabía encender la vela y apagarla cuando quería. No era dada a excesivas manifestaciones sensibleras. La pasión cuando era necesaria y en su momento. Fuera de estas circunstancias no era aceptable. Ahora a lo que tenían entre manos: reservar los pasajes y el hotel.

«Después ya se vería», recapacitaba mientras se servía una nueva taza de café.

Alberto durante un tiempo estuvo ocupado en adquirir los pasajes, introducir el número de los pasaportes, conseguir un localizador, reservar los asientos, obtener un buen hotel en Gotemburgo. Eligió

uno céntrico, con decoración de estilo nórdico, cerca del centro comercial Nordstan y de la estación de autobuses. La entrada y salida de viajeros sería favorable para pasar lo más desapercibidos posibles con maletas y mochilas. Tenían, además, un buen restaurante en el mismo hotel, el Kronan Bat & Matsalar, lo que les daba la posibilidad de no tener que dejar el alojamiento para almorzar. Lo más importante era la clase de hotel de viajeros que era y que allí hormigueaban muchos turistas. Era lo que necesitaban. Además a una buena distancia del otro en el que se alojaron con Carlos; no querían, por ningún motivo y circunstancia, encontrarse con una situación incómoda.

Aún estarían un par de días departiendo con esta familia que les había impresionado, y de la que por muchos años guardarían un buen recuerdo.

La mañana en que deberían regresar fue intensa. Un suave amanecer se levantó sobre los edificios. Una luz de plata inundó la habitación. El olor del mar llegaba intensamente y penetraba por las ventanas en las que se colaba una brisa marina y un velo traslúcido de una mañana ya primaveral. Despuntaba el sol, renacían las esperanzas y en la casa de los Asher reinaba una ligera tristeza, una dulce melancolía.

La casa, a esa hora de la partida, era un conjunto de murmullos entrecortados, de prisas reprimidas para que no se echara el tiempo encima. Todos estaban pendientes de la salida de Alberto y María que se apresuraban en finalizar el desayuno y la última taza de café. Dieron su postrera mirada al conjunto familiar que, desde el umbral de la puerta, enjugaban a duras penas la tristeza que les embargaba. Al poco, el coche enfiló la cuesta hacia la carretera que les llevaría a Reikiavik. Al mirar hacia atrás María aún llegó a divisar las figuras, que no se decidían por marcharse, en la puerta de la casa. En la despedida prometieron que en su nombre llevarían los libros a la biblioteca de Badajoz. Sería lo último que harían en relación con los incunables ya que tenían pensado, y muy hablado, iniciar con el dinero una nueva vida en un país lejano, donde nadie les conociera y fueran unos desconocidos.

Capítulo 40

Siguieron el plan previsto. El camino desde Akureyri era relativamente corto. La carretera muy buena y con poco tráfico. No era necesario entrar en la capital pues una deviación les llevaría directamente al aeropuerto. Allí entregaron el coche. Previamente llenaron el depósito con el fin de no tener que utilizar la tarjeta de crédito. Cuantas menos pistas dejaran mucho mejor. Las pocas veces que habían pagado con tarjeta fue con la tarjeta alemana que era más difícil investigar.

El paso de la aduana fue bastante rápido. No había mucha gente. No era fin de semana ni tampoco una fecha señalada en que la gente viajara.

—¿A qué hora llegamos a Gotemburgo? —inquirió María, después de haber traspasado la aduana y el reconocimiento de maletas.

—Alrededor de media tarde. El hotel está en el centro comercial Nordstan. La estación de autobuses nos servirá de tapadera pues la entrada y salida de viajeros nos es muy favorable.

—Esta noche descansamos y mañana a primera hora alquilamos un coche y vamos al banco. Me esperas en la puerta y en quince minutos estoy con la bolsa y el dinero.

—Espero que no te vayas por la puerta de atrás —dijo Alberto con una ironía no exenta de prevención.

—¿Y qué es lo que iba a hacer yo sola con el dinero y sin ti?

—Con ese capital seguro que alguien se pegaría. No tendrías problemas.

—Pero no creo que fuera como tú —dijo María mientras se levantaba para comprar una botella de agua mineral.

La cafetería estaba llena de gente. María se retrasó un buen tiempo. Cuando regresó no encontró a Alberto. En su lugar solo había una nota que decía:

> Tenemos a tu novio. Deja en el asiento en el que estás las llaves de la caja de seguridad y en media hora lo volverás a ver. Es cuestión de supervivencia: o él o el dinero. Tú verás. La solución está en tu mano y, además, es muy fácil. Solo con dejar las llaves y retirarte a la cafetería le volverás a ver.

María no sabía qué había pasado. Solo fueron quince minutos los que se ausentó y todo sucedió en ese tiempo tan corto. No tuvo la precaución de mirar el asiento desde la cafetería. Su única obsesión era regresar rápido. Pero ¿quiénes eran? Al menos tuvieron que ser dos personas. ¿Les estaban siguiendo? ¿Desde cuándo? Todo era muy confuso. Necesitaba tranquilizarse y pensar. Se sentó unos breves

instantes para pensar. Su capacidad intuitiva la hacía pensar activamente. En unos segundos se le ocurrió la idea de dejar en el asiento la llave antigua de la caja de seguridad. Por esas casualidades de la vida no la había devuelto y nadie se la pidió. Fue algo fortuito que en ese momento la iba a salvar de la situación. Sin mirar hacia ningún lado las dejó en el asiento en el que estaba y se retiró a esperar a la cafetería nuevos acontecimientos. No habían pasado más de diez minutos cuando por el lado donde estaban los baños apareció la figura impasible de Alberto.

—¿Qué te ha pasado? —acertó a preguntar sin dilación una María muy afectada.

—¿A mí? Nada. ¿Por qué lo preguntas? —respondió un Alberto impasible.

—¿Pero no estabas secuestrado?

—¿Yo?

—Sí. Tú.

—No sé de qué estás hablando.

—Pues eso de que estabas secuestrado.

—¿Has bebido? Estás diciendo muchas tonterías.

María no salía de su estupor. Rápidamente se dirigió al asiento en el que estaban sentados para ver qué había pasado con la llave. No estaba allí. El asiento estaba ocupado por una señora sueca que leía tranquilamente el periódico, pero todo parecía tranquilo.

—¿Qué buscas? —inquirió Alberto seriamente preocupado.

—La llave. La dejé aquí —contestó María al borde de los nervios.

—¿Qué llave?

—Bien, eso ahora no importa. Había… una carta. Pero ya no está. La dejé junto a la llave.

María no dejaba de repetir la llave, la carta, el secuestro. Inundada de sudor se sentó. Aún quedaba tiempo para que saliera el avión. Tenía que poner sus pensamientos en claro. Todo parecía darle vueltas. En un momento perdió el equilibrio, una sensación de angustia la invadió y sufrió un ligero desmayo

Alberto, solícito, le refrescó la frente con el agua de la botella que María aún tenía sujeta con fuerza. Pocos segundos duró este vahído. Abrió los ojos y repitió de una manera automática lo mismo: la llave, la carta… Todo le daba vueltas. El mundo parecía desvanecerse. Miró en su bolso. Allí estaba el juego de llaves. Ahora, recordaba que al salir del banco y haber cancelado la antigua caja de seguridad una señorita, muy amable, la pidió que devolviera las llaves. Ella se quedó solo con las nuevas. Entonces, ¿todo ha sido una alucinación? No podía ser otra cosa. Había confundido la realidad con la ficción. Sus miedos se apoderaron de ella. Creía que la estaban siguiendo y allí explotó todo. Alberto la miraba extrañado sin comprender gran cosa.

—Creo que me estoy volviendo loca —dijo en un momento de lucidez.

—Es demasiada tensión la que estás recibiendo y eso te hace imaginar cosas irreales —apuntó Alberto al tiempo que la ayudaba a sentarse cómodamente para no llamar la atención.

—Me parece que es eso lo que me está pasando.

—Hemos pasado lo más difícil. Ahora lo que queda es solo recoger la bolsa y largarnos con el coche a España. Dejaremos los libros en Badajoz y después todo el mundo es nuestro. Iremos a donde quieras.

—Voy a tratar de descansar un poco cerrando los ojos. No te vayas de mi lado —pidió una María cariñosa como nunca estuvo. Los momentos de debilidad la hacían desfallecer y sobreponerse la llevaba un buen tiempo.

—No te preocupes, descansa.

—La nota… ¿dónde está la nota? —preguntó María desencajada.

—¿Qué nota?

—La que leí, que me decía que estabas retenido.

—¿Te refieres a este papel? —le enseñó un papel en blanco que estaba en el asiento contiguo.

—Estaba escrito… No entiendo nada. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Muy sencillo. Has tenido una alucinación. Llevamos tanta tensión que te afectó. Has creído ver lo que no existía.

—No puede ser. Juraría que leí la nota y que dejé una llave en el asiento.

—Ya has visto que la llave la tienes en el bolso y el papel está en blanco. No hay ningún anónimo y yo no estoy secuestrado.

En todo ese tiempo había pasado más de media hora, y ya estaban llamando para embarcar. En pocos segundos se había formado una larga cola de personas que se preparaban para entrar en el avión. María estaba ya más despejada y se dirigió, junto con Alberto, a ocupar su lugar en la fila. Una entrada ordenada y rápida, y enseguida el anuncio del capitán de que se cerraban las puertas y se procedía al despegue.

María se arrellanó en la butaca y cerró los ojos. Su cabeza era un hervidero por el que circulaban pensamientos complicados y, en algunos casos, enfrentados. Había tenido una vida demasiada movida, con altibajos y problemas que, en algún momento, la llevaron al psicólogo. Era demasiado para su temperamento. Tantos países en los que había vivido, tantas y tan diferentes escenas por las que había pasado y tantas emociones eran experiencias superiores a su carácter. Había cambiado; ya no era esa niña tonta que salía del colegio y se dejaba acompañar por sus compañeros. Había madurado, pero todo tiene un ritmo, una cadencia y eso no había ocurrido con ella. Se desarrolló más deprisa que sus amigas de la misma edad, y eso fue

demasiado para ella. Con veinticinco años había vivido y experimentado lo que una mujer a los cincuenta y, por supuesto, no todas. Ahora era el final del camino y su cabeza no daba más de sí. Tenía que reposar, tomarse las cosas con más calma, ver si necesitaba ese cambio total que le había sugerido Alberto: irse a un lugar apartado, un sitio que tuviera una buena temperatura. Quizás una isla del Caribe. Podía ser una buena idea. Allí comenzaría una nueva etapa junto a su novio. Él siempre le fue fiel; era un buen muchacho. No tenía las complicaciones de ella ni tampoco sus experiencias negativas. Había vivido una vida sencilla, sin problemas. El único inconveniente de su existencia era el de las cajas. El que no quiso abrirlas. Pero, al fin y al cabo, era una cuestión menor. Nada para preocupar y, además, ahora las estaba abriendo y recuperaba su vida anterior.

Alberto, mientras tanto, dormía placenteramente. Los despegues y aterrizajes del avión le sumían en un profundo sueño. Quizás era un mecanismo de defensa ante estos dos momentos de un vuelo. Los accidentes se producían en ellos y Alberto, que lo sabía, trataba de aislarse. Era su protección. Todos tenemos una en un momento dado y para Alberto el sueño era la solución. Nada más cerrar los ojos contemplaba sus experiencias desde que empezó a abrir las cajas hasta ese momento en el que estaba sentado en el avión. Esto le llevaba unos minutos y después caía en un sopor profundo que le aislaba de todo lo que le rodeaba.

La voz de la azafata ofreciendo un refrigerio les despertó a ambos.

—¿Qué tal has descansado? —preguntó Alberto solícito y con cara de preocupación hacia su compañera.

—Me ha venido bien este tiempo. No ha sido mucho —dijo mirando al reloj—, pero suficiente para despejar mi cabeza.

—¿Y dónde me propones que nos vayamos después de entregar los libros en Badajoz?

—Al sitio más desconocido que exista. No quiero tener coincidencias con nadie. No tengo familia ni amigos. El único era Carlos y ya ves…

—A mí me pasa lo mismo. Toda mi familia ha desaparecido. Estoy sola —dijo con cara compungida—, y nadie me va a echar de menos.

—Ya pensaremos algo. Hay que ir cubriendo etapas y ahora estamos en la recogida de la caja de seguridad. Eso es lo más importante que tenemos, ahora, entre manos. Después ya veremos…

—Está bien. No te insisto en ello, pero piensa cuál va a ser nuestro futuro.

María se levantó al cuarto de baño y regresó en unos instantes con la cara blanca y muy nerviosa.

—¿Qué te pasa?

—En el espejo del cuarto de baño había escrito con una barra de

labios: «Piensa en la caja». ¿A qué crees que se refiere?

—Está claro —dijo Alberto al tiempo que se levantaba rápidamente para ir al cuarto de baño.

Entró y no vio nada. El espejo estaba limpio. No había ningún cartel. «Otra alucinación», pensó. «Parece más grave que lo que aparentaba en un principio». Se dirigió a su asiento. María no estaba. Había desaparecido.

—Por favor, siéntese en su asiento y abróchese el cinturón. Vamos a pasar por una zona de turbulencias —dijo la azafata con una sonrisa que dejaba entrever unos dientes blancos y muy bien alineados.

—La señorita que estaba conmigo, sentada junto a mí, no está. Ha desaparecido.

—Caballero, se está equivocando de asiento. El suyo está tres filas más adelante.

«¿Qué es lo que me está pasando? ¿También tengo alucinaciones? Estamos demasiado nerviosos», pensó mientras se dirigía a su lugar donde María le esperaba con la pregunta.

—¿Has visto el letrero en el cuarto de baño?

—No había ninguno. Debes serenarte. Estás excesivamente nerviosa y ves cosas que no existen.

—¿Entonces no había nada?

—Exacto. No había nada. Todo son imaginaciones. Ahora descansa que en muy poco tiempo comenzaremos el descenso.

No había acabado de terminar la frase cuando el capitán anunciaba que en unos minutos estarían en el aeropuerto de Gotemburgo. Ambos cerraron los ojos y se dispusieron a la maniobra de aterrizaje. En pocos minutos estarían pasando la aduana y recogiendo las maletas. Las azafatas recorrían el pasillo viendo si todos los pasajeros tenían abrochado el cinturón y el asiento recto. Era el protocolo.

Pasar la aduana y recoger las maletas no les llevó demasiado tiempo. Al cabo de no más de media hora estaban en el estand de alquiler de coches. Dejaron todo preparado para que al día siguiente les tuvieran dispuesto un coche de buena cilindrada que les trasladaría a España. Al ser un tema más complicado que el habitual tuvieron que rellenar más impresos de lo normal, pero al cabo de, aproximadamente, una hora ya estaba todo el trámite cerrado. Al día siguiente tendrían el coche en la puerta del hotel Kronan Bat & Matsalar. Lo dejaron apalabrado para las nueve de la mañana. Irían directamente al banco y, si todo salía bien, saldrían directamente con destino a España. No querían perder un minuto. El viaje era largo, más de tres mil kilómetros, aunque los recorrerían sin prisas y parando allí donde quisieran.

Esa noche durmieron tranquilamente. La habitación del hotel sobria, mucha madera y colores suaves hacían que la vista descansara.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Alberto mientras colocaba las cosas de aseo—. Un buen reposo y mañana como una rosa.

—Eso espero. Han sido demasiadas emociones, en el aeropuerto y en el avión. Sigo sin comprender nada.

—No le des más vueltas al tema. Pareces el cangilón de la noria. No vas a llegar a ningún resultado. Todo han sido alucinaciones. Ahora a dormir que mañana tenemos un día duro. Recoger la caja y salir con el coche hacia España.

—Querrás decir el contenido de la caja —especificó María, siempre tan precisa.

—Me has entendido —cortó tajantemente.

Alberto, cuando vio que su novia estaba ya dormida se dedicó a estudiar el trayecto que debían de seguir. Tenían por delante muchos kilómetros pero los dos como conductores y tomándose el viaje con tranquilidad no se les haría pesado.

Al día siguiente, con la luz atravesando como un cuchillo la ventana, Alberto se levantó. María, a su lado, estaba en una duermevela. Eran las seis de la mañana. Su idea era estar en el banco cuando abriesen sobre las nueve de la mañana. Habría poco movimiento y todo sería más fácil. Tenían que llevar una maleta. Tuvo la preocupación de meter todo lo que tenían en una de ellas y dejar la otra vacía para el banco.

—¿Te has despertado ya? —La voz de Alberto sonó impostada en el silencio de la habitación.

—Casi —contestó ella con un ligero sonido que más parecía un rumor que una palabra articulada.

—Pues en ese caso espabila. Quiero estar en la puerta del banco a las nueve como muy tarde.

—Quedan tres horas.

—Tenemos que ver si nos han traído el coche —apostilló Alberto—. Dijeron que a las ocho estaría en el aparcamiento del hotel.

—Pues si lo dijeron será así. Son empresas serias —contestó María —. A las ocho bajas, o mejor bajo yo pues tengo que dejar mi tarjeta alemana.

—Bajamos los dos y aprovechamos para desayunar. No nos olvidemos de decir que el coche lo devolvemos en una agencia de Madrid. Ya veremos si es en la ciudad o en el aeropuerto o en algún hotel que tengan oficina —dijo Alberto—. Tenemos que pedirles una lista de agencias y oficinas en España.

—Esa información está toda en Internet.

Mientras se estaba celebrando esta conversación Alberto se preparaba para afeitarse. En la mesilla de noche el pasaporte, el reloj, el dinero, unas servilletas de un solo uso y los impresos del contrato del coche que habían firmado el día anterior. Afuera, la ciudad

comenzaba a despertarse. La maquinaria se volvía a poner en movimiento cada veinticuatro horas, repitiendo monótonamente, cada día, los mismos desplazamientos.

—¿Te has dado cuenta de que tienes diferentes monedas en el bolsillo? —La voz de María, ahora, era clara. Se había despejado completamente.

—No es mucha cantidad. Servirá para pagar los peajes. Creo que hay varios hasta que lleguemos al área euro.

El coche estaba en el aparcamiento tal y como habían contratado. Un Toyota grande y de buena cilindrada. Cómodo para trayectos grandes. La capacidad era lo de menos ya que solo tenían dos maletas. Desayunaron y subieron a la habitación a recoger sus cosas. Una maleta vacía. La otra llena. En recepción no era necesario abonar nada ya que lo habían realizado por Internet al hacer la reserva, así que se dirigieron al aparcamiento donde les esperaba el Toyota.

Pusieron en el GPS la dirección del banco y enfilaron la salida del garaje dispuestos a cubrir una etapa más en su aventura. Era su postrera visita al banco.

Capítulo 41

El banco estaba en el área central de la ciudad. En la calle Drottninggatan cerca del Elite Plaza Hotel y entre el lago de Södra Hamngatan y el parque Domkyrkan Göteborg. La calle era semipeatonal y dejaban estacionar el coche diez minutos para cargas y descargas.

—No voy a poder hacer todo en tan poco tiempo. Es necesario recoger el contenido de la caja, cancelarla y abonar el importe del alquiler. Esto me puede llevar una media hora —dijo María—. Te sugiero que aparques en la zona de Domkyrkan Göteborg y tengas el teléfono preparado. Cuando tenga toda la operación completada y, ya desde el vestíbulo, te llamo y en ese momento vienes y con el coche aparcado enfrente del banco puedo salir más tranquila y nos vamos.

—Me parece perfecto. No debemos llamar la atención. Un coche aparcado en la puerta del banco atrae, enseguida, a la policía.

El tiempo se hacía para Alberto excesivamente largo. Estaba nervioso. En su vida había pasado por un trance de este tipo. Estaba acostumbrado a llevar una vida tranquila, más bien monótona, y sin sobresaltos y, ahora, de pronto, todo lo que le rodeaba, todo su entorno vital era una continua turbación. Qué lejos quedaban esos años del colegio, cuando iba a buscar a María que salía con sus dos coletas y la falda gris del uniforme. Luego vendría la etapa de la universidad. Ella desapareció por encanto. Nadie sabía dar señas de su existencia. Los artículos de periódicos, el libro que había escrito, las conversaciones de Carlos… no quería pensar en él. Le producía un dolor profundo, algo que se le clavaba por dentro. Un cuchillo que le rasgaba sus entrañas. No podía explicarlo con palabras pero sus sensaciones eran muy negativas. Le había engañado durante mucho tiempo. Fueron años de una cierta desazón interior. Las cajas en la habitación y sus conversaciones con Carlos. Nada más. Y ahora con todo el proyecto de su vida futura. Un entorno totalmente diferente. Al menos había una luz, una esperanza en un porvenir más alegre, en una vida compartida. Parecía que fue ayer cuando se decidió por abrir las cajas y entrar en la respuesta de su vida. El libro ya no estaba en blanco y lo que era mejor, tenía muchas páginas para escribir y rellenar con experiencias alentadoras y estimulantes. Era el amor de María el que le había cambiado. Había retrocedido muchos años y, de nuevo, retoñó una pasión que no podía imaginar. Deseaba con toda su fuerza vivir una vida tranquila, lejos de todo, de su existencia anterior.

Comenzar de nuevo. Ese era el mensaje que se repetía una y otra vez de una manera machacona. Tenía que intentarlo. Merecía la pena.

Sumido en estos pensamientos sonó el teléfono. Era María que había acabado la operación y estaba en el hall del banco. Eso le tranquilizó. Había requerido exactamente veinticinco minutos. Se dispuso a dar la vuelta a la manzana para enfilar, de nuevo, la calle Drottninggatan. No sería necesario parar más de unos segundos. Cuando tenía a la vista el banco, desde unos metros antes, llamó para que saliera a la calle, cosa que ocurrió de una manera puntual. Todo el operativo había salido a la perfección.

—Vámonos. Todo está correcto —dijo María al subirse al coche y dejar la maleta en los asientos de atrás.

—¿Estaban los libros?

—Había varios. No me paré a verlos. Quería salir cuanto antes —contestó María al tiempo que le metía prisa para que arrancara el coche—. Lo que sí había era una gran cantidad de dinero en dólares y euros. Tenemos para toda la vida.

—Me preocupaban más los libros. Era mi pequeña aportación a esa familia y a todo lo que pasaron con el exilio —declaró Alberto mientras aceleraba para salir de la calle y entrar en una más amplia—. Han sufrido mucho.

María ya tenía en la mano el GPS donde previamente Alberto había tenido la precaución de introducir los datos. Directamente, enfilaron hacia Drottningtorget y después tomaron hacia Götaälvbron y Brantingsgatan. Pagaron los peajes correspondientes y tomaron la carretera de Malmö y Jönköping. En todo el trayecto había una serie de peajes y por la E2 entraron en Dinamarca.

—Llevamos tres horas sin parar. En el primer sitio que veas paras y tomamos algo —dijo María que tenía hambre y estaba ya cansada de no mover las piernas.

—Allí hay una cafetería en la gasolinera. Aprovecharemos para ambas cosas.

—No podemos salir del coche los dos a la vez —señaló María con buen criterio.

—Tienes toda la razón. Ya se me había olvidado lo que llevamos.

—Esta noche en el hotel te lo enseño —afirmó María mientras se disponía a salir del coche a tomar un café y, de paso, ir al servicio. Espérame que regreso en poco tiempo y entonces te toca a ti.

Después de unos breves minutos María entraba en el coche y Alberto salía para hacer lo mismo. Al regresar, el coche no estaba. Un sudor frío le recorrió el cuerpo. Miró a todos lados y no le vio. ¿Se había marchado ella? ¿La habían secuestrado? ¿Alguien les perseguía? Todas estas preguntas le vinieron a la cabeza en pocos instantes. Cuando ya no sabía qué hacer vio que se acercaba el coche para

recogerle.

—¿Qué ha pasado? Me has dado un susto —dijo Alberto con cara desencajada.

—Estaba molestando con el coche y fui a dar la vuelta. ¿Qué te creías que había pasado?

—Que te habías ido con el dinero —contestó con una amplia sonrisa mientras se subía al asiento del copiloto—. Arranca ya que ahora te toca conducir a ti.

Tomaron la E47 y la E55 hacia Rodby Faerge. Allí debían de tomar el ferry Rodby-Femern para entrar en Alemania. La ciudad danesa de Rodby se encuentra en la isla de Lolland donde funciona el servicio del ferry a Puttgarden en Alemania. Es una ruta con mucho tráfico. El pueblo alemán de Puttgarden se localiza en la isla de Fehman que se localiza entre Alemania y Dinamarca. El estrecho de Fehmarn tiene unos dieciocho kilómetros de ancho en el mar Báltico occidental y separa los dos países. El movimiento de personas y coches es continuo.

—He visto en Puttgarden que esta el hotel Dania. Creo que podemos pasar aquí la noche —dijo Alberto que no dejaba de consultar en Internet mientras María conducía—. Es una isla ideal para practicar senderismo, ciclismo y pesca aunque nosotros, por desgracia, no vamos a hacer nada de esto.

—Desde la Edad Media hasta 1864 la isla de Fehmarn formó parte del ducado Danés de Schleswig. Cuando el ducado se dividió, en 1544, formó parte del ducado de Juan el Anciano. A su muerte sin herederos en 1580, Fehmarn se convirtió en parte del ducado de Schleswig-Holstein-Gottorp. Después de la Gran Guerra del Norte, Fehmarn junto con el resto de Schleswig, se unió con la corona Danesa. En 1864 Schleswig pasó a Prusia como resultado de la segunda guerra de los Ducados —Alberto leía, sin perder palabra y con interés, todo lo que ponía Internet.

El hotel Dania era sobrio y en cierto modo modesto pero para sus necesidades era suficiente. Además no iban a salir de la habitación. No podían dejar fuera de su vista la maleta. Cuando ya estuvieron solos se dedicaron a inspeccionarla. Había varios libros: Lazarillo de Tormes, La oración de la emparedada y otros de iguales características; un pequeño tratado sobre exorcismos y un manuscrito italiano de contenido sexual fechado en el siglo XVI. Además había una cantidad de dinero incalculable en billetes de cien, doscientos y quinientos euros y también de cien dólares. Lo contaron aproximadamente. Era una ingente suma que les valdría para pasar el resto de sus días a cuerpo de rey en el lugar que quisieran. Los libros los dejarían, como ya habían acordado, en la biblioteca de Badajoz y después de unos días, para cerrar los temas del piso de Alberto en Madrid, se irían lo más lejos posible.

—Voy a dar un paseo —dijo María mientras cogía un cigarrillo y el encendedor—. Y de paso a fumar.

—Yo voy a encender la televisión.

Esa noche transcurrió tranquilamente. Durmieron a pierna suelta. La luz, en la madrugada, penetró e inundó la habitación. Era una luminosidad intensa que bañaba todo el interior del cuarto. Alberto Y María comenzaron a desperezarse lentamente. Después del desayuno iniciaron, de nuevo, el trayecto. Estaban descansados y alegres. En Alemania continuaron por la E47 y después tomaron la A1 para posteriormente tomar la A4 en dirección Aachen y después la A44 en dirección Bruselas. Habían entrado en Bélgica.

—Creo que tenemos que buscar un hotel —dijo Alberto que no paraba de mirar Internet mientras María conducía—. Estamos llegando a Lieja. Tenemos el Ibis Liége Centre Opéra que es modesto pero céntrico y además tiene aparcamiento.

—Cuéntame algo de esta ciudad —dijo María mientras entraba y esquivaba el tráfico que a esa hora de la tarde era intenso.

—Fue capital del Imperio germánico en el siglo VIII y presenta dos catedrales, una de estilo gótico, la de Saint-Paul y otra barroco, la de Saint- Barthélemy. En la primera destaca el carillón y las vidrieras del siglo X.

—Como guía turístico no tienes desperdicio —dijo María más preocupada por el tráfico que en atender las explicaciones.

—Según el GPS estamos a tres minutos del hotel. Está en la plaza de la République Francaise —detalló Alberto que no dejaba de consultar la tecnología—. Estamos en el centro de Lieja. ¿Ves el teatro de la Ópera? Pues allí está, en el centro comercial de la Ópera.

—Me dijiste que tenía aparcamiento, ¿verdad? —preguntó María que se disponía a enfilar la calle.

—Sí. Por supuesto.

Dejaron el coche y siempre con la maleta a cuestas y la vista fija en ella fueron a la recepción y a la habitación. Era ya tarde. Habían recorrido muchos kilómetros. Esa noche durmieron profundamente. No querían tener contacto con nadie. Todos parecían sospechosos. Lo mejor era encerrarse en el cuarto hasta el día siguiente.

Cuando ya había amanecido, con las primeras luces, se dirigían a tomar la E40 en dirección de la E42 hacia Luxemburgo y por la E19 entraron en Francia. Desde aquí, merced a los diferentes peajes, atravesaron la circunvalación de París y atravesaron Orleans, Tours, Poitiers, Angulema hasta llegar a Burdeos.

—Deberías mirar algún hotel en esta zona. —Ahora era Alberto el que conducía y María la que dirigía la operación desde el asiento del copiloto —. A mí me gustó el Ibis de Lieja. Mira uno de esta cadena en las afueras.

—Aquí veo el Ibis Bordeaux Lac en el Quartier du Lac, en la calle Petit Barail. Los comentarios dicen que está muy bien. Hay aparcamiento y no hay que entrar en la ciudad. Nos apartamos muy poco de nuestro camino.

—Pues vamos allá sin dudarlo —cortó tajante María.

El hotel era de corte medio. Sencillo y sobrio sin nada que le faltase ni que le sobrase. Habitaciones grandes, limpias y renovadas rezaban los comentarios de los huéspedes que habían pasado por ese lugar. Un precio muy razonable y un sitio que les haría pasar desapercibidos entre la maraña de turistas que circulaban por las carreteras.

Como siempre se repitió el protocolo. Coche en el aparcamiento, recepción y cumplimentación de documentos, entrada en la habitación y sueño prolongado. Eran sesiones de coche de varios cientos de kilómetros y aunque se turnaban cada ciento cincuenta, era necesario ir con toda prudencia. Lo que menos necesitaban ahora era un accidente, la policía, la maleta con el dinero ¿De dónde es? ¿Por qué lo llevan en la maleta? ¿Y los libros? ¿Dónde los han obtenido? ¿Podrían explicarlo? Siempre el mismo protocolo policíaco. Y claro ellos callados sin saber qué hacer. Así que había que ir con sumo cuidado y no exponerse a nada. Arriesgarse era perder.

La luz cárdena del crepúsculo les incitaba a dar un paseo, pero eso era lo que menos podían hacer ahora. No se podía dejar la maleta sola ni por un instante. Así que descansar. Esa era la solución. Dejarían la luz romántica para otro momento en que estuvieran más tranquilos y sin tanta presión.

Ya en la habitación María quería fumar y ante la posibilidad de ir sola, lo dudó un instante, pero pudieron más las ganas así que salió a dar una vuelta. El hotel estaba en una zona moderna de fácil acceso al centro en transporte público. La carretera estaba a un paso. Mientras que María paseaba por las cercanías se veían, en la distancia, multitud de coches que iban de un lado a otro. «Este hotel había sido una buena elección», pensó mientras apuraba el cigarrillo y se disponía a encender uno nuevo. A los pocos minutos se retiró a la habitación. Prácticamente todos estaban ya durmiendo. Era un hotel de paso y la gente madrugaba pero se acostaba temprano. La mayor parte eran turistas, familias y viajantes que recorrían el área.

En la habitación Alberto pensaba que los años se le resbalaban de las manos. Hacía muy poco no tenía vida y ahora le brotaba por los poros. Recordaba esa frase que siempre le había perseguido en su cabeza de Ingmar Bergman de que envejecer es como escalar una montaña: mientras se sube las fuerzas disminuyen pero la mirada es más libre y la vista es más amplia y serena. Ahora él estaba escalando.

Sumido en estos pensamientos se quedó medio dormido y se despertó con la entrada de María en la habitación.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó mientras cerraba la puerta con el pestillo. No quería malas sorpresas en la noche.

—Pensaba

—¿En qué?

—En la vejez. En la vida y en lo que te depara. Hace muy pocas semanas estaba tranquilo escribiendo mi novela y mis reportajes para el periódico y ahora…

—Ahora, ¿qué?

—Pues eso, que ahora no los estoy escribiendo —apuntó con una sonrisa—. Siempre nos llevamos pedazos de las cosas, de los lugares, jirones de recuerdos, de experiencias y eso te va madurando o envejeciendo, como quieras decirlo.

—Indubitadamente esa es la realidad y también la consecuencia de la vida —señaló María con un cierto aire de tristeza que la hizo remarcar sus palabras—. Desde que me conociste te estás llevando muchos aprendizajes de la vida.

—El sol no tiene por qué recordar aquello que alumbra y, sin embargo, nosotros sí que lo evocamos de vez en cuando —explicó Alberto con la fina ironía que dejaba traducir, de vez en cuando—. Las enseñanzas y los desengaños nos marcan en nuestro devenir. Yo desde que entraste en mi biografía, en esta segunda parte, he aprendido mucho. Antes tenía un marco de actuación sencillo, mínimo, prácticamente inexistente que no me llevaba a ningún lado. Ahora, por el contrario, me muevo en todas direcciones.

—Te estás poniendo filósofo esta noche —dijo María enarcando las cejas al tiempo que colocaba el bolso en la mesita—. Mañana tendré que comprar tabaco. Ya casi no me queda nada —apuntó el comentario en un alarde de realidad.

—Apaga la luz —indicó Alberto que veía que la filosofía no era bien acogida esa noche.

María se arrellanó junto a él y se dispuso a olvidarse de lo que tenían entre manos. El tiempo hizo el resto. Dejaron la filosofía para mejor ocasión.

Capítulo 42

El camino hacia España, desde Burdeos, era una línea recta. Casi sin darse cuenta llegaron a Bayona y en pocos kilómetros cruzaron la frontera por Irún con dirección a Burgos.

—¿Te parece que paremos aquí? —preguntó María, mientras miraba el mapa en busca de un hotel—. En mi guía aparece el NH situado en un edificio gótico del siglo XVI, muy cerca del arco de Santa María, de la estación de autobuses y de la catedral. Los comentarios de los usuarios son muy positivos. Parece que tiene un aparcamiento pequeño pero no creo que esté lleno.

—Me parece bien aunque, a partir de este momento será necesario extremar las precauciones. No creo que nos encontremos a nadie que nos pueda jugar una mala pasada, pero no estará de más que seamos prudentes.

—Estamos muy lejos de Marbella —aclaró María—. No es normal que llegue hasta aquí su influencia.

—¿Y quién te dice que no están haciendo un trabajito por esta zona?

—Nunca se sabe…

—Un hombre toma su destino en el camino que siguió para evitarlo —sentenció Alberto.

—¿A qué viene eso ahora? —contestó María con una mirada apagada.

—Estaba reflexionando conmigo —dijo Alberto—. Pensaba en mi relación con Carlos. Tenía puesta toda mi confianza en él y, de pronto, desaparece como por arte de magia. Han desaparecido todos esos años, todas esas conversaciones, esas complicidades. Todo se ha esfumado como humo. Por eso pienso que Carlos tomó un destino en un trayecto de su vida que intentó evitar y no pudo.

—A lo mejor no lo intentó. Simplemente se dejó llevar.

—Malas compañías, malos amigos, unos tipos patibularios y ya está el coctel preparado. No se necesitan muchos ingredientes —contestó un escéptico Alberto, al que este tema le sacaba de quicio—. Con estos es suficiente

La luz del crepúsculo, según se iban acercando al hotel, diluía las formas de las casas. Habían dejado ese cielo infinito, inmenso del amanecer cuando dejaron atrás la ciudad de Burdeos. Las torres de la catedral se perfilaban hacia lo alto en una actitud de orgullo. Iniciada en el año 1221 bajo unos patrones góticos de influencia francesa

evolucionó en los siglos XV y XVI hacia un gótico flamígero inconfundible que hace que sea una de las obras cumbres del gótico español.

—Podía haberte involucrado en ese grupo y, sin embargo, te dejó fuera —apuntó María con buen tino—, no olvides que el silencio y la sonrisa son dos armas poderosas. La segunda resuelve los problemas.

—Y el primero los evita —acabó Alberto la frase—. Yo, al menos, ejerzo el silencio, ya que la sonrisa es excesiva para la pérdida de confianza en el que creía que tenía con mi amigo. ¿Alguna sugerencia?

El hotel, céntrico, en el mismo corazón de la ciudad, era conocido como el palacio de la Merced, de construcción gótica de los siglos XVI y XVII. El río Arlanzón le da vida a sus sobrios claustros de piedra. «Es un lugar emblemático para pasar un fin de semana», pensó Alberto mientras subía las escaleras.

—Parece que nos vamos a encontrar en un rincón olvidado el Lazarillo de Tormes —comentó María, como toda respuesta, con una leve sonrisa.

—Espero que no existan más ediciones desconocidas. Con esta ya tenemos suficiente tarea —exclamó Alberto introduciendo la llave en la cerradura.

Esa noche descansaron profundamente. Se acercaba el momento de entregar los libros a la biblioteca de Badajoz y aún no habían decidido cómo realizarían la donación. Lo más prudente era que fuera solo Alberto ya que si iban ambos llamaría demasiado la atención. Ella podía ser reconocida con más facilidad, y además él se había dejado barba desde que abandonó Gotemburgo la primera vez. Habían pasado ya casi cuatro semanas y su parecido era totalmente diferente. Mucho más fácil pasar desapercibido.

—Creo que lo mejor es que vayas tú solo. Yo te espero en tu casa de Madrid. Te llevas el coche y en un par de días estamos juntos y preparamos nuestra nueva vida. Todavía no hemos hablado de ese punto.

—Vamos paso a paso. Ahora estamos inmersos, de lleno, en la devolución de los libros.

—Y de la arqueta, no te olvides. —María siempre sabía poner los puntos en las íes.

—No debes llamar la atención. Pides una entrevista con el jefe de la biblioteca y le expones en palabras, lo más concisas y breves posible, cuál es tu deseo. Vamos, el deseo de la familia de Francisco Peñaranda. No hables más de la cuenta —murmuró María entre sábanas—. Les dices que… alquilaste una casa en Barcarrota y que al hacer una obra aparecieron.

—¿Y cuándo aparece la familia de Islandia? —apuntó Alberto.

—¿Quién, Asher y Adina?

—¿Quiénes crees que son? ¿Hay otros?

—Esa es una buena pregunta —replicó María sonriendo.

—No se me antoja nada.

—Mañana estaremos más despiertos y podremos tomar mejores decisiones.

—Apaga la luz —concluyó Alberto que no estaba dispuesto a perderse en florituras dialécticas. Quería recuperar el tiempo perdido.

Capítulo 43

La infancia y juventud de Carlos no fue nada fácil. Había crecido en un ambiente complicado y negativo. Todas las tardes, después del colegio, iba al parque y allí se reunía con amigos que le incitaban a la droga y a los pequeños robos. Él provenía de una familia de clase media con cierta solvencia económica. El desahogo que tenía le facilitaba que pudiera ir al colegio, algo que sus amigos no hacían pues se dedicaban, todos los días, al hurto de distintas casas. Recibían algún soplo de personas mayores que se encontraban en la vecindad y por la noche entraban en sus casas y les asaltaban. De esta manera tenían una economía que les permitía adquirir y vender droga lo que también les daba cierta libertad. Todo era un círculo que comenzaba en el robo y terminaba en la droga.

Este era el ambiente en que se desenvolvía Carlos. Sus padres, preocupados por este escenario, decidieron que se fuera con su tío, que vivía con ellos, una temporada fuera de la ciudad. Así que un día, ya con el curso acabado, se montó en el coche y se fue a la playa. Los padres pensaron que si desaparecía tres meses sus amigos también lo harían y el desarrollo volvería a ser el adecuado.

Sin embargo, las cosas no suceden tal y como se diseñan. A veces se decide algo y un plan para realizarlo, y todo se tuerce y sale de una manera totalmente distinta. En esta ocasión sucedió que nada aconteció tal y como se diseñó. Cuando ya habían pasado dos semanas de felicidad en la playa, un buen día la policía llamó a su tío para que regresara a su casa de Madrid. Unos delincuentes habían entrado en la casa, pensando que estaba vacía, y al encontrarse con los dueños, un matrimonio ya mayor, no se les ocurrió otra cosa que matarlos. José, el tío, recibió la noticia de sopetón y sin tiempo a reaccionar. Dejó a Carlos con unos vecinos. Su edad y las circunstancias del crimen le hacían incompatible con su presencia en el lugar de autos. No era un entorno especialmente positivo para un muchacho que está en pleno desarrollo. Los quince años le hacían ser especialmente delicado para ver a sus padres en medio de un charco de sangre, en palabras del comisario que había llamado.

Carlos, al enterarse del asesinato, sufrió una crisis que desembocó en una depresión. Se encerró en sí mismo, hablaba muy poco; los estudios iban de mal en peor. La juventud no prometía ser una balsa de aceite. Los años pasaron. Llegó la universidad, que acabó a trancas y barrancas. Al finalizarla pasó dos años en la cárcel por un robo con

intimidación. Allí conoció a Marcus y labraron una fuerte amistad que les sirvió para hacer negocios. Se instaló en Marbella y, de cuando en cuando, saltaba a algún país de Europa para hacer un alijo de droga que después introducía en España. Conoció a Jair, Oliver, Jukka y Carmen. Formaban un grupo ya consolidado que le hizo complementar su negocio de drogas. Durante un buen tiempo trabajaron juntos. Jukka iba a los países nórdicos con los que tenía contacto. Jair, de torva catadura y ropa hecha un rebujo y sucia, estaba en relación con la droga colombiana y Oliver, con su pelo ensortijado y mirada acerada, se especializó en países del norte de África, particularmente Marruecos. Carmen era el anzuelo para entrar en contacto con los peces gordos de Marbella. Su especial físico, su mirada atractiva y sensual, y sus ojos negros intensos le daban un toque especial para este trabajo. Era indispensable en el grupo. Los demás captaban el material pero quien sabía colocarlo era ella, merced a sus contactos en los clubes y lugares de lujo que solía frecuentar. Era un señuelo muy especial, y necesario, en este tipo de negocios.

Sus amistades provenían de los lugares donde circulaba el dinero y por ello entrar en contacto con la droga les era fácil. Solo tenía una veleidad: la de no utilizar el material que ella vendía y colocaba. Nunca probó la droga. Mantenía todos los sentidos en forma. Su aspecto era impecable, tanto en su vestir como en su conversación. No bebía, no fumaba y a lo más, en su alterne, pasaba alguna noche con algún pez gordo para convencerle del cierre de un negocio.

En cierta ocasión que Carlos bebía un ron detrás de otro, en amable conversación con Jair, vio que este llevaba un reloj de oro idéntico al que tenía su padre. Se enteró de que unos años antes nunca fueron apresados por ello. Entraron Carmen, Oliver y él en una casa para robar creyendo que estaba vacía y salieron dos personas mayores a los que tuvo que matar a sangre fría. Jukka, según contó, les esperaba en la puerta y solo entró en la casa para rematar la operación. Nunca fueron descubiertos y el caso quedó cerrado sin solución.

Esa noticia puso a Carlos muy nervioso. Con diferentes preguntas llegó a la conclusión de que las personas asesinadas eran sus padres. Desde aquel momento pergeñó su venganza. Todo el grupo estaba completo. Era fácil en un mismo golpe llevar a cabo su proyecto. No tenía nada más que dejar que pasase el tiempo, lograr la confianza de todos ellos y llevarlos a una encerrona de la que no pudieran escapar. Ya se le presentaría la oportunidad. No tenía nada más que esperar sentado en la puerta de su casa. Vería pasar el cadáver de ellos. «La venganza se sirve fría», deliberaba mientras se deleitaba paladeando el ron.

No pasarían muchas semanas cuando la ocasión se presentó en un

robo que diseñó concienzudamente en un banco. Era la oportunidad de su vida.

Llamó a su hermano policía y le informó de todo el operativo. Solo le puso dos condiciones. No los quería vivos. Habían asesinado a sus padres. Él se quedaría en el coche mientras el grupo entraba al banco y después desaparecería. No volvería a saber nada de él. Habían estado muchos años sin relacionarse y así continuarían después de esto.

Capítulo 44

Tres días después de que Alberto y María diseñaran la entrega de los libros, aquel se encontraba ante el edificio de la biblioteca de Extremadura. Situado en la Alcazaba de Badajoz, un antiguo hospital militar del siglo XIX, encierra alguna de las construcciones anteriores como la catedral de Santa María, levantada por el rey Alfonso IX de León en el año 1230, con motivo de la conquista de la ciudad a los árabes. La excavación permitió sacar a la luz el oratorio islámico y los cimientos del mihrab, restos de una de las mezquitas más antiguas del occidente islámico. En realidad era, en pequeño, una imitación de la mezquita de Córdoba, de ahí su orientación al sur.

Alberto se quedó perplejo durante unos instantes mirando la fachada. Conforme iba adentrándose en su interior su curiosidad iba en aumento. La cimentación de las columnas y el pavimento de ladrillo eran de la primitiva catedral. Al llegar al salón de actos de la biblioteca, lo que en un tiempo sería el salón de recepción de Ibn Marwan, su éxtasis iba en aumento. Recorría con la mirada el artesonado del techo. Por unos instantes se encontraba atrapado por el tiempo. Es característica la ornamentación en rojo y blanco. El salón y el jardín contiguo se levantaron en el siglo IX y se restauraron en el XI. La iglesia de Santa María tuvo una torre fortificada donde se encuentra la sacristía. Fue catedral de la ciudad hasta que se edificó posteriormente la de San Juan. Todo el conjunto permaneció integrado en el conjunto hospitalario hasta que se rescató y rehabilitó el edificio para utilizarlo como biblioteca y facultad de Ciencias de la Documentación y la Comunicación. Desde entonces es el lugar apropiado para albergar los libros y documentos, y facilita el acceso a la cultura de una región de España.

«El patrimonio bibliográfico se enriquecerá con mi aporte», rumiaba Alberto mientras caminaba por el pavimento secular con una bolsa grande que contenía la arqueta y los libros. Sus pisadas se oían con un sonido metálico acompasado. Iba lento, convencido de lo que tenía que hacer. «Seguro que nadie sospecha lo que contiene mi transporte. La belleza de los libros estará en armonía con el encanto del lugar que los va a acoger».

Ensimismado en sus pensamientos, enredado en ellos, rodeado de esa atmósfera, una nebulosa que le envolvía, no se dio cuenta de que había llegado hasta el despacho donde rezaba un cartel que decía: «Director de la Biblioteca». Era ahí donde iba. El sitio de entrega. Aún

se quedó pensativo en la puerta sin atreverse a llamar y a entrar. Sumido en esas reflexiones, y rodeado de sus temores, a los que se tenía que enfrentar, no se dio cuenta de que desde el fondo del salón una figura emergente le observaba. Llevaba allí mucho tiempo. Quizás desde el principio cuando les perdieron la pista en Islandia. Se turnaban cada día, siempre en horario comercial, pues estaban seguros de lo que iba a ocurrir. «Algún día entregarán los libros en la biblioteca. No lo dudéis» les dijo Carlos cuando se reunieron en Marbella. «No tienen otra opción. A ellos solo les interesa el dinero que es ingente. Los libros son difíciles de vender y dejan mucho rastro. Si conseguimos encontrarlos cuando vayan a devolverlos, podremos encontrar el resto, lo que nos interesa: el dinero. Dejad que devuelvan los libros. No os enfrentéis en ese momento. Para ganar mucho hay que saber perder un poco. Perdamos los libros y ganemos el dinero».

Y así sucedieron las cosas. Un buen día Alberto entró caminando lentamente con una bolsa de gran tamaño. La profecía se había cumplido. Carlos conocía demasiado a Alberto y sabía que no iba a jugar con los incunables. Para él era un tesoro que debía ser contemplado por la humanidad.

En el exterior la primavera ya se había vestido con sus galas. Era incipiente aún pero la luz clareaba por los grandes ventanales y era tan intensa que Alberto estaba cegado, y no solamente deslumbrado por la belleza del lugar, cuando llegó a la puerta del director. El pasillo iba a morir directamente a la puerta de su despacho. Esta fue la razón por la que no se percató de la figura, que en la distancia le observaba, detrás de una de las columnas de la estancia. «Debería cumplir las órdenes. Dejar que devolviera la arqueta con todo su contenido y seguirle allá donde fuera. Más adelante llamaría al jefe para contrastar nuevas disposiciones».

A tan solo unos pasos Alberto dudaba si entrar o no en el despacho. Finalmente tomó la resolución correcta. Golpeó suavemente con los nudillos y esperó la respuesta que rápidamente cristalizó con un simplemente: «Pase».

Al entrar se encontró con un antedespacho en el que una secretaria sentada en una mesa tecleaba, con cierta armonía y equilibrio, un ordenador donde iba clasificando una serie de libros. Rápidamente echó una ojeada sobre el entorno de la estancia. Era sobria, «como corresponde a una biblioteca», pensó. Detrás del lugar de trabajo de la señorita había una gran librería repleta de libros y documentos que iba tomando, anotando, clasificando y, por fin, escribiendo en la computadora.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó con una voz cálida y amable.

—Me gustaría… ver al director. Vamos, si puede ser —contestó afectuosamente para devolver el cumplido—. Es algo personal.

—¿No le puedo ayudar yo? El director está muy ocupado —exclamó con la voz más dulce que podía—. Hoy es uno de esos días malos en que todo se complica. Ya me entiende usted. —Y al decirlo buscaba la complicidad del visitante.

—Puedo esperar —insistió.

—Quizás sea bastante lo que tenga que permanecer aquí.

—Si no le importa esperaré. No tengo prisa. Esto es todo lo que tengo que hacer. —La palabra meliflua encandiló a la secretaria que no quiso insistir más.

—Está bien. Siéntese. Veré lo que puedo hacer. —Y desapareció por una puerta del antedespacho.

No habían transcurrido unos segundos cuando entró y le dijo:

—El director le recibirá, pero ha hecho hincapié en que tiene muy poco tiempo, después debe ir a un almuerzo con el alcalde.

—Puede estar segura de que me dedicará todo el tiempo del mundo. Lo que vengo a traer no ocurre todos los días.

La secretaria, extrañada por el comentario, le hizo pasar a una habitación contigua, donde en una mesa del rincón, junto a un gran ventanal, estaba una persona de mediana edad, ni alto ni bajo, ni grueso ni delgado. Una incipiente calvicie se iniciaba en la parte frontal mientras que en los laterales comenzaban las patillas a platear. Nada característico a excepción de un bigote negro. El clásico funcionario bien dispuesto a realizar su función de la mejor manera posible. En la mesa de trabajo humeaba un cigarrillo a punto de finalizar, y una cajetilla dispuesta a ofrecer los siguientes pitillos. Junto a él un cenicero y un encendedor de plata, posiblemente regalo de aniversario. Se veía una mirada cansada, detrás de unas gafas de concha bien articuladas, que le daban un aspecto profesoral, por otro lado, lejos de la realidad ya que como probo funcionario nada tenía que ver con esta profesión. La corbata a juego con la camisa señalaba una esposa cuidadosa que se preocupaba por la imagen de su marido.

Al entrar Alberto se levantó educadamente al tiempo que le hacía la consabida pregunta:

—¿En qué le puedo ayudar?

—Más bien soy yo el que viene a ofrecer —contestó Alberto con una cierta voz impostada, bien diferente de la que le puso a la secretaria.

—Pues usted dirá. Solo tengo unos minutos.

—Todo lo que le vengo a referir es extraño y va a requerir varias horas de conversación. —Alberto aventuró una respuesta excesivamente presuntuosa.

El director mostraba su curiosidad, cincelada en el rostro.

—Está bien. Veamos —exclamó ya convencido de que el visitante no estaba dispuesto a entrar en razón y marcharse de allí en los pocos minutos que le tenía reservado—. Comprenderá que el exceso de

trabajo me impida dedicarle más tiempo que el que usted desea.

—Cuando vea lo que le traigo, será usted el que no quiera que me marche. —Alberto estaba perdiendo la paciencia e insistía con la importancia de su presencia allí.

En su fuero interno pensaba que le traía unas joyas bibliográficas y que su interlocutor no le daba la suficiente importancia. Su orgullo estaba a flor de piel.

—¿Sabe lo que son los incunables? ¿Conoce el patrimonio bibliográfico del siglo XVI?

El director no sabía a qué se estaba enfrentando pero nunca en su vida alguien se le dirigió de esa manera, y además con tanta presunción y arrogancia.

—Empezaré por presentarme. Me llamo Alberto García, soy periodista y conozco mi profesión. He escrito una novela que tuvo un cierto éxito y artículos para diferentes periódicos. Vivo en Madrid.

El director empezaba a cansarse de oír el currículum del interlocutor que ni le iba ni le venía. Estaba dispuesto a soportar una conversación que parecía una alquitara que daba vueltas y vueltas sin ir al grano, al meollo de la cuestión. Pero prevaleció la idea de que cuanto antes comenzara antes terminaría y la visita inoportuna saldría del despacho.

—Bien. Siga. No se entretenga en detalles accesorios. Deje de serpentear con las ideas y vaya al grano en lo que me tenga que decir.

—Todo lo que le estoy diciendo no es secundario. Tiene su importancia y le ruego que no me interrumpa más. —Alberto lanzó un disparo dialéctico que dio en la diana—. Le estoy poniendo en antecedentes.

—Puede continuar —dijo con los ojos entrecerrados.

Alberto sabía que tenía la jugada ganada y que a partir de ese momento sería el dueño de la conversación. Nada se interpondría entre ambos. Su sonrisa prieta sí lo delataba.

Con la parsimonia del que tiene todos los ases de la baraja abrió la bolsa y sacó el libro de la Oración de la emparedada que a pesar de estar escrito en portugués se podía entender fácilmente. Con una gran suavidad y sabiendo que estaba manejando todos los hilos de la tramoya se lo entregó.

El director al tenerlo en su mano enarcó las cejas y con un tic nervioso empezó a hojearlo. No daba crédito a lo que tenía en sus manos.

—¿Qué le parece?

—Increíble. ¿Cómo llegó a sus manos?

—¿No decía que no tenía tiempo que dedicarme? —mencionó Alberto con sorna.

—Le ruego me disculpe… no sabía… —balbució cada palabra.

A partir de este momento Alberto era el amo de la situación.

—¿Le gusta? —preguntó inocentemente.

—Más que eso. Me arrodillo ante usted y le pido mil disculpas. ¿Cómo ha llegado a sus manos?

Alberto sin hacer caso a la pregunta tomó otro libro, esta vez la edición latina de la Lingua de Erasmo de Rotterdam y, de nuevo, se lo entregó.

El director no daba crédito a lo que estaba viendo. Ante él tenía dos incunables de hacía quinientos años y la persona que se los daba los presentaba como si tal cosa. Se levantó como con un resorte y apretó un timbre que tenía a un lado de su mesa. La secretaria entró rápidamente.

—Haga el favor de llamar al alcalde y dígale que seremos tres a la mesa. Ya le explicaré —ordenó—. Supongo que aceptará mi invitación, ¿verdad?

—Ya le dije que nuestra conversación llevaría horas. —Y al decirlo no solo miró al director sino a la secretaria a la que lanzó una leve sonrisa que ella captó al instante devolviéndosela—. Espero que se tranquilice pues hay varios más. Por supuesto que estaré encantado de almorzar con ustedes.

—Tráigame un vaso de agua —indicó a la secretaria—. A propósito, ¿quiere tomar algo? ¿Un café, un refresco?

—Muchas gracias. No me apetece nada. Llevo conviviendo con los libros unas semanas y estoy acostumbrado —contestó con educación no exenta de ironía.

El director estaba fuera de sí, con temblores y tics nerviosos que le impedían ser objetivo. Se encontraba a un paso del síndrome de Stendhal.

Alberto, sin hacer caso al cuadro clínico que tenía ante sí, le entregó por este orden el Libro de Alboraique, contra los conversos; dos tratados de quiromancia; un pequeño tratado sobre exorcismos y un manuscrito italiano de contenido sexual fechado en el siglo XVI.

En ese momento entró la secretaria con un vaso y una jarrita de agua fría. El director comenzó a servirse pero, ante los temblores que le embargaban, la señorita se adelantó evitando que se derramara el agua en la mesa, y le sirvió la dosis necesaria. Mientras tanto, él sacó un pañuelo que se pasó repetidamente por la frente tratando de apaciguar lo que en ese momento no era posible. La emoción le estaba trastornando el sentido y no acertaba a articular palabra.

—¿Pero dónde los encontró? ¿Son suyos? —Esta era la única pregunta que sabía y podía hacer en esas circunstancias

—A cada momento lo suyo —explicó Alberto, que seguía la representación teatral con la maestría del que se sabe en lo cierto y que domina la escena en cada instante.

—¿Pero dónde estaban? —seguía con la misma pregunta.

—Antes de nada me va a dejar que le enseñe lo que podría definir como la traca final.

—¿Pero aún hay más? —Los tics, temblores, cejas enarcadas y demás rictus musculares se repetían y alternaban inexorablemente.

—Es la guinda final —remarcó Alberto—. ¿Pero no decía que no tenía tiempo para dedicarme?

—Déjese de tonterías y termine la historia o me va a dar aquí un infarto de miocardio.

—Pues aquí lo tiene, el Lazarillo de Tormes, editado en 1554 en Medina del Campo. —Alberto le entregó sin contemplación el incunable aún a sabiendas de que era peligroso por la situación anímica del director—. Es el postre final —sentenció con una voz potente para la que no supo medir las consecuencias, pues nada más acabar la frase el director, sumido en una pérdida de conciencia, se desmayó.

«Un síncope vaso vagal», diagnosticó Alberto acertadamente. Sin dilación se dirigió a la puerta y llamó a la secretaria y, entre ambos, esparcieron el agua de la jarrita por su frente después de colocarle en una posición horizontal con las piernas hacia arriba «para que la sangre llegue al cerebro», remarcó Alberto que tenía cierta experiencia por haberse enfrentado en otras ocasiones a una situación parecida.

A los pocos segundos, afortunadamente, el director tomó conciencia y con el pañuelo que aún sujetaba en la mano se limpió de sudor la frente.

—No tengo palabras para expresar lo que siento en estos momentos. —El director trataba de sobreponerse a la situación sobrevenida. No estaba acostumbrado a estas situaciones y el impacto fue demasiado fuerte para su constitución—. ¿Qué es lo que piensa hacer con los libros? —se atrevió a preguntar.

—Vengo a traerlos a esta biblioteca —contestó lacónicamente—. Es un regalo.

El director no daba señales de comprender la situación en la que estaba sumido. Todo a su alrededor giraba y giraba, y allí enfrente sentado y sonriendo un tipo que hasta hacía pocos minutos no conocía. En sus oídos repiqueteaba la frase «es un regalo, un regalo».

Capítulo 45

El director, nuevamente, empezó a temblar. Alberto tenía miedo de que le volviese el síncope, por lo que le alargó el vaso de agua y pidió una Coca-Cola a la secretaria. En su experiencia, este sistema le subía la hipoglucemia rápidamente y le elevaba la tensión.

—¿Quiere usted decir que los va a donar? —preguntó con extrañeza ya que no estaba acostumbrado a estas lindezas.

—Yo los he traído pero vengo en nombre de unas personas.

—¿Se puede saber quiénes son?

—A su debido tiempo.

En este instante entró la secretaria para advertir que habían llamado del ayuntamiento y que el alcalde salía ya para el restaurante.

—Vamos allá. No es bueno hacerle esperar y allí puede acabar la historia que ha empezado —indicó el director ya repuesto totalmente —. Podemos ir andando, es aquí cerca. En estas ciudades todo está a un paso.

—No me dijo nada de la arqueta, que es del año 910 de la orfebrería asturiana.

—Mi especialidad son los libros—explicó el director.

—Fíjese bien en las láminas de oro que repujan el exterior y en la representación de los cuatro símbolos de los evangelistas. Los tetramorfos —concluyó su explicación.

Alberto, después de esta sucinta aclaración, introdujo los libros en la arqueta.

—¿Dónde los dejamos? No vamos a ir al restaurante con ellos.

—Tiene razón —asintió el director—. Los colocaremos en mi armario que tiene una buena cerradura. La secretaria no dejará entrar a nadie en mi despacho. Le diré al guardia de seguridad que se quede en la puerta y que impida el paso a cualquiera que desee entrar.

Al salir del despacho nadie advirtió una figura que se movió en el rincón, para no dejarse ver, y que les siguió hasta la puerta del local donde estaban citados. Allí se apostó mientras tomaba el teléfono móvil y se disponía a dar cumplida información de los acontecimientos recientes. Esperaba nuevas órdenes.

Pasearon lentamente hacia el restaurante que estaba a dos cuadras de la biblioteca. Al llegar, el alcalde ya estaba sentado, degustando un fino, en la mesa de siempre. Hechas las presentaciones, el director le presentó a Alberto como periodista.

—¿Toman un aperitivo? —preguntó el alcalde.

—Yo le acompañaré con lo que usted toma —contestó Alberto.

—Si me permite, señor alcalde, le explicaré por qué tenemos un comensal nuevo. —El director había tomado la palabra dispuesto a relatar toda la historia—. Vino esta mañana sin pedirme cita. Traía una bolsa grande y a pesar de que tenía mucho trabajo le recibí por lo imperioso de su insistencia

—Veo que no se arrepintió —cortó Alberto socarronamente.

—Pues la verdad es que es la única vez en mi vida que me ha pasado esto.

—Estas cosas no pasan nada más que una vez cada quinientos años —cortó Alberto—. Y no creo que se vuelvan a repetir.

El alcalde miraba a uno y otro sin saber qué decir. Enarcaba las cejas y, al mismo tiempo, tomaba un pequeño sorbo del fino. Como quiera que se estaba acabando le dijo al camarero que trajera la botella pues sospechaba que el momento lo necesitaba. No era una situación normal lo que se avecinaba y quería estar preparado. Rellenó de nuevo la copa del invitado.

—Señor director, ¿no va a tomar un aperitivo? —preguntó extrañado.

—De momento prefiero estar sereno. Es una situación muy delicada la que tengo que exponerle —dijo con aire un tanto cohibido.

—¿Delicada? —preguntó el alcalde.

—Más que delicada es agradable, ¿o no? —repuso Alberto, a quien le gustaba aplicar las palabras precisas a cada situación.

—Bien, hechas estas precisiones vayamos a la cuestión —dijo el alcalde un punto nervioso, por tanto enlentecimiento, en lo que él consideraba una conversación ágil y amena.

Durante varios minutos, en los que el silencio era el protagonista principal, el director fue desgranando punto por punto la historia, comenzando desde el momento en que dijo a la secretaria que no podría atender a esta visita que con tanta presión le conminaba a recibirla.

En un momento dado se acercó el camarero para ver qué era lo que querían pedir, y una seña bien acertada y en el momento preciso, por parte del alcalde, paró en seco cualquier intento de abortar la conversación.

Pasados quince minutos en los que el director inició y terminó su monólogo, lo único que se movía era la copa de fino y las cejas del alcalde. Todo un espectáculo que ni el mismo camarero tuvo la osadía de interrumpir.

—Creo que ahora debemos hacer un ligero descanso, que podemos aprovechar para solicitar el almuerzo, y así damos tiempo para que Alberto nos cuente la segunda parte de esta interesante historia —concluyó su exposición el director—. Por mi parte todo lo que sé de

este tema lo acabo de referir.

Aún no había terminado de pronunciar estas palabras cuando el alcalde hizo una seña al camarero que solícito no perdía, a una prudente distancia, nada de lo que estaba ocurriendo en la mesa. Era un cliente importante, nada menos que el señor alcalde y el director de la biblioteca. Les acompañaba un extraño que debía ser gente de nivel para estar sentado en esa mesa y compartir mantel y cubiertos con ellos. Además, en la charla, se le veía distendido. Cabía suponer que era un conocido de tiempo o al menos que dominaba el escenario de la forma adecuada. En una ciudad como Badajoz, el alcalde es una autoridad que hay que tener en cuenta y saber tratar de manera afable. «Nunca se sabe lo que puede pasar, hay que tener amigos en todas partes», pensaba el dueño del restaurante que era quien, dadas las circunstancias, estaba al servicio de esta mesa. El encargado no era de suficiente nivel para atenderlos.

Puestas así las cosas, los comensales pidieron un buen menú. Tanta conversación les había agotado y ya se estaba haciendo tarde.

Durante el almuerzo, Alberto contó, omitiendo algunos detalles como lo de la caja de seguridad del banco y el dinero, cómo habían llegado los libros a su poder al entrar en contacto, de una manera casual, con los herederos de Francisco Peñaranda. Él y su novia andaban de turismo por Islandia y al oírles hablar en ladino les llamó la atención y contactaron con ese matrimonio de judíos, ya mayores, que les contaron que su familia procedía de Extremadura. Después de pasar unos días de intimidad fue cuando les refirieron lo de los libros y el encargo de que los entregaran a la biblioteca. Todo muy surrealista y poco creíble, pero no andaban las circunstancias para poner peros y pegas a la donación. Los libros habían llegado a la biblioteca con el ánimo de quedarse y esto era lo que iba a ocurrir.

—¿Y dónde están estas personas si se puede saber? —preguntó el señor alcalde, cosa por otro lado normal dada la historia que le acababan de contar—. Habría que hacerles un homenaje o alguna prueba de gratitud.

—Es lo de menos —apuntó el director de la biblioteca—. Justitia omnium est domina et regina virtutum o lo que es lo mismo «la justicia es reina y señora de todas las virtudes, decía Cicerón».

—No creo que quieran nada. Con haber sido útiles es suficiente para ellos —contestó Alberto—. Son gente muy sencilla y que no desean salir del anonimato, según me dijeron.

Mientras esta conversación se estaba realizando, el tipo que les había seguido permanecía a una distancia prudencial observando la puerta del restaurante y las entradas y salidas. Carlos, en Marbella, tenía puntual información de lo que allí pasaba. Se imaginaba que

Alberto había decidido, de mutuo acuerdo con María, donar los libros a la biblioteca de Badajoz. Esa carta ya la daba por perdida y, ahora, lo que le interesaba era el dinero. Por eso era fundamental que el facineroso no perdiera el contacto con Alberto. Los otros comensales de la mesa no le interesaban.

«¿Está claro?» le dijo a Jair, al otro lado del teléfono, narcotraficante colombiano procedente del valle del Cauca, que se había unido a la banda hacía pocos meses, con voz de pocos amigos una vez que se puso al habla. Carlos con su palabra ya denotaba, por sí, una amenaza velada que le hizo temblar. No eran momentos para llevarle la contraria y discutir una orden suya por lo que se dispuso a cumplirla a rajatabla. Se apostó en la esquina esperando la salida del restaurante.

—Eso habla muy bien de ellos —dijo el alcalde con cara de sumo agradecimiento.

—Al menos le pondremos una placa en los locales de la biblioteca —se atrevió el director a avanzar—. Esperemos que en esta ocasión contemos con el alcalde y el presidente de la Junta de Extremadura.

Al decirlo miró al alcalde con cara de complicidad esperando su asentimiento. La aprobación llegó con una media sonrisa y un gesto afirmativo con la cabeza. Estaban todos de acuerdo.

—Voy a intentar ver si el presidente de la Junta de Extremadura nos puede recibir esta tarde —djo el alcalde—. Creo que es una buena oportunidad de contarle algo positivo. Tal y como está el mundo una buena noticia es siempre de agradecer. Aunque solo sean diez minutos intentaremos que le podamos ver los tres. ¿Qué les parece?

—Por mi parte encantado. Esta noche pienso quedarme a dormir aquí y mañana, sin prisa, regresar a Madrid —contestó Alberto, encantado con la posibilidad de que la idea de devolver los libros fuera bien acogida por todos los estamentos de la administración—. Aunque quizás me acerque a Barcarrota a conocer el lugar de donde vinieron los libros.

El alcalde marcó un número en su celular y le dijo a la amable señorita que contestaba:

—Dígale al presidente que dentro de una hora estaremos en su despacho. Quiero presentarle una persona.

Al otro lado se oyeron ciertas evasivas debido a lo cargado que tenía la agenda ese día.

—No serán más de diez minutos. Se lo aseguro. Es importante. Vamos para allá. —Y dirigiéndose a los contertulios les dijo—: siempre está muy ocupado, pero si insistes te recibe.

Salieron rápido del restaurante y se dirigieron al coche oficial aparcado en la esquina de la calle con el chófer en situación de espera.

Esto descolocó a Jair, que no podía seguirles al no encontrar alternativa. A esa hora no había ningún taxi en la calle.

—Me vais a perdonar, pero antes quiero pasar por mi despacho un minuto, para coger un sobre que debo entregarle al presidente con los planos de la remodelación de un edificio. Pretendo que hagamos las obras a medias… Ya veremos si le gusta la idea; si le informamos antes de los libros, seguro que estará más dispuesto.

El ayuntamiento estaba cerca. No habían transcurrido quince minutos deambulando por las calles, cuando se bajaron del coche y se disponían a entrar en el edificio en la plaza de España, a pocos metros de la catedral. Destacaban las columnas toscanas y en el cuerpo superior el reloj y la torrecilla que soporta la campana. El estilo era ecléctico combinando elementos clasicistas y arcaicos. La sala más destacada del edificio era el salón de plenos con pinturas de Manuel Montesinos que representaban los aspectos históricos y culturales de la ciudad.

En efecto habían pasado escasos tres minutos cuando, de nuevo, el alcalde entraba en el coche y le decía al chófer con un gesto de autoridad: «Vamos a la Junta a ver al presidente».

El edificio era un antiguo convento santiaguista y estaba situado en Mérida, a unos sesenta kilómetros de Badajoz. Se trataba de un edificio del siglo XV rehabilitado con sillares de granito y un templo contiguo realizado en mampostería dividido en dos plantas. Destacaba la Torre del Homenaje y el claustro con arcos de medio punto sobre sencillas columnas. Ocupaba una de las esquinas de la alcazaba árabe. Para hacer los muros se emplearon lápidas de tumbas antiguas. Llamaban la atención en el patio las cuatro especies representativas de la zona: encina, olivo, alcornoque y madroño. «La historia rezuma entre sus piedras», se concentraba Alberto en sus pensamientos, mientras subía las escaleras que dan acceso al palacio.

—El trayecto lo hemos cubierto en cuarenta minutos. Le dije a la secretaria que en una hora estaríamos ahí.

La entrevista con el presidente fue muy agradable. Una persona educada y políticamente correcta, pensaba Alberto mientras procedía a sentarse en uno de los sillones indicados

—Desafortunadamente, no voy a poder dedicarles el tiempo que quisiera. Hoy tengo uno de esos días en que es mejor no levantarse de la cama. Espero que en otra ocasión podamos compartir nuevas inquietudes.

—No vamos a ser muy pesados. Quería presentarte —inició el discurso el alcalde— a Alberto, una persona de bien que ha venido a la biblioteca de Badajoz a entregarnos unos libros del siglo XVI.

—¿He oído bien? ¿Del XVI?

—Ha oído correctamente. Viene en nombre de unos descendientes

de una familia de judíos, que vivían en 1550, en Barcarrota y Olivenza. Actualmente los propietarios viven en Islandia.

Alberto había dicho que los libros los tenían de manera directa la familia de Islandia, omitiendo que fueron encontrados por un delincuente y depositados en una caja de seguridad de un banco de Gotemburgo. Algo que no haría nada más que complicar la situación para todos. Oficialmente, los libros salieron de España, en esos años, y recorrieron muchas generaciones hasta llegar a los actuales propietarios que tenían su vida en la isla.

—Los libros están en una arqueta antigua de gran valor y sus propietarios desean donarlos a nuestra biblioteca —añadió el director —. Son de un valor inestimable. Tenga en cuenta que se trata del Lazarillo de Tormes en edición de Medina del Campo, de la Oración de la Emparedada, del Libro de Alborayque y otros más de magia, quiromancia y astrología.

—Todos ellos estaban en el Index Librorum Prohibitorum —completó la información el alcalde.

El presidente solo enarcaba las cejas con gran nerviosismo aunque su barba hacía disimular sus expresiones de admiración y entusiasmo. Era un tipo alto, fuerte, más bien sobrio y rudo, pero amable.

Se veía que no tenía pelos en la lengua y que al pan, pan, pensaba Alberto mientras se afanaba en oír las expresiones de ardor, hacia su encomiástica actuación. El presidente no dejaba de mostrar su alegría, al tiempo que se mesaba la espesa barba que le acompañaba, a la propuesta de que los libros estuvieran en la biblioteca de Badajoz.

—La lengua de los sabios destila conocimiento, la boca de los necios escupe necedades —refirió el presidente con aire profesoral mientras una y otra vez se acariciaba la barba entrecana.

Concluida la entrevista el alcalde aprovechó para presentarle los planos de remodelación que se traía entre manos.

—Hablaremos la semana próxima, pero me parece una buena idea. Estoy de acuerdo con la propuesta.

Los libros habían suavizado cualquier posible reticencia al proyecto. La despedida no fue un simple apretón de manos. El presidente le dio un abrazo y le mostró todo su agradecimiento.

—Haremos mención de la donación en el lugar adecuado. He tenido un gran placer en esta corta reunión que espero pueda ser más larga en otro momento. Ya estoy deseando ver los libros. Será lo primero que haga cuando visite la biblioteca.

Con estas palabras les acompañó a la puerta. Pocos minutos después emprendían el regreso a Badajoz.

—¿Dónde quiere que le deje? —preguntó un amable alcalde.

—Tengo reserva en el hotel Badajoz Center. Allí dejé el coche. Está en la calle Damián Téllez Lafuente.

—Sabemos dónde está. Esto es un pueblo grande —contestó el director.

Al cabo de una media hora aparcaban en la puerta del hotel. Bajaron el alcalde y el director para despedirle.

—Si necesita algo no dude en ponerse en contacto con nosotros. Colocaremos una placa con los nombres de los donantes y del médico Francisco de Peñaranda. Es lo menos que podemos hacer.

—Muchas gracias. La misión que me traía aquí está finalizada. Mañana me pasaré por Barcarrota para ver el escenario donde comenzó esta historia.

Mientras se alejaba el coche, Alberto entraba por las puertas giratorias al hall del hotel. En recepción le dieron la llave y se dirigió al ascensor para subir a la segunda planta.

Antes de entrar, el encargado de recepción le llamó y le informó de que habían preguntado por él. No dejaron ningún recado. Solo querían saber si estaba hospedado en el hotel.

—Ante mis dudas sobre la llamada le dije que no sabía cuándo regresaría. No sé si hice bien —se excusó.

—Hizo lo correcto no se preocupe. Muchas gracias.

Alberto no tenía dudas. Le habían seguido y ante la ignorancia del hotel en el que se hospedaba llamaron a los cinco más importantes de la ciudad y dieron con él. Lo más seguro es que alguno de los tipos de la banda estuviera acechándole cerca. Se asomó con cuidado a la ventana y no vio nada extraño. En la calle la gente deambulaba de un lado a otro y ninguna sombra sospechosa estaba vigilando.

«Creo que lo mejor es que me vaya ahora que no hay nadie vigilando y me hospede en un hotel en el camino a Barcarrota», decidió con buen criterio. Dicho y hecho. En pocos minutos pagaba la habitación, bajaba al garaje, recogía el coche y salía por la puerta en dirección a Barcarrota. Antes de realizar esta operación tuvo tiempo de mirar su iPad y encontrar un alojamiento que le pareciera adecuado y aislado. Localizó la casa rural Parador de Santiago, que consideró aceptable. Además estaba localizada en una calle estrecha, Badajoz, que le parecía adecuada para sus intenciones: pasar desapercibido y darles el esquinazo. La pregunta que se hacía era cómo habían adivinado que iba a devolver los libros. No pensaba que Carlos, que le conocía perfectamente, sospechaba que esto era lo único que le quedaba por hacer antes de desaparecer con el dinero.

Enfiló la carretera en dirección a Barcarrota. Las luces se iban apagando, cada vez más tenues, pero aún no era necesario encenderlas. «Al menos hasta que no esté en la carretera» se decía a sí mismo con una sonrisa de satisfacción por haberles dado el esquinazo. A la media hora, paró a tomar un café y llamó a María.

—¿Qué haces? —preguntó Alberto sin casi saludar.

—Esperando que me llamaras —contestó María lacónicamente.
—¿Está todo bien por ahí? —insistió Alberto.
—Sí. ¿Por qué lo preguntas?
—Es que uno de los tipos estaba siguiéndome. Parece que me esperaba en la biblioteca, aunque yo no lo vi —contestó un poco nervioso—. Después se dedicó a llamar a todos los hoteles de Badajoz para ver si me hospedaba allí hasta que dio con mis huesos. Tuve que salir por patas y darle esquinazo. Ahora voy camino de Barcarrota.
—¿Pero los libros? ¿Qué ha pasado con ellos?
—Pues que los he devuelto. Se quedaron encantados —declaró mientras se tomaba un café en una esquina de la barra—. El director de la biblioteca me invitó a comer con el alcalde. Después visitamos al presidente de la Junta. Creo que hemos hecho una cosa buena y que estamos en paz con nuestra conciencia.
—¿Te han seguido hasta Barcarrota?
—Es imposible. Lo único que al perder el contacto conmigo seguro que van a mi casa pues sospecharán que estás allí con el dinero. Ahora mismo coges mi ropa, la más necesaria que pueda necesitar para un viaje, y te vas a un hotel al menos a media hora de distancia. Cuando estés alojada me llamas y me dices cuál es. Ah, bueno, no se te olvide la bolsa con el dinero.
—Me crees tonta, ¿verdad?
—En absoluto. Me has demostrado con creces que sabes defenderte sola, y que tomas decisiones correctas y adecuadas a la situación en la que te encuentras —avanzó la respuesta mientras pagaba la consumición—. Pero me preocupa que estés allí sola y yo aquí sin que pueda orientarte.
—No te preocupes que ya me oriento yo —contestó algo molesta por considerarse subestimada—. Además, si no confías en mí me voy a un hotel con el dinero y desaparezco de tu vida.
—No te atreverás.
—No me pongas a prueba. No hay nada más peligroso que poner a prueba la lealtad de una mujer. Ya sabes el refrán que dice: procura no poner a prueba el amor de quien bien te ama, en esa prueba lo puedes perder.
—Yo no quería llevar las cosas a ese extremo —contestó Alberto un tanto preocupado—. Solo quería comprobar que no se te olvidara nada, en especial el dinero. Y, ahora, no hablemos tanto y sal de la casa cuanto antes. Cierra bien, apaga las luces y corta el agua pues no volveremos a ella en una buena temporada.
—En media hora salgo. Mañana te llamo para decirte donde estoy.
—Perfecto. Hasta mañana.
Se oyó un clic al otro lado del teléfono y Alberto se dirigió al coche con destino a Barcarrota. Quería ver el escenario, el entorno, donde se

enterraron los libros, pasear por la ciudad y acercarse a la casa donde se encontraron. Esto le haría comprender mejor toda la historia que había dejado con esos libros. Siempre los llevaría en su corazón.

Capítulo 46

La luz entró por la ventana a medio cerrar y se esparció por la habitación recorriendo todos los rincones. Alberto se desperezó lentamente y recorrió con la vista el entorno. Una cama más grande de lo que necesitaba y más pequeña de lo que parecía. En la mesilla de noche el dinero, el tabaco y el encendedor reposaban indiferentes del día que empezaba a clarear. La ropa, desperdigada por el amplio butacón, denotaba un cierto desorden que parecía preparado para una película de suspense. En todas ellas aparecía un ambiente especialmente sugerente de un desarreglo, una especial anarquía que da al filme un sabor de misterio. Alberto, sin proponérselo, había conseguido este escenario, desenvuelto y atrevido, al mismo tiempo que una atmósfera serena y despreocupada. Todo invitaba a seguir en la cama vagando la vista por las cuatro paredes que le rodeaban. Sin embargo, era necesario levantarse y recorrer el pueblo. Necesitaba ver el lugar donde había vivido tanto tiempo la familia de Francisco de Peñaranda. En su cabeza martilleaba la iglesia de Santa María del Soterraño, el altozano de Nuestra Señora o altozano de la Virgen, y esa pequeña hilera de casas situadas en una pendiente o cuesta de la plaza de la Virgen. Todo lo que había leído sobre el lugar donde aparecieron los libros.

Se levantó deprisa, introdujo la pequeña maleta en el coche y se dispuso, después de un café cargado, a recorrer el pequeño pueblo. Tenía pensado dedicar a este menester unas horas y posteriormente dirigirse a Madrid. A media mañana llamaría a María para que le dijese donde se encontraba.

Pero lo curioso es que se encontraba atrapado en el tiempo. Su mirada recorría las casas, imaginando que eran antiguas y veía el corral, las gallinas en su parte trasera, los viandantes de otra época que entraban y salían de la casa del médico, con sus achaques y demás circunstancias de salud. Con sus párpados entrecerrados imaginaba vislumbrar un Francisco de Peñaranda en plena consulta, más tarde leyendo, en la ventana, sus libros prohibidos y oteando, de vez en cuando, que nadie le pudiera ver en este sencillo ejercicio. Estuvo un buen rato sumido en sus pensamientos hasta que el sol estaba en lo más alto. El sol cenital le indicó que debía retirarse. Había transcurrido un buen tiempo y era hora de ir a charlar con el especialista de cultura del pueblo. Le habían hablado muy bien de él. «Todo lo que te cuente de aquí, no te lo dice nadie. Es una verdadera

enciclopedia».

Después de su visita, y de recorrer los lugares que le habían contado Asher y Adina, se dirigió a la biblioteca municipal y allí estuvo hablando con Chema González, especialista en todo lo relacionado con el pueblo. Le contó que por allí pasaron las tropas del rey Alfonso IV de Portugal y poco después las tropas de Enrique Enríquez el Mozo, bisnieto de Fernando III. Fue el lugar donde se celebró la batalla de Villanueva de Barcarrota, donde se derrotó a las tropas de Alfonso IV de Portugal. Con esta victoria se obligó al rey portugués a levantar el asedio a la ciudad de Badajoz. Posteriormente, el pueblo fue vendido por el rey Alfonso XI el justiciero a Juan Alfonso de Alburquerque aunque la transacción no llegó a buen término. En el reinado del primer Trastámara, Enrique II, el de las Mercedes, la ciudad fue cedida a Fernán Sánchez de Badajoz permaneciendo con esta familia hasta que en el siglo XV el rey Juan de Castilla, padre de Isabel la Católica, la entregó al marqués de Villena. Casualidades de la vida, un descendiente suyo fue el primer director de la Academia de la Lengua en tiempos de Felipe V.

Posteriormente fue del marqués de Villanueva del Fresno. Pero lo más interesante que le contó es que debido a ser un pueblo fronterizo con Portugal, las disputas entre castellanos y portugueses estaban a la orden del día. El área de Olivenza dominaba la zona. Precisamente este pueblo fue donde recaló Peñaranda cuando huyó después de enterrar los libros. La guerra de Sucesión también se libró en esta región.

Pero de lo que estaba más orgulloso Chema, y repetía sin cesar, era del protagonismo que adquirió la villa con motivo de la conquista americana desde el sur de Norteamérica hasta el estrecho de Magallanes. Por allí pasaron Gómez de Tordoya, Juan de Acosta, conquistadores del Perú, Francisco de la Bastida, fundador de Trujillo en Venezuela, y Rodríguez de la Bastida, gobernador de la provincia de Venezuela. Pero el que caracteriza con más importancia a Barcarrota es Hernando de Soto, que fue descubridor de la Florida. Su monumento se levanta orgulloso en la plaza de España, frente al ayuntamiento de la villa. Su familia poseía tierras en ese pueblo. Este adelantado estuvo en diferentes países del norte, centro y sur de América. Su cuerpo descansó en el río Misisipi en el año 1542. Diez años antes había participado con Pizarro en su expedición. Enemistado con este regresó a España, se casó con Isabel de Bobadilla y regresó para explorar la Florida y Cuba.

En resumen, terminó la disertación de historia y con ello una tertulia plagada de cultura. Fue un recuerdo y un tributo al pasado.

—Tenemos un pueblo donde el crisol de la conquista tomó cuerpo de naturaleza y que, hoy día, mucho de lo que existe en ese continente

no podría explicarse sin el valor y el esfuerzo de estas gentes —señaló Chema imbuido de un ardor histórico—. Estamos orgullosos de todo nuestro pasado y de lo que aportamos a la historia. Francisco de Peñaranda y sus descendientes forman parte de nosotros. Por eso lo que acabas de hacer de devolver los libros es una proeza digna de una persona noble.

—Era mi obligación y, en especial, el cumplimiento del deseo de sus descendientes que, como te dije, viven en Islandia. Una pareja encantadora, humilde, sencilla que subsisten de su trabajo y que añoran regresar, algún día, a este país. Quieren conocer la casa de sus antepasados.

—Serán bienvenidos. Para nosotros será un orgullo tenerlos aquí.

—Ha sido una conversación muy instructiva. Estoy encantado de haber visitado este pueblo —dijo Alberto—. Ahora, si me permites, debo regresar a Madrid. Tengo que cerrar otros asuntos.

Y al decirlo pensaba en Carlos y sus secuaces, y en María sola en el hotel esperándole ansiosa, y en los fantasmas que ella últimamente veía en cada lugar en el que estaba.

Se dirigió al coche y en el camino la llamó para preguntarle la dirección del hotel. La conversación fue corta. Simplemente un dato: nombre del hotel y dirección.

—Nos vemos en un par de horas —dijo Alberto que ya enfilaba la salida de Talavera de la Reina.

Alberto estaba satisfecho. Había dado el esquinazo a su perseguidor y, ahora, sería casi imposible que supieran el hotel donde se encontraban a no ser que hubieran seguido a María, lo que no sería extraño aunque, por otro lado, algo difícil si supo moverse con rapidez. Dejó el coche en un aparcamiento, cerca del lugar donde estaba el hotel, y se dirigió directamente a la habitación que sabía que era la que había reservado María. Allí se encontraba. Todo perfecto. Un beso intenso selló el encuentro y la felicidad que les embargaba.

—Cierra la puerta —dijo María, que debido a la efusividad del descubrimiento la había dejado abierta—. Solo faltaba que nos viera alguien.

—El hotel parece que está vacío. Esperemos que estos tipos no te hayan seguido. ¿Tienes la bolsa?

—La olvidé en tu casa —contestó María con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bromas con esto las mínimas —contestó Alberto, que en este punto no tenía mano izquierda. Entró rápido y lo primero que hizo fue mirar dónde estaba la bolsa y abrirla. Al ver su contenido intacto se tranquilizó.

—Supongo que no querrás contarlo para ver si me he gastado algo —inquirió María con un punto de sorna, algo que en ella era una

cualidad innata.

—Imagino que está todo. Además no tuviste tiempo de gastarlo.

—Pues un café sí que he pagado con el dinero de la bolsa—. Una María pletórica y entusiasmada con el regreso de Alberto se afanaba en mostrar todos sus encantos.

La noche estaba cubriendo con su manto negro el exterior. Desde la terraza se veían los tejados del Madrid inmerso en su descanso nocturno. Una estampa interesante si las cabezas de Alberto y María no estuvieran en otro lugar.

Capítulo 47

Aquella noche, lejos de ese lugar, Carlos y su banda, reunidos alrededor de una botella de ron y unos vasos, tramaban para el día siguiente el asalto a un banco. Si todo salía bien se retirarían una temporada a esperar que todo pasase y ver si Carlos les daba alguna señal de Alberto y María, de los que hacía tiempo que no sabían nada. Ese dinero les aliviaría una buena temporada y complementaría el que pensaban conseguir con el atraco. Habían preparado todo con minuciosidad, sabiendo que ese día estaría el dinero de las nóminas de los empleados. Una buena cantidad que les haría invisibles para una temporada.

Pensaban que Jair se les uniría a primera hora, dado que había decidido regresar, pues había perdido la pista de Alberto y ya no tenía nada que hacer. El avión llegaba con tiempo suficiente para que pudiera ocupar un puesto en el operativo que habían diseñado. Todo estaba controlado. El banco a unos veinte kilómetros de donde estaban, distancia prudencial para huir y poder esconderse durante una temporada. Habían decidido ocultar el dinero en el apartamento, no repartirlo, y separarse durante unas semanas hasta que todo se hubiera olvidado. En la fecha indicada se volverían a reunir y realizarían la división del dinero a partes iguales. Para los primeros tiempos cogerían algo pero nada que pudiera llamar la atención por los gastos. Lo importante, en esta etapa, era pasar desapercibido. Después ya tendrían tiempo de gastar todo el dinero.

La planificación fue precisa y meticulosa. Carlos se quedaría al volante. Conducía muy bien, pues de joven había participado en varias carreras de coches. Además portaba la ametralladora que utilizaría en caso necesario. Jair, que era un tipo duro y sin escrúpulos, entraría con Carmen en el banco armados con sendas pistolas, y Oliver y Jukka se quedarían en la puerta cubriendo cualquier contingencia que pudiera ocurrir impidiendo que nadie entrara y saliera y avisando en caso de necesidad. La hora, unos minutos después de la llegada del camión con el efectivo. Según su información sería alrededor de las diez, pues habían pensado empezar a pagar a los trabajadores a partir de las doce. Así que si todo estaba correcto el atraco se efectuaría a las diez y quince.

A las once tenían que estar ya en el apartamento tomando un vaso de ron y celebrando el éxito de la operación. Apuraron esa botella y otra más. Era una ocasión para celebrar, por adelantado, la fiesta de la

fortuna. El ron corría de vaso en vaso, de boca en boca, bajo la atenta mirada de los integrantes de la banda que, unidos por la expansión etílica, no dejaban de contar historias, de reírse y de relatar chascarrillos cuanto más groseros mucho mejor. Celebraban, por adelantado, el éxito de la operación.

El día amaneció nublado en Marbella. Un día típico de una primavera que quería aparentar ser invierno por su cielo y, sin embargo, con una temperatura muy agradable. Esto les volvía, en cierto modo, optimistas. Ya creían que todo había acabado y que estaban en posesión del dinero. El jefe les impidió beber a esa hora.

—Lo dejaremos para después en la celebración —dijo mientras preparaba los utensilios de trabajo.

Una pistola para cada uno. El antifaz para evitar el reconocimiento. Nada de carnés, tarjetas, ni carteras de bolsillo que si se perdían harían fácil la identificación. Lo más imprescindible, en especial, las armas y las balas de repuesto.

—Espero no tener que usarlas —exclamó con voz de mando—. Será el último recurso. No quiero sangre. Esto aumentaría la pena.

—En caso de que nos cojan —repuso Carmen, siempre atenta a cualquier detalle.

—Bien. Tomad solo un café para despejaros y vayamos al coche. Ya sabéis que yo estaré con el motor en marcha a solo unos pasos de la puerta del banco. Tenemos diez minutos para completar la operación. No quiero nervios ni gatillos fáciles. Lo imprescindible. Nada más. —La voz de Carlos, impostada por las circunstancias, sonaba atronadora en el salón del apartamento mientras con la mirada recorría y traspasaba a cada uno del grupo—. Ya sabéis que la cárcel está llena de gatillos fáciles.

Sin rechistar salieron todos y se encaminaron a una furgoneta Toyota que estaba aparcada en la puerta del edificio. Sin prisa, tenían tiempo, salieron a la carretera de circunvalación y tomaron la carretera normal en dirección a Estepona.

—No vamos a ir por el peaje. Cuanto menos llamemos la atención mucho mejor. Es posible que sospechen al ver a varios tipos en una furgoneta y anoten la matricula.

—Está bien, jefe —contestaron al unísono Carmen y Jair.

En apenas media hora habían llegado a la puerta del banco. Estuvieron tomando nota de las entradas y salidas de los clientes. Afortunadamente no eran muchas. Eso les era favorable. Cuantas menos personas estuvieran en el local cuando ellos entraran, mucho mejor. Ahora lo que tenían que hacer era esperar que viniera el furgón, con el dinero, y esperar a que lo dejaran y se marcharan. No querían problemas pues iban tres hombres de seguridad, el conductor y dos más que llevaban las bolsas.

No tuvieron que esperar más de una media hora cuando vieron aparcar en la puerta del banco la furgoneta con el dinero. Se bajaron dos guardias de seguridad mientras el tercero se mantenía al volante. Durante breves instantes estuvieron pasando bolsas del furgón al interior del banco y al terminar esta operación se fueron rápidamente. En ese momento Carlos indicó que se pusieran los antifaces y salieran del coche.

—No quiero ningún fallo. Todo debe salir a la perfección —dijo, mientras les incitaba a salir del coche.

En la mano derecha de Carmen la pistola y en la izquierda una gran bolsa. Jair, que la acompañaba, portaba también otra pistola y una bolsa de tamaño aceptable. Entraron en el banco dando gritos.

—¡Esto es un atraco! ¡Que nadie se mueva! Todo el dinero a la bolsa —gritó Jair ostensiblemente nervioso y apuntando a la cajera.

En ese momento solo había un cliente en el banco que resultó ser un policía. De un rincón aparecieron tres policías más que dispararon y mataron a Jair y a Carmen. En la puerta, Oliver intentó escapar corriendo calle arriba sin darse cuenta de que de la esquina aparecieron disparando dos policías más. A los pocos segundos yacía muerto sobre el asfalto.

Jukka desde la otra esquina de la calle intentó disparar a un policía que estaba en la puerta con tan mala fortuna que no acertó en su tiro. Sin embargo, el agente, que era un tirador de primera, rechazó el ataque con un disparo mortal. A su lado yacía también Oliver, con un tiro mortal en el corazón. No había tenido tiempo de repeler el ataque. El policía no necesitó más de dos tiros para poner fuera de la circulación a los bandidos.

Carlos dentro del coche, a espaldas de los policías que no le vieron, salió a toda velocidad. Nadie se dio cuenta de que uno de la banda había escapado. En dos minutos, no duró la operación más tiempo, había desaparecido toda la banda. En el informe final figuraría que todos estaban muertos y el grupo desaparecido.

«Salían desde todos los lugares como chinches», admitía Carlos con cara de satisfacción, mientras aceleraba en dirección a la autopista.

El comisario revisó el escenario de la contienda y dirigiéndose a un agente que estaba a su lado le dijo:

—Afortunadamente hemos tenido suerte. Si no llega a ser porque el otro día estabas en la barra de ese club oyendo los comentarios de Oliver, así dijiste que se llamaba, sobre el robo no hubiéramos podido abortarlo.

—Estaba borracho como una cuba y no se daba cuenta de lo que decía. Se fue de la lengua. Creía que nadie le estaba oyendo. Hablaba solo con el camarero —relató el agente—. Yo estaba a escasos metros de él y cuando empezó a largar me acerqué sin que se diera cuenta. El

muy imbécil dijo hasta la sucursal del banco y la hora que tenían que venir. En fin los detalles fueron muy jugosos.

Lo que no contó el agente es que la información no le vino del borracho en el club, sino de Carlos. Le había llamado días antes para darle toda la información. Era su hermano y se lo debía. La vida les llevó a cada uno por un camino y aunque a veces se habían cruzado, nunca como en esta oportunidad estuvieron tan cerca, uno a un lado, con la ley, y el otro en la orilla opuesta con la ilegalidad. Tenían que vengarse del asesinato de sus padres.

—Pues el caso está cerrado —afirmó el jefe—. Me acercaré a comisaría para redactar el informe y me tomaré el día de descanso. Ocúpate de que los policías que han intervenido en el operativo hagan lo mismo y se vayan a casa a descansar. Hemos tenido muchos nervios en esta mañana y convienen unas horas de reposo.

Capítulo 48

Lejos de allí, Alberto y María, ajenos a cualquier imprevisto, estaban desayunando en la habitación del hotel. Habían encargado que les subieran el desayuno. Era un día amable, de una luz intensa que se filtraba por el balcón. No tenían grandes problemas. Solo determinar dónde iban a ir con el dinero. Lo demás no les preocupaba. Repasaron los acontecimientos de las últimas cuarenta y ocho horas: los libros entregados en Badajoz, a la banda que habían dado esquinazo y ellos tranquilos esperaban tomar la decisión adecuada.

—Veamos las noticias —dijo Alberto con un aire cohibido por la visita a Barcarrota, al tiempo que encendía el aparato de televisión.

—Lo de siempre —contestó María a la que estas cosas la aburrían.

—Bueno, pero ponla. A mí me gusta desayunar sabiendo qué es lo que pasa por el mundo.

A los pocos segundos apareció una noticia de última hora. Un robo frustrado en la Costa del Sol, Estepona, con cuatro muertos de una misma banda. Ninguno de los policías estaba herido. Les estaban esperando en el banco. Parece que hubo un chivatazo. La noticia no era clara en este punto. Las fotos no dejaban ninguna duda. Era Carlos y su banda. En el monitor aparecieron consecutivamente las fotos de Carmen, de Jukka y de dos desconocidos más. La noticia era determinante; todos los miembros de la banda han muerto.

Para María no había ninguna duda. Conocía a Carmen y a Jukka, con quien compartió mesa y mantel, pero ¿dónde estaba el jefe Carlos? No aparecía en las fotos ni en las noticias. Parecía que se lo había tragado la tierra.

Alberto y María se miraron incrédulos. Estaban viendo y oyendo. No daban certidumbre a esta noticia. Era imposible que hubieran desaparecido todos. Entraron en Internet, leyeron todos los periódicos digitales, se informaron completamente. Todo indicaba, iba en la misma dirección, que la banda había desaparecido. Pero nada se decía de Carlos.

—A enemigo que huye, puente de plata —dijo María ostensiblemente relajada por la noticia.

—En este caso no han huido —matizó Alberto triste por la muerte del que creía que era su amigo—. Los han matado…

—No lo sientas por Carlos. Era una mala persona y te hubiera asesinado para conseguir el dinero, de haber podido. Las circunstancias han ido por otros derroteros. Pero el cadáver no se ha

encontrado.

—Lo entiendo, pero esto no es óbice para que lo sienta. Han sido muchas conversaciones, reuniones, comidas en las que nos hemos confesado todo.

—Tú has sido el que se lo ha contado todo. Él pocas cosas te diría. Estoy segura de que no sabías de su vida ni la cuarta parte. ¿Te contó algo de su familia? ¿A qué se dedicaba? ¿En qué pasaba su tiempo? Nada de nada —razonó María—. ¿Sabes por ejemplo que había estado en la cárcel por robos de pequeña cuantía?

—¿Cómo conoces eso?

—No te olvides de que Carlos conocía a Marcus, mi novio. Se conocieron en la cárcel. Por él sé muchas cosas de la vida de quien creías que era tu amigo —confesó María—. Tuvieron negocios relacionados con la droga.

—Nunca me lo habías dicho.

—¿Para qué? ¿Me hubieras creído?

—Tienes razón. Siempre hubiera puesto en tela de juicio tus comentarios.

—Lo más importante ahora es que estamos libres de cualquier seguimiento. Nadie sabe la historia y el dinero es totalmente nuestro —dijo una María en la que se reflejaba una cara de satisfacción infinita.

—Pues habrá que pensar en qué hacemos —se preguntó Alberto con un rostro relajado y tranquilo. La vida comenzaba a sosegarse alrededor de él. Antes era como una barca a merced de las olas y ahora navegaba en un mar tranquilo, un estanque de agua tranquila. Un verdadero espejo—. El viento nos es favorable —añadió con una voz que denotaba su tranquilidad en estos momentos.

—Se te nota completamente aliviado —repuso María.

—¿En qué lo notas?

—En que miras de distinta manera, en que sonríes a mis comentarios, en que no realizas rictus con la boca, ¿quieres más datos?

—Está bien. En efecto, todas mis preocupaciones han desaparecido por encanto. Soy otro hombre. No sabes la inquietud que me producía saber que me estaban siguiendo y la cantidad de cambios que tenía que hacer para evitarlo. Sin embargo, el cuerpo de Carlos no se ha encontrado. No todo está cerrado.

—Creo que deberíamos mandar un e-mail a Asher informándole de que su encargo se ha realizado y que los libros descansan en la biblioteca de Badajoz —indicó María.

—Me parece buena idea. Me pongo con ello.

—¿Y ahora qué? —preguntó María mientras veía a Alberto inmerso en la tarea de enviar un e-mail con el ordenador portátil.

—¿Qué? —contestó sin una idea clara de cuál era la pregunta y cuál la respuesta que hizo.

—Me refiero a qué hacemos ahora —cortó tajante María.

—No tengo ni idea. Déjame terminar este correo y me pongo a continuación con tu pregunta. Cada cosa en su momento. De momento creo que debemos esperar a que nos completen la información. No me queda claro cuál ha sido el final. Me da la impresión de que aún queda algún fleco por cerrar —dudó Alberto que no las tenía todas consigo.

—Yo creo que podemos ir a tu casa tranquilamente —manifestó María con buen criterio—. Aquí no hacemos nada. Estaremos más tranquilos en tu apartamento.

—Tienes razón.

—Como siempre —dijo ella con una risa a flor de boca.

—Terminemos el desayuno tranquilamente. Hasta las doce no es necesario dejar el hotel.

Alberto mostraba su curiosidad esculpida en su rostro como una manera especial de mostrar su incertidumbre ante lo que se le venía encima. Era consciente de que comenzaba una etapa en que debía de tomar decisiones importantes. Sus dudas oscilaban desde qué hacer con su vida en el futuro a cuál era el sitio que iba a ocupar María en ella.

Un tema destacado en sus reflexiones era el dinero. No era una riqueza bien ganada. Al menos era, lo que en su concepción de vida pensaba. Se lo había encontrado por mor de la casualidad, en un entramado de huidas y fugas, que le llevaron a recorrer varios países y unas experiencias que, en su vida aburrida, significaron un acicate más para pergeñar el entramado argumental de una nueva novela. Había conseguido tener un hilo y una trama que consideraba interesantes para sus posibles lectores y pensaba, con buen criterio, que su editor estaría encantado con la idea. Tenía que llamarle esa misma mañana. De hoy no pasaría, pensó mientras se afeitaba. Además, por si esto no fuera todo, la vuelta a sus recuerdos del colegio, cuando perseguía a María al salir de clase le devolvieron en parte su juventud. El libro de su vida se estaba escribiendo a pasos rápidos y ya tenía prácticamente rellenas las páginas de la época adulta y de su mocedad.

Mientras la cuchilla de afeitar rasuraba con especial esmero su piel tersa, iba recorriendo cada escena de su vida. Apesadumbrado por tantos recuerdos, tantas vivencias y tantos lugares que se le agolpaban en el cerebro se miró en el espejo. Era un tipo extraño. Hasta hacía pocas semanas no tenía pasado, su existencia estaba en blanco y, ahora, la escritura se agolpaba por rellenar páginas, y más páginas, de un libro que parecía grande al principio y que ahora se le antojaba pequeño.

No quería ser cicatero con sus recuerdos pero era necesario expresar todo lo que sentía. La novela sería un trasunto de su biografía, de su propia historia. Tenía que reflejarlo de esta manera si quería llegar al sentimiento de sus lectores. Poner emoción en ello significaría una entrada en los corazones y en el cerebro de su público. Comenzaría un día, ya lejano en el tiempo, en que por consejo de Carlos empezó a abrir las cajas y allí encontró enterrados sus recuerdos y sus experiencias, unas buenas y otras malas, sus encuentros con Carmen. ¿Por qué habría elegido esa vida? ¿Cuáles fueron sus sentimientos para dedicarse al mal? No acabada de comprender que una persona, en su sano juicio, tomara decisiones de esta manera. ¿Y ahora qué? Estaba muerta en una fría mesa de mármol de una lejana sala de autopsias y con un expediente que la mostraba como una delincuente más. Su foto había salido, de frente y de perfil, en la mayor parte de los periódicos y televisiones. Todo eso tenía que aparecer en su libro, tomar cuerpo de naturaleza y relatar, sin más ni más, unas escenas de la vida entresacadas de su propia experiencia. Y con Carlos, ¿qué había pasado? Su foto no aparecía en la televisión y, sin embargo, el informe policial dijo que toda la banda había desaparecido. Todo era una contradicción pero la figura de quién fue su amigo, debería ocupar sendas hojas de la narración.

Estaba decidido. En cuanto llegase a su casa cogería la agenda y llamaría a su editor para proponerle la idea. Pensaba que le gustaría. Era original. Sabía cómo entrar a sus lectores, expugnar sus sentimientos, y llevarlos a una especial situación de Nirvana en que, página tras página, de su relato les aprisionara, que no pudieran dejarla y estimularles a una pulsión positiva en la lectura, una excitación interna favorable que les hiciera recabar, con la obra, en una serie de reflexiones sobre la vida, sobre la distancia entre la ficción y la realidad, sobre la influencia de los recuerdos en la toma de decisiones y, en especial, sobre la mayor o menor bondad de las cosas. Aún no sabía si el final de su descripción estaba cerca o lejos, lo único que tenía cierto era que la tenía que escribir y que, a lo largo de ella, encontraría solución a sus reflexiones personales. Quería trasladar estas deliberaciones a sus leedores, pero no como una retahíla de ideas mal concebidas, sino más bien como una propuesta de nuevas imágenes de vida, de introspección en todo lo que les acontece. Paseamos por el sendero del camino sin mirar a los lados, solo pensando en llegar y llegar.

A lo largo de nuestra existencia nos encontramos con una serie de hechos que nos influyen y nos esculpen una personalidad. A partir de ese momento todos los acontecimientos, que pivotan sobre nosotros, marcan y orientan nuestros pasos. Su singularidad comenzó cuando aquel día abrió la primera caja. Sin embargo, lo más importante no es

el objetivo, sino, muchas veces, ese mismo camino que recorremos pensando, especulando, examinando nuestro entorno. Todo esto tenía que figurar en su obra. El final era lo de menos aunque, por supuesto, tenía que encontrarlo, pero eso mismo en su consecución no era ahora lo que más le importunaba. Era entrar en el sentimiento de los posibles lectores. Llevarlos a otras épocas, exponerles, sin más ni más, una historia que bien pudo haber pasado tal y como la quería reflejar. Una ficción a caballo entre los diferentes siglos de la historia de España. En ella se imbricarían situaciones personales que afectaban al destino de otro escenario, de distintos contextos, pero todos ellos formando una unidad en el devenir de los tiempos. Pasado y presente se entrecruzarían como las ramas de un árbol y conformarían y modelarían nuestra personalidad. Eso lo tenía que volcar en su libro. No sabía, ahora, como lo haría, pero estaba seguro de que se le ocurriría a lo largo de su novela.

A Carlos, un día ya lejano, le dijo en una cafetería, lo recordaba como si hubiera sido ayer, que el escritor debe poner sentimiento, debe turbarse en cada línea de su libro y que cada palabra debe tener un significado profundo, de tal manera que cuando el lector acabe el volumen, lo cierre y se quede pensativo, sentado en un cómodo sillón. La emoción era lo básico en un libro. Si no había emoción, si el autor no había tratado de impregnar sus páginas con ella, sería un fracaso.

La suave llamada de María queriendo entrar en el aseo, sacó a Alberto de sus pensamientos. Estaba enredado en ellos y aprisionado en una maraña de ideas, una tupida tela de araña que no le dejaba salir y el solo grito de la llamada fue suficiente para traerle al mundo de la realidad. Un mundo de miserias y de problemas, de infelicidades y desdichas, pero al mismo tiempo, un mundo en el que deseaba fervientemente vivir.

—Llevas más de media hora encerrado, ¿qué es lo que haces? —preguntó con una sonrisa contenida—. Alberto y sus recuerdos, como si me lo imaginara.

—Imaginas bien, muchacha. Es ley de vida, de vez en cuando, entrar en la ensoñación, dejarte llevar por ella. Es saludable.

—Estoy de acuerdo, pero en el lugar apropiado.

—Cualquier sitio es bueno para volverte a encontrar —cortó Alberto sin dilación—. Seamos sinceros, ¿tú no lo haces?

—Claro, pero necesito una montaña, una playa, un campo verde. Cualquier lugar que me inspire. Un cuarto de baño no es mi mejor escenario.

—Entonces no son recuerdos. Son ensoñaciones. Son diferentes.

—No entiendo qué es lo que les distingue.

—El recuerdo es lo que te ha pasado hayas querido o no y la ensoñación lo que qué quisiste que pasara. Hay un pequeño matiz.

—Deja la filosofía. Vístete que es la hora de dejar el hotel y vamos a tu casa. Allí podrás seguir con el tema y las elucubraciones que se derivan de él.

Capítulo 49

Poco tiempo después Alberto introducía la llave en la cerradura y daba una simple vuelta. Se encontró que no era necesario este movimiento ya que la puerta cedió en un instante. La respuesta vino a su cabeza como pedrada en la frente. Alguien había entrado en su casa.

—Espera aquí —le dijo a María—. Vamos a tener alguna sorpresa.

Avanzó con cuidado por el pasillo algo oscuro hasta llegar al salón, donde una figura se recortaba en la penumbra.

—Sorpresa —contestó el extraño, cuando Alberto entraba con más miedo que vergüenza.

No era un desconocido. Era nada más y nada menos que Carlos, que les esperaba en el sillón fumando tranquilamente un cigarrillo.

El grito de Alberto hizo que María entrara precipitadamente y se quedara de una pieza al verle tan apaciblemente reposando. Se había servido un generoso whisky, sin tener la prudencia de dejar la botella en su sitio. La había colocado cerca de él, sin duda, para que con los siguientes lingotazos no tuviera que levantarse. Con la entrada de la pareja, Carlos se rebulló en su asiento y con el cinismo que le caracterizaba les dijo:

—Sentaros cómodamente. Estáis en vuestra casa.

—¿Qué haces aquí? —se atrevió a preguntar de sopetón un Alberto furibundo y fuera de sus casillas.

—He venido a veros. ¿No os alegra?

—Déjate de monsergas y al grano —exclamó Alberto indignado—. Toda tu banda muerta. Tú desaparecido y ahora, como el Guadiana, te presentas en mi casa sin permiso. ¿Cómo has entrado?

—Tú me diste la llave, ¿no lo recuerdas?

—Tenías que haberte ido al infierno con tu banda —expuso tajantemente María—. Todos desaparecidos. Al menos, eso es un consuelo.

—Por supuesto, pero no solo para vosotros sino también para mí. Así no tendré que repartir.

—¿Repartir qué? —preguntó María con aire cohibido.

—No os hagáis los estrechos. Sabéis de qué hablo.

—No tenemos ni idea —aventuró a manifestar categóricamente Alberto.

—Pensad y ya veréis como acertáis —escupió con un punto de sorna que se les hizo desagradable nada más oírle.

—Ya te hemos dicho que no sabemos de qué estás hablando —insistió María, molesta ya por tanta perseverancia en el comentario.

—Os haré una pregunta. ¿No tenéis por casualidad algo que me pertenece?

—¿A qué te refieres? —preguntó Alberto insólito con la pregunta.

—Muy sencillo: a una bolsa con dinero. Aún no sé cómo me distéis el esquinazo en el banco. Tengo que felicitaros —añadió Carlos con una sonrisa contenida—. Una obra maestra digna de unos verdaderos profesionales. Yo no lo hubiera podido hacer mejor… Ni tan siquiera igual.

—Gracias —susurró María.

—A mí nunca se me hubiera ocurrido y eso que paso en mi sector por ser uno de los mejores.

—Pues ya ves, no menosprecies a nadie —respondió María.

—Dejemos la cháchara para otra ocasión. ¿Dónde está el dinero? —exclamó Carlos visiblemente alterado al tiempo que les apuntaba con una pistola—. Este juguetito os abrirá la memoria, ¿verdad?

Alberto y María dieron un paso atrás dando rienda suelta al miedo que les recorría el cuerpo. El talante ácido, al tiempo que macabro y asesino, de Carlos, les hizo recapacitar en la idea de aceptar sus propuestas.

—No te pongas nervioso. Está en la bolsa en el vestíbulo de entrada —dijo María—. La dejé allí.

—Vayamos los tres a por ella —apuntó Carlos alterado por la respuesta.

Efectivamente, según había indicado María, la bolsa negra estaba en un rincón junto a la puerta de entrada. Junto a ella las maletas indicaban que acababan de llegar.

Carlos descorrió la cremallera para comprobar el contenido y, una vez aceptado, sonrió mostrando su amplia dentadura. Era un momento crucial en su vida. Había conseguido el dinero, fruto de su trabajo con Marcus y sus grupos, que le llevaría a tener una vida holgada, lejos de allí, donde nadie le conociera.

—¿Veis qué fácil es? Nadie sale herido, yo me llevo lo mío y todos contentos.

—Pues ya sabes dónde está la puerta. Procura que no nos encontremos nuevamente.

No se había apagado aún el eco de estas palabras, cuando la puerta se abrió para dejar paso a Carlos.

—Tienes razón. Mi meta está muy lejos y ya no nos cruzaremos en nuestros caminos.

—Pues sea así. Vete lejos. No queremos nada de ti —dijo Alberto indignado—. Por cierto, los libros se los devolví a sus dueños.

—No tenía demasiado interés en ellos. Poseerlos no era mi objetivo

y tratar de venderlos era muy difícil —contestó Carlos desde el dintel de la puerta—. No estoy metido en ese mundo y las preguntas se repiten, una y otra vez, hasta que llegan a los oídos de la policía y el juego acaba. Generalmente de mala manera. Con el dinero en efectivo es otra cosa…

—Imagino. Vete ya, no hagas que me impaciente.

—Este aparatito —dijo señalando la pistola—, te hace ver las cosas con un prisma diferente.

—Cierra ya la puerta —se oyó decir a María desde el fondo del vestíbulo.

Cuando se quedaron solos, hundidos y apesadumbrados por las nuevas características que había tomado la situación, se sentaron en el sofá sin decir palabra. Un silencio que duró apenas dos minutos y que fue interrumpido abruptamente por Alberto.

—La verdad es que no me importa mucho. Era un dinero que no era nuestro. No lo habíamos ganado con nuestro esfuerzo.

—Era una riqueza que provenía de la droga, en efecto, y yo pensaba dedicar una parte a luchar contra ella. Por eso hice algo que tú no sabes.

—¿El qué? —preguntó Alberto enarcando las cejas.

—Pues dividirlo y esconder una parte en tu casa.

—¿Cuándo lo hiciste?

—Mientras estabas en Badajoz y en Barcarrota. ¿No te acuerdas de que me dijiste que dejara tu casa y me fuera a un hotel?

—Sí.

—Pues en ese momento decidí que no podía ir con la bolsa llena de dinero y que el cuerpo de Carlos no había aparecido en Estepona. Sospechaba que el final del cuento no había llegado. Podían seguirme.

—¿Entonces decidiste esconder la mitad?

—Más de la mitad. Creo que hice tres partes. Una de ellas la introduje en la bolsa y las otras dos las escondí en tu nevera. Allí estarán pasando frío.

En efecto, Alberto se dirigió a la cocina y al abrir la nevera se le cayó encima la bolsa de plástico donde estaba el resto del dinero. Dos terceras partes era una suma inconmensurable.

—Eres inmensa… —dijo Alberto, al tiempo que la daba un intenso beso en los labios—. Lo más grande que me he cruzado.

—No es para tanto. Solo que tengo la cabeza para algo más que para peinarme.

—Para todo. Para todo —repetía sin cesar mientras su risa inundaba la habitación.

—Te quiero comentar algo. Tenemos dinero más que suficiente para el resto de nuestras vidas. Así que he pensado dividir lo que está aquí en dos partes y una dárselo a una fundación de lucha contra la droga.

La otra parte para nosotros. Esta sería una solución justa. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto —contestó Alberto—. Algo parecido te iba a proponer.

—Mañana nos ocupamos de ello. Daremos el dinero de una forma anónima. Conozco una persona que trabaja desinteresadamente en una organización de este tipo.

—Pues esa es la persona que nos interesa. Se lo haremos llegar con una carta sin remite. Él sabrá lo que hacer con ese dinero —apuntó Alberto.

—Ahora descansaremos. Te prepararé algo para cenar y a dormir que llevamos mucha traca encima y, a veces, la cabeza no da para más. Cerraremos la puerta con pestillo no se le vaya a ocurrir regresar. Recuerda que tiene la llave del piso.

Alberto y María durmieron plácidamente dando rienda suelta a sus sueños de viajes y visitas a países exóticos y lejanos. El día los recibió, uno junto a otro, en perfecta armonía y entrega.

—Voy a preparar un café —dijo María desde la puerta del dormitorio.

—Pon la televisión para ver las noticias —se le oyó gritar a Alberto desde la cama.

Las noticias eran como cada día. La inflación estaba en los límites normales pero el paro no bajaba todo lo necesario. Varios muertos en un atentado en Siria y heridos en Estambul. Distintos accidentes de carretera en el fin de semana. Los muertos de tráfico no habían bajado desde el año pasado. El ritmo seguía alto. De pronto, una noticia les llamó la atención. Un fuerte accidente en el que los dos ocupantes de un turismo habían fallecido en el acto y el otro vehículo se había incendiado parcialmente. El conductor murió en el acto. Era un delincuente, Carlos, al que la policía seguía los pasos desde el último robo en Estepona del que logró escapar. En el mismo lugar del accidente se le hicieron pruebas de alcoholemia y de tóxicos dando positivo en ambas. Junto al cuerpo, la policía informaba, una bolsa con dinero que afortunadamente no había sido aún pasto de las llamas. Parece ser que otros conductores llegaron a tiempo de sofocar el incendio con sus extintores.

—Ahora sí que el cuento ha terminado —sonrió María—. Ese dinero irá, con toda seguridad, a obras positivas.

—No me cabe la menor duda —asintió Alberto por la noticia—. Ahora podemos descansar y no escondernos.

—No tendremos que ir a vivir al Caribe como hemos comentado varias veces

—Espero que vayamos, no para vivir, sino para descansar —avanzó Alberto a quién la idea de sentar su residencia definitivamente allí no

le hacía mucha gracia.

—Yo también prefiero vivir aquí contigo. Además tienes que escribir la novela que me prometiste.

—Esta tarde empiezo —contestó sin ninguna prevención.

—Ya sabes. Tienes el ordenador, lápiz, papel y cabeza. No necesitas más.

—Te necesito a ti —exclamó un Alberto profundamente enamorado.

—Eso es lo más bonito que he oído en mi vida. —Y le cerró los labios—. Espero no tengas que arrepentirte de estas palabras.

—Tú tampoco de haberlas oído.

Epílogo

Alberto estuvo trabajando los días siguientes. Afortunadamente había estado tomando notas durante las últimas semanas. Escribir la novela era más sencillo de lo necesario. María, de tanto en tanto, le aclaraba alguna duda y, por qué no decirlo, le orientaba en la dirección en la que debía trabajar. Muchos de los capítulos los conocía, por haberlos vivido en primera persona, por lo que bien podía aclarar y enriquecer el texto. En otros, en cambio, era la imaginación del autor la que se ponía a trabajar y la que rellenaba las cuartillas. Una labor en la que lo que más le costaba era el comienzo. El desarrollo de la novela iba sobre la marcha. De vez en cuando se levantaba de la mesa de trabajo, se servía un café, tomaba un cigarrillo y pensaba. No pasaban unos minutos cuando se levantaba del sillón y se dirigía a su mesa para continuar con la trama. «Ya encontré el hilo», se decía para sí.

Estas acciones se repitieron durante varias semanas, hasta que un buen día, varias semanas después, le dijo a María mientras se servía una copa:

—Creo que ya he acabado la novela. Es algo enigmática pero creo que gustará al público.

—Al primero que tiene que gustar es al editor. Después vendrá lo otro —expresó María con buen criterio—. Pero de lo que estoy segura es que el ojo clínico del director de la editorial está siempre en la línea de los gustos de los lectores.

—Tiene que haber detrás una buena campaña de propaganda. Eso es fundamental.

—Por supuesto, pero lo primero es que la obra debe convencer al editor —dijo María—. Si él no está convencido, mal vamos.

—Mañana hablo con él y se la entrego. A ver qué nos dice —contestó—. Ahora necesito olvidarme de todo. Me tomaré un ron para celebrarlo.

No fue solo un ron lo que se tomó Alberto sino varios. Cuando la botella estaba ya mediada dijo:

—Me voy a la cama. Mañana quiero estar descansado para ver al jefe.

La noche la pasó pesadamente dormido. Fuera por el cansancio o por el alcohol, la cuestión es que durmió a pierna suelta. A las ocho sonó el despertador. Un filo de luz entraba en su habitación y María, ya levantada, preparaba un café y unas tostadas.

Alberto tomó el manuscrito impreso y lo metió en su cartera. Se

despidió de María diciéndole que volvería a media mañana.

Pero lo que no le contó es que no iba a ver a su editor, sino que el día anterior había leído las bases de un premio de novela. Concretamente Novela Ciudad de Badajoz y decidió probar suerte enviando las cuartillas impresas. Tenía que poner un lema pues el certamen era secreto. En la plica cerrada tenía que rellenar unos datos biográficos, de dirección y teléfono, y poner un lema. Se le ocurrió poner como lema, el núcleo central de su novela, El Lazarillo de Tormes y Barcarrota. Dicho y hecho. Escribió los datos, a mano, en la oficina de correos y envió el manuscrito. «Ahora toca esperar», asumió, mientras caminaba a su casa. Al fin y al cabo la idea nació en ese pueblo de Barcarrota, provincia de Badajoz. Lo había visitado. Le gustó. Merecía la pena que se conociera la historia de estos judíos que poblaron la Baja Extremadura y que iniciaron la diáspora sefardí con la llave de su vivienda, signo de su identidad. A todos ellos quería dedicar esta novela donde la ficción y la realidad se confundían y donde prevalecían las bases de una cultura y una religión que nunca debieron perderse. Además la significación de la obra del Lazarillo de Tormes, a caballo entre la Edad Media y el Renacimiento, supuso para la cultura española un aldabonazo. Ahora solo le tocaba esperar.

La tarde iba cayendo. El día tocaba a su fin. Los celajes del crepúsculo iban invadiendo el entorno. Alberto caminaba lentamente hacia su domicilio. Allí le esperaba María con la que quería compartir, a partir de ahora, su vida.